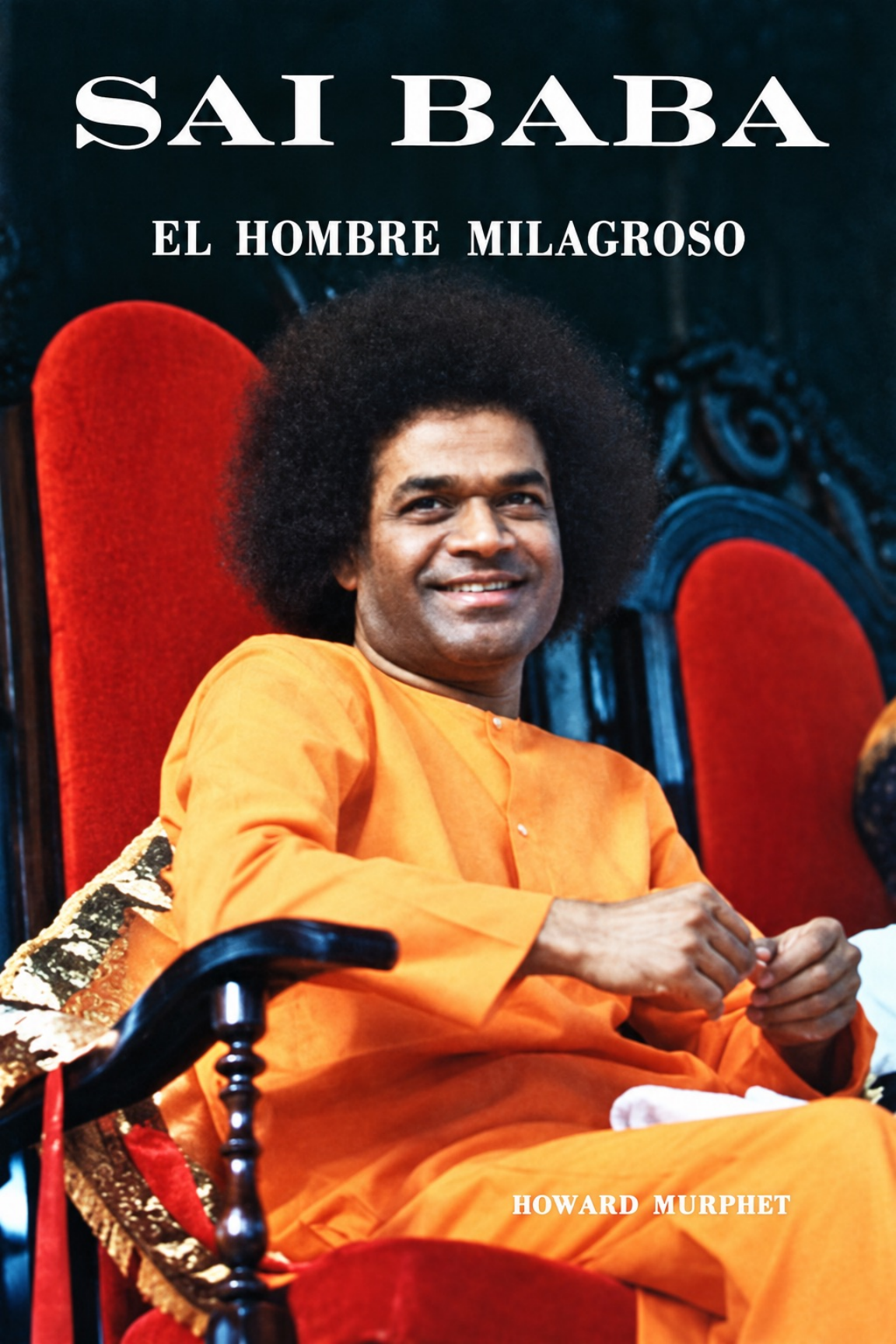
SAI BABA

EL HOMBRE MILAGROSO



HOWARD MURPHET

Sai Baba, el hombre milagroso

Howard Murphet

D.R. © ERREPAR S.A.

Sai Baba, el hombre milagroso

Título Original:
Sai Baba, man of miracles

Publicado por primera vez en:
1971

Publicado y distribuido por:
D.R. © ERREPAR S.A.

Avda. San Juan 960 - (1147) Buenos Aires - República Argentina Tel.: 4300-0549 - 4300-5142 - Fax: (5411) 4307-9541 - (5411) 4300-0951 Internet: www.errepar.com
E-mail: libros@errepar.com
Disponible para su descarga gratuita en los sitios oficiales: sathyasai.org.ar y sathyasai.org.mx

ISBN: 950-739-735-3
Versión digital 1.0.0 · Revisión c3a6b265

Índice general

NOTA DEL AUTOR 1
INTRODUCCIÓN 3
CAPÍTULO I: LA BÚSQUEDA 22
CAPÍTULO II: SATHYA SAI BABA 28
CAPÍTULO III: LA MORADA DE LA PAZ Y MUCHOS MILAGROS 36
CAPÍTULO IV: ¡OH MUNDO INVISIBLE! 47
CAPÍTULO V: NACIMIENTO E INFANCIA 58
CAPÍTULO VI: LOS DOS SAIS 69
CAPÍTULO VII: ECOS DE LOS PRIMEROS AÑOS 83
CAPÍTULO VII: CON BABA EN LAS MONTAÑAS . . . 96
CAPÍTULO IX: REGRESO A BRINDAVAN 112
CAPÍTULO X: UN LUGAR APARTE 124
CAPÍTULO XI: ALAS DE MUNDOS INVISIBLES 139
CAPÍTULO XII: MAS CURAS MILAGROSAS 155
CAPÍTULO XIII: LA CUESTION DE LA SALVACION DE LA MUERTE 173
CAPÍTULO XIV: ETERNO AQUI Y ETERNO AHORA . . 184
CAPÍTULO XV: DE LO MISMO, PERO DIFERENTE . . . 199
CAPÍTULO XVI: UNA PALABRA DESDE OCCIDENTE . 216
CAPÍTULO XVII: DOS PROMINENTES DEVOTOS . . . 230

CAPÍTULO XVIII: REALIDAD Y SIGNIFICACION DE LO MILAGROSO 246
CAPÍTULO XIX: ALGUNAS ENSEÑANZAS DE SATHYA SAI BABA 256
CAPÍTULO XX: EL AVATAR 274

NOTA DEL AUTOR

Este libro va dirigido a tres clases de lectores: la primera, a los muchos para quienes lo misterioso, maravilloso y milagroso de la vida ofrece interés y atracción; la segunda, a los que andan en pos de luz espiritual y no han encontrado aún lo que buscan.

Muchos de los comprendidos en estas dos clases, especialmente en la primera, no habrán siquiera oído hablar de Sathya Sai Baba de la India, mucho menos visto sus milagros y sentido su gran influencia. Estarán más inclinados hacia la duda. Por esto, he tratado de presentar los hechos de la manera más objetiva posible, manteniendo el contenido devocional al mínimo. Otros libros han tratado en ocasiones el tema de los fenómenos milagrosos en esta forma. Pero no sé de ninguno que describiera en relación con un santo milagroso viviente tantos hechos de tal variedad y reportados por tantos testigos presenciales con la indicación de sus nombres. Estos testigos, en su mayoría, son muy conocidos dentro del ámbito de sus profesiones y en sus comunidades y el que tenga alguna duda y desee confirmar las fantásticas e increíbles experiencias descriptas aquí puede ponerse en contacto con ellos.

Al reducir el elemento devocional al mínimo, la tercera clase de lectores a los cuales el libro va dirigido, los devotos de Sai Baba, quizás piensen que la presentación es demasiado fría para ellos. Pero les ruego tengan en mente que la literatura devocional pura interesa solamente a los devotos y, en este caso, mi interés primordial está en abarcar un campo mucho más amplio.

No obstante, confío en que aun los más ardientes y experimentados devotos de Sai Baba, para quienes lo extraordinario ya es lo corriente, encontrarán en estas páginas algo de interés para ellos, quizás alguna prueba, aspecto o interpretación nueva del gran poder de Sai Baba. Pues es éste un océano insondable y nadie puede llegar a conocer más que una fracción del mismo.

En este volumen, fruto de una larga pero altamente provechosa indagación, investigación y experiencia, yo quisiera compartir con ustedes la inspiradora fracción de este poder que me ha sido dado conocer.

Quiero ahora expresar mi aprecio y gratitud. Primero y principalmente a Sri Sathya Sai Baba mismo por todo lo que El tan cortésmente me ha mostrado y revelado personalmente. Las palabras aquí me son insuficientes. Así es que pasaré de inmediato a expresar mi gratitud a todas las personas que tan amablemente me han relatado los hechos acerca de sus preciosas y maravillosas experiencias, y que también me han permitido usar sus nombres en testimonio de una verdad que es más extraña que la ficción.

Finalmente, debo darle mis sinceras gracias a mi buen amigo, el señor Alf Tidemand-Johannessen, quien suministró ayuda secretarial muy oportuna en relación con el libro, y a mi esposa que tanto ayudó en mecanografiar y verificar el manuscrito.

H. M.

INTRODUCCIÓN

… ¿y le es a usted difícil creer en milagros? A mí, por el contrario, me resulta fácil. Son de esperarse. El estrellado mundo en el tiempo y en el espacio, la comedia de la vida, los procesos de crecimiento y reproducción, los instintos de los animales, la inventiva de la naturaleza… todos son enteramente increíbles, son milagros tras milagros…

PROF. W. MACNEILLE DIXON, GIFFORD LECTURES, 1935-37

Para la mayoría de nosotros, el primer encuentro con lo milagroso y lo mágico lo tenemos en los cuentos de la primera infancia, y en estos años plásticos, antes de que "las sombras de la cárcel" comiencen a cerrarse a nuestro alrededor, los milagros son parte del orden aceptado de las cosas. No hay nada increíble, por ejemplo, en el poder mágico de la lámpara de Aladino, ni en el tallo de la habichuela de Jack que le permitió ir al País de los Gigantes, ni en Cristo caminando sobre las agitadas aguas.

Estas historias, desde luego, no son patrimonio exclusivo de las escrituras folklóricas y religiosas del mundo occidental. Las crónicas escritas sobre el Hombre en toda la tierra dan cuenta de milagros que van desde Sri Krishna, hace algo así como 5000 años, hasta el presente. La Edad de los Milagros siempre ha estado con nosotros. Leemos acerca de su rosada aurora en los lejanos horizontes del antiguo Egipto, la Caldea, la India y la Palestina. Y en la vieja Alejandría de la primitiva Era Cristiana había teurgos que hacían "caminar, hablar y profetizar"

a las estatuas.

En Europa durante la Edad Media, la iglesia desgraciadamente monopolizó lo relativo a los milagros, y los que trabajaban en ellos fuera de ella tenían que hacerlo en secreto. Estos trabajadores teúrgicos seculares, pertenecientes a los Rosacruces y a otras fraternidades que practicaban lo oculto, sin embargo, existieron y a pesar del poder y de los celos eclesiásticos, algunas grandes personalidades —adeptos como Paracelso y el Conde de St.Germain— llamaron la atención del público despertando su codicia, sus temores y sus sospechas.

Pero, ¿qué es lo que en verdad consideramos como un milagro? Si en aquella Edad Media hubiera aparecido un solo individuo capaz de hacer una sola de las muchas cosas que hoy tomamos por corrientes —televisar, viajar por el espacio por encima de la tierra, o hasta la luna, comunicarse en pocos segundos con alguien en otro continente, convertir la materia en energía nuclear, o desintegrarla en sus átomos y usarlos como ladrillos para construir una forma de materia completamente diferente— ¿qué le habría ocurrido a tan peligroso hereje? ¿Qué le habrían hecho al que de esta manera se burlara de las leyes de Dios, socavara el status de los teólogos, y asumiera el poder de los ángeles? ¿Habría valido su vida algo más que un haz de leña para quemarlo? Pero estos "milagros" alrededor nuestro han ido apareciendo gradualmente a través de los laboriosos esfuerzos de la ciencia. Conocemos algunas de las leyes que los rigen. O, si aún no conocemos las leyes, nosotros mismos creemos que nuestros modernos sacerdotes, los tecnólogos de la ciencia, sí la conocen. Y así aceptamos tales fenómenos cómoda y admirativamente como resultados del progreso científico. No los consideramos milagros.

Sin embargo, en cierto sentido lo son, del mismo modo que el universo todo en el espacio y tiempo y los maravillosos inventos de la mente son milagros. Pero siempre que podamos decir, "funciona de acuerdo con tal y cual ecuación", o "nuestros científicos han descubierto las leyes, y nuestros técnicos operan de acuerdo con ellas", nos sentimos en terreno firme. Es científico, no hay nada mágico en ello.

Pero en cuanto a la definición de un milagro, éste parece ser un fenómeno acerca del cual ni entendemos nosotros las leyes causativas, ni creemos que sean ellas comprendidas por aquel gran cuerpo de trabajadores científicos en los cuales depositamos nuestra confianza y nuestra fe. Los milagros cristianos tales como los de Lourdes son, de acuerdo con los teólogos, "la suspensión del efecto de una ley de la naturaleza por Dios como su autor". Pero esta idea no satisface al ocultista. De acuerdo con él no hay ninguna suspensión de la ley; puede parecer así, pero en realidad el fenómeno milagroso es producido por una ley más profunda, todavía no descubierta ni enunciada por la ciencia esotérica. Cuando se conozca la ley mayor, nuestro concepto de la ley menor cambiará.

La señora H. P. Blavatsky definió el punto de vista ocultista de la manera siguiente: "Un milagro no es una violación de las leyes de la naturaleza, como cree la gente ignorante. La magia no es nada más que una ciencia, un profundo conocimiento de las fuerzas ocultas en la naturaleza y de las leyes que gobiernan los mundos visibles o invisibles". Estas leyes ocultas son conocidas por la ciencia esotérica, pero los que poseen tal conocimiento han sido siempre unos pocos y, generalmente, desconocidos por el público.

Así es pues, que la opinión pública usualmente pone en duda la existencia de cualquier cuerpo esotérico de conocimiento.

Los milagros que se encuentran en las crónicas caen en distintas clases. Bhagavan Das[1] clasifica los milagros de Sri Krishna como sigue: 1) dar visiones iluminadoras; 2) ver a gran distancia; 3) multiplicar pequeñas cantidades de comida, u otras cosas materiales, para crear grandes cantidades; 4) proyectar su cuerpo o cuerpos sutiles para que aparezcan simultáneamente en varios sitios a la vez; 5) curar a los enfermos y deformes con un toque; 6) en raras ocasiones devolver la vida a los "muertos"; 7) lanzar anatemas sobre pecadores particularmente graves tal como el que asesinaba infantes y personas

[1] Krishna and The Theory of Avatars, por Bhagavan Das.

dormidas.

Jesucristo realizaba una gama similar de milagros. Pero quizás el énfasis fuera diferente. El Nazareno parece haberse concentrado más en curar a los enfermos, los lisiados, y los dementes. Pero también realizaba muchos de los que ahora llamamos "fenómenos"; El se levitaba encima del agua, se volvía invisible; multiplicaba la comida; cambiaba el agua en vino; levantaba a los "muertos". Y, si las crónicas son correctas, su mayor acto de magia fenoménica se produjo al final de la historia. Después de su muerte, El desmaterializó su cuerpo para sacarlo de la tumba, lo rematerializó en una forma plástica maleable de manera que a veces no era reconocida por sus discípulos, y finalmente en el Monte de los Olivos, elevó ese cuerpo eterizado de la tierra a otro plano de existencia.

Krishna y Cristo son los dos más destacados taumaturgos de las escrituras del mundo. Pero ha habido muchos otros de menor estatura, o a veces quizás simplemente de menos fama. Algunos han podido realizar una o dos clases de milagros; otros han tenido poder sobre muchos. Los primitivos apóstoles cristianos podían curar a los enfermos y realizar otras maravillas.

Apolonio de Tiana, en el primer siglo de la Era Cristiana, podía hacer otro tanto, y más. Una vez su sola llegada a una ciudad fue suficiente para detener una epidemia de peste. Muchos santos y místicos han mostrado poderes milagrosos tales como levitación, bilocación o viaje astral. En todos los siglos ha habido amplios indicios de una escondida hermandad de ocultistas que eran adeptos en varias ramas de la Alta Magia.

En la segunda parte del siglo pasado la señora H. P. Blavatsky asombró al incrédulo mundo occidental con una serie de fenómenos inexplicables[2]. Aparentemente de la nada ella producía una variedad de artículos cuando se necesitaban: frutas, vajilla, cubiertos, joyas, pañuelos bordados, libros, cartas y otras cosas. Se dice que logró convertir un tipo de materia en

[2] El Mundo Oculto, por A. P. Sinnett. (The Theosophical Publishing House, Londres).

otra, viajó en su cuerpo sutil, y a veces hizo invisible su cuerpo físico. Podía ver cosas del pasado o desde una gran distancia en lo que ella llamaba la "luz astral".

Para cualquiera que estudie las pruebas a fondo y sin prejuicio, no hay duda alguna de que la señora Blavatsky era una genuina artífice de lo que el mundo llama magia. O quizás se aproxime más a la verdad decir que en muchos casos, la magia la hacían a través de su cuerpo ciertos yoguis adeptos altamente adelantados cuya discípula era ella.

Se ha afirmado que ella era una médium, pero en su asociación con las prácticas espiritistas esta palabra incluye la pérdida de la conciencia, y la señora Blavatsky nunca perdió el conocimiento mientras los fenómenos se realizaban a través de ella. Ella prefería usar la palabra mediadora a la de médium, para describir el papel que desempeñaba. Los adeptos que trabajaban a través de ella vivían muy lejos, pero no estaban limitados por el espacio; eran capaces de saber lo que ocurría a distancia y de entrar en acción, bien fuese viajando en sus cuerpos sutiles o por cualquier otro medio.

Con respecto a los llamados milagros, pasados y presentes, se puede decir que la opinión pública en la actualidad cae dentro de tres categorías. Están los que dicen que lo de los milagros es pura imaginación, que no tiene ninguna base real (quizás la mayoría en el mundo occidental). Están, por otra parte, los que a través de la experiencia personal o por cualquier otra razón aceptan lo milagroso como una cosa real. Y finalmente, hay algunos (en número creciente) que mantienen la mente abierta sobre la cuestión. Piensan que ciertos eventos que están fuera de los límites de una explicación racional no están necesariamente fuera de los límites de lo posible. Sienten de hecho cierta racionalidad en la idea misma de que no todas las leyes y fuerzas del universo han sido descriptas en los libros de texto de la ciencia moderna.

Pero aun cuando acepten teóricamente la posibilidad de lo milagroso, los que pertenecen a esta tercera categoría no están convencidos de que los milagros ocurran realmente. Antes de aceptar un evento como milagroso, necesitan pruebas convin-

centes, preferiblemente la comprobación de sus propios cinco sentidos, y aún a veces algo más que esto, una convicción intuitiva interna que acompañe el ver, el tocar, el oír, el comprobar. Yo pertenecía a la tercera categoría antes de conocer a Sathya Sai Baba.

El interés por la investigación psíquica o la parapsicología, y el estudio del trabajo realizado en ese campo durante el siglo pasado me habían convencido de que muchos de los milagros estaban en realidad trasladándose firmemente más acá de la frontera y llegando al territorio de los hechos científicos respetables. La telepatía, la clarividencia y la precognición son ahora fenómenos establecidos en los laboratorios, aunque hasta ahora no haya ninguna explicación satisfactoria o hipótesis científica para ellos.

Además, hay fuertes evidencias en favor de la realidad de la psicoquinesia, o sea el poder de la mente y voluntad de un hombre para mover objetos a distancia.

Cuando fenómenos como la habilidad de leer la mente, ver a través de paredes, predecir eventos futuros, o provocar o cambiar mentalmente el movimiento de objetos físicos son establecidos más allá de toda duda razonable mediante experimentos de laboratorio y análisis estadísticos, comenzamos a tener una explicación científica acerca de lo llamado "magia".

Y esto es lo que la mayoría necesita hoy en día, no una explicación teológica como antaño, sino una exposición razonada aceptable para la nueva perspectiva "científica" aun cuando muchos científicos ortodoxos no quieran ver los hechos. En todas las edades ha habido dogmáticos reaccionarios que prefieren la comodidad de sus propias creencias o teorías a los nuevos hechos, las nuevas pruebas, o el nuevo pensamiento. En todas las clases encontramos esta inercia, esta cualidad tamásica[3] que se aferra a la seguridad del "statu quo", evadiendo el esfuerzo y los peligros de la eterna búsqueda de la verdad.

Pero si lo "milagroso" ocurre realmente, ¿cómo opera? ¿Po-

[3] Cualidad energética que se expresa como densidad, pesadez, inercia.

demos conocer o descubrir algo de los medios y procesos mediante los cuales se realiza uno de los llamados milagros? ¿Puede un físico nuclear explicar a un niño de primaria cómo se envía un cohete a la luna? Podrá dar una indicación y una explicación muy simplificada, pero antes de que el muchacho pueda realmente entender las leyes y las operaciones de la física nuclear, necesitará desarrollar sus capacidades mentales e ir, paso a paso, a través de un largo y disciplinado curso de adiestramiento.

El desarrollo y el adiestramiento requeridos para que un niño de escuela llegue a ser un físico nuclear son principalmente los del intelecto, de la concentración y de la perseverancia. Por otra parte, los que se necesitan para que un ser humano ordinario adquiera algún conocimiento relativo a los milagros son principalmente de carácter, de desarrollo psíquico y de evolución espiritual. Con un verdadero adiestramiento yoga, el cual es de hecho un adiestramiento espiritual, comienzan a aparecer los poderes milagrosos, como lo señala Patanjali en sus *Yoga Sutras*.

Muchos otros grandes maestros han enseñado la misma ley de varias maneras. Sai Baba de Shirdi, por ejemplo, decía a sus seguidores que en el curso de la concentración en el *Gurú* —o en Dios en cualquier forma— uno se vuelve, si es sincero, más tranquilo, más plácido, y en ciertos casos el poder latente de leer las mentes de otros o de ver clarividentemente se adquiere espontáneamente.

Pero, ¿qué hay de los sacerdotes vudús del Africa, de los shamanes de las tribus de Siberia, de los médicos brujos de los pueblos primitivos? La mayoría de éstos están lejos de ser seres evolucionados espiritualmente. De hecho, ellos a menudo usan sus poderes mágicos con fines de venganza, provecho personal, asesinatos y otros crímenes indetectables.

Esto nos trae a la cuestión de los diferentes niveles de magia, desde el tipo trascendental de la alta magia blanca descendiendo a través de los diferentes matices de grises, hasta llegar a la magia negra o hechicería. Muchas clases de milagros se realizan por medio de la colaboración de seres de otros planos

de existencia, tales como los duendes de la naturaleza, los elementales, los seres humanos desencarnados, y los *devas* o seres angélicos. Esta teoría parece ser la que más se sostiene pues ha sido afirmada por casi todos los magos, altos y bajos, que han tenido algo que decir sobre su modo de operar. El Coronel H. S. Olcott, PresidenteFundador de la Sociedad Teosófica, afirma que los miembros de la última gran escuela de teurgia, en la vieja Alejandría, "creían en espíritus elementales a quienes evocaban y controlaban".

Para llamar y mandar a las diferentes clases de seres hay siempre un conocimiento secreto. Esto incluye no solamente los tantras, *mantras* y yantras (el ritual correcto, las palabras correctas y las figuras geométricas y matemáticas correctas) sino también ciertas autodisciplinas, y por sobre todo ello, el desarrollo de la voluntad.

Cuanto más se desarrolle la voluntad, menores serán las ayudas ceremoniales requeridas. En "Old Diary Leaves", el Coronel Olcott, quien pasó muchos años en estrecha asociación con la teúrga y productora de fenómenos, la señora H. P. Blavatsky, describe eventos milagrosos que ocurrían frecuentemente en presencia de ella. Algunos de ellos, decía la señora, eran realizados con la ayuda de espíritus elementales. Estos parecían estar plenamente bajo el control de su voluntad, sin necesidad de apelar a ningún ritual, *mantras* o yantras.

Por otra parte, un ocultista italiano, el señor Bruzzesi, quien vino a visitar a la señora Blavatsky y al Coronel Olcott una tarde en Nueva York, empleó un *yantra* (dibujo mágico). Empleando las artes ocultas, él produjo en cuestión de minutos de un cielo azul un aguacero. El Coronel observó que este señor parecía tener una voluntad indomable, pero que también usaba una extraña figura geométrica sobre un cartón que él mantenía en alto hacia el cielo. No dejó que Olcott tocara ni examinara detenidamente ese *yantra*. El italiano indicó que el aguacero era producido por espíritus bajo sus órdenes.

Las personas de niveles inferiores en la evolución espiritual pueden aparentemente emplear la técnica de usar entidades de los otros planos de existencia que interpenetran la tierra,

pero como lo semejante siempre atrae a lo semejante, los hechiceros con malas intenciones atraerán agentes espirituales malos para hacer su voluntad. El poder de esa magia baja es bastante real bajo ciertas condiciones, pero lleno de peligro para el practicante quien deberá estar siempre en guardia, no sea que sus armas se conviertan en bumerang y lo destruyan. Este es uno de los peligros de la magia negra o de la siniestra.

Los que realizan el tipo de magia gris o mediana atraen aliados de un tipo algo mejor de los sutiles planos de la existencia.

Los motivos de esos magos no son criminales. No apuntan al asesinato, la inmoralidad, la dominación ni la destrucción. Sin embargo, como el ciudadano promedio del mundo de hoy, su motivación es más egoísta que altruista. El orgullo, deseo de fama, ambición y avaricia son algunos de los poderes que los mueven. Por ejemplo, Mohammed Bey, a quien Paul Brunton dedicó un capítulo en su libro sobre la India, era un tipo corriente de mago gris. Su objetivo era francamente el hacer dinero, y para sus proezas supranormales (principalmente el leer el contenido de documentos sellados) él había adiestrado y estaba empleando, decía, al espíritu desencarnado de su hermano muerto. Esto no es más inmoral y poco ético, quizás, que muchas prácticas comerciales normales, tales como el uso de espías industriales "en persona". Pero están involucrados muchos más peligros para la salud, el bienestar y la integridad personal del que emplea las fuerzas desencarnadas. Además, los poderes milagrosos usados para fines comerciales y egoístas se pierden fácilmente, y de ello han podido darse cuenta muchos mediums espiritistas profesionales y seudo-yoguis orientales.

En el otro extremo de la escala de la hechicería salvaje y de la magia negra, a través de los varios matices de grises, llegamos a la magia blanca, la del camino recto, la de la diestra. Esto es algo totalmente diferente. Diferente en motivo, método, poder y alcance. La clave para reconocerla está en el motivo. Este debe ser puro; o sea, enteramente desasociado del yo personal del taumaturgo. Debe ser una persona que se haya elevado por encima de los atractivos normales de la naturaleza. El

dinero, la ambición, la fama, el poder personal, la seguridad —todas las fuerzas que usualmente impelen al hombre— deberán carecer de todo significado para él. Su sola motivación es un amor puro para sus prójimos, con el deseo de aliviar sus penas y sufrimientos y de elevarlos hasta niveles más altos de comprensión y felicidad.

Si un hombre ha alcanzado tan altas normas de acción, quizás a través de la evolución por muchas encarnaciones pasadas en la tierra, entonces seguramente dispondrá de poderes milagrosos. Estos serán parte de su naturaleza pura, divina. El **Srimad Bhagavata** pregunta: "¿Cuál es el poder que está fuera del alcance del sabio que ha controlado su mente, sus sentidos, sus corrientes nerviosas y su disposición, y se concentra en Dios?" Y en otra parte dice: "Cuando una persona está inmersa en Dios, todos los poderes, todo el conocimiento, toda la sabiduría, toda la perfección, que se dicen divinos, resplandecen en ella".

Todos los que han escrito acerca de este difícil tema han dicho lo mismo. Eliphas Levi escribió: "Para dominar a la Naturaleza, el hombre debe estar por encima de la Naturaleza". Joseph Ennomoser en su "Historia de la Magia", escrita hace ya más de un siglo, dijo que las obras milagrosas divinas son posibles solamente para los "que han convertido su vida toda en una vida divina; que ya no son esclavos de los sentidos…" Y es bien sabido que en las escuelas teúrgicas de antaño el hierofante que operaba los misterios esotéricos vivía una vida de la más estricta pureza y auto-abnegación.

Al nivel más alto podemos decir que los milagros son obra de Dios a través de una persona purificada que encarna (o sea que da forma humana terrestre) a la Divinidad. Cristo dijo: "El Padre (Dios) que mora en mí, realiza las obras (milagros). Yo estoy en el Padre, y el Padre está en mí…" En el Imperio Romano, durante el primer siglo de la Era Cristiana, la brujería había desacreditado a toda la magia y ésta fue prohibida por el emperador. No obstante, el gran taumaturgo Apolonio de Tiana señaló las diferencias entre las formas inferiores y las superiores. Dijo: "No preciso de sacrificios, pues para mí Dios

siempre está presente y colma mis deseos… Yo llamo falsos sabios a los hechiceros, porque sólo les atraen las riquezas que yo siempre he despreciado…" Los taumaturgos divinos no tienen ninguna necesidad de los sacrificios o encantamientos usados por los magos de bajo orden. No se tiene conocimiento de que Jesús o Krishna o Shirdi Baba usaran ritos tántricos o cantaran *mantras*. Estaban por encima del uso de esas fórmulas. En ellos, la voluntad espiritual era el poder creativo. Una voluntad semejante es a la vez humana y divina. Es humana en cuanto todos los hombres la tienen en potencia, aunque lo que la mayoría de los hombres considera como su "voluntad" no son más que sus propios deseos, abiertos u ocultos. Solamente cuando se hayan eliminado estos deseos egoístas, solamente cuando hayan sido borrados como se borra lo sucio de un cristal al pulirlo, y el hombre se vea a sí mismo como uno con Dios, solamente entonces es cuando resplandece la verdadera voluntad espiritual. Y ésta, siendo divina, tiene poder y dominio sobre los mundos de la materia.

Pero esto no quiere decir que una semejante voluntad iluminada no emplee a veces seres de otros planos para ejecutar sus mandatos. Ennemoser, que estudió e investigó estas cuestiones a fondo, dice que mientras que en la clase inferior de magia la operación depende casi enteramente de los espíritus elementales, en la superior "El hombre opera principalmente a través de su poder innato, pero no sin la asistencia de espíritus elementales".

Los poderes y fuerzas de otros mundos que el hombre-Dios, o Avatar, dirige con su voluntad pura deben, por la naturaleza misma de las cosas, ser de un tipo superior y no los demonios y espíritus malos que se encuentran en la nómina del brujo. Y no hay ningún peligro de que algún agente oculto perjudique o abandone al gran mago blanco. Este será profundamente reverenciado por los agentes superiores, y temido, además de muy respetado, por los inferiores, sean éstos no humanos o humanos desencarnados.

Decir, como los analistas de la magia siempre han dicho, que las entidades de otros mundos, más o menos inteligentes, son

a menudo los sirvientes del taumaturgo no significa burlarse del concepto de la ley natural. No hay duda de que el universo funciona de acuerdo a un patrón de armonía y ritmo. El que el Hombre, a través de la cuidadosa observación y razonamiento, haya sido capaz de hacer ciertas generalizaciones, que él llama leyes de la naturaleza, es también cierto. Pero esas generalizaciones nunca explican completamente los fenómenos. Con el tiempo vienen otras generalizaciones, otras hipótesis, otras leyes, que se acercan más a la verdad última, y en éstas la vieja "ley" desaparece —se demuestra que era errónea o solamente una comprensión parcial de la realidad—.

Las enseñanzas de la ciencia oculta, tales como se dan en "La Doctrina Secreta" de H. P. Blavatsky y otras obras, sugieren que seres vivientes más allá del átomo, y tan invisibles como el átomo a los ojos humanos, juegan una parte en la marcha de la Naturaleza. Pero tales seres no están actuando de acuerdo a sus propios antojos y caprichos: están trabajando, y están ayudando a llevar a cabo, esa armonía rítmica que abraza las leyes más profundas del universo. Tampoco desvía el taumaturgo a tales seres de su vía legítima para convertirlos en violadores de leyes.

Por su voluntad producen efectos sorprendentes, pero esto siempre se hace de acuerdo a la ley, aun cuando sea por una ley más profunda que el hombre no ha descubierto todavía.

Si consideramos, por ejemplo, aquel espectacular milagro, el de convertir una clase de materia en otra, podemos obtener alguna comprensión de este principio. Toda materia, se cree, emerge de la energía y puede ser reconvertida en energía. Así el proceso milagroso es el de reducir un tipo de materia a su forma energética fundamental, y con ésta construir otro tipo de materia.

Aun sin reducirla a la energía nuclear básica, el hombre hoy está convirtiendo una clase de materia en otra. Por ejemplo, en los complejos industriales manufactureros, la química sintética está descomponiendo sustancias naturales tales como el carbón y el petróleo en sus elementos constituyentes y usando éstos como ladrillos para construir tipos de material total-

mente nuevos y desconocidos en la Naturaleza, tales como los plásticos y las fibras sintéticas. Así es que lo que una vez era un pedazo de carbón o un frasco de petróleo se convierte en un vestido de nylon, o quizás en la caja de plástico de una afeitadora eléctrica.

¿Por qué entonces no habrá en los laboratorios ocultos de la Naturaleza trabajadores capaces de operaciones similares o aun más difíciles de reducción y conversión? Así el agua se torna en vino para una fiesta de boda en la vieja Palestina, o en aceite para las lámparas de una mezquita en Shirdi. Estos operadores ocultos, espíritus del laboratorio de la Naturaleza, trabajan de acuerdo con las leyes cósmicas. No pueden violar ninguna ley como tampoco lo hacen los magos de la química moderna. Pero las leyes que los controlan son más profundas que las que nosotros conocemos en la actualidad. De acuerdo con éstas, y sin perturbar la armonía de la Naturaleza, ¿por qué no podrán convertir metales bajos en oro cuando esto se hace bajo la voluntad de un gran alquimista que ha perdido todo deseo personal por el oro, y que lo usará solamente para el bien de sus semejantes?

Considerados bajo esta luz, vemos que los milagros de un Cristo, un Krishna, un gran Maestro de cualquier siglo, no son realmente más increíbles que el sinnúmero de milagros que constantemente vemos a nuestro alrededor, "los mundos estrellados en el tiempo y en el espacio, la procesión de la vida, los procesos de crecimiento y reproducción…".

La plena comprensión del "modus operandi" de los milagros está sin duda fuera del alcance de la conciencia humana en su actual estado de evolución. Pero el intento por resolver estos misterios debe llevarnos a una mayor comprensión de nosotros mismos y del milagroso universo a nuestro alrededor.

Fue un libro[4] escrito por un inglés y publicado en Inglaterra lo que por primera vez me inclinó hacia la extraña y fascinante

[4] The Incredible Sai Baba, por Arthur Osborne (Rider & Co., Londres).

figura que se conoce como Shirdi Sai Baba.

Luego, mediante otros escritos, conocí más cosas acerca de este hombre-Dios, inclusive la biografía en cuatro volúmenes de B. V. Narasimha Swami, pero desde el primer momento de mi acercamiento sentí algo que se movía en el fondo de mi ser como si algo hubiera tirado de una cuerda prendida al alma de mi ser más recóndito. No podía entender lo que tal cosa significaba.

El misterio rodea el nacimiento y la filiación de Sai Baba.

Todo lo que se sabe son unas pocas palabras dichas por Sai Baba mismo y éstas, a menudo simbólicas, no siempre parecen consistentes. Sin embargo, parece ser que su nacimiento tuvo lugar a mediados del siglo pasado en el Nizam del Estado de Hyderabad, probablemente en el pueblo de Patri. Aparentemente sus padres eran *brahmanes* hindúes (transmisores del conocimiento y evolución espiritual), pero a tierna edad Baba parece haber quedado al cuidado de un fakir musulmán, un hombre santo y probablemente un sufí, quien fue su primer gurú.

Después de cuatro o cinco años, debido a la muerte del fakir o por alguna otra razón, Sai Baba quedó bajo el cuidado de un importante funcionario gubernamental en Selu, llamado Gopal Rao. Este hombre notable no era sólo rico y liberal sino también pío, culto y profundamente religioso. El era un guerrero santo con poderes a la vez temporales y espirituales.

Cuando vio al joven Sai Baba por primera vez reconoció en él, se dice, a una encarnación del gran santo, Kabir. Gopal Rao estaba complacido, por lo tanto, de que el muchacho viviera en su residencia y tomara parte, como constante compañero, en las actividades de la corte, el campo y el templo. Así es que el niño obtuvo de Gopal Rao, su segundo gurú, un adiestramiento y una educación de la más alta calidad, aunque no de tipo libresco.

Pero después de unos cuantos años, el santo guerrero decidió que había llegado el momento de dejar la tierra. En consecuencia, en el momento fijado por él mismo para su partida, se sentó en medio de un grupo religioso que realizaba rituales de

adoración y por su propio poder yóguico dejó su cuerpo. Pero antes apuntó hacia el oeste y ordenó al joven Sai Baba que viajara en esa dirección hacia su nueva morada.

Sai Baba viajó hacia el oeste y eventualmente llegó al pueblo de Shirdi, en la Presidencia de Bombay (como se llamaba en esa época). Al comienzo no fue bien recibido allí. Al acercarse a un templo hindú en las afueras de la ciudad, fue atraído por su tranquilidad solitaria y quiso vivir en él. Pero el sacerdote a cargo del mismo lo tomó por un musulmán y no quiso dejarle poner el pie en el templo.

Por esto Baba estableció su residencia temporal al pie de una mata de margosa. Se fue y regresó varias veces a Shirdi, luego en el año 1872, se estableció permanentemente en el pueblo. Una mezquita musulmana abandonada vino a ser su casa. Mantenía un fuego constante y tenía unas lámparas de aceite prendidas en el interior de la mezquita durante toda la noche. De acuerdo con la tradición, era común tanto a hindúes como a musulmanes el que los lugares de culto fuesen iluminados durante la noche.

Algunas personas reconocieron las cualidades divinas de Sai Baba y vinieron a rendirle homenaje (entre los primeros el sacerdote que lo había echado del templo hindú) pero la mayoría de los habitantes del pueblo lo consideraban como un fakir loco, del que no valía la pena ocuparse. De acuerdo con la tradición de los hombres santos de la India, él dependía de la caridad para su comida y otras necesidades materiales. Estas eran pocas, pero sí necesitaba aceite para sus lámparas de barro. Una noche el tendero que le suministraba a Baba el aceite gratis le dijo, mintiendo, que no tenía más en existencia. Quizás fue esto un chiste para divertir a los ociosos del pueblo. De todos modos, un grupo de ellos, junto con el vendedor de aceite, siguieron al joven y loco fakir hasta su mezquita para ver qué haría sin su fuego religioso, y quizás para pasar un buen rato burlándose de él.

En las mezquitas hay recipientes con agua para que la gente se lave los pies antes de entrar en los recintos sagrados. En la penumbra, los pueblerinos vieron que Baba tomaba agua de

los recipientes y la vertía en sus lámparas. Luego prendió las lámparas y éstas ardieron, y siguieron ardiendo. Y los observadores se dieron cuenta de que el fakir había cambiado el agua en aceite.

Consternados cayeron a sus pies, y rogaron que no los maldijera por el trato que le habían dado.

Pero Baba no era lo que ellos pensaban. No era un brujo resentido por su desprecio pronto a aprovecharse de una ventaja.

Su naturaleza era amor puro. Les perdonó y comenzó a darles enseñanza.

Este fue el primer milagro que Sai Baba realizó ante el público, y fue la mecha que encendió el fuego que se transformó en el faro que atrajo a miles de hombres hacia él. Muchos se hicieron devotos suyos. Usaba sus poderes milagrosos para curarles las enfermedades, para ayudarles con sus problemas cotidianos, para protegerlos de todo peligro donde quiera que se encontrasen, y para atraerlos a un modo de vida espiritual.

Muchos de ellos vieron que cambiaba su sentido de los valores. Algunos se entregaron completamente a la voluntad divina que veían en Baba, abandonaron sus vidas mundanas, y vinieron a vivir a Shirdi como discípulos más cercanos. Sai Baba los instruía de acuerdo con sus necesidades y capacidades. Los eruditos que lo creían analfabeto encontraron que podía discurrir sobre filosofía espiritual e interpretar las escrituras sagradas de la India más profunda y más claramente que nadie que hubieran conocido. Pero siempre conducía a sus discípulos por el radiante camino del amor divino, de la sumisión y de la devoción.

El cuidado amoroso de sus devotos era el motivo imperante en todas las acciones de Baba, y muchos de ellos han declarado que en su presencia sentían siempre una exaltación espiritual.

Olvidaban sus penas, sus preocupaciones y sus ansiedades. Se sentían completamente a salvo y las horas pasaban desapercibidas en dichosa felicidad.

Una devota, una *parsi*, escribió: "Otros santos olvidan sus cuerpos y lo que los rodea, y luego vuelven a ellos, pero Sai Ba-

ba estaba siempre a un mismo tiempo dentro y fuera del mundo material. Otros parecen tener dificultad y hacer esfuerzos para poder leer la mente de las personas y decirles su historia pasada, pero Sai Baba no requería de ningún esfuerzo. El estaba siempre en estado de perfecta omnisciencia".

Se cuentan muchas historias curiosas, divertidas e iluminadoras sobre él en los volúmenes escritos sobre su vida y enseñanzas.

Pero para nuestros fines hay sólo unos pocos puntos que podemos señalar. Uno de los objetos del fuego que él mantenía permanentemente encendido en la mezquita era tener siempre una provisión de ceniza a disposición. Esta ceniza la llamaba *udhi*, y la empleaba con muchos fines milagrosos, en particular para curar enfermedades. Los milagros que él realizaba cubren toda la gama de poderes supranormales, tales como los que se mencionan en aquellos clásicos espirituales y yóguicos como son el **Srimad Bhagavata** y los **Yoga Sutras** de Patanjali. Muchas veces él demostró a sus devotos que sabía lo que estaban pensando, diciendo o haciendo, cuando se encontraban a cientos de millas de él.

Frecuentemente, en las crisis, él aparecía dondequiera que se le necesitara, bien en su propia forma o aparentemente en cualquier otro cuerpo —un mendigo, un ermitaño, un obrero, un perro, un gato o cualquier otra cosa—. Había abundantes pruebas de que él podía proyectarse a través del espacio y tomar cualquier forma material que escogiera. Los que estaban en la mejor posición para saberlo, sus discípulos más cercanos, no tenían duda alguna al respecto.

Baba procuraba visiones a la gente, como por ejemplo, en el caso del alto brahmán que dudaba en entrar a la mezquita. Desde fuera de la mezquita el brahmán vio a Sai Baba en la forma del Dios que él adoraba, Sri Rama. La visión de Rama fue tan convincente que él se precipitó adentro y cayó a los pies de Baba. Otros tipos de milagros incluyen el dar protección a distancia —protección contra accidentes, plagas, la mala suerte y la muerte inminente. El otorgamiento de descendencia a

los que no tenían hijos o que deseaban tener un hijo varón; el aparecerse a la gente en los sueños con consejos y ayuda en sus problemas.

Al igual que Jesús, Baba podía ahuyentar a los espíritus malos de los poseídos y curar las enfermedades más terribles, como la ceguera, la parálisis y la lepra. Por ejemplo, él le permitió a Bagoji, un hombre con avanzada lepra, que viniera y le lavara las piernas. La gente temía que Baba se contagiase, pero por el contrario fue Bagoji el que se curó completamente de su lepra, sólo le quedaron las cicatrices y marcas.

Hacia fines del siglo pasado, a pesar de lo primitivo de las comunicaciones en la India, la fama de Sai Baba crecía rápidamente.

Llegó al punto culminante en 1910 cuando un flujo interminable de visitantes empezó a llegar desde Bombay y otros lugares. Pompa y ceremonia le impusieron al recio y sencillo viejo santo. Cargado de joyas, sentado en un carro de plata con finos caballos y elefantes, lo llevaban en grande y pintoresca procesión por las calles.

A Baba, se dice, no le gustaba este espectáculo, pero se sometía a él por complacer a la gente. Sin embargo, a pesar del tratamiento real y de las riquezas que se le ofrecían, él continuaba mendigando su comida como antaño; quizás para demostrar que la humildad es mucho más necesaria cuando la riqueza, la pompa y el poder están tratando de seducir el alma del hombre.

Cuando Sai Baba murió en Shirdi en 1918, tenía apenas el dinero necesario para pagar su entierro, y nada más. Es tradición en la India enterrar y no quemar a una persona "realizada" en Dios. Así, todos los devotos convinieron en que Baba fuera enterrado, pero riñeron acerca del método. Como sucedió en el caso de Kabir, siglos antes, tanto el sector hindú de sus seguidores como el musulmán, reclamaban el derecho de enterrar el cuerpo de acuerdo con sus propios ritos particulares. Como eran mayoría, los hindúes ganaron, aunque debido a la sabiduría y diplomacia del señor H. S. (Kaka) Dixit, se hicieron concesiones aceptables para los seguidores musulmanes.

La tumba de Sai Baba, la mezquita donde vivió durante más de cuarenta años y donde el fuego sagrado sigue ardiendo, y otros lugares asociados con él en Shirdi son hoy la Meca de miles de peregrinos hindúes, musulmanes, parsis, budistas y cristianos.

CAPÍTULO I: LA BÚSQUEDA

Si, por tanto deseas la sabiduría, no faltará alguna lámpara que te ilumine…

ANÓNIMO

Después de nuestra permanencia en Europa, mi esposa y yo decidimos quedarnos por algún tiempo en la India de paso para nuestro hogar en Australia. Teníamos dos objetivos en mente.

Uno era profundizar más en la teosofía, asistiendo durante seis meses a la "Escuela de la Sabiduría" en la Sociedad Teosófica de Adyar, Madrás. Debo decir, incidentalmente, y en caso de malentendido, que esta Escuela no pretende ofrecer un breve curso de sabiduría; su objeto es simplemente el de hacer un estudio de la sabiduría eterna, de la filosofía eterna que se encuentra principalmente en las antiguas escrituras de Oriente.

Nuestro segundo objetivo era el de viajar por el país para detectar, si la había, alguna dimensión espiritual más profunda en la vida de la India moderna. ¿Quedaba, nos preguntábamos, algo de la India misteriosa descripta en las páginas de Paul Brunton, Yogananda, Kipling, Madame Blavatsky, el Coronel H. S. Olcott y otros escritores? ¿Existían todavía fuentes ocultas de conocimiento esotérico o se habían secado los viejos manantiales? ¿Sería posible encontrar en alguna parte, en un ashram (lugar de retiro religioso) o ermita en la jungla, a un gran yogui de poderes sobrenaturales que conociera los se-

cretos de la vida y de la muerte? Pensamos que un año más o menos bastaría para la realización de este programa.

La Escuela Teosófica fue muy agradable e iluminadora. Fue como una incursión en las enseñanzas de la sabiduría, que iban desde los antiguos *Vedas* hasta "La Doctrina Secreta", publicada en 1888 y preparó nuestras mentes para nuestra futura exploración "en el terreno". Entendíamos mejor lo que estábamos buscando y nos sentíamos mejor equipados para apreciarlo si lo llegábamos a encontrar.

Nuestra búsqueda nos llevó a varios de los conocidos ashrams a todo lo largo de la India, y a algunos de los poco conocidos. Nos sentamos y hablamos con ermitaños y ascetas en sus cuevas en los Himalayas. Conocimos una gran variedad de **sadhus**, **sadhaks** (renunciantes, sabios, eruditos) y de maestros de diferentes tipos de yoga.

Desde las ermitas de los Himalayas y desde los ashrams a la orilla del sagrado Ganges regresamos a Nueva Delhi. Allí, en un distinguido club social, conocimos a un importante hombre de negocios quien nos dijo, mientras paladeaba su cerveza: "¡Así es que ustedes están buscando la vida espiritual de la India! ¡No la hay! Eso se acabó. Nosotros buscamos lo que ustedes tienen en Occidente —progreso material—".

En otro lugar, un profesor de historia también trató de apagar nuestro entusiasmo. "Créanme", decía, "no queda ya ninguna espiritualidad en este país. En la India de antaño la hubo, claro está, pero ésta murió hace miles de años".

Sin embargo, sabíamos que los hombres que hablaban así, los hombres de la moderna India con su sed de tecnología occidental, estaban equivocados acerca de su propio país. Habíamos visto y experimentado lo suficiente como para sentirnos seguros de que los tesoros yóguicos de antaño todavía se podían encontrar en sus apartados rincones.

Los habíamos sentido; habíamos olido algo de su perfume en los aires; habíamos encontrado hombres felices al enseñar, por amor a la Enseñanza, las verdades eternas de la religión y de la filosofía hindú. No había escasez de palabras inspiradoras y de nobles teorías. Pero no habíamos encontrado todavía

a ningún hombre con poder real; uno que hubiera vivido la vida de yogui durante suficiente tiempo y de manera suficientemente real como para haber trascendido las limitaciones que unen al Hombre a su desgraciado estado actual; pero con todo el prometedor material, había alguna esperanza de que existiera alguno de éstos.

También sabíamos que los tesoros espirituales no se le dan a uno en bandeja de plata. Hay siempre *tapas* (dificultades), trabajos, austeridades que pasar para lograrlo.

Los viajes en tren y autobús por las llanuras de la India en el ardiente mes de junio, los considerábamos austeridades suficientes para cualquiera. Del horno que era Delhi fuimos a uno peor en Dayalbagh en los alrededores de Agra. Queríamos ver qué había sucedido con la colonia religiosa de Radha Soami en esa ciudad que Paul Brunton había admirado tanto hacía treinta años.

Encontramos que sus instituciones educacionales habían progresado y que sus fábricas y granjas parecían florecientes, pero que tenían un aspecto cansado. No había nada del dinamismo que Brunton había encontrado allí. Era como un viejo cansado cuyos sueños rosados y optimistas no se realizaron. Quizás se debía esto a que el líder enérgico e inspirador de los días de Brunton, Su Santidad Sahabji Maharaj, había muerto. Antes de morir, él entregó la dirección a un ingeniero retirado escogido entre sus seguidores, un tal Hazur Mehtaji Maharaj. Este era ahora "Dios encarnado en la tierra para los Deyalbaghitas".

Resultó ser un Dios evasivo. Tratamos de verlo pero no recibimos ningún estímulo de él. En una oportunidad salimos temprano con un gran grupo que trabaja durante varias horas en el campo antes de empezar sus deberes en las oficinas, escuelas o fábricas. El gurú se encontraba en el grupo y teníamos grandes esperanzas de hacer por fin el contacto (por esta razón habíamos ido nosotros), pero siempre se las arregló para poner distancia entre él y nosotros.

Finalmente, sin embargo, el día anterior a nuestra salida, el secretario de la colonia logró detenerlo lo suficiente en su oficina como para que pudiéramos tener una entrevista. En el ca-

mino para la entrevista nos mostraron la casa en la cual vivía el líder.

Era igual a cualquier otra en una fila, indistinguible entre sus modestas vecinas.

En la oficina encontramos a un hombre pequeño y tímido que parecía tener vergüenza por el hecho de que hubiera un aparato de aire acondicionado en su sencilla habitación. Esto no era corriente en la colonia, y nos señaló que sus seguidores lo habían obligado a aceptar ese excepcional lujo debido a su delicada salud. Era amable en su modestia, pero no dijo nada de importancia que yo pudiera recordar. Y nosotros no sentimos nada, excepto que si Dios era la humildad misma, entonces este hombre podía ser Dios encarnado, pero era ciertamente una encarnación muy renuente, y mantenía sus otros signos de divinidad bien escondidos —de nosotros, al menos—.

El secretario, Babu Ram Jadoun, compensó con su abierta hospitalidad y asistencia cualquier falla por parte del modesto líder. Pasaba las tardes con nosotros en los sillones, enfrente de la casa de huéspedes, hablando de la fe de Radha Soami y de su Sabdha Yoga, en el cual uno se concentra en la meditación, en escuchar los sonidos internos del *anahatha* (centro psíquico ubicado a la altura del corazón). También le gustaba recordar el pasado y contarnos anécdotas acerca de los dos escritores ingleses, Yeats Brown y Paul Brunton, que se habían alojado juntos una vez en esta misma casa de huéspedes al comienzo de los años treinta.

Yo sabía que había ahora cerca de veinte de estas colonias Radha Soami en la India, cada una con su propio gurú. Habíamos visitado parte de ellas, inclusive la más grande en Beas, cerca de Amritsar, donde unas 600.000 personas creen que su benigno líder, Charan Singh Maharaj, es la verdadera encarnación.

Habíamos notado que cada grupo que visitábamos tenía exactamente la misma idea acerca de su líder.

La noche anterior a nuestra salida de Dayalbagh decidí preguntarle al secretario, un hombre inteligente, qué pensaba él acerca de esta división de la creencia que se había desarrollado

en el culto durante el siglo de su existencia desde 1861.

"¿Tienen todos los líderes la corriente divina?", pregunté.

"¿Cree usted que todos son encarnaciones del infinito Brahmán?" Sólo mi esposa y yo estábamos sentados con él bajo los árboles delante de la casa de huéspedes.

Se movió en su asiento, el aire caliente nos envolvía como una manta, y después de un minuto de silencio, contestó: "No, sólo puede haber una encarnación al mismo tiempo".

"¿Y ésta es su líder?" "Sí".

"¿Así es, pues, que todos los demás están equivocados?" "Creo que sí".

"Bien, usted tendrá, sin duda, una buena razón para estar tan seguro", le dije, "pero, ¿cómo podemos nosotros —cómo puede cualquier extraño— saber quién tiene la razón? ¿Cómo podemos decidir en cuál de los muchos líderes, si los hay, está encerrada la divinidad?" El hombre pequeño y arrugado pareció rumiar su pensamiento por un tiempo antes de decir: "Hace treinta años, yo era catedrático en la Escuela de Ingeniería de aquí. Una noche estaba sentado con varias personas donde estamos sentados ahora, escuchando a nuestro líder, Sahabji Maharaj. Paul Brunton, quien se encontraba con nosotros, le hizo la misma pregunta que usted me acaba de hacer. Recuerdo muy bien la respuesta que Su Santidad le dio…" "¿Cuál fue su respuesta?", preguntó Iris.

"Fue: 'Ora cada día a Dios para que te conduzca al hombre en el cual está ahora encarnado'. Le sugiero lo mismo a usted ahora y su plegaria será sin duda oída". Hizo una pausa, luego añadió con una suave sonrisa: "Y cuando lo sepa, cuando lo encuentre, le ruego me escriba y me lo haga saber".

Me preguntaba si él quería decir "escriba y dígame que está en camino de regreso para acá". Luego recordé que Paul Brunton no volvió a Dayalbagh para iniciarse en la fe de Radha Soami, sino que encontró su gran gurú en Ramana Maharshi, de Tiruvannamalai.

Todo esto era muy extraño. No estaba seguro de creer en las encarnaciones modernas. Quizás en la antigüedad como lo enseñaban las escrituras, había habido tales encarnaciones, hom-

bres como Rama, Krishna, Cristo y otros. Sabía que muchos en la India consideraban a algunos maestros espirituales, comparativamente modernos, tales como Paramahamsa Ramakrishna, como encarnaciones o avatares, pero nunca había esperado ni esperaba encontrar a alguno en la década del 60. La idea no se me había ocurrido. Estaba preparado para quedarme satisfecho con un gran yogui que hubiera subido a las rarificadas alturas de la realización con Dios. Pero, ¿cuál era la diferencia, si la había? Todo esto estaba fuera de mi comprensión o de mis esperanzas.

Sin embargo, mi esposa y yo decidimos que, si entre los muchos millones de gente en la India había una encarnación hoy en día, nos gustaría encontrarla. De manera que la plegaria no nos haría ningún daño. Podía, al menos, ayudar a guiarnos hacia el gran maestro que buscábamos.

No creo que repitiéramos la oración de Su Santidad Sahabji Maharaj con sus mismas palabras muy regularmente o por mucho tiempo, pero el fuerte anhelo estaba en lo profundo de nuestros corazones, el anhelo de encontrar a la más alta manifestación de Dios en el hombre. Y esto en sí es una plegaria.

CAPÍTULO II: SATHYA SAI BABA

La verdad es siempre extraña; más extraña que la ficción.

LORD BYRON

Oí pronunciar por primera vez el nombre de Sathya Sai Baba por un yogui caminante. El personalmente no había conocido a este santo hombre, dijo, ni había estado en su ashram que quedaba en un pueblo llamado Puttaparti. Había oído decir que ese lugar era difícil de alcanzar, ya que se encontraba en los montes del interior; había que hacer la última parte del viaje en carreta de bueyes o a pie por escabrosos caminos. Pero el Swami (maestro) valía sin duda el esfuerzo, pensaba el yogui, si yo tenía tiempo y estaba interesado en fenómenos. Tenía la reputación de tener *siddhis* (poderes milagrosos supranormales), y de ser un taumaturgo.

"¿Qué clase de milagros?", pregunté.

"Bueno, se dice que El puede, por ejemplo, crear objetos de la nada. Claro está, hay otros hombres que pueden hacer algunas suertes supranormales, pero, por lo que se dice, los poderes de Sai Baba son mucho más grandes. Y El realiza milagros frecuentemente. Cualquiera puede verlos".

Esto desde luego despertó mi interés y curiosidad. Había oído (y ¿quién no?) que la India era el crisol de los taumaturgos.

Había leído acerca de los grandes adeptos, ocultistas, santos del pasado que conocían las leyes internas de la Naturaleza.

Pero dudaba a medias de su realidad. Y si bien habían existido alguna vez, ¿podría todavía haber alguno?

Esta, pensé, podría ser mi gran oportunidad para averiguar si los fantásticos cuentos que han salido de la India pertenecen al reino de los hechos o de la ficción. Decidí que debía ver a Sathya Sai Baba tan pronto como fuera posible. Más tarde, cuando me enteré de que sus seguidores lo consideraban una reencarnación de Sai Baba de Shirdi, mi deseo de conocerlo se hizo más fuerte aun.

Pero el "safari" en carreta de bueyes hacia el interior de la India del sur tendría que esperar un poco. Nos parecía más que arduo, y habíamos descubierto recientemente en nuestro viaje al norte que el viajar de ordinario por la India agota la vitalidad de cualquiera. A nuestro regreso, nos alegramos de podernos recuperar por un tiempo en el tranquilo y frondoso parque de la Sociedad Teosófica.

Un día, varios meses después de nuestro regreso, una joven y pálida mujer vestida con la túnica ocre de un monje vino de visita a las oficinas centrales de la Sociedad Teosófica. Nos fue presentada por un amigo mutuo como Nirmalananda, y la invitamos a tomar el café de la mañana con nosotros. Nos dijo que era americana, de Hollywood; extraño lugar de origen para una asceta, pensamos. "Nirmalananda", dijo, era el nombre hindú que le había dado Swami Sivananda cuando la inició en la vida monástica. Después de su muerte, había dejado su ashram en Rishikesh y se había hecho seguidora de Sathya Sai Baba. En Puttaparti había sido testigo de muchos maravillosos milagros.

Ahora Sai Baba estaba de visita en Madrás y ella formaba parte de un pequeño grupo de discípulos que El había traído consigo.

Esta parecía ser nuestra mejor oportunidad. Iris no se sentía lo suficientemente bien para acompañarnos, pero Nirmalananda me condujo hasta el sitio donde Sai Baba estaba alojado. Era una casa agradable, detrás de céspedes y jardines de flores. Luego me enteré de que era la casa del señor G. Venkateshwara Rao, el magnate de la mica quien era también devoto de Sai

Baba.

Los céspedes y senderos del frente de la casa estaban llenos de gente sentada quietamente en el suelo con las piernas cruzadas;

hombres vestidos de blanco por un lado y mujeres en saris[1] como rutilantes flores por el otro. Había cientos de ellos, obviamente esperando ver al gran hombre.

Nirmalananda me llevó a través de la masa de gente hacía el pórtico de adelante y ahí me presentó a un amable americano pelirrojo, de nombre Bob Raymer.

"Creo que Sai Baba ha terminado con las entrevistas de la mañana, pero voy a averiguar", dijo.

Me llevó a una pequeña habitación y me dejó allí. Nirmalananda ya había ido a otra parte. En el cuarto había solamente dos indios, ambos de pie y aparentemente esperando a alguien.

Yo también me quedé de pie esperando.

Después de unos pocos minutos se abrió la puerta que daba al interior de la casa y entró un hombre como nunca había visto otro antes, ni desde entonces. Era delgado y bajo. Llevaba una túnica de seda roja que caía en línea recta de los hombros a los pies. Su pelo encrespado salía de su cabeza formando una masa circular color azabache, rizado hasta la raíz como la lana, y aparentemente vibrante de vida. Su tez era morena clara pero parecía más oscura debido a la espesa barba que, aunque afeitada, se veía negra a través de la piel. Sus ojos eran negros, dulces y luminosos, y su cara resplandecía con alegría interna.

No había visto nunca ninguna foto de Sai Baba. ¿Podía ser El? Había esperado a una persona alta e imponente con una larga barba negra, y vestido con túnicas blancas. Tenía una imagen preconcebida de lo que debía ser un gran yogui o maestro, quizás derivada de las primeras descripciones teosóficas de los Maestros.

Se acercó rápida y airosamente hacia mí por la alfombra,

[1] Vestimenta femenina que se usa en casi toda la India.

mostrando dientes blancos y regulares en una amable sonrisa.

"¿Eres tú el hombre de Australia?", preguntó.

"Sí", contesté.

Luego se dirigió a los indios y empezó a hablarles en telugu.

De repente le vi agitar la mano en el aire, con la palma hacia abajo en pequeños círculos, de la misma manera que hacíamos con nuestras manos cuando pretendíamos realizar alguna mágica abracadabra.

Al volverla hacia arriba, su mano estaba llena de ceniza, y la dividió entre los dos hombres. Uno de ellos no pudo contener sus sentimientos, y comenzó a sollozar. Sai Baba le daba palmaditas en los hombros y la espalda, y le hablaba con dulzura, como una madre. No entendía entonces que éstas eran lo que se llama lágrimas de devoción, lágrimas de abrumadora alegría, gratitud y amor. Luego me enteré de que Baba había curado al hijo de este hombre de una enfermedad terrible, pero como no verifiqué la historia, no puedo hacerme garante de ella.

Después de un rato la pequeña figura volvió nuevamente hacia mí. De pie, muy cerca frente a mí, empezó de nuevo a darle vuelta a su mano. Esta vez noté que El había arremangado su amplia manga hasta casi el codo. Mucho más tarde me enteré de la razón de ello. En mi mente latía la duda de que El pudiera hacer trucos de ilusionismo como un mago en el escenario, quizás sacando la ceniza de su manga. Baba no tiene la menor dificultad en leer las mentes y sabía de mis sospechas; así es que subió la manga para aliviarlas.

Cuando el montoncito de polvorosa ceniza apareció repentinamente en su palma, la volcó en la mía. Por un momento me pregunté qué debía hacer con ella. Luego una voz a mi izquierda dijo: "Cómetela, es buena para la salud". Ese era Bob Raymer que acababa de regresar a la habitación.

Nunca había esperado comer ceniza y que me gustara, pero aquella clase era fragante y muy agradable al paladar. Baba estaba parado allí mirándome. A mitad de la extraña colación le dije:

"¿Puedo llevar algo de esto a mi esposa? No está muy bien".

"Tráela aquí mañana a las cinco", respondió, y en esto desapareció.

A la tarde siguiente estábamos Iris y yo en la misma casa. En la entrada nos encontramos con Gabriela Steyer de Suiza, miembro del pequeño contingente de occidentales en el grupo de viajeros de Baba. Ella, muy amable y simpática, nos condujo a una pieza en los altos, donde había una veintena de mujeres, la mayoría de ellas indias y todas vestidas con *saris*, sentadas con las piernas cruzadas en la alfombra.

Nos sentamos cerca de ellas y Gabriela empezó a contarnos algunos de los milagros que había visto en Puttaparti.

Tomando mi cuaderno de notas le pregunté por la dirección completa del ashram y las indicaciones para llegar. Pero en ese momento la esposa de Bob Raymer, Markell, llegó y dijo que Baba estaba llegando, y que debía ir a sentarme del otro lado de la sala, junto a los hombres. Los hombres estaban ahora llenando su área del piso, pero encontré un lugar cerca de la pared. Noté que Bob Raymer y yo éramos los únicos blancos en el grupo de hombres.

De pronto Sai Baba apareció en el umbral de la puerta. Hoy su túnica era color oro viejo, pero, como la roja, caía al piso desde los hombros en una simple línea, sin bolsillos, ni colgajos o pliegues. Todas sus túnicas son de este mismo estilo. Se cierran en el cuello con dos botones de oro —las únicas joyas que lleva— y las mangas anchas llegan a la muñeca o el codo, según la temperatura. Debajo de la túnica lleva un *dhoti* (un paño de tela amarrado en la cintura y que llega a los tobillos como una falda) y éste tampoco tiene bolsillos. Sé esto como cierto porque, más adelante, cuando nos encontrábamos en una casa de huéspedes con Sai Baba, mi esposa a veces planchaba sus túnicas y dhotis en nuestra habitación. Así es que aunque los escépticos sin examinar detenidamente el asunto hayan dicho (y sin duda seguirán diciendo) que El esconde las cosas que produce milagrosamente en algún lugar de su túnica, sé más allá de toda duda que esto no es cierto y absolutamente imposible.

Desde el umbral Baba apuntó hacia mí y dijo: "¿Trajiste a tu esposa?" Me complacía que El se hubiera acordado.

Nos llevó a ambos a otro cuarto y habló con Iris de su salud.

Parecía saber precisamente lo que andaba mal en ella y las causas básicas del problema. Le dio muchos consejos y luego con su gesto de la mano, produjo del aire algo de ceniza medicinal para que la comiera.

Yo estaba de pie cerca, observando atentamente la producción, porque todavía dudaba de que fuera magia real. Ahora giró hacia mí, sonrió, y levantó su manga hasta el codo, y movió su mano debajo de mi nariz. Al girar la palma hacia arriba yo esperaba ver la ceniza usual, pero me equivocaba. En el medio de su mano había una pequeña fotografía de su cabeza con la dirección completa de su ashram. La fotografía tenía un aspecto de recién barnizada como si viniera directamente de un laboratorio fotográfico. Me la dio diciendo:

"Tú has estado preguntando mi dirección. Aquí la tienes.

Guárdala en tu cartera".

"¿Podría —podríamos— ir allá alguna vez?", pude preguntar.

"Claro que sí. Cuando quieras. Es tu casa".

Desde ese día he visto producir muchas cosas maravillosas y raras con el simple gesto de su pequeña mano morena, pero todavía llevo en mi cartera la pequeña fotografía que salió de la "nada" en respuesta a una pregunta de mi mente. No había ningún medio ordinario para que El supiera que había preguntado la dirección a Gabriela.

Después de nuestra entrevista, Sai Baba pronunció un discurso a las personas reunidas en la sala y luego, al irnos a casa, lo vimos caminando entre la gente en los jardines. Muchos de ellos trataban de tocar su túnica o sus pies. Habló a algunos y "produjo" algo para otros, usualmente ceniza, creo.

Esta constante producción de ceniza o *vibhuti*, como se la llama, parece tener una significación especial. Me hizo pensar en Sai Baba de Shirdi y el fuego que El tenía siempre encendido para producir el *udhi* que daba a sus seguidores para curar sus enfermedades, y para otros fines. Ahora parecía como si

Sathya Sai Baba, quien quizás era su reencarnación, podía producir esta ceniza de un fuego que ardía en una dimensión más allá del alcance de nuestros ojos mortales.

La ceniza es un símbolo espiritual y ha sido usada como tal por muchas religiones, inclusive la cristiana. Como todos los símbolos, tiene diferentes niveles de significación. Uno obvio es que nos recuerda la naturaleza transitoria de todas las cosas terrestres y la mortalidad del cuerpo del hombre. Sirve para dirigir nuestros pensamientos hacia lo eterno más allá de lo transitorio, hacia nuestro yo inmortal más allá del montoncito de ceniza o polvo al cual nuestros cuerpos quedarán reducidos algún día. Para los hindúes la ceniza es especialmente sagrada para el Dios Shiva, o aquel aspecto de la Divinidad que se ocupa de la destrucción de todas las formas materiales. La destrucción se considera un atributo divino porque solamente a través de la destrucción puede haber regeneración, un renacimiento de nuevas formas a través de las cuales la vida puede fluir más libremente, más plenamente, más vitalmente.

Durante los siguientes días hablamos bastante de nuestra extraña experiencia. Aparte de sus milagrosas habilidades, Sai Baba tenía un efecto poderoso. Parecía alzarnos a algún nivel superior donde no había preocupaciones. La vida se hacía más amplia, y las dificultades y conflictos del mundo parecían lejanos, irreales. Parecía haber un aura de felicidad alrededor nuestro. Iris mencionó que no podía dejar de sonreír durante horas después de que Baba hablara con ella.

En cuanto a los milagros mismos, con el transcurrir del tiempo empecé a preguntarme si los había visto realmente. Todo parecía tan poco real, tan fuera del orden común de las cosas. Es muy difícil para la mente adiestrada en la lógica y las ciencias físicas y que cree implícitamente en el orden racional del universo, aceptar la realidad de fenómenos aparentemente irracionales de esta clase. Aun después de ver estos milagros es difícil creer en ellos.

Así es que quedaba en mi mente una duda como una bruma matinal. ¿Me habían engañado, después de todo? ¿Era esto un simple juego de manos? Repasando los hechos y condiciones

cuidadosamente no podía ver cómo pudiera ser así. La ceniza sería una cosa difícil si no imposible de tener en la palma de una mano que gira en círculos, completamente abierta y vuelta hacia abajo. Y cómo podría sacarla de un bolsillo o manga, aun si tuviera bolsillos, lo que El no tenía, y aun si la manga (que no tiene puño) llegara hasta la muñeca, en vez de arremangada hasta el codo, como lo estaba a menudo.

Pero quizás había alguna manera de poder hacer las cosas que yo había visto por medio de una brillante magia. Quizás su aparente lectura de la mente y su conocimiento interno de los problemas personales de uno no era más que una hábil adivinanza.

Internamente yo sentí, por el elevado esplendor de su presencia, que no era un impostor. Pero no podía estar completamente seguro de que había conocido a un hombre con poderes realmente supranormales, de que había presenciado genuinos milagros. Tendría que observar estos fenómenos muchas veces bajo muchas circunstancias y condiciones diferentes. Tendría que conocer más al hombre milagroso en sí, conocer su carácter, sus conocimientos, y la clase de personas que lo seguían. Y desde luego tendría que visitar aquel ashram en Puttaparti.

CAPÍTULO III: LA MORADA DE LA PAZ Y MUCHOS MILAGROS

Esta tierra no es sólo nuestra maestra y nodriza.

Los poderes de todos los mundos tienen su entrada en ella.

SRI AUROBINDO "SAVITRI"

Hice el viaje en autobús de Madrás a Bangalore. Unos amigos míos en esa ciudad me proporcionaron un automóvil y emprendí la marcha por una carretera de campo para encontrar el retiro del mago de Puttaparti. Estaba viajando sólo con un conductor indio ya que Iris no podía desprenderse de sus deberes en la sede de la Sociedad Teosófica.

El camino salía del Estado de Mysore para entrar en el de Andhra Pradesh, principalmente por tierras abiertas y desiertas sembradas aquí y allá de afloramientos de redondas colinas de piedra. Ni siquiera hubo mención de Puttaparti en los postes de señales hasta que llegamos a los últimos tramos del viaje de ciento sesenta kilómetros.

Luego nos encontramos en una carretera de piedras y arena suelta, como un camino para carretas de campo. En un lugar, éste se transformó en callejón, apretándose entre las casas derruidas de un pueblo solitario. En otros lugares, el camino pasaba por encima de los cauces arenosos y casi secos de los ríos. Estos cruces son pasables excepto en las estaciones de fuertes

lluvias.

Pero me dijeron que si los bribones que vivían cerca necesitaban dinero, excavaban una zanja en las bajas aguas del vado. Luego esperaban que los automóviles se atascaran para regatear un alto precio por sacarlos de allí.

Sin embargo, ya se han ido los días en los cuales los visitantes terminaban el viaje a Puttaparti en carreta de bueyes, o a pie a través de los fangosos arrozales. A pesar de lo malo del camino en el año de mi primer viaje allí —1966— los automóviles y aun los grandes autobuses podían pasar los obstáculos finales y llegar a las puertas del ashram.

El refugio de Sai Baba está al lado del pueblo de Puttaparti, que se anida en un estrecho valle de cultivos entre colinas de roca desnuda color ocre. El valle, de un verde suave en el comienzo de los cultivos, es remoto y silencioso, intocado por el siglo veinte. Al entrar yo por la reja, el sol se estaba poniendo, envolviendo los edificios en un esplendor dorado. La mayoría de ellos están alrededor del perímetro del gran recinto, de frente, hacia un gran edificio blanco que queda en el centro.

Era la hora de los *bhajans* de la tarde, o sea, la hora de cantar canciones e himnos sagrados. Me informaron que Sai Baba estaba con la gente dentro de la gran sala que ocupa la mayor parte de la planta baja del edificio central, y como en apariencia solamente El podía decir dónde debía dormir, me senté en mi saco de dormir fuera de la sala y esperé.

Los sonidos rítmicos de los cantos aumentaban la paz de la hora. Se agolpaban las sombras, empezaron a prenderse las luces, continuaba la música obsesionante. Esta parecía filtrarse dentro de mí, sosegando mi cansado cuerpo, y calmando mi impaciencia, lavando mis preocupaciones y ansiedades.

Al rato vino alguien para llevarme a la habitación que Baba me había asignado. Estaba en la pequeña casa de huéspedes, y estaba bien amueblada con su propio baño privado e inodoro.

Esto era mucho mejor de lo que me habían dicho o de lo que yo me atreviera a esperar.

Una de las primeras personas que conocí en el ashram fue el señor N. Kasturi, un profesor de historia y Decano de la Facul-

tad de la Universidad de Mysore, retirado. Era ahora el secretario del ashram, editor de su revista mensual *Sanathana Sarathi*, y el escritor de un libro sobre la vida de Sai Baba. Había también traducido al inglés muchos de los discursos públicos de Baba dichos en telugu. Estos, publicados en varios volúmenes, contienen las enseñanzas espirituales d y dan una idea de su misión y mensaje.

En mi primera mañana, el señor Kasturi llegó a la casa de huéspedes con ejemplares de todos los libros que habían sido impresos en inglés.

"Son un regalo de Baba para usted", explicó. El señor Kasturi es no solamente un erudito, sino también un hombre profundamente religioso cuya cara resplandece de devoción y benevolencia.

Luego me dijo algo acerca del ashram. Su nombre es Prashanti Nilayam, lo que significa la "Morada de la Paz Eterna". Unas setecientas personas viven ahí permanentemente, mientras vienen y se van otros cientos constantemente. Los residentes ocupan las casas en terrazas que tienen el frente hacia adentro alrededor del perímetro. Los visitantes ocupan el espacio disponible en el momento, quizás una habitación en uno de los grandes edificios, quizás un espacio en el piso de uno de los grandes galpones abiertos, quizás un rincón en el pórtico de la oficina de correos, o en las épocas de gran afluencia durante los festivales, la roja tierra desnuda debajo de un árbol. A las personas como yo, que han sido ablandadas por las comodidades de la civilización occidental, Baba las aloja usualmente en la casa de huéspedes amueblada.

A tempranas horas de la mañana había oído sonidos extraños pero confortantes de himnos en sánscrito[1]. Ahora me enteré de que venían de la escuela donde niños y jóvenes están estudiando los *Vedas* (textos sagrados). Están aprendiendo no solamente a leer el sánscrito de estas obras sino también a recitarlas de memoria. Unos sabios panditas les enseñan a cantar

[1] Idioma de alta vibración espiritual.

los textos con la entonación y el énfasis correctos, como se hacía en la India en la antigüedad. La razón de esto es que los beneficios espirituales y elevadores de los *Vedas* vienen tanto del efecto mántrico[2] del sonido como del significado de las palabras. Esto es lo que los antiguos escritores nos dicen, y habiendo sentido la influencia de estos cantos, no lo encuentro difícil de creer. Hay muy pocas escuelas como ésta en la India hoy en día; quizás porque toma normalmente cerca de siete años el aprender uno de los *Vedas*, como dice el señor Kasturi, y hay cuatro de ellos. Se necesitan veinte años para dominarlos totalmente, y no habrá recompensa material al final de todo ello. Pero Sai Baba parece decidido, en contra de la emergente marea de materialismo en la India moderna, a revivir su antigua cultura espiritual.

El ashram también tiene su comedor donde había sido invitado a tomar mis alimentos, pero me dijeron que como era huésped de Baba no debía pagar. ¡La habitación también era gratuita y me habían regalado además un juego de libros! Parecía que no me iban a permitir pagar por nada. Pero quizás yo podría hacer una donación al final de mi estadía, como se hace en la mayoría de los ashrams en la India. Me informé de esto con el señor Kasturi.

"No", dijo enfáticamente, "Baba no acepta donaciones.

Nunca acepta dinero de nadie".

"Parece tener algunos seguidores muy ricos", contesté, "quizás proporcionan ayuda financiera al ashram".

"No", sonrió el señor Kasturi. "Pero no me crea a mi sólo;

pregúnteselo usted a ellos mismos. Muchos llegarán dentro de los próximos días para Shivaratri".

"¿Qué es esto?", pregunté.

Me explicó que era el gran festival anual dedicado al Dios Shiva, que muchos miles de personas venían a Prashanti Nilayam para ello, y que durante el festival Baba siempre realizaba dos grandes milagros en público.

---

[2] Mantras: Cantos de potentes vibraciones.

Resolví enseguida esperar el festival de Shivaratri (La Noche de Shiva) y ver los milagros. Mientras tanto leería la historia de Sai Baba escrita por N. Kasturi, hablaría con sus seguidores, y me acercaría al gran hombre mismo cuántas veces pudiera. Kasturi me dio esperanza de que sería llamado pronto para una entrevista, aunque Baba estaba muy ocupado.

Durante los siguientes días, efectivamente, tuve la fortuna de ser invitado a varias entrevistas en grupo. Para éstas se reúnen más o menos una docena de personas en una de las salas de entrevistas en cada punta del salón donde se cantan los *bhajans* (cantos devocionales) , o "sala de oración" como se le llama a veces, Sai Baba se sienta en la única silla o en el piso —según, parecería, su capricho— y la gente se sienta con las piernas cruzadas en el suelo, formando un círculo alrededor de El. En cada ocasión me las arreglé para estar lo más cerca posible de El y estuve sentado a su derecha a medio metro de la mano mágica.

Estas entrevistas de grupo usualmente comienzan con alguna charla sobre temas espirituales. Baba invita a alguien a hacer una pregunta; luego en la respuesta se extiende sobre asuntos tales como el significado y objeto de la vida, la verdadera naturaleza del hombre, y la manera cómo debería procurar vivir a fin de alcanzar la meta. Las enseñanzas son siempre claras, vívidas, e intensamente prácticas.

Hacia el fin de cada reunión, si algunos tienen problemas personales, puede que los lleve a otra habitación uno a uno o en grupos familiares. Pero nunca hubo una reunión en la cual Baba no haya producido por lo menos una cosa, aparte del *vibhuti* (ceniza sagrada) que siempre produce con su teúrgico movimiento de la mano. Lo he visto tomar del aire pendientes, cadenas, sortijas, collares y otros objetos y darlos luego a alguna persona alborozada.

El aparentemente sabía que mis sospechas acerca de El no se habían disipado todavía, porque aún arremangaba su lisa y amplia manga antes de sacar algún objeto de la nada. Pero en una ocasión no necesitó arremangarla por encima de mis sospechas. Era un día muy caluroso y llevaba una túnica con

mangas cortas que llegaban solamente hasta el codo. Y esta vez, como si quisiera exorcisar de una vez por todas el espíritu escéptico dentro de mí, dejó descansar su mano derecha abierta, con la palma hacia arriba, sobre el brazo de la silla a pocos centímetros de mis ojos. Si hubiera sido quiromántico, hubiera podido leer las líneas y montes en la pequeña palma y en los delgados y elegantes dedos. Podía estar bien seguro de que ningún objeto, por pequeño que fuese, podía estar escondido en ella.

Entonces levantó su mano de donde descansaba, y comenzó a moverla en círculos en el aire a unos cuarenta y cinco centímetros de mi cara. En un instante la mano estaba vacía, en el siguiente estaba sosteniendo algo que salía brillando de cada lado de su puño. Lo sacudió para revelar un largo collar de piedras coloradas. Era lo que los indios llaman un *japamala* de los que se usan en las oraciones, al igual que el rosario cristiano. Su tamaño reglamentario es de ciento ocho piedras o cuentas. No había ningún lugar en el espacio tridimensional donde un cómplice hubiera podido esconder un objeto tan voluminoso y producirlo bajo estas circunstancias. Baba se lo dio a una dama de cabello gris que estaba inmediatamente a su derecha. Mientras El lo estaba colocando alrededor de su cuello, ésta se emocionó tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas y se arrodilló para tocarle los pies.

Ahora cada día aumentaba la gente. Los edificios estaban todos llenos y la gente estaba empezando a poner sus camas debajo de los árboles. En este creciente mar de indios con sus oscuros rostros y sus trajes blancos era yo el único hombre occidental, ya que Bob Raymer había regresado a su hogar en California. Entre las damas quedaban sólo dos blancas: Nirmalananda con su túnica color ocre y Gabriela Steyer.

Pero no me sentía como un extraño; me sentía entre hermanos, y estaba completamente feliz. No podía ser de otra manera con el amor fraternal que resplandecía en cada rostro e inspiraba cada palabra y acción. Cualquier extraño se hacía conocido en cuestión de minutos y a la hora era su amigo íntimo, ansioso de ayudarle en todos las formas y ávido de contarle las

cosas maravillosas que Sai Baba había hecho por él o por algún miembro de su familia.

Muy pronto me di cuenta de que los seguidores venían de todas las partes de la India y de todas las clases sociales: príncipes, hombres de negocios, médicos, abogados, jueces, funcionarios civiles, científicos, soldados, oficinistas y comerciantes. En la casa de huéspedes estaban, en la sección de las damas, la Maharani de Sandur, su hija, y Nanda, Princesa de Kutch. Entre los hombres estaban el Kumararaja (Príncipe) de Venkatagiri, el Kumararaja de Sandur, el señor G. Venkateshwara Rao, el magnate de la mica y yo.

Estas personas eran todas muy ricas, de manera que recordando el reto del señor Kasturi, les pregunté a ellos así como a otros acaudalados seguidores, acerca de las donaciones de dinero a Sai Baba. De todos ellos, y más tarde de muchos otros, tuve la misma respuesta. Estarían encantados, decían, de ayudar a sostener el ashram de Baba con sus fondos, pero nunca quiso aceptar dinero de ellos. Ni aceptaba donación alguna de nadie que se supiera.

Pensaba yo qué terreno tan fértil sería éste para aquellos líderes religiosos y sus organizaciones siempre en busca de fondos, no solamente en el núcleo de los acaudalados, ansiosos de dar, sino en las grandes masas que se congregaban para los discursos de Baba, que a veces llegaban hasta los doscientos mil.

¡Qué colecta no podría hacer un buen evangelista de tales multitudes! Pero Sai Baba rehusa tomar un paisa. ¿Entonces, de donde saca el dinero que necesita? A esta pregunta sonreían, como para decir, "¿Cómo es que Baba hace cualquier cosa? El es un misterio que no podemos resolver". De todos modos se hizo muy rápidamente evidente que cualquiera que fuese el motivo de sus milagros éste no era el dinero.

Todas las personas con quienes hablé tenían por lo menos uno y usualmente muchos más milagros que contarme de su propia experiencia. Mis cuadernos de notas empezaron a llenarse de fantásticas historias, muchas de las cuales yo no tenía ninguna esperanza de verificar. Pero había otras que podían

ser comprobadas y verificadas de varias maneras. Aparte de los fenómenos de materialización del tipo que ya había visto, había cuentos de casi todas las clases de milagros encontrados en los registros históricos y espirituales de lo fantástico. Entre ellos estaban los milagros de las curaciones, la curación de muchas clases de enfermedades, algunas muy arraigadas y crónicas, algunas consideradas incurables por la opinión médica.

En el ashram había un pequeño hospital con dos médicos y ayudantes ocasionales de afuera. Los dos trabajadores a tiempo completo con el Superintendente Médico, doctor B. Sitaramiah, y su asistente, la doctora N. Jayalakshmi. El Superintendente me dijo que cuando Sai Baba le pidió algunos años atrás que se encargara del hospital él ya se había retirado de la práctica, y no deseaba asumir la responsabilidad. Pero Baba dijo que el doctor sería sólo un respaldo, y que él mismo haría la curación. Entonces, el doctor Sitaramiah que era devoto de Baba, no tuvo más temores con respecto al trabajo. Y así es como ha sido.

"Aparte de los tratamientos rutinarios, he tenido siempre las direcciones de Baba", me dijo. "Y ha habido muchas curas de casos que eran absolutamente incurables por ningún tratamiento médico conocido. Desde el punto de vista científico las curas son absolutamente inexplicables".

Para beneficio mío me contó varios casos detalladamente, mostrándome radiografías, registros de diagnósticos médicos, y otros documentos pertinentes. A continuación cito algunos casos para indicar algunas de las enfermedades que Baba ha tratado en el ashram. También muestran que El tiene, como El mismo dice, "diferentes prescripciones para diferentes pacientes".

Una devota de Mangalore estaba sufriendo de tuberculosis.

Exputaba sangre y las radiografías mostraban una caverna en el pulmón derecho. La opinión médica era que la enfermedad era quizás curable pero que el tratamiento efectivo tomaría unos dos años. En vez de someterse al tratamiento prescripto, se vino a Prashanti Nilayam.

Sai Baba le dio *vibhuti* de su mano, y la instalaron en el hos-

pital. Más o menos una semana después, cuando visité el hospital, ella estaba todavía allí convaleciendo. Pero todos los síntomas de la tuberculosis habían desaparecido, me decían los doctores. Había sido curada en una semana en vez de dos años.

Un joven de Bombay, que había regresado recientemente de Suiza, estaba sufriendo de problemas internos que los doctores tanto en Europa como en Bombay habían diagnosticado como cáncer. No era devoto de Sai Baba, pero un amigo suyo lo había instado a que fuera a Prashanti Nilayam. Desesperado fue y se quedó, no en el hospital, sino en un edificio cercano al comedor.

Allí esperó y oró para que Baba le ayudara.

Una noche tuvo un sueño. Alguien lo visitaba, llevando un resplandeciente cuchillo. Cuando se despertó todo lo que podía recordar, le dijo al doctor Sitaramiah y a otros, era el indistinguible visitante y el brillante cuchillo. Quizás éste no era realmente un sueño. Al director del comedor que le llevó el desayuno en la mañana le mostró una misteriosa y grande mancha de sangre en su sábana. ¿Había Baba realizado una operación mientras dormía? Extrañas cosas así habían ocurrido antes. En todo caso, todos los signos y síntomas del cáncer habían desaparecido.

Fue como un año después de esta experiencia cuando le escribí al joven para informarme si la cura del cáncer había sido completa. Su respuesta vino de Suiza donde había vuelto a su trabajo. Estaba en perfecta salud y no pasaba un día, decía, en que no pensara en Sai Baba y ofreciera una plegaria de gratitud desde el fondo de su corazón por su milagrosa cura.

Un hombre de 58 años que sufría de hiperpirexia fue traído al hospital. Había estado en otro hospital bajo tratamiento por fiebre y disentería desde hacía ya dos meses sin alivio. En el hospital del ashram los doctores probaron varios tratamientos —quinina, penicilina, cloromicetina— pero sin resultado. La temperatura del paciente permanecía por encima de 41 grados; deliraba, y su condición general empeoraba. Perdió el conocimiento y no parecía haber esperanza de que se recuperase.

Entonces Sai Baba vino al hospital para verlo. Tomando *vibhu-*

ti del aire a su manera usual, lo untó en la frente y puso parte en la boca del hombre inconsciente. Al poco rato la temperatura empezó a bajar, el paciente recobró el conocimiento, y su condición mejoró rápidamente. Pronto había vuelto a la normalidad sin señales de disentería. Una vez que estuvo bastante fuerte se le dio de alta del hospital.

Un inválido, incapaz de caminar, pararse ni sentarse, fue traído al ashram. Este hombre, un rico hacendado de café del Estado de Mysore, tenía alrededor de 50 años de edad, y durante los últimos veinte años había sufrido de severa artritis reumatoidea. Había pasado por varios tratamientos médicos sin éxito. Y ahora, además de sus otros problemas, tenía un riñón dañado que no funcionaba. Su temperatura oscilaba entre 41 y 42 grados.

En el hospital de Prashanti Nilayam rechazó todo tratamiento médico ortodoxo, diciendo que él tenía plena fe en el poder de Sai Baba para curarlo. En esta ocasión Baba hizo girar su mano para producir una pequeña botella de medicina líquida y prescribió que tomara dos gotas diarias en agua. Quince días después de comenzar el tratamiento el hacendado podía caminar con ayuda del bastón. Ahora Baba le dio un mantra que debía repetir mientras caminaba un cierto número de veces alrededor del salón de oración. Al mes estaba caminando sin la ayuda del bastón. Además ya no tenía molestias en el riñón que funcionaba de nuevo normalmente.

Antes de regresar a su plantación, trató de expresar su profunda gratitud a Sai Baba. Pero este último le contestó: "No me des las gracias a mí. Fue tu propia fe la que te curó".

Le pregunté al doctor Sitaramiah si la cura había sido permanente o si, quizás, las molestias habían vuelto.

"Parece haber sido permanente. Supe mucho tiempo después que el hacendado estaba muy bien", dijo.

En los meses venideros me iba a encontrar con muchas personas que habían experimentado en sí mismas curas dramáticas y milagrosas de enfermedades serias, y a veces mortales; y otros que podían testimoniar acerca de tales curaciones fantásticas entre los miembros de sus familias o amigos. Una buena

porción de éstos eran importantes ciudadanos en sus comunidades; me han permitido usar sus nombres, y sus casos serán descriptos en capítulos siguientes.

Pero ahora en Prashanti Nilayam, el doctor Sitaramiah me informó que la propia temperatura de Sai Baba había subido hasta pasar de los cuarenta grados. El doctor la había tomado cada mañana como hacía siempre en esta época del año con el permiso de Baba. La alta temperatura era un signo del milagro cercano que tiene lugar cada año durante los festivales de Shivaratri, explicó el doctor.

Esperaba este evento ansiosamente, habiendo oído de los devotos las descripciones de los milagros realizados en las ocasiones anteriores. Y sin embargo me sentía un poco escéptico ya que no sabía de nada parecido en las crónicas de los fenómenos milagrosos.

CAPÍTULO IV: ¡OH MUNDO INVISIBLE!

¡Oh mundo invisible, te vemos.

Oh mundo intangible, te tocamos!

FRANCIS THOMPSON

En 1966 el Festival de Mahashivaratri, conocido comúnmente por Shivaratri, tuvo lugar el 18 de febrero. Esa mañana al regresar del desayuno en el comedor era tal la multitud que tuve que caminar con cuidado entre los grupos de visitantes acampados en el suelo. Los edificios estaban todos llenos, así como todo el espacio debajo de los árboles, y ahora la gente establecía sus residencias temporales en cualquier parte en el suelo: la comodidad es la menor de las preocupaciones para los indios en tales ocasiones.

Me uní a la multitud que esperaba delante del Mandir (templo), el gran edificio central. Miles aguardaban que Sai Baba saliera al balcón y les diera su bendición matinal. De repente apareció la pequeña figura en rojo con el domo de pelo negro. Levantó su brazo en señal de bendición, algo indiferentemente para El, me pareció, y regresó rápidamente a su habitación. Tuve la impresión de que no estaba bien. Luego, el doctor Sitaramiah, que acababa de verlo, me informó que la temperatura de Baba estaba en 42 grados.

"Supongo que esto tendrá algo que ver con el *lingam* (símbolo de la creación) de Shiva que se está formando dentro de El. Es un gran misterio", declaró el doctor.

Baba, sin embargo, siguió adelante durante todo el día como si nada estuviese sucediendo. Lo vi caminar distribuyendo paquetes de ceniza sagrada a las multitudes que sentadas en el suelo esperaban por ello y también por la oportunidad de tocar el borde de su túnica. Más tarde, en la mañana, se realizó el primero de los dos milagros públicos. Tuvo lugar en un gran galpón abierto por los lados donde miles de personas podían sentarse en el piso tan apretadamente como lo logran sólo las sardinas en lata y las multitudes de la India. Afortunadamente, yo estaba sentado cerca del estrado entre un grupo de fotógrafos donde se había permitido un poco más de espacio. He aquí lo que escribí en mi diario sobre lo que tuvo lugar esa mañana:

"En el estrado hay una gran estatua de plata de Sai Baba de Shirdi en su característica pose sentada. El señor Kasturi toma una pequeña urna de manera, de unos treinta centímetros de altura, llena de *vibhuti* (ceniza sagrada). Sostiene esta urna por encima de la cabeza de la estatua de plata y deja que la ceniza caiga sobre la figura hasta vaciarse la urna. La sacude bien para asegurarse de que no queda partícula alguna dentro y continúa sosteniéndola encima de la estatua con su parte abierta hacia abajo.

"Ahora Sai Baba mete el brazo dentro de la urna hasta el codo y hace un movimiento como de batido, como hacían las mujeres, antaño, cuando batían la mantequilla. Inmediatamente, la ceniza comienza de nuevo a fluir de la urna y continúa haciéndolo en un flujo ininterrumpido hasta que El saca su brazo. Entonces el flujo de ceniza cesa. Luego pone el otro brazo adentro y lo hace girar. De nuevo la ceniza fluye sobre la estatua. Este proceso sigue, alternando Baba los brazos, con la ceniza fluyendo de la urna vacía mientras su mano está dentro de ella, y cesando inmediatamente cuando la saca, hasta que, finalmente, Shirdi Sai está totalmente cubierto por un gran montón de ceniza, mucho más de lo que hubiera podido contener la urna. Ahora se coloca la urna en el piso:

el ceremonial y milagroso baño de ceniza ha terminado.

"Reina una atmósfera de júbilo y elevación por doquier; la cara del señor Kasturi está más radiante que nunca, los mo-

vimientos y gestos de Baba son el acmé de la gracia natural. Todo esto es maravilloso, pero habiéndolo ya visto sacar puñados de ceniza del vacío no me sorprende tanto verlo sacar grandes cantidades de ella de un pote vacío".

Pero todavía faltaba el gran climax del día, y muchos me hablaban de ello. Me decían que todos los años, en esta santa ocasión, uno o más *lingams* de Shiva se habían materializado dentro del cuerpo de Baba, eyectando El los *lingams* por su boca para que todos los pudieran observar. Son siempre duros, hechos de piedra cristalina o coloreada y a veces de metales como el oro o la plata.

"¿Están ustedes seguros de que no se los mete en la boca justo antes de subir al estrado, y luego los eyecta nuevamente en el momento preciso?", pregunté.

Mis oyentes me miraron sonriendo con lástima. Uno de ellos me dijo: "El habla y canta durante un largo rato antes de que salga el *lingam*, y éste es siempre demasiado grande para sostenerlo en la boca mientras habla. El del año pasado era tan grande que tuvo que ayudarse con los dedos para sacarlo por sus labios y los estiró tanto que las comisuras de la boca le sangraron".

Otro añadió: "Un año fueron nueve. Cada uno tenía más o menos cuatro centímetros de altura. ¡Imagínense sosteniendo a todos éstos en la boca mientras habla durante casi una hora!" Bueno, pensé, aun si El saca estas cosas de alguna parte de su interior, ¿cuál es el objeto de ello? No hay duda de que es un fenómeno de los más milagrosos, pero, ¿tiene alguna significación? ¿Qué es un Shiva *lingam* en todo caso?

A esta pregunta recibí numerosas respuestas de los presentes en el ashram, pero me pareció que la explicación más satisfactoria del Shiva *lingam* que había oído hasta la fecha era la dada por el doctor I. K. Taimni en la Escuela de Sabiduría de la Sociedad Teosófica en Adyar. Sólo la podía recordar vagamente, pero luego, al regresar a Adyar, miré mis notas. He aquí brevemente lo que él nos enseñó.

El *lingam* de Shiva pertenece a la clase de símbolos hindúes "naturales", que son usualmente matemáticos en su forma. Es-

tos símbolos se llaman "naturales" porque no solamente representan una realidad, sino que en cierta medida son los vehículos reales del poder dentro de esa realidad. El *lingam* es un elipsoide. Simboliza a *Shiva-Shakti*; o sea, el principio de la polaridad primaria de las fuerzas positivas y negativas. El universo entero está basado en este principio de los opuestos.

¿Por qué se usa un elipsoide para simbolizar el principio de la polaridad? El doctor Taimni lo explica de esta manera. La Realidad Ultima, el Absoluto o Brahman o Dios, o lo que quiéramos llamarla, no tiene polaridad, no tiene pares de opuestos; todos los principios están balanceados y armonizados dentro de ella. Por lo tanto, la Realidad Ultima se representa por la figura matemática más perfecta, la esfera.

Si el centro o punto focal de la esfera se divide en dos, tenemos el elipsoide. Así es que esta figura da una representación simbólica del primario par de opuestos que salió del armonioso uno original. Y de esta primera dualidad viene toda manifestación, toda creación, toda la multiplicidad de cosas en el universo.

El *lingam* es por lo tanto la forma básica que está en la raíz de toda creación, lo mismo que "Om" es el sonido básico.

Para poner el asunto en términos hindúes: el Brahman Uno emerge *Shiva-Shakti*, el padre y madre de todo lo que existe. Debemos notar al respecto que Shiva es no solamente un aspecto de la Divinidad Trina y Una —el aspecto de la destrucción y regeneración— sino también el Dios más elevado, el padre de todos los dioses, el logos cósmico.

Como todos los dioses del pensamiento hindú, Shiva tiene su consorte, Shakti, o el aspecto femenino. Y mientras el aspecto masculino o positivo representa la conciencia, el aspecto femenino o negativo simboliza el poder. Ambos son necesarios para la creación o manifestación en los planos de la materia.

Es significativo también el que la forma elipsoidal o *lingam*, que simboliza el principio *Shiva-Shakti*, juegue una parte fundamental en la estructura y funcionamiento del universo. Está, por ejemplo, en la base de toda la materia dentro del átomo donde los electrones aparentemente se mueven en carreras

elípticas alrededor del núcleo central. Por otra parte, a nivel solar, encontramos los planetas describiendo órbitas elípticas, no circulares, alrededor del sol.

Algunas personas han considerado al *lingam* como un mero símbolo sexual. Pero el sexo es sólo una de las muchas manifestaciones del principio de *Shiva-Shakti* inherente al *lingam*. El principio está demostrado en todos los pares de opuestos, y nada puede existir en este universo fenoménico sin su opuesto o contraste. De hecho, el concepto de los opuestos es básico para nuestro pensamiento mismo en este nivel de conciencia; no podemos conocer la luz sin la oscuridad, y así sucesivamente.

Así es que decir que la adoración de este símbolo se deriva totalmente de la primitiva adoración del falo es adoptar un punto de vista falso. El *lingam* tiene una connotación mucho más profunda y significativa. La palabra misma en sánscrito significa simplemente un símbolo o emblema, lo que en sí sugiere que es un símbolo básico, primario. De hecho, al representar en forma concreta el principio y el poder creativos fundamentales, se considera como el más alto objeto de adoración en el plano físico, y como tiene una relación matemática real con la realidad que simboliza, puede poner a los adoradores en comunicación con esa realidad. Cómo lo hace, señala el doctor Taimni, es un misterio que puede ser resuelto y aprehendido solamente con la propia realización interna.

Sin embargo, se afirma que este elipsoide sagrado de piedra o de metal tiene la propiedad oculta de crear un conducto entre el hombre y el poder divino en el plano interno que representa.

A través de ese conducto fluirán muchas bendiciones, beneficios y condiciones auspiciosas hacia los adoradores. Pero el lazo místico debe ser establecido por alguien con la necesaria comprensión de los principios, y el conocimiento de las formas del ritual requerido.

¿Viajarán treinta mil personas por muchos arduos kilómetros para ver a Sai Baba produciendo una piedra ordinaria desde su interior por muy milagroso que ello fuere? Lo dudo. Pero la piedra que se esperaba esa tarde, el *lingam*, no es ordinaria. Yace en el corazón mismo de la antigua cultura espiritual de la

India.

Avanzaban las sombras, pero la tarde estaba todavía bastante caliente cuando me dirigí desde la casa de huéspedes hasta el pequeño quiosco llamado *Shanti* Vedika donde había de tener lugar el evento. La edificación está a alguna distancia delante del Mandir y es bastante parecida a la plataforma para la banda que se ve en los parques de las ciudades occidentales. Es circular y tiene un piso elevado, una baranda baja y delgados pilares que sostienen el techo.

No sólo los grandes galpones abiertos a lo largo estaban llenos de espectadores, sino que el amplio terreno que se extiende desde el quiosco central hasta el perímetro del ashram era una masa sólida de figuras sentadas. Fui conducido por un guía a través de esta silente selva de cabezas por un sendero cubierto de un tapete de coir por entre las mujeres a mi derecha y los hombres a mi izquierda. Me preguntaba si habría un metro cuadrado en alguna parte donde me pudiera sentar.

Cerca del *Shanti* Vedika se había reservado un espacio para funcionarios, discípulos más cercanos, fotógrafos y algunas personas con grabadoras de cinta. Siendo un blanco extraño me habían colocado allí costésmente. Pero aun este recinto privilegiado empezó a llenarse tanto que comencé a preguntarme si sería posible cambiar mi entumecedora posición de piernas cruzadas. Si iba a estar allí por más de tres horas, según lo previsto, mis piernas se iban a entumecer de tal modo que tendrían que llevarme de allí en brazos.

A las seis de la tarde, Sai Baba, acompañado por un pequeño grupo de sus discípulos, subió al *Shanti* Vedika, y poco después empezaron los discursos. Varios hombres hablaron pero recuerdo más claramente a uno de los oradores, un distinguido erudito en sánscrito del sur de la India, Surya Prakasa Sastri. No es que entendiera nada de lo que dijo, ya que habló todo en la antigua lengua de los *Vedas*, sino que había algo atractivo en su cara arrugada, estudiosa y benigna y en su manto azul celeste.

Eran alrededor de las ocho y media, poderosas luces eléctricas iluminaban el grupo en la plataforma, cuando Sai Baba

se levantó. Primero cantó un cántico sagrado con su dulce voz celestial que conmueve el corazón. Luego empezó su discurso, hablando, como siempre en tales ocasiones públicas, en telugu. Las treinta mil o más personas eran como una sola, expectantes y absolutamente silenciosas, excepto cuando Baba contaba algo divertido o hacía un chiste. Entonces pasaba una onda de risas por el campo de caras alumbradas por las estrellas. En la plataforma el señor Kasturi estaba tomando notas del discurso que sería publicado más adelante en telugu y en inglés.

La elocuencia de Sai Baba había estado fluyendo continuamente por casi media hora cuando de repente se le quebró la voz.Trató nuevamente pero solamente salió un sonido ronco.

Los líderes de los *bhajans* (cantos devocionales) entre los devotos, que sabían lo que estaba sucediendo, empezaron inmediatamente a cantar un conocido himno sagrado y luego la gran multitud se les unió.

Baba se sentó y bebió agua de una garrafa. Varias veces trató de cantar, pero le era imposible. Ahora empezó a mostrar señales de verdadero dolor. Se retorcía y volteaba, colocaba su mano en su pecho, hundía la cabeza en las manos, se arrancaba el pelo. Luego sorbía más agua y trataba de sonreír tranquilizadoramente a la multitud.

Los cantos seguían fervientes, como para apoyar y ayudar a Baba durante este período de dolor. Algunos hombres cercanos a mí estaban llorando sin rubor y yo mismo sentía un flujo de ternura hacia el hombre que estaba sufriendo delante de nosotros.

No podía entender toda la significación del evento que causaba la agonía, ni quizás lo comprendiese la mayoría de la gran multitud que observaba. Pero comprender algo con la mente es una cosa y sentir su significado en los huesos y la sangre es otra. Internamente sentía que estaba sentado en el corazón mismo de algo profundamente significativo para la humanidad.

Pero la otra parte recelosa y racional de mi ser, no estaba aún convencida de que un verdadero milagro y mucho menos uno espiritualmente importante, iba realmente a ocurrir. Por ello,

en lugar de dejar que mis ojos se enturbiaran con las lágrimas de simpatía, los mantuve fijos en la boca de Baba; toda mi atención estaba centrada en ese punto a fin de no perder la salida del *lingam*, si en verdad iba a salir de allí.

Después de más o menos veinte minutos de observar a Baba mientras se retorcía y sonreía o intentaba cantar, fui recompensado. Vi un destello de luz verde salir de su boca y con él un objeto que El agarró en sus manos, que estaban listas para recibirlo. Inmediatamente El levantó el objeto entre sus dedos pulgar e índice para que todos pudieran verlo. Un hálito de profundo júbilo pasó por toda la multitud. Era un bello *lingam* verde, y por cierto mucho mayor de lo que un hombre ordinario podía sacar por su garganta.

Sai Baba lo colocó encima de una gran antorcha a fin de que la luz brillara a través de su brillante translucidez parecida a la de una esmeralda. Entonces, dejándolo allí, se retiró de la escena.

Sunderlal Gandhi, un guía voluntario del festival, que se había hecho mi amigo, me sacó de la multitud. Mis piernas parecían un manojo de espaguetis, pero me llevaron hasta la casa de huéspedes. Esa noche, cada vez que me despertaba, podía oir a la multitud que todavía cantaba alrededor del *lingam* de Shiva iluminado, y cuando bajé al alba, la gente apenas comenzaba a dispersarse. Entre ella me encontré con Gabriela Steyer quien me dijo que la mayoría de la gran multitud se había quedado durante toda la noche adorando a este símbolo de la más alta Divinidad que se había formado milagrosamente en el cuerpo de su líder.

Shiva es el Dios de los yoguis, el que ayuda al hombre a conquistar su naturaleza inferior y a elevarse por encima de ella hasta su verdadera naturaleza divina. Para hacer esta transición, primero es preciso dominar la mente. Se dice que la mente está de algún modo relacionada con la luna, y se cree que hay un tiempo astronómicamente favorable en que la luna está propicia para el éxito de los esfuerzos del hombre por trascender su mente. Es durante esta conjunción más favorable, en febrero, que se celebra el Gran Shivaratri. Pero en Prashanti

Nilayam este festival lunar es doblemente auspicioso; no solamente están las condiciones celestiales correctas, sino que el símbolo físico de Shiva producido milagrosamente está allí ante todos los ojos, como un foco resplandeciente para el supremo esfuerzo de la meditación.

Es interesante y apropiado anotar aquí que en el *Uttara Ghita* (un canto) el Señor Krishna dice que *lingam* viene de la palabra lina que significa unir. Esto es porque el *lingam* hace posible la unión del ser inferior con el ser superior y con Dios.

Posteriormente el Rajá de Venkatagiri, un pío devoto de Sai Baba con buen conocimiento del hinduismo ortodoxo, me dijo que era esencial realizar adoraciones rituales, regulares y correctas hacia tal símbolo sagrado. Y como pocas personas podían hacerlo, la mayoría de los *lingams* de Sai Baba eran desmaterializados: o sea, regresaban al reino de lo no manifestado de donde habían venido. Varios devotos más apoyaron su opinión.

Varios de mis nuevos amigos vieron el *lingam* de cerca a la mañana siguiente de su producción. Se hablaba mucho de ello y se hacían comparaciones con otros especímenes producidos en años anteriores. Pregunté qué había sucedido con ellos y me dijeron que algunos habían sido dados a devotos muy destacados, pero que de otros nada se sabía.

Sin embargo, sé a ciencia cierta que algunos han sido dados a devotos. Más de un año después una muy sincera seguidora de Sai Baba me mostró un bellísimo *lingam* de Shiva que había salido del cuerpo de Baba, y que El le había regalado. Lo llevaba consigo, cuidadosamente envuelto en un pedazo de tela, y no dejaba que nadie lo tocara.

"¿No debe usted realizar *pujas* (ritual de adoración) regularmente?", le pregunté.

"Sí", respondió ella, "Baba me dijo exactamente lo que debía hacer y lo hago. Pero no sé por qué me lo dio a mí: yo no lo merezco". Pero yo podía sentir que sí se lo merecía. Baba, que ve en el fondo del corazón de sus devotos, sabe quién es merecedor.

Pude inspeccionar el Shiva *lingam* de 1966 muy de cerca unos

dos días después de su producción. Había ido con un pequeño grupo de personas al Mandir para una de las anheladas entrevistas privadas con Sai Baba. Fuimos conducidos a una de las piezas de la planta baja. A los pocos minutos Baba entró y colocó el *lingam* en el borde de la ventana para que todo el mundo lo inspeccionara. Era de color verde esmeralda, como se había visto bajo la luz artificial la noche de su aparición. El señor Kasturi, quien estaba presente en la plataforma del *Shanti* Vedika cuando fue producido, lo describió así por escrito: "Un *lingam* esmeralda, de tres pulgadas de alto y fijado en un pedestal de cinco pulgadas de ancho que se había formado dentro de El (Baba), emergió de su boca para inconmensurable júbilo y alivio de la enorme multitud…". Cuando lo vi en el borde de la ventana, no me di cuenta de que su gran pedestal había también salido de la boca de Baba, pero estimé el tamaño tal como lo indicó Kasturi después.

Una vez que todos tuvimos oportunidad de mirar al *lingam* un buen rato aunque sin tocarlo, Baba se sentó en una silla y nos acomodamos en el piso alrededor de las paredes. Yo estaba en el suelo a su derecha, lo más cerca que pude.

Durante un rato El charló de un modo aparentemente liviano y fácil. Le preguntó individualmente a las personas lo que ellas deseaban de El y reía de algunas de las respuestas. Era como una madre con sus hijos, feliz de darles las cosas que ellos querían, ansioso de darles alegría, pero esperando que aprendiesen a desear las cosas más importantes de la vida, los tesoros del espíritu.

De repente, girando hacia mí como en broma, me dijo: "Si te doy algo, ¿lo perderás?" "No, Baba, no, no lo perderé", contesté.

Arremangándose, removió el aire con su mano al nivel de mis ojos; podía ver tanto debajo como encima de ella, pero no vi nada hasta tanto girara la palma en la cual apareció un gran anillo brillante. Parecía ser de plata y oro; pero me dijo más tarde que ese metal con apariencia de plata era *panchaloha*, la aleación sagrada de la cual están hechos muchos ídolos en los templos.

Fascinado, tendí la mano para recibir el regalo pero se rió y la pasó en dirección contraria. Dio la vuelta al círculo, para que cada persona lo inspeccionara; la mayoría lo levantaba reverentemente hacia su frente, antes de pasarlo. Cuando hubo regresado Baba me lo colocó en el tercer dedo. Se ajustaba perfectamente.

Me sentí muy emocionado, y aún más cuando vi que la figura que aparecía de relieve en oro sobre el *panchaloha* era la de Shirdi Sai Baba. Nunca le había dicho a Sathya Sai Baba ni a ninguno de sus seguidores nada acerca de mi profundo afecto por aquel viejo santo. ¿Era esto algo que leyó en mi mente?

Poco después de esto empezó a llevarnos individualmente a otra pieza a fin de que pudiéramos hacerle preguntas en privado.

Cuando llegó mi turno, El me habló de mi vida personal y de mi salud. Parecía ser no solamente un padre y una madre sino la esencia misma de la paternidad, el arquetipo de todos los padres y madres. Era como si un cálido haz de Amor saliera de El y entrara en las profundidades de mi ser, derritiendo mis huesos mismos. Sentí que esto era el puro y alto Amor que en sánscrito se llama *Prema*, el Amor que no tiene ningún motivo egoísta oculto, el Amor que es simplemente una expansión espontánea de lo más alto en el hombre, la Divinidad.

Mi maravillosa experiencia interior se comparaba con lo que varios devotos ya me habían dicho acerca de sus contactos personales con el *Prema* Universal pero individualizado de Baba.

Así, de una manera u otra, al final de mi visita en la "Morada de la paz Eterna" empecé a entender que, fuere lo que fuere este hombre milagroso no era simplemente un hábil hacedor de maravillas. Ni era un "mago callejero" con un repertorio limitado de trucos psíquicos para extraer algunas rupias de la turba que pasa.

Sai Baba no pertenecía a ninguna de estas conocidas categorías. "¿Qué era entonces? Eso permanecía en el más profundo misterio, un misterio insondable, quizás, pero retador.

CAPÍTULO V: NACIMIENTO E INFANCIA

Pero arrastrando nubes de gloria venimos de Dios, quien es nuestro hogar.

WM. WORDSWORTH

Durante mis visitas a Prashanti Nilayam tuve la oportunidad de inspeccionar el pueblo donde nació Sathya Sai Baba y hablar con los miembros de su familia que viven allí. El pueblo, Puttaparti, está a medio kilómetro más o menos del ashram mismo.

Es un lugar pequeño, descolorido por el sol con blancas casas y estrechas calles de arena.

La casa donde Baba vio la luz por primera vez está ahora reducida a unas paredes de ladrillos derruidos. Sus dos hermanas mayores y un hermano menor todavía viven en el pueblo en casas de su propiedad. Su hermano mayor reside en otra ciudad, su madre vive en el ashram y su padre murió. Sin embargo, aunque he conocido y hablado con los miembros de la familia y algunos viejos amigos, fue del historiador Kasturi de quien obtuve los principales datos acerca de los antecedentes, nacimiento e infancia de Sai Baba.

La figura más destacada en los antepasados de su familia fue su abuelo paterno, Kondama Raju. Este señor era al parecer un pequeño terrateniente, que poseía tierras de cultivo

hasta cierta distancia de Puttaparti. No era rico pero sí lo suficientemente acomodado como para dedicar un templo a la diosa Sathyabhama, la consorte del Señor Krishna. Se le recuerda principalmente por la vida religiosa y devota que llevaba. También era destacado músico y actor y tomaba parte importante en los dramas y óperas religiosas representados en Puttaparti y otros centros cercanos. En esos días, ésta era la principal forma de entretenimiento en los pueblos. Muchos de los programas dramáticos eran sacados de las grandes epopeyas espirituales de la India tales como el *Ramayana* (Poema épico que relata las aventuras de Rama).

Una versión de esta larga obra se da en una serie de cantos; Kondama Raju la sabía toda de memoria.

En su vejez, sus numerosos nietos solían reunirse a su alrededor en la casita donde vivía solo, para oírlo dar vida a los maravillosos cuentos de dioses y hombres-dioses del *Ramayana*. Miembro constante de su juvenil y fascinado público era el pequeño Sathyanarayana, que hoy se conoce como Sathya Sai Baba. Esta educación de los nietos en la mitología y saber espiritual de las grandes epopeyas y *Puranas* (libros de mitología hindú) siguió durante muchos años. El anciano vivió hasta los 110 años, muriendo en 1950 en Puttaparti con un canto del gran Rama en los labios.

Veinticuatro años antes, en el año 1926, en la casa del hijo mayor de Kondama, Pedda Raju, extrañas señales estaban anunciando un evento próximo. Los descendientes de Pedda entonces eran un hijo y dos hijas, y ahora, después de un largo período de esperanzas, plegarias y *pujas* (adoración) a los dioses tutelares, su esposa Eswarama estaba de nuevo en estado. Sus plegarias habían sido por otro hijo, y a medida que se acercaba la hora, sus esperanzas se elevaban, aunque también estaba perpleja, pues estaban sucediendo cosas muy extrañas en la casa.

Por ejemplo, el gran *tamboura* (instrumento musical) adosado a la pared de la sala a veces sonaba en medio de la noche cuando nadie podía tocarlo, y el *maddala* (tambor) que estaba en el piso, vibraba en la oscuridad como si una mano experta

lo estuviera tocando. Pero no se podía ver mano alguna. ¿Cuál podía ser el significado de tales cosas?

Un sacerdote, versado en las cosas de lo invisible, les dijo que estos eventos indicaban la presencia de un poder benéfico y auguraba un auspicioso nacimiento.

El año 1926 se conocía como Akshaya, lo que significa el año "Que nunca declina y está siempre en su plenitud", y el 23 de noviembre es siempre, de acuerdo con el viejo calendario, un día que debe dedicarse a la adoración del Dios de las grandes bendiciones, Shiva.

Además ese año una cierta yuxtaposición de estrellas hacía que el día fuera todavía más auspicioso para adorar a Shiva. Así es que los habitantes del pueblo ya estaban cantando los nombres de Shiva cuando el sol empezó a delinear las rocosas colinas detrás de las amarillas arenas del río Chitravati. Y es justamente en ese momento en que el sol mostraba su cara por encima del horizonte cuando bajo el techo de la casa de Pedda Raju nació el niño Sathyanarayana. Se le dio este nombre porque la adoración y plegarias de su madre habían sido dedicadas a esta particular forma y nombre de Dios. En realidad, Narayana es otra apelación para Vishnu, el segundo en la Trinidad hindú, mientras que Sathya es el sánscrito para la verdad o realidad; así es que "Sathyanarayana" puede considerarse que quiere decir "el verdadero Dios que todo lo penetra". No es nada extraño ni profano en las costumbres indias la de dar a un niño este nombre; la mayoría de los indios, hombres y mujeres, llevan uno o más de los mil nombres de Dios.

Poco después de su nacimiento el infante fue colocado sobre unas mantas, en el piso. De repente las mujeres que estaban en la habitación vieron que las mantas se movían de arriba hacia abajo de manera peculiar, como si hubiera algo vivo debajo. Lo había. Una cobra. Pero la serpiente no le hizo ningún daño al niño.

Fuere lo que fuere lo que pensaron las personas presentes en ese momento, esta aparición de una cobra en el cuarto del parto es considerada ahora por muchos de los devotos de Baba como muy significativa, siendo la cobra uno de los símbolos de

Shiva. Sai Baba de Shirdi, se decía, había aparecido en varias ocasiones ante sus seguidores en forma de cobra.

Desde el comienzo, la criatura fue favorita del pueblo, amada por su belleza, fácil sonrisa y dulce naturaleza. Cuando Sathya empezó a corretear por las calles polvorientas y a aventurarse a través del barro de los arrozales y de las colinas desnudas de los alrededores, había ciertas características que lo hacían destacarse de sus jóvenes compañeros. Al contrario de la mayoría de los muchachos tenía el corazón blando para todas las criaturas, humanas u otras. No podía soportar el causar o ver sufrimiento alguno. Esto lo hizo vegetariano desde temprana edad entre los comedores de carne que lo rodeaban.

El señor Kasturi dice: "El no se acercaba a los lugares donde se mataban o torturaban a puercos u ovejas, ganado o gallinas, o donde se ponían trampas o pescaba; evitaba las cocinas y recipientes usados para cocinar carne de res o de ave. Cuando se seleccionaba un ave y se hablaba de ella en conexión con la cena, Sathyanarayana, el muchachito, corría hacia el animal y lo apretaba contra su pecho, y lo acariciaba como si el amor especial que le prodigaba pudiera inducir a los mayores a renunciar y salvar a aquella ave. Los vecinos lo llamaban *Brahmajnani* (el que ha realizado a Dios) debido a este tipo de aversión y su gran amor hacia la creación.

Además, aunque rápido en las carreras, amante de los deportes al aire libre y ser uno de los primeros exploradores, Sathya no quería tener nada que ver con deportes que involucraban malos tratos para los animales, tales como las peleas de gallos, las de perros contra un oso encadenado, o las crueles carreras de carretas de bueyes que se celebraban a veces en las suaves arenas del seco lecho del río.

Venían muchos mendigos a la puerta de la casa y si el pequeño Sathya estaba allí no se rechazaba a nadie sin antes darle algo para comer. Es más, cuando El se encontraba con inválidos o ciegos por las calles los traía a la casa e insistía en que su madre o sus hermanos mayores les dieran comida. A veces la familia se irritaba por estas constantes y costosas exigencias. Una vez su madre dijo: "¡Vamos a ver! Si le doy comida a los

mendigos tú tendrás que quedarte sin comer". Esta amenaza no amedrentó al niño en absoluto. Estuvo inmediatamente de acuerdo en no almorzar ese día y lo hizo. Nada pudo persuadirlo de que se acercara a su plato.

Esto sucedía frecuentemente, y es a través de estos eventos que la familia tuvo un primer vislumbre de las extrañas cosas que habrían de suceder en relación con el niño. En una ocasión, cuando se había lucido dándole de comer a los mendigos a costa de la despensa de la familia, El decidió no comer durante varios días. Aunque persistió en ello, no mostraba ningún indicio de hambre, y seguía con sus actividades sin dar señales de debilidad.

Cuando su preocupada madre le rogó que comiera, El le contestó que ya había llenado su estómago con deliciosas bolas de arroz con leche. De dónde las había sacado, le preguntó. Bueno, un anciano, Tata, se las había dado. Nadie había visto ni oído hablar jamás de tal persona, y la madre no quería creer la historia del pequeño Sathya. En eso el niño levantó la mano para que la madre la oliera, pues, como la mayoría de los indios, la familia Raju comía con las manos, no con cubiertos. De la palma del niño la madre inhaló una agradable fragancia de *ghee* (mantequilla), leche y cuajada de una calidad pocas veces probada por ella.

Así es que el niño, cuya simpatía por los extraños hambrientos, le hacía cederles su propio plato, estaba nutrido por algún misterioso e invisible visitante. ¿Qué podía significar esto?

Sathya empezó su educación formal en la escuela del pueblo donde se mostró vivaz y rápido en aprender. Sus talentos especiales eran, como los de su abuelo, el drama, la música, la poesía y el teatro. Y hasta escribía canciones para la ópera del pueblo a la edad de ocho años.

Más o menos para esa edad, iba a la Escuela Elemental Superior en Bukkapatnam, a casi cuatro kilómetros de allí. Uno de los maestros que lo conoció allí lo recordaba como un muchacho "sencillo, honesto y de buena conducta". Otro escribió en un libro, publicado en 1944, que Sathya a menudo solía llegar temprano a la escuela, reunía a los niños alrededor suyo,

y conducía un culto usando una santa imagen y algunas flores que había reunido al efecto. Aun cuando los muchachos no sintieran inclinación hacia la ceremonia religiosa en sí, El no tenía dificultad en reunirlos alrededor suyo por las cosas que a veces "producía" para alegrar y ayudarlos. De un bolso vacío sacaba dulces y frutas, o si un camarada había perdido un lápiz o una goma, El "producía" uno del bolso. Si alguien estaba enfermo, El traía "hierbas de los Himalayas" y se las daba como remedio.

Cuando los niños le preguntaban cómo realizaba esas maravillosas proezas mágicas El decía que un tal "Gramma Sakti" (ser con energía divina) obedecía su voluntad y le daba lo que El quería. Los niños no tenían dificultad en creer en seres invisibles, o en aceptar el que Sathya tuviera un fiel ayudante invisible. Después de todo, El era su líder en casi todas las actividades —en teatro, atletismo y exploración, por ejemplo—, y algunos de los muchachos comenzaron a llamarlo su "gurú".

Por esto es que cuando Sathya fue a la escuela secundaria en Uravakonda, se encontró con que su fama se había extendido hasta allí y le había precedido. El señor Kasturi escribe en su libro[1] sobre Sai Baba: "Los muchachos decían que era un buen escritor en telugu, un buen músico, un genio en danza, más sabio que sus maestros, capaz de ver el pasado y de ver el futuro.

Historias auténticas de sus logros y poderes divinos estaban en los labios de todo el mundo…".

"Todos los maestros estaban ansiosos de que se le asignara algún trabajo en la sección en la cual había sido admitido; algunos por curiosidad, otros por veneración, y algunos por un malicioso impulso de probar que todo aquello era absurdo. Sathya muy pronto fue el favorito de toda la escuela. Era el líder del grupo de oración de la escuela. Ascendía cada día al estrado cuando se reunía toda la escuela para las oraciones antes de comenzar el trabajo, y era su voz la que santificaba el aire

[1] The Life of Bhagavan Sri Sathya Sai Baba.

e inspiraba a maestros y alumnos y les enseñaba a dedicarse a las tareas asignadas".

El hermano mayor de Sathya, Seshama, era maestro en esta escuela secundaria e hizo todo lo que pudo para lograr la ambición familiar de que el joven Sathya se educara para una buena posición como funcionario del gobierno. Sin embargo, las cosas marchaban rápidamente hacia un evento que habría de cambiar todas estas ambiciones mundanas. Era una de esas profundas y estremecedoras experiencias que, de una forma u otra, parecen a menudo, si no siempre, preceder las misiones de los grandes maestros e inspiradores de la humanidad.

A las siete de la tarde del 8 de marzo de 1940, Sathya, mientras caminaba descalzo por el suelo, saltó al aire dando un gran grito, y agarrando un dedo de su pie derecho. En el área había muchos grandes escorpiones negros y sus compañeros inmediatamente pensaron que El debía haber sido picado por uno.

Pero en la penumbra no pudieron encontrar al supuesto culpable. Todos estaban muy preocupados por la creencia local de que nadie en Uravakonda podía sobrevivir a una mordedura de serpiente o de escorpión. Esta superstición parece estar relacionada con el hecho de que Uravakonda está dominada por una colina coronada por una roca de treinta metros de altura en forma de serpiente encapuchada. De hecho, el nombre del lugar mismo significa "Colina de la Serpiente".

Sin embargo, Sathya durmió esa noche sin señales de dolor o enfermedad y parecía completamente normal al día siguiente.

Todos estaban muy aliviados. Pero a las siete de la noche, veinticuatro horas después de la supuesta mordedura de escorpión, el muchacho de trece años cayó inconsciente, su cuerpo se puso rígido y su respiración débil. Su hermano, Seshama, trajo a un médico que le aplicó una inyección y dejó una mezcla para que la tomara cuando recobrara el conocimiento. Pero Sathya permaneció inconsciente durante toda la noche.

Al día siguiente recobró el conocimiento, pero estaba lejos de la normalidad en su comportamiento. Parecía a veces ser una persona diferente. Rara vez respondía cuando se le hablaba; tenía poco interés por la comida; de pronto, empezaba a

cantar o a recitar poemas, a veces citando largos pasajes en sánscrito que iban mucho más allá de lo que había aprendido en su educación y adiestramiento formal. De vez en cuando su cuerpo se ponía rígido como si hubiera salido de él y se hubiera ido a otra parte. A veces tenía la fuerza de diez, otras estaba "tan débil como el tallo de un loto". Muchas veces se alternaban las risas y las lágrimas, pero ocasionalmente se ponía muy serio y pronunciaba un discurso sobre la más alta filosofía vedanta. A veces hablaba de Dios; otras describía lugares lejanos de peregrinaje en donde — ciertamente durante su vida como Sathyanarayana Raju— nunca había estado.

Sus padres vinieron de Puttaparti, consultaron a varios doctores que prescribieron diversos tratamientos, pero no hubo ningún cambio en el paciente. Algunos pensaban que un espíritu malo había tomado posesión del muchacho, quizás debido a la magia negra de alguna persona. Entonces varios exorcistas probaron sus artes para invocar al espíritu malo y transferirlo a un cordero o ave de corral. Todo esto sin resultado.

Finalmente, los padres llevaron a Sathya a un lugar cerca de Kadiri donde había un exorcista de gran fama. Este experto en brujería era un adorador de Shakti ante quien, se decía, "ningún espíritu malo se atreve a sacudir su cola ponzoñosa". Su sola apariencia era suficiente para asustar a cualquier fiera menor;

era de estatura gigantesca, con ojos inyectados, aspecto salvaje y maneras indómitas. Parecía trabajar en base al principio general de que si él hacía sufrir suficientemente al cuerpo de su paciente, el demonio que lo ocupaba se cansaría de la incomodidad y lo dejaría.

Primero, el fiero exorcista realizó el sacrificio de una gallina y un cordero e hizo sentarse al muchacho en el centro de un círculo de sangre mientras cantaba sus encantamientos. Luego afeitó la cabeza de Sathya y con un instrumento cortante, marcó tres cruces en el cuero cabelludo, tan profundas que salió sangre. En estas tres heridas abiertas vertió el jugo de limones, ajo y otros frutos ácidos.

Los padres, que observaban este tratamiento, se aterraron

ante su severidad; también se sorprendieron de que Sathya no emitiera el más mínimo quejido ni diera señal alguna de sufrimiento. Aparentemente, si había un inquilino espiritual él también era inmune, pues no daba ninguna señal de su intención de salir.

El despiadado exorcista hizo arreglos para que cada día en la mañana se vertieran 108 baldes de agua fría sobre las marcas en el cuero cabelludo. Esto se hizo durante varios días, mientras se sucedían otros duros tratamientos, tales como el de pegarle al muchacho en las coyunturas con un grueso palo.

Finalmente, el adorador de Shakti decidió usar su arma más potente, reservada para los demonios más recalcitrantes. Esta es el "Kalikam" que se describe como una mixtura de todos los ácidos del abracadabra en el repertorio de la tortura. Aplicó el "Kalikam" a los ojos de Sathya. El cuerpo del muchacho se retorció bajo el impacto del dolor, su cara y cabeza enrojecieron y se hincharon de tal modo que estaban irreconocibles, los ojos se redujeron a dos rayas de las cuales salían lágrimas.

Los padres y la hermana mayor quien también estaba presente, lloraban de angustia al ver este espectáculo. Sathya no hablaba, pero les hizo señales de esperar por El afuera. Cuando salió les pidió que fueran y consiguieran un remedio que El conocía. Lo trajeron y lo aplicaron en los ojos del muchacho; la hinchazón se redujo y los ojos se abrieron en su tamaño normal.

Cuando descubrió lo que había sucedido el brujo se encolerizó por esta "interferencia con su tratamiento", como la llamó.

"Había estado a un centímetro de sacar el demonio del cuerpo del muchacho" dijo, echando pestes. Pero los padres ya habían visto bastante. Pagaron sus honorarios y lo calmaron diciéndole que iban a fortalecer la resistencia del niño y lo volverían a traer para un nuevo curso del exorcismo del gran hombre. Sacaron a Sathya de allí, evidentemente todavía poseído por el "demonio" que seguía citando largos poemas en sánscrito, discurriendo doctamente sobre filosofía vedanta y ocultamente sobre ética, que podía cantar bellos himnos sagrados, y pedir que se llevara a cabo el Arathi (ritual e himno sagrado)

porque "los dioses estaban pasando por el cielo".

Los padres continuaron llevando a Sathya a médicos y a varios tipos de curanderos, pero ningún tratamiento parecía producir efecto alguno. Dos meses pasaron en este vano intento de hacer volver al niño a la "normalidad". No había vuelto a la escuela, y permanecía en su casa en Puttaparti.

En la mañana del 23 de mayo, Sathya llamó alrededor suyo a los miembros de la casa, menos a su padre que estaba ocupado en su tienda de víveres. Con un gesto de su mano el muchacho tomó del aire azúcar candi y flores y los distribuyó entre los presentes. Pronto los vecinos empezaron a entrar. Sathya, de humor jovial "produjo" más caramelos y flores, y bolas de arroz cocido en leche para cada uno. La noticia de que su hijo estaba realizando lo que parecían ser *siddhis* (milagros) delante de un grupo de personas llegó a Pedda.

De pronto el padre se colmó de cólera y resentimiento. ¿No era suficiente que el muchacho les estuviera causando toda esta preocupación y tensión durante los últimos meses? Ahora estaba dando un espectáculo con trucos estúpidos, escondiendo cosas y produciéndolas por prestidigitación, sin duda, aunque de dónde había aprendido el muchacho estos trucos, no tenía idea. Como Sathya llevaba ya mucho tiempo haciendo cosas inexplicables, ¿quizás esto no era simple prestidigitación sino algo, pero… magia negra, hechicería?

Así con amargos pensamientos Pedda buscó un bastón bien fuerte y fue a la casa. Al abrirse paso entre la gente, alguien le ordenó ir y lavarse antes de acercarse al dador de dádivas. Esto lo exasperó y encolerizó todavía más. Parado delante de su hijo de trece años y agitando el bastón amenazadoramente, le gritó:

"¡Esto es demasiado! ¡Debe cesar! ¿Qué eres tú? Dímelo.

¿Un fantasma, un dios, un loco?" Sathya miró a su airado y frenético padre y al palo levantado. Luego dijo con calma y firmeza: "Yo soy Sai Baba".

Pedda se quedó mirando a su hijo en silencio mientras que el bastón caía de sus manos. Sathya continuó, dirigiéndose a todos los presentes: "He venido para quitarles sus penas; man-

tengan sus casas limpias y puras".

Un miembro de la familia se le acercó y preguntó: "¿Qué es lo que quieres decir con 'Sai Baba'?" El replicó enigmáticamente: "Vuestro Venkavadhoota pidió que naciera en vuestra familia; así es que he venido".

En la familia Raju había una tradición de un gran sabio nombrado Venkavadhoota, un ancestro que había sido considerado como un gurú por los pobladores de cientos de pueblos de los alrededores. Pero solamente unos pocos de los ancianos entre los que estaban reunidos alrededor de la casa Raju habían oído hablar de alguien llamado "Sai Baba". Los que habían oído el nombre no tenían ninguna idea de quién era. "Baba" era, como todos ellos sabían, una palabra musulmana y Pedda pensó que quizás su hijo estaba poseído por el espíritu de un fakir musulmán.

Los aldeanos que oyeron aquello sintieron temor y bastante extrañeza. De que había algo especial en el pequeño Sathya, esto lo sabían desde hacía tiempo. De otro modo, ¿cómo podría hacer esas cosas milagrosas? Y ahora, desde su enfermedad, a menudo hablaba como un viejo sabio o un vidente. Pero, ¿quién era ese musulmán, ese "Sai Baba"? ¿Y qué podía posiblemente tener que ver con el muchachito que todos ellos habían conocido, admirado y amado durante casi catorce años?

CAPÍTULO VI: LOS DOS SAIS

La verdad no es lo demostrable, sino lo inevitable.

ST. EXUPERY

Unas cuantas personas en el distrito habían oído hablar de un gran y milagroso fakir, de nombre Sai Baba. Algunos pensaban que estaba todavía vivo, mientras otros declaraban que había muerto hacía años. Algunos decían que era musulmán, otros que era un santo hindú con muchos seguidores. Pero en todo caso, parecía estar muy lejos de la familia Raju y del pueblo de Puttaparti.

Más tarde algunos amigos le dijeron a la familia Raju que en Penukonda, una ciudad a cuarenta kilómetros de allí, estaba de visita un funcionario del gobierno que parecía ser un ardiente devoto del fakir Sai Baba. Se decidió llevarle a Sathyanarayana;

quizás esto aclararía el misterio, o al menos aclararía en algo el extraño anuncio y comportamiento del muchacho.

Sathya se mostró muy dispuesto a ir y el funcionario gubernamental se dignó recibirle, pero cuando ya se encontraron con él éste no pudo aceptar la idea de que su gran gurú, que había muerto en Shirdi en 1918, hubiera nacido de nuevo en este muchacho que hablaba de manera tan extraña.

"Es un desequilibrio mental", dijo a los adultos, "el niño debe ser llevado a un instituto psiquiátrico para ser tratado".

Aquí intervino el joven Sathya: "Sí, es un desequilibrio mental, ¿pero causado por quién? Usted es un mero pujari (sacer-

dote doméstico); no reconoce ni al mismo Sai a quien adora". Diciendo esto tomó puñados de ceniza de la nada y, esparciéndola en todas direcciones, salió de la habitación.

La creencia en la reencarnación forma parte de la religión hindú, y los que rodeaban a Sathya no tenían ninguna dificultad para aceptar esa idea en sí. Pero, ¿cómo debían aceptar la afirmación del muchacho de que El era realmente el Sai Baba de Shirdi reencarnado? El funcionario gubernamental no les había ayudado a rebasar esta incertidumbre.

Desde luego que considerando los poderes milagrosos de Sathya, podría ser verdad. Pero necesitaban alguna prueba, alguna señal fuerte y convincente.

El jueves es considerado como día del gurú en la India, y todos los jueves, algunas personas se reunían alrededor de su nuevo gurú, el joven Sathyanarayana Raju. Una vez, poco después de la visita a Penukonda, alguien en una de las reuniones de los jueves expresó el deseo que estaba en muchas mentes.

"Si Tú eres realmente Sai Baba, muéstranos una señal".

Sathya vio que había necesidad de hacerlo. "Tráiganme esas flores de jazmín", dijo, apuntando hacia un gran ramo en la habitación.

Las flores fueron colocadas en sus manos, y con un gesto rápido las echó en el suelo. Todos los presentes miraron con temor reverencial: las flores habían caído formando el nombre "Sai Baba" en escritura telugu, el idioma que se habla en el pueblo.

Esto de escribir con las flores no era algo que requiriese imaginación; las palabras estaban muy claras, como si hubieran sido arregladas con meticulosa destreza, todas las curvas y circunvoluciones de las letras telugu estaban perfectamente reproducidas.

Pasaban los días y las semanas sin otras señales externas de que la afirmación que había salido de los labios del muchacho fuera algo más que imaginación infantil, o algo que podría explicarse como "desequilibrio mental".

Sin embargo, a pesar de todo, Sathya cedió a la insistencia de la familia de que regresara a la escuela secundaria en Ura-

vakonda. Regresó en junio, seis meses después de que el misterioso "escorpión negro" le hubiera picado el dedo del pie o lo que fuere que ocurrió para causar la crisis psíquica que llevó a la aparición de las nuevas facetas de su personalidad y al perturbador anuncio.

Los jueves pronto se transformaron en grandes sucesos en Uravakonda. Pues, con la gente reunida a su alrededor, Sathya Sai con un gesto de su pequeña mano producía cosas que lo conectaban con el santo muerto en Shirdi: fotografías del cuerpo anterior, tela de *gerua* que decía era del kafni que Shirdi Baba solía llevar, dátiles y flores que, declaraba, venían directamente del santuario de la tumba de Shirdi donde habían sido llevados como ofrendas por sus adoradores.

Quizás el fenómeno más interesante era su regular producción de ceniza. Shirdi Sai mantenía siempre un fuego encendido para tener a mano una reserva de ceniza sagrada que El llamaba *udhi*. Ahora el joven Sathya Sai la tomaba como si fuera de un fuego invisible en una dimensión oculta del espacio. Este era un milagro que no realizó hasta después del anuncio de su identidad con Sai Baba. El anuncio también marcó el comienzo del misterioso flujo de fotografías, dibujos, pinturas y figuras de Shirdi Baba que todavía continúa, como pude constatar en varias ocasiones.

De esta primera época se cuenta una extraña historia de la producción de una fotografía en colores de Shirdi Sai. Parece que antes de que Sathya regresara a Uravakonda desde Puttaparti su hermana mayor, Venkamma, le había pedido una imagen de ese Shirdi Baba de quien hablaba y sobre quien componía cantos para los *bhajans* (cantos devocionales). Prometió cierto jueves producir una para ella.

Sin embargo, el día anterior a ese particular jueves, Sathya regresó a su escuela. "Bueno", pensó Venkamma, "lo ha olvidado; no hay remedio; algún día me la dará, sin duda".

Pero en la noche del jueves prometido, la despertó un sonido extraño como si alguien estuviera llamando afuera en la puerta. Se sentó pero como todo parecía tranquilo se acostó nuevamente. Entonces oyó un sonido detrás de un saco que se

encontraba en la habitación. Quizás sea una rata o una serpiente, pensó, así es que prendió la lámpara y empezó a buscar. Encontró algo blanco que salía de detrás del saco: era un rollo de papel grueso. Lo desenrolló a la luz de la lámpara y encontró la imagen de un anciano sentado con la pierna derecha descansando sobre su rodilla izquierda. Dulces pero penetrantes ojos miraban hacia ella debajo de un pañuelo anudado en la cabeza. "Debe ser la imagen prometida", pensó, "que se me entrega por medio de un mensajero invisible". Venkamma todavía tiene esta imagen en colores de Shirdi Sai y me la mostró una vez que la visité en Puttaparti.

La escuela secundaria no era realmente el lugar adecuado para un muchacho que, como Jesús en el templo, podía enseñarle a los maestros; de hecho, varios de ellos, inclusive el director, acostumbraban inclinarse ante El, y traspasando la ilusión de su joven cuerpo, escuchaban sus inspiradoras palabras.

El rompimiento final con sus días de escuela ocurrió el 20 de octubre de 1940. Esa mañana, estando en la casa del hermano donde residía, Sathya tiró sus libros y anunció que se iba. "Mis devotos me están llamando. Tengo mi trabajo", dijo. Su cuñada dice que cuando oyó estas palabras vio un halo alrededor de la cabeza del muchacho que casi la dejó ciega, tuvo que cubrirse los ojos y gritó, alarmada.

A pesar de esto, ella y el hermano trataron de persuadir a Sathya de que permaneciera y continuara su educación. Sin embargo, éste marchó a la casa de un inspector de impuestos que le tenía mucho cariño al "pequeño Baba". Y ahí se quedó el muchacho durante tres días, casi todo el tiempo en el jardín debajo de un árbol con gente reunida a su alrededor. Algunos traían incienso y alcanfor para la adoración ritualista, algunos venían a aprender, otros a curiosear, y otros a reírse.

Sathya dirigía en cantos de *bhajan* al grupo que le rodeaba durante horas. Allí en el jardín ocurrió otro fenómeno que lo conectó más aún con Sai Baba de Shirdi. Llego un fotógrafo para tomar una foto del pequeño y ya célebre profeta. Una gran piedra sin tallar parecía entorpecer la composición de la foto-

grafía, por lo que el fotógrafo le pidió a Sathya Sai Baba que cambiara de sitio. Pero como éste no se movía, el fotógrafo, resignado, disparó su cámara saliere lo que saliere.

Y consiguió más de lo que esperaba. Cuando hubo revelado y copiado la película, resultó que la roca obstructora se había transformado en una imagen del Sai Baba de Shirdi. Ambas formas de Sai aparecían en la fotografía aunque sólo una había sido vista por la gente allí reunida.

Durante los tres días que Sathya pasó en el jardín, sus padres llegaron de nuevo a Uravakonda. Decidiendo finalmente que ya no se trataba de mandarlo a la escuela, le pidieron a Sathya que regresara a casa. Rehusó. Rogaron. Finalmente, después de que le aseguraron que en el futuro no obstaculizarían ni interferirían su misión, aceptó regresar a Puttaparti. Allí empezó a reunir más devotos alrededor suyo; primero en la casa de su padre y luego en la espaciosa casa de una discípula.

Todos los años desde que el muchacho de catorce años hiciera allá en el lejano pueblo de Puttaparti la asombrosa declaración de que era la reencarnación del santo moderno más misterioso y poderoso de la India, ha habido muchas pruebas externas interesantes en apoyo de dicha declaración.

Una historia contada en detalle por el señor Kasturi en su libro sobre la vida de Baba dice cómo, más o menos un año después del anuncio, cuando Sathya Sai Baba tenía quince años, recibió la visita de la Rani de Chincholi. Su difunto esposo, el Rajá, había sido un ardiente devoto de Shirdi Baba y solía pasar unos cuantos meses cada año en Shirdi. Dice la Rani y algunos viejos sirvientes del Palacio que Shirdi Baba en varias ocasiones estuvo en Chincholi. El iba, dice, con el Rajá a la ciudad en una tonga tirada por bueyes. Incidentalmente, esta tonga fue llevada más tarde de Chincholi a Puttaparti y dejada allí.

Durante su visita a Puttaparti para ver esta reencarnación del viejo santo, la Rani lo persuadió de que la acompañara a Chincholi. Tal vez para ponerlo a prueba. En el palacio se habían hecho muchos cambios desde los días en que Shirdi Baba lo visitaba. Aunque en teoría aceptada al muchacho como una reencarnación del santo de Shirdi, la Rani se asombró cuan-

do El inmediatamente hizo comentarios acerca de los cambios. Pregunto qué había pasado con una mata de margosa que había allí; mencionó la existencia de un pozo que había sido llenado y ya no se veía; luego señalando una serie de edificaciones dijo, "éstas no existían cuando estuve aquí en mi cuerpo anterior". Todo ello era cierto.

Luego le dijo que debía haber en el palacio una pequeña imagen de piedra de cierta clase que, como Shirdi Baba, El había dado al Rajá hacía mucho tiempo. La Rani no sabía nada de ello pero se emprendió una búsqueda a fondo y apareció la imagen.

Estos fueron algunos de los muchos recuerdos extrasensoriales que ayudaron a establecer la verdad de la reencarnación.

De interés significativo es la experiencia de Su Santidad Gayathri Swami, un discípulo de Sankaracharya de Sringeri Peetam. Sucedió mientras estaba de visita en el ashram de Prashanti Nilayam, después de que Sathya Sai se hubiera mudado allí de su pueblo natal. En 1906, el Swami había pasado todo un año con Baba en Shirdi, y lo visitaba a menudo en los últimos años.

El Swami estaba quizás sólo parcialmente convencido de que Sathya Sai era su viejo gurú reencarnado. De todos modos, la víspera de su salida de Prashanti Nilayam tuvo una visión. En ésta Shirdi Baba se le apareció y dijo que había vuelto de su *Mahasamadhi* (palabra usada para la muerte de un gran yogui) después de ocho años, y que había traído todos sus "bienes" con El quince años después. "¿Qué podía significar esta visión?", se preguntaba el Swami.

Entendió su significado al día siguiente. Al hablar de su visión con otros devotos, éstos le dijeron que Sathya Sai había nacido ocho años después de la muerte de Shirdi Baba, también que había asumido el nombre de Sai Baba a los catorce años y que estaba manifestando los plenos poderes asociados con Shirdi Baba a los quince años. Estos poderes, pensó el Swami, debían ser lo que su gurú quiso decir por "bienes", y la visión le había sido dada para confirmar en su mente que su Señor estaba de nuevo sobre la tierra.

Sai Baba de Puttaparti ha procurado visiones de su antigua forma de Shirdi a muchas personas cuando así lo han solicitado, y a veces sin que lo solicitaran. Una de las maneras como El hace esto es sosteniendo las dos palmas de las manos abiertas y mostrando en ellas resplandecientes imágenes de los cuerpos de Shirdi y de Puttaparti, una en cada palma. Otra manera es llevar a la persona que va a recibir la bendición de la visión a una pieza tranquila y apartada de cualquier casa en la cual se encuentre.

Allí, en una esquina de la habitación se ve la radiante figura tridimensional de Shirdi Baba.

Una señora describió esa visión en estas palabras: "…Allí estaba sentado Shirdi Sai Baba en el piso con su pose característica, pero con sus ojos cerrados y marcas de ceniza en la frente y los brazos. Los palitos de incienso ardían delante de El y el humo ascendía derecho en el aire. Su cuerpo irradiaba con una extraña refulgencia, y se sentía una maravillosa fragancia en torno suyo".

Podría argumentarse sin embargo —y quizás con razón— que el poder para producir alucinaciones de la forma de Shirdi no era prueba alguna de que Sathya hubiera vivido en esa forma.

Pero hay muchos otros tipos de pruebas que señalan el hecho de que los dos Sais son en espíritu el mismo.

En su mayoría los hombres que como adultos fueron discípulos cercanos de Shirdi Baba han ido muriendo con el pasar de los años. Pero hay todavía algunos viejos caballeros que siendo muchachos visitaron Shirdi cuando el anciano santo estaba aún allí. A éstos Baba los reconoce aun cuando sus propias madres tenían dificultad de ver al muchacho de antaño en el cuerpo envejecido.

Uno de éstos es el señor M.S. Dixit quien, habiéndose jubilado, vive ahora en el retiro veraniego de Sai Baba en Whitifield cerca de Bangalore. Mientras yo estaba allí con Baba un verano, sostuve muchas maravillosas conversaciones con el señor Dixit sobre sus experiencias con los dos Sais.

Nació en 1897, hijo de Sadashiv Dixit, un abogado que fue

en un tiempo Primer Ministro del Estado Real de Kutch. El hermano mayor de Sadashiv, Hari S. Dixit, era abogado en Bombay y miembro del Consejo Legislativo. Fue ese Hari Dixit el que se hizo íntimo devoto de Shirdi Baba. En compañía de su tío Hari, me contó M.S. Dixit, hizo sus primeras visitas a Shirdi, primero en el año 1909, y luego en 1912. Antes de su segunda visita había estado sufriendo de lo que él llamó "medio dolores de cabeza". Al levantarse el sol empezaba a dolerle fuertemente la mitad de la cabeza; luego poco antes de la puesta del sol el dolor cesaba. Esto sucedía cada día durante períodos de dos meses seguidos; era sumamente molesto. Su tío lo llevó a Sai Baba esperando que lo curara de los extraños dolores de cabeza. El señor Dixit recuerda vívidamente cómo estaba sentado cerca de Sai Baba un día, cuando Baba le dijo de repente: "¡Pero qué estás haciendo sentado allí, vete a la casa!" El joven Dixit replicó que tenía un fuerte dolor de cabeza y que el calor de la lumbre cercana se lo aliviaba un poco. Pero Baba insistió en que se fuera. Era costumbre, cuando uno se iba, tomar algo de ceniza del fuego y ponerla en la mano de Baba para que El pudiera con ella dar su bendición de despedida. Esto fue lo que hizo el muchacho de catorce años. Baba sostuvo el *udhi* por un momento y luego lo aplicó en la frente del muchacho con fuerza.

El joven Dixit sintió como si le hubieran dado una bofetada y esto, añadido a que se le ordenara salir, hizo que le dijera a su tío que no volvería a visitar a Baba.

Hari Dixit le replicó: "¡Tú eres tonto! La bofetada significa que tu dolor de cabeza no volverá".

Y así fue. Estos extraños y terribles dolores en la mitad de la cabeza no volvieron nunca más después de ese día, y el joven Dixit comprendió que Baba, a su manera enigmática, le había ordenado, no al muchacho, sino al dolor de cabeza, que se fuera.

Seis años después, en julio de 1918, el señor M.S. Dixit estaba nuevamente enfermo, esta vez con fuertes hemorroides y una fístula anal. Los médicos de Bombay, donde vivía, dijeron que debía operarse, pero la idea de la operación lo ponía muy

nervioso y no quería hacérsela. Pero sufría y sangraba mucho.

Se sentía muy desgraciado.

En una de las reuniones regulares de los jueves de los devotos de Shirdi Baba en Bombay, M.S. Dixit se sintió en cierta forma abrumado por la atmósfera devocional combinada con su sufrimiento propio. Aunque era un joven de veinte años, se sintió abatido y lloró como un niño. Esa noche tuvo un sueño en el cual Shirdi Baba le visitó y se burló de él por "estar llorando como una niña". Luego el viejo santo le dijo lo que debía usar como cura para su mal. Al despertar, Dixit lo recordaba todo menos el nombre del medicamento que Baba le había prescripto. Estaba muy afligido y por ello decidió ir a Shirdi tan pronto como le fuera posible para obtener el nombre de los labios de Baba.

Pero antes de que pudiera ir se enteró de que Baba había muerto. "Ahora", pensó tristemente, "nunca lo sabré y tendré que seguir sufriendo".

Luego, en la reunión del jueves siguiente a la noticia de la muerte de Baba, se encontró de nuevo abrumado de auto-compasión y lloró otra vez. Esa misma noche tuvo otro vívido sueño.

En éste Baba estaba nuevamente de pie delante de él, todavía en la vieja forma de Shirdi. Le dijo, "¡Qué! ¡Llorando de nuevo como una niña!" Luego le señaló al joven que tomara siete granos de pimienta, los moliera hasta hacerlos polvo, y que cada día tomara una pizca del polvo mezclado con *udhi*. Todos los devotos, incidentalmente, guardaban algo del *udhi* de Baba en sus casas.

A la mañana siguiente, M.S. Dixit recordó estas instrucciones del sueño claramente y las puso en práctica. Al tercer día del tratamiento cesó el dolor; al séptimo cesó la hemorragia. Finalmente, obtuvo una cura completa y el mal nunca se repitió.

Los años pasaron y pasaban las páginas de la vida de Dixit.

Era comerciante; se casó; fue Mayor y Oficial de la Brigada de Educación del Ejército durante la Segunda Guerra Mundial y varios años después. En 1959 estaba de nuevo dedicado al comercio en la ciudad de Mangalore en la Costa Oeste. Durante su tiempo libre leía una famosa obra religiosa hindú titulada

Gurú Charitra. Si se lee completa en siete días, se dice, se obtienen grandes beneficios espirituales.
En la noche del sexto día de la lectura tuvo un sueño. En él estaba caminando por una ancha avenida de árboles, y sintió que alguien lo estaba siguiendo. Miró hacia atrás. Había un hombre, un hombre muy singular, detrás de él. Dixit preguntó, "¿Quién es usted y por qué me está siguiendo?" Pero no hubo respuesta:

la figura simplemente continuó siguiéndolo silenciosamente. Después de unos pocos minutos Dixit volvió a mirar hacia atrás y vio al hombre que aún le seguía. Ninguno de los dos hablaba. Pronto los pasos se acercaron más, y Dixit sintió que de atrás le estaban echando algo en la cabeza. Vio que era ceniza.

Esto fue todo lo que pudo recordar del sueño al despertarse, pero en su mente quedaron muy claras la figura y la cara llamativas y singulares del hombre que lo seguía.

Algunos meses después, por una extraña serie de circunstancias supo que había una reencarnación de Shirdi Baba pero no lo creyó. Más tarde oyó la misma historia en otra parte, y le mostraron una fotografía de Sathya Sai Baba. Era el hombre que lo había seguido en el sueño. Ahora sí se despertó su interés. Recordaba lo que le contaba su tío que Shirdi Baba le había dicho una vez: "Yo apareceré de nuevo como un muchacho de ocho años". ¿Era ese muchacho que había llegado a adulto? Decidió ir tan pronto como le fuera posible a Puttaparti y averiguar todo lo que pudiera.

Fue a comienzos de 1961 cuando llegó allí, uno entre un grupo de más o menos treinta personas. El ashram estaba abarrotado con las multitudes de Shivaratri, y Dixit estaba de pie entre ellas esperando ver a Sathya Sai Baba en el alto balcón.

Cuando apareció la pequeña figura en la túnica roja y con el domo de pelo alrededor del dulce y adorable rostro, Dixit supo con toda certeza que era la figura de su extraño sueño.

Pero, pensó, ¿cómo puede ser éste el viejo santo de Shirdi?

Con sus sedas coloradas, su pelo como el de una mujer y esas multitudes a su alrededor, este hombre más parece una estrella de cine. Shirdi Baba era rudo, basto, sencillo: ¿cómo

puede ser éste el mismo hombre? De repente quiso irse a casa.

Pero se quedó para ver a Sathya Sai verter enormes cantidades de ceniza sagrada de una pequeña vasija sobre la estatua de Shirdi Sai, y la misma noche lo vio sacar nueve *lingams* de su boca. Durante un discurso público al siguiente día, Baba dijo: "Algunos de los que han venido aquí piensan que me parezco demasiado a una estrella de cine; objetan mis túnicas de brillantes colores y el estilo de mi pelo…" Consternado, Dixit oyó repetidos desde el estrado todos los silenciosos pensamientos de crítica.

Luego Baba siguió explicando las razones —razones convincentes le parecieron a Dixit— para el llamativo atuendo, el estilo singular de su pelo y los otros aspectos de esta encarnación.

Bien, Dixit decidió, no hay duda de que es algo muy especial.

No hay duda de sus poderes supranormales, pero… es tan diferente del viejo Shirdi Baba. ¿Puede ser realmente la misma alma?

En una segunda visita a Prashanti Nilayam, tres meses más tarde, fue llamado a una habitación para una entrevista con un grupo de media docena de personas. Baba entró, habló a unas pocas personas, y luego se dirigió hacia M.S. Dixit quien tenía en la mano una pequeña foto de su tío, H.S. Dixit. Baba tomó la foto, la miró y dijo: "Este es H.S.Dixit, su tío, el hermano mayor de su padre, y mi viejo devoto en Shirdi. ¿Ahora tiene todavía alguna duda?" Ya sus dudas casi no existían porque todo lo que Baba acababa de decir era cierto. Y Dixit no le había dicho su nombre a nadie en el ashram. Estaba allí de incógnito como un miembro desconocido en una multitud de visitantes. Pero Baba había reconocido la cara de su tío en la foto a primera vista.

Después de eso Dixit hizo muchos viajes al ashram y, en los años siguientes, disfrutó abundantemente de los milagrosos poderes, de la gran compasión y de las enseñanzas espirituales de Sai Baba. Una vez, hablando de lo que Shirdi Baba le había dicho a su tío Hari acerca de su regreso a la tierra "como un muchacho de ocho años", Baba le dijo a Dixit que lo que él

había dicho en realidad era que regresaría como un muchacho dentro de ocho años, o sea, ocho años después de su muerte, lo que en efecto hizo. Sathya Sai añadió que H.S.Dixit debía haberlo malinterpretado.

Pero fueron la infinidad de cosas pequeñas, más que estas cosas grandes, las que finalmente le convencieron de que los dos Sais eran uno solo, me dijo Dixit. Siguió describiendo estas importantes pequeñeces: las semejanzas en los poderes y milagros, los paralelos en las enseñanzas y manera de instrucción, los sutiles ecos del pasado en los gestos, frases y actitudes. "Algunas veces hasta veo en su cara la misma vieja sonrisa que vi hace mucho tiempo en la cara de Shirdi Baba", dijo.

Claro está, las diferencias que él sintió tan fuertemente al principio están allí, admite. Pero hay, después de todo, un cuerpo diferente, un marco diferente, una época diferente, un ambiente diferente para la misión de Sai. Y por lo tanto la misión, aunque en espíritu la misma, no puede ser precisamente la misma en forma y estilo, y es de esperarse que la personalidad externa a través de la cual se proyecta el mensaje al mundo también sea diferente. Sai Baba mismo comenta que no es tan duro ni tan colérico ahora como era en la manifestación anterior. Es más tolerante y dulce. Explica la diferencia por medio de un símil: "La madre es usualmente dura cuando los niños entran a la cocina y la molestan en la preparación de la comida; pero mientras ella sirve la comida es toda sonrisas y paciencia. Estoy ahora sirviendo los platos cocinados entonces. Dondequiera que esté, si usted tiene hambre y su escudilla está lista, le serviré los platos y le daré de comer hasta satisfacer su corazón". En otra oportunidad, acerca de la controversia sobre si era el mismo Baba o no, dijo: "Cuando hay dos pedazos de dulce, uno cuadrado y otro circular, uno amarillo y el otro morado, a menos que uno haya comido y experimentado el sabor de los dos, uno no puede creer que ambos sean iguales. Probar, experimentar, esto es crucial para conocer la identidad".

Otra persona que conoció a Shirdi Baba es una anciana dama que ahora vive en Prashanti Nilayam. N. Kasturi escribe en la segunda parte de su "Vida de Sathya Sai Baba", que esta

dama fue llevada cuando niña a Shirdi por su padre, un Recaudador en los dominios del Nizam. Más tarde, después de que murieron sus cuatro hijos, fue de nuevo a Shirdi en 1917 y le pidió a Baba permiso para quedarse con El para su iniciación y adiestramiento espiritual.

Pero Baba le dijo: "No, ahora no. Regresaré en Andhra: entonces me encontrará y estará conmigo".

Regresó a los dominios del Nizam y dedicó su vida a obras de bienestar y caridad. Durante sus viajes para recolectar dinero y apoyo para su hogar para niñas huérfanas, que había llamado "Sai Sadan", supo que había un muchacho en Uravakonda que había anunciado que era Sai Baba. Recordando lo que Baba le había dicho en 1917 sobre su reencarnación en Andhra, se apresuró a ir a Uravakonda, llegando allí un jueves. Se unió a la gente que fue a visitar al joven Sai Baba ese día y se sentó cerca de El.

Dice que Baba le habló en voz baja en hindi, como en Shirdi: "Así es que has venido, hija mía".

Luego le dijo que le debía diez y seis rupias, recordándole que de cuarenta rupias que había recolectado para celebraciones religiosas en Shirdi, diez y seis estaban todavía prestadas a una amiga de ella. "Te estoy diciendo esto solamente para convencerte de que soy Shirdi Sai Baba".

Esta dama está ahora con Sathya Sai Baba en Prashanti Nilayam, Andhra Pradesh, feliz de que se haya realizado lo que El le dijo hace medio siglo en Shirdi.

Pero no es la prueba externa, sino la prueba interna que lleva a la convicción en esta profunda cuestión. Las personas que han estado con Sathya Sai Baba por mucho tiempo, y han conocido también a Shirdi Baba —bien sea directamente o por medio de lo escrito sobre El— no tienen duda de que ambas son encarnaciones del mismo Ser Divino.

Se ha publicado una serie de libros sobre Sai Baba de Shirdi, inclusive la excelente obra en cuatro volúmenes de Narasimha Swami sobre su vida y enseñanzas. Encuentro que cuando estoy profundamente absorto en estas obras, a menudo pienso que estoy leyendo sobre Sai Baba de Puttaparti; debo continua-

mente recordar que éstas son las enseñanzas, dichos y hechos de Shirdi Baba, no del actual Sathya Sai; tal es la profunda similitud.

Pero antes de describir mis experiencias personales con Sathya Sai Baba debo volver por un momento a esos primeros días en Puttaparti. Sathya Sai mismo dice que los primeros treinta y dos años de esta encarnación serían marcados principalmente por *leelas* (juegos divinos) y *mahimas* (milagros), y los años subsiguientes por discursos y enseñanzas verbales. Pero señaló que esto era simplemente una cuestión de énfasis, que ambos aspectos estarían en evidencia en todo momento.

Considerando los muchos milagros que he presenciado durante ésta, su fase de "enseñanza", me preguntaba cómo sería la vida con Sathya Sai durante los años de su fase "milagrosa". Así es que busqué y hablé con hombres y mujeres que lo habían conocido entonces. Entre ellos, prácticos hombres de negocios, personas viajadas del mundo, funcionarios gubernamentales de alto rango y personas altamente educadas y profesionales.

Todos felices de poder contar sus extrañas y maravillosas historias.

CAPÍTULO VII: ECOS DE LOS PRIMEROS AÑOS

El Espíritu se asomará a través de la mirada de la materia, y la materia revelará la cara del Espíritu.

SRI AUROBINDO

Cuando poco antes de cumplir los catorce años, Sathya Sai Baba regresó al pueblo de Puttaparti desde la escuela secundaria, fue primero a vivir a la casa de su padre. Poco después se mudó muy cerca a la casa de una familia de *brahmanes* (eruditos religiosos) llamada Karnum. Este era el lugar adonde a menudo había corrido cuando niño para comer comida vegetariana cuando había carne en su propia casa. Se instaló allí y el ama de la casa, de nombre Subbamma, no sólo lo atendía a El con amor y solicitud sino que recibía al creciente número de seguidores en su casa que era mucho más espaciosa y adecuada para este fin que la casita de los padres de Sathya Sai.

Así fue como en la casa de Karnum, que todavía existe en la calle principal de Puttaparti, la misión de Sai Baba empezó en firme en 1941. En un principio las reuniones se hacían en una habitación, pero la gente era tal que pronto se desbordó hasta la calle. Entonces se construyó un galpón; con el pasar de los meses este galpón fue ensanchado y luego se le añadió una carpa.

Pero las multitudes seguían sobrepasando todas las comodidades.

Además, Baba insistía en darle comida a los visitantes que venían desde lejos. A menudo la cantidad de comida cocinada amenazaba con ser insuficiente y fue en eso en lo que El mostró por primera vez su poder crístico de aumentar la comida hasta llenar las necesidades del momento.

Una dama que solía ayudar a la devota Subbamma en estos primeros días, describe el ritual que Baba usaba para esto. Cuando se le informaba discretamente que la comida no era suficiente, pedía dos cocos, que son siempre elementos importantes en las ceremonias religiosas en la India. Golpeaba el uno contra el otro rompiéndolos exactamente por la mitad, y luego "El esparcía el agua de coco sobre los montoncitos de arroz y los recipientes que contenían las otras comidas, y daba la señal de proseguir con la tarea de servir a todos los que habían venido, o que pudieran venir todavía hasta la noche". Siempre había suficiente para todos.

Fue en esos días de limitado espacio cuando Baba comenzó a llevar a sus seguidores a sentarse en las arenas del río Chitravati. Hoy es un río de arenas, de trescientos a cuatrocientos metros de anchura cerca del pueblo, y seco excepto durante la estación de lluvias. En los primeros años de 1940 era casi como ahora, pero durante la mayor parte del tiempo corría un riachuelo por las arenas. Aquí, el joven Sai se sentaba con sus numerosos seguidores, y los dirigía cantando *bhajans*, los aconsejaba acerca de sus problemas personales, les enseñaba la manera de vivir, y fortalecía su fe con varios fenómenos milagrosos.

En la cresta de una loma rocosa en la ribera izquierda del río, más o menos a ochocientos metros del pueblo, crece un tamarindo solitario. En esos días adquirió el nombre de *Kalpataru*, o árbol colmador de deseos. Esto era porque Sai Baba solía llevar a sus devotos —o por lo menos a los que podían subir hasta allí— y preguntarle qué fruta deseaban del árbol. Al nombrar la fruta, inmediatamente podía vérsela colgando de una rama del árbol. Manzanas, peras, mangos, naranjas, higos y otras variedades de frutas, fuera de estación, y algunas que no se cultivaban en el distrito, podían cosecharse de la mata

de tamarindo.

Hubo otros eventos extraños y profundamente conmovedores en relación con ese árbol. A veces, Baba retaba a los jóvenes de su misma edad a una carrera colina arriba, desde las arenas hasta donde se veía el árbol con su follaje dibujado contra el cielo, a unos sesenta metros de altura. Era una subida empinada, rocosa, casi vertical en algunos lugares; pero antes de que los otros hubieran podido dar unos pocos pasos, el joven Sathya Sai estaba allá arriba, llamándolos desde la cima.

Los jóvenes entonces se paraban, y desde abajo con los otros devotos observaban al joven en el tope de la colina, sabiendo que con seguridad algo asombroso iba a suceder. Uno de los competidores en la carrera, entonces estudiante universitario, cuenta lo que vio allí: "Era poco después de la siete", dice, "y cayendo la noche. De repente una gran bola de fuego como un sol horadó la oscuridad alrededor del muchacho que estaba en la cumbre. La luz era tan intensa que era imposible mantener los ojos abiertos y observarla. Tres o cuatro de los devotos se desmayaron y cayeron al suelo".

Ha habido diferentes visiones en diferentes ocasiones. A veces era una gran rueda ardiente o una luna llena con la cabeza de Baba en el centro, a veces un haz cegador de luz que salía de su frente —del centro del tercer ojo— a veces un pilar de fuego.

He hablado con cantidad de personas que han presenciado estos milagros de luz.

No es de extrañar pues que los ecos de estos sucesos en el pueblo llegaran hasta Madrás y otros lugares lejanos, y que los curiosos, los afligidos y los verdaderos buscadores empezaran a llegar desde lejos. No hay duda de que la afluencia hubiera sido mayor todavía si el viaje hubiera sido menos difícil. Pero sólo los valientes se enfrentaban al agotador viaje con su etapa final en carreta de bueyes o a pie.

A pesar de ello, en 1944, debido a las crecientes multitudes, se construyó lo que ahora se llama el "viejo Mandir", al borde del pueblo. Es una especie de doble galpón con techo de hierro galvanizado y bastante espacioso para acomodar buenas asam-

bleas para los *bhajans*. En la parte de atrás hay habitaciones para dormir y comer, y algunos de los devotos visitantes solían quedarse allí o acampar cerca. Hoy en día tiene sólo interés histórico. Los visitantes a Prashanti Nilayam deben caminar 400 metros de carretera polvorienta para que les muestren el viejo Mandir. Sus paredes están adornadas con curiosas fotografías del joven Sai y grupos de sus devotos que ilustran, más que nada, el pobre nivel del arte fotográfico provincial del lugar en los años 40.

Para el mundo exterior era una década memorable, con la Segunda Guerra Mundial y el comienzo de la independencia de la India. Pero para un creciente número de personas, los eventos más excitantes e importantes tenían lugar en Puttaparti, y el viejo Mandir no tenía capacidad para las multitudes que llegaban.

Por ello las reuniones en las arenas del río Chitravati siguieron siendo populares.

Algunos de los visitantes que venían por simple curiosidad se quedaban para rendir profundo homenaje, y regresaban una y otra vez. Otros, de centros distantes, persuadieron al joven Sai para que visitara sus ciudades y se quedara en sus casas, donde sus amigos podrían conocerlo también. Muchos de los primeros devotos todavía, después de más de veinte años, van al ashram a verlo tan a menudo como les es posible y le ruegan que cuando se encuentre en su vecindad bendiga sus casas con su presencia.

Los viejos devotos que conocí resultaron ser un inspirador aspecto de mi investigación sobre este gran hombre milagroso.

No son, como podrían sospechar algunos lectores, fanáticos, personas sin educación, vagos o visionarios. Por el contrario son ciudadanos educados, racionales y prácticos, cuya integridad y confiabilidad serían aceptadas en cualquier tribunal.

Necesitaba asegurarme de estas cosas —como ahora lo aseguro al lector— porque en la época en que yo estaba recolectando algunas de las historias que aparecen en este libro no había experimentado personalmente muchos de los fenómenos que ellos describen. Ahora que he visto tantos de ellos es cuando

mi actitud ha cambiado totalmente. Lo milagroso se ha hecho familiar.

Los viejos devotos en su mayoría me han autorizado para usar sus nombres, ya que ponen la causa de la verdad y de su creencia en los poderes trascendentales de Sai Baba por encima de todas las demás consideraciones. En este capítulo doy algunas historias como muestras contadas por hombres y mujeres que han conocido a Sathya Sai Baba desde los años 40.

El señor P. Partasaraty es un conocido hombre de negocios de Madrás, copropietario de una compañía relacionada con asuntos navieros. Me dijo que había conocido a Sai Baba en 1942 cuando éste fue a Madrás y se hospedó en la casa de uno de sus vecinos. Poco después de esto, él y otros miembros de su familia fueron a Puttaparti.

Permanecieron allí un mes entero y presenció la levitación de Baba hacia el tope de la colina hasta el árbol colmador de deseos, viendo un brillante halo de llamas alrededor de la cabeza del joven Sai y un haz de luz saliendo de su frente por entre los ojos. El dice: "En esos días Baba estaba siempre lleno de alegría y de bromas. Cantaba canciones, y muchas veces al día hacía algún milagro —a veces como travesuras— como el hacer que un reloj caminara al revés, o reteniendo a personas sentadas en sus asientos por alguna fuerza invisible. En los picnics golpeaba bandejas vacías, y al quitarles la tapa, las fuentes aparecían llenas de comida, a veces caliente como acabando de salir de la cocina.

También lo he visto multiplicar pequeñas cantidades de comida para alimentar a grandes multitudes".

"Estos paseos eran siempre ocasiones felices. A menudo Baba transformaba algún árbol que se encontraba a la mano en un árbol *Kalpataru*: podíamos tomar de sus ramas cualquier fruta que mencionáramos".

El señor Partasaraty había padecido de asma por muchos años. Un día estando en Puttaparti, Baba materializó una manzana con un gesto de su mano y le dijo que la comiera para que se curara. No ha vuelto a tener un solo ataque de asma en un cuarto de siglo.

Pero dice que el milagro más importante de esas tempranas experiencias está relacionado con su madre. Esta estaba completamente ciega con cataratas cuando la familia conoció a Sai Baba. Su tratamiento fue simple; tan simple como la pasta de arcilla y saliva que Cristo usó en un ciego. Baba puso pétalos de jazmín en los ojos de la señora y los sostuvo allí con un vendaje.

Cada día los cambiaba por pétalos frescos y, a la vez, insistía en que fuera diariamente a los *bhajans*. Esto siguió por diez días, y cuando le quitó el vendaje por última vez ella podía ver muy claramente. "Vivió diez años más después de esto", me dijo el señor Partasaraty, y no tuvo más problemas con su visión.

El señor G. Venkatamuni, cuando me habló de sus primeras experiencias con Sai Baba, era una figura destacada en el negocio de fertilizantes en Madrás. Lamentablemente, murió poco después, pero su hijo Iswara, también un fiel devoto, sigue con el mismo negocio familiar. Baba, cuando se encuentra en Madrás, pasa siempre por lo menos una parte de su tiempo en la casa de los Venkatamuni.

Una persona honesta y sencilla, el señor Venkatamuni, lejos de exagerar, estaba más bien inclinado a la reticencia en todas sus descripciones. Me di cuenta de ello al verificar algunas de sus historias con otros testigos presentes en ese momento. Doy aquí, tal como me las contó a mí, sólo una o dos de las muchas e increíbles experiencia que él tuvo con Baba.

En el año 1944, él comenzó a escuchar extrañas historias acerca de un muchacho milagroso en un pueblo de Andhra Pradesh, el Estado de donde procedían sus antepasados. Decidió ir y ver por sí mismo qué había de verdad en esos relatos.

El día de la llegada de Venkatamuni a Puttaparti, Sathya Sai, quien entonces tenía diecisiete años, lo llevó con un pequeño grupo a las arenas del río. Como estaban allí sentados hablando, Baba metió la mano en la arena y sacó un puñado de dulces, y los distribuyó entre el grupo. "Estaban calientes", dijo el señor Venkatamuni, "como si acabaran de salir de un horno. Tuve que dejarlos enfriar antes de poderlos comer". Se dio cuenta

de que lo que había visto no era un simple truco de prestidigitación.

Se quedó en el pueblo, esperando ver más milagros. Sus esperanzas fueron más que colmadas, dijo, y describió la misma copiosa serie de maravillas presenciadas por los primeros devotos.

"Era joven entonces", dijo el señor Venkatamuni, "todo era muy divertido. Iba a nadar con Sai Baba y los otros jóvenes, y fue entonces cuando vi el *Samku Chakram* en las plantas de sus pies".

"¿Qué es esto?", inquirí.

"Es una marca circular, podría usted llamarla una marca de nacimiento. Los hindúes creen que es uno de los signos de un Avatar".

El señor Ventakamuni y su esposa se hicieron íntimos devotos de Sai Baba, iban a su ashram regularmente, y lo invitaban a quedarse durante días o semanas en su casa de Madrás.

Pero fue en 1953, nueve años después del primer encuentro, cuando experimentaron algo de la magia de Sai, única en su género. Habían salido para un viaje alrededor del mundo que iba a empezar en Europa e incluiría el Lejano Oriente. Viajando por vía aérea, su primera escala fue París donde pensaban pasar varias semanas.

Mientras paseaban por las calles de París, el primer día, decidieron cambiar algunos cheques de viajero e ir de compras. La señora Venkatamuni llevaba dentro de su bolso la cartera de cheques de viajero; o por lo menos lo creía hasta que la abrió y se encontró con que no los tenía.

Ambos pensaron que debían haberlos puesto en alguna maleta, así es que regresaron directo al hotel. Pero los cheques de viajero no estaban ni en su maleta ni en la de su esposo. Después de una concienzuda búsqueda, y repetidos rastreos por todas sus pertenencias, se hizo dolorosamente obvio que se había perdido la valiosa cartera. No tenían idea de dónde la habían perdido. La señora Venkatamuni la había visto por última vez, por lo que podía recordar, en su bolso algún tiempo antes de salir de Bombay. Era una situación muy embarazosa

y desafortunada. Aquí estaban en una ciudad extranjera al comienzo de un viaje alrededor del mundo con apenas suficiente efectivo para pagar su primera cuenta de hotel. Se sentaron deprimidos y desamparados en su habitación, preguntándose qué podrían hacer.

Lo que hicieron parecería absolutamente descabellado a cualquiera que no sea un íntimo devoto de Sai Baba. A éste le parecería la única cosa sensata que podían hacer. Con los pocos francos en efectivo que habían traído a Francia enviaron un cable a Baba pidiéndole su ayuda. Después de ello se sintieron mejor, sabiendo que vendría ayuda en alguna forma. Pero no esperaban lo que de hecho ocurrió.

Un día o dos más tarde salieron de nuevo a recorrer los comercios. La señora Venkatamuni decidió hacer una lista de las cosas que compraría cuando tuviera algún dinero. Abrió la cartera para sacar su lápiz y un cuaderno de notas y su corazón dio un gran salto. Allí, justo encima de todo, había una cartera de cheques de viajero. Resultaron ser los suyos. Era la cartera perdida o dejada en la India. El señor Venkatamuni me dijo que el bolso de su esposa era de tamaño mediano, y que ambos lo habían registrado a fondo varias veces y vaciado todo su contenido en la cama. No había, bajo esas circunstancias, ninguna posibilidad de que no hubieran visto la cartera si antes hubiera estado dentro del bolso. El señor Venkatamuni no tenía ninguna duda de que Baba había teletransportado la cartera desde donde se había perdido. Un milagro de los más útiles.

Enviaron otro cable desde París de agradecimiento. Al regresar de su agradable viaje alrededor del mundo, pudieron manifestarle a Baba lo agradecidos que estaban por su oportuna y suprahumana ayuda. El sólo sonrió, no dijo nada, y no le preguntaron los detalles.

Un ciudadano de Madrás muy conocido y distinguido que ha confirmado lo que otros han dicho acerca de la primera fase milagrosa de Baba es el señor V. Hanumantha Rao. Este hombre, ahora retirado, cuando conoció a Sai Baba en 1946 era Comisionado de Transportes en la Presidencia de Madrás (que entonces incluía parte del actual Estado de Andhra Pradesh).

Las relaciones entre Baba y este gran filántropo y su esposa son una historia conmovedora que envuelve otros aspectos, además de los primitivos milagros y bromas del travieso Sai. La contaré en otro capítulo. Pero aquí quiero mencionar una interesante anécdota que puede dar alguna luz sobre el modus operandi de por lo menos algunas de las técnicas de producción de fenómenos de Baba.

Tanto el señor como la señora Hanumantha Rao me han contado a menudo la maravillosa y celestial calidad de esos primeros años de Sai Baba cuando El solía ir con ellos en su automóvil, cómo cantaba bellas canciones y les decía que pidieran la comida que desearan o cualquier fruta fuera de estación que se les antojara. Luego con algún gesto producía instantáneamente las cosas que había solicitado. Y cómo cuando venía a su casa era tan natural, espontáneo y alegre como un niño, y sin embargo parecía tener el poder de mandar con su voluntad a todas las fuerzas de los tres mundos.

Una vez, me contaron, el día del Natalicio del Señor Krishna, Baba caminaba sin rumbo, al parecer, por la casa de ellos en Madrás. De pronto se volvió hacia la señora Hanumantha Rao y dijo: "Hay unos *devas* (ángeles) que están esperando para darme una vasija de dulces".

Mientras ella lo estaba mirando, sin ver nada, El alzó ambas manos y tomó del aire, como si lo tomara de una persona invisible, una gran vasija de cristal tallado. La vasija pareció materializarse de repente. Baba se la entregó a la señora Hanumantha Rao. Estaba llena, como lo describieron, de "dulces de sabores divinos de muchas clases de los distintos lugares de la India".

Después de este incidente, Sathya pidió un delantal. Cuando se lo trajeron se lo puso y empezó a cantar canciones de cuna.

Estaba haciendo el papel de una niñera cargando al niño Krishna, y arrullándolo para que se durmiera. Después, de entre los pliegues del delantal, tomó una estatuilla de Krishna de madera de sándalo tallada que con toda seguridad no había estado antes allí ni en ninguna otra parte de la casa.

El señor y la señora Hanumantha Rao, me mostraron cuan-

do los visité, la vasija de cristal y la estatuilla de Krishna, dos tesoros traídos hace mucho tiempo a la casa del Comisionado de Transportes por algún misterioso método conocido sólo por el joven Sathya Sai. Pero de la mención que hizo, se podría deducir que El tiene seres de otro plano de existencia bajo su control para estos transportes.

La señora Nagamani Pourniya, que vive en Bangalore, es viuda de un Oficial Distrital de Transportes y madre de la popular novelista Kamala Taylor, casada con un inglés y que vive en Inglaterra. Nagamani conoció por primera vez a Sai Baba en 1945 y pasó muchos largos períodos en su ashram. La encontré siempre dispuesta a hablar de Baba y me ayudó a completar mi cuadro mental de los primeros años, confirmando los aspectos principales y añadiendo algunos nuevos al brillante tapiz de esos años.

Nagamani misma ha escrito un libro sobre Sai Baba, pero hay una o dos de sus experiencias que vale la pena repetir aquí.

Muchos me han descripto la milagrosa producción de figurillas —usualmente estatuillas de dioses hindúes u otros— sacadas de las arenas por Sai Baba y yo mismo he visto hacerlo. Pero Nagamani me contó que en una ocasión cuando un grupo fue con Baba a las arenas del río Chitravati, ella vio figuras de dioses que salían de las arenas por sí mismas. Baba simplemente quitaba un poco de arena para despejar el tope de la cabeza, luego la figura empezaba a salir, como si estuviera impulsada desde abajo por algún poder oculto.

Primero, dijo, salió un figura de Shiva, luego su consorte, Parvathi, y luego un *lingam*. A medida que cada una sobresalía unos centímetros de la arena, Baba la sacaba toda y la tiraba rápidamente a un lado. Esto porque las figuras eran de metal y estaban muy calientes, demasiado para sostenerlas por más de un segundo. Después de enfriarlas, las llevó al viejo Mandir para que se les hiciera *puja* (adoración ritualística).

Pero una de las más sorprendentes de sus muchas y fantásticas experiencias tuvo que ver con una operación quirúrgica realizada por Baba. Los devotos me han dado varias descripciones de tales operaciones, pero Nagamani reporta la prime-

rísima de que tuviera noticia.

Un hombre y su mujer vinieron a Puttaparti para quedarse.

Nagamani observó que el hombre tenía un estómago bulboso, tremendamente hinchado. Pasaba el tiempo acostado, bien en su habitación cerca del viejo Mandir o fuera a cielo abierto. Oyó que no podía comer nada, ni siquiera tomar café. Esto le pareció "lo último" a Nagamani, a quien le gustaba el café. Fue a ver a Baba y le pidió que curara al hombre.

Pero los días pasaban y nada ocurría, así es que dijo de nuevo: "Por favor, Baba, haz algo por ese pobre hombre". Este sonrió y contestó: "¿Crees que esto es un hospital?" Luego, una tarde, todos los devotos iban con Baba hacia las arenas del río. No era un grupo grande, y cada una de las mujeres decidió llevar algo de comida para hacer un picnic. Nagamani llevó el café. También dejó afuera, no lejos del Mandir, una olla de agua en una fogata de leña. Con esta agua caliente, dijo, ella esperaba lavarle los pies a Baba a su regreso del arenal.

En el lecho del río pasaron un rato maravilloso cantando canciones. Baba les contó bellas historias de los dioses, produciendo ocasionalmente algún objeto apropiado de la arena. Todo esto mantuvo sus espíritus a un alto nivel, de tal modo que cuando se acercaron tres leopardos salvajes para beber en el río no sintieron ningún miedo. Los leopardos parecían considerarlos como amigos y siguieron bebiendo sin perturbarse.

Cuando regresaron al Mandir, Nagamani fue para avivar el fuego y Baba desapareció en la habitación del enfermo. Después de un rato salió corriendo hacia el fuego, pidiéndole agua caliente para lavarse las manos. Ella miró y vio que su mano derecha estaba toda roja.

"¿Has estado pintando, o algo así?", le preguntó en broma.

"Es sangre", le contestó.

Luego mirando con más cuidado en la luz que se desvanecía vio que en la mano cubierta de sangre El llevaba algo que parecía "una bola de un color sucio, como si fuera una vieja hoja de banano". Esto lo tiró y luego se lavó la sangre de las manos en el agua que ella le dio. "Bueno", le dijo en son de broma, "has estado insistiendo que convierta este lugar en un

hospital, así es que acabo de hacer la operación necesaria a ese hombre".

¿Estaba bromeando? Ella había visto la sangre y algo horrible que El había tirado. ¿Le había sacado algún tumor al hombre?

Sai Baba, leyendo aparentemente las preguntas en su mente, le dio un rollo de algodón y le dijo: "Toma esto y ayuda a la esposa del hombre a ponerle un vendaje fresco".

Fue hasta la puerta pero permaneció afuera. Deseaba mucho ver qué había sucedido, pero tenía como miedo de entrar.

En esto vino Baba y la llevó a la habitación. El hombre estaba todavía acostado, con su esposa sentada al lado. Baba entró y levantó la camisa del hombre para mostrarle la operación. No había ningún vendaje, sino una marca delgada en el estómago, como un corte que hubiera sanado, y el estómago ya no estaba hinchado. Tanto el hombre como su mujer miraban a Sai Baba en silencio, como si fuera Dios. No se dijo ni una palabra. Baba sacó a Nagamani de nuevo afuera, y finalmente le permitió que le lavara los pies.

A la mañana siguiente, ansiosa por saber qué había ocurrido, volvió para inquirir acerca de la salud del paciente. Este estaba sentado comiéndose un buen desayuno. Le dijo que Sai Baba había entrado en la habitación el día anterior y sacudiendo su mano, había producido del aire un cuchillo y otro instrumento.

Luego produjo algo de ceniza y la frotó en la frente del enfermo.

Esto parece haber actuado como un anestésico ya que el hombre perdió el conocimiento y no supo nada hasta terminada la operación, cuando Baba le dijo que todo estaba bien. La herida había estado un poco dolorosa, pero ahora, estaba completamente normal.

Nagamani quiso saber cómo había sanado tan rápidamente.

La esposa le dijo que Baba había simplemente sostenido la herida y la había cerrado con sus dedos y que había sanado inmediatamente. Luego había untado algo de *vibhuti* en la herida, dejando sus manos allí un rato, asegurando al paciente que todo estaba bien, y se había ido.

Nagamani se dio cuenta de que las instrucciones de Baba en la noche anterior acerca de un vendaje eran simplemente con el fin de darle una excusa para ir a ver al paciente. Se sorprendió de que El se tomara la molestia de satisfacer su curiosidad, pero quizás fue porque ella se había preocupado por el enfermo. No sentía ningún asombro, sólo un temor reverencial, al descubrir este nuevo milagro. Nada de lo que hiciera Baba la sorprendía ya; cada cosa simplemente aumentaba su profundo amor por El.

Hay otros tipos y variedades de fenómenos en las crónicas de los primeros años, pero como yo realmente vi ejemplos de éstos con mis propios ojos durante los años 60, es mejor que describa mis experiencias personales.

CAPÍTULO VII: CON BABA EN LAS MONTAÑAS

Vengan a Mí con las manos vacías y se las llenaré de dádivas y de Gracia.

SATHYA SAI BABA

Durante un invierno en Madrás, Sai Baba nos invitó a mi esposa y a mí a pasar el siguiente mes de junio con El en su retiro de verano en Whitefield, cerca de Bangalore. Nos llenamos de alegría con la perspectiva, pero habíamos aprendido para ese entonces que es mucho más sabio no tener ninguna expectación firme acerca de los futuros movimientos de Baba. Su presencia y su tiempo están en total demanda en todas partes y El va donde más se le necesita; o, en otras palabras, El hace lo que es más propicio para el adelanto de su misión. Por lo menos, ésa es la interpretación que dimos a los movimientos de Baba, aunque en realidad siguen una ley fuera de nuestra comprensión. Por ello nos dijimos que, a lo mejor, estaríamos un día o dos en Whitefield. En cuanto a pasar todo un mes en su presencia, estaba bien tener esperanzas, pero era presuntuoso contar con ello.

Todavía en ese estado mental, llegamos a Bangalore a comienzos de junio y nos quedamos una noche con un miembro de la Sociedad Teosófica. A la mañana siguiente, éste nos llevó en su automóvil a Whitefield, que se encuentra en unos terrenos altos más o menos a veinticinco kilómetros de la ciudad. En el camino nos explicó que Whitefield había surgido

primero como una comunidad británica, pero que ahora quedaban muy pocos europeos. Nos encontramos con un lugar muy extenso con grandes casas de amplios y agradables jardines. Eventualmente, en un alto muro de ladrillos, encontramos una reja con el nombre "Brindavan" encima y un *gurkha* (soldado del ejército de Nepal) vestido de kaki, de guardia. Por el nombre supimos que era la residencia de Baba.

Cerca de la reja había una casa de la cual salió un hombre de aspecto benigno que resultó ser el señor M.S. Dixit. Nos instaló en una habitación de su casa, que en épocas anteriores, supuse, debe haber sido la casa del guardia, y nos dio la buena noticia de que Baba estaba en su residencia. No veíamos señal alguna de otra casa, y me pregunté dónde viviría Baba realmente.

Sin embargo, un poco más tarde en la mañana, el señor Dixit nos llevó por los boscosos jardines, entre tribus errantes de monos, y, por una escalera, a una terraza. Allí había un jardín estilo parque de setos y senderos cubiertos y una casa de buen tamaño donde encontramos a Sai Baba rodeado por un grupo de huéspedes residentes y con muchos visitantes de Bangalore que habían venido ese día.

"Swami" (Maestro), como la mayoría de sus devotos lo llaman, nos dio la bienvenida como una madre feliz de que sus hijos hayan llegado a casa. Nos ofreció la opción de mudarnos con El a la casa grande, en cuyo caso tendríamos que separarnos. Iris durmiendo con las mujeres de un lado de la casa y yo en el dormitorio de los hombres en el otro. O podíamos alojarnos con el señor Dixit y tomar nuestras comidas y pasar todo el tiempo que quisiéramos en la casa grande. Escogimos esto último.

Esa mañana observamos una "ceremonia del cordón sagrado" en el hall central de la residencia de Baba. El muchacho que recibía el cordón sagrado era el hijo del señor Jawa, propietario de las fábricas de helados Joy. Los padres, la abuela y otros miembros de la familia, todos devotos de Baba, estaban presentes para la ceremonia y la sala estaba repleta de espectadores.

Bajo la supervisión de Sai Baba, sacerdotes de Prashanti Ni-

layam llevaron a cabo el ritual. En el momento oportuno Baba entró al centro de la escena, sacudió su mano de la ya bien conocida manera, y de aquel oculto nicho en el espacio que El a veces llama "los Almacenes Sai", produjo el cordón necesario para colocarlo alrededor del cuello del muchacho.

Después de la ceremonia se celebró un banquete en la amplia veranda. Estábamos sentados con las piernas cruzadas en el piso en dos largas filas, comiendo manjares indios, de platos hechos de hojas de banano, mientras un sirviente, con un palo, mantenía alejados a los monos. Swami iba por todas partes asegurándose de que todos sus huéspedes estuvieran contentos. En esta ocasión festiva los hombres y las mujeres comían juntos, pero normalmente en Brindavan usan el comedor separadamente;

Baba a veces come con los hombres y a veces visita a las damas para hablar con ellas durante su comida.

Sai Baba sabe que de nada le serviría hacer propaganda. Aun sin el beneficio de la propaganda, las multitudes tienden a impedir sus movimientos. Así es que mi esposa y yo nos sentimos honrados cuando nos confió calladamente que El iba a llevar a un pequeño grupo para pasar unas dos semanas con El en los Montes Horsley, a 144 kilómetros al norte de Bangalore y nos alegramos mucho de saber que íbamos a ser incluidos en el grupo. Todos los arreglos habían sido hechos por uno de sus devotos, el señor T.A. Ramanatha Reddy, el Ingeniero Superintendente de Carreteras y Edificios de la gran área que incluía a los Montes Horsley. Debíamos estar listos para irnos, dijo Swami, dentro de dos días. Esto lo interpretamos como información confidencial.

Como nos habíamos preparado para estar lejos de la sede (de la Sociedad Teosófica) en Adyar durante todo el verano en distintos climas, teníamos buena cantidad de equipaje con nosotros. Por ello empezamos a planificar lo que íbamos a llevar y lo que dejaríamos almacenado en Brindavan. Habíamos tenido suerte de que Swami nos avisara con bastante anticipación. Si alguien más en Brindavan sabía de la inminente salida, no decía nada y nosotros tampoco dijimos nada a nadie.

Nos enorgullecíamos de haber aprendido a guardar un secreto, pero aún teníamos que aprender una importante lección. Como Yama, el dios de la muerte, Baba puede a veces darle una advertencia a uno, pero uno no puede nunca saber el momento exacto en que va a ver su dedo señalador. A la mañana siguiente fuimos despertados alrededor de las seis por una severa voz que decía: "¡Qué! ¿No están listos todavía? ¡Swami sale dentro de cinco minutos!" Era una situación terrible; nuestras cosas estaban dispersas por todas partes. No nos habíamos ni bañado ni vestido ni habíamos tomado nuestra taza de te, y mucho menos empacado. Y Baba estaba esperando para llevarnos por dos semanas. ¿Cuánto tiempo esperaría? ¿Iría sin nosotros? Tambaleamos ciegamente en todas direcciones tratando de pensar y echar algunas cosas en las maletas.

La severa voz del devoto en la ventana convino en darnos un cuarto de hora. Pero aun esto presentaba una imposibilidad.

Cuando salimos más o menos media hora después con nuestras cajas y valijas, se nos dijo que Swami se había ido. Nos descorazonamos, pero la situación no era tan grave como parecía; había ido adelante en un automóvil, pero había dejado otro para nosotros. En éste encontramos a otros felices devotos en ruta para la estación de montaña, inclusive al señor Ramanatha Reddy quien sería nuestro guía.

En una selva, a pocos kilómetros de camino, nos alegramos de ver el automóvil blanco de Baba esperando al lado de la carretera y su roja figura y un pequeño grupo de hombres de pie al sol matutino. Nos echó bromas por tomar tanto tiempo, se sorprendió al ver nuestra cantidad de equipaje, luego llevó a todo el grupo entre los fragantes árboles para un picnic-desayuno.

Después se redistribuyeron los pasajeros y tuve el privilegio de hacer mi primer viaje junto al gran hombre. Raja Reddy, quizás el discípulo más íntimo de Baba en esa época, manejaba el automóvil, dos jóvenes estaban sentados atrás con Baba, y Ramanatha Reddy y yo estábamos adelante con el chofer. Caminamos por tierras yermas y vacías pasando ocasionalmente por un pueblo o villa repleto de gente como hormigas en el

azúcar. Luego empezaron a orlarse contra el cielo unas montañas rocosas color pizarra. La última ciudad que pasamos fue Madanapalle, lugar de nacimiento de J. Krishnamurthi. Poco antes de empezar a subir los empinados Montes Horsley pasamos en la carretera un letrero que indicaba el Valle de Rishi donde está ubicada la famosa escuela dirigida por los seguidores de Krishnamurthi.

En la cresta de las montañas, a más o menos 1.400 metros sobre el nivel del mar, llegamos a la blanca Circuit House, nuestro destino. No es muy grande pero tiene las comodidades de un hotel de primera clase, ya que sirve primordialmente de casa de huéspedes para ministros del gobierno e importantes visitantes oficiales. Nuestro anfitrión, el señor Ramanatha Reddy, había logrado obtenerla para el que él consideraba el más importante de los más importantes, Sathya Sai Baba, y el grupo que éste quisiera traer consigo.

Además del anfitrión y de mí había cuatro hombres en el grupo: el señor Sitaramiah, el señor V. Raja Reddy y dos jóvenes; y había media docena de damas, inclusive tres princesas indias. Como éramos el único matrimonio en el grupo, a Iris y a mí nos asignaron una suite. Estaba a sólo dos puertas de la de Baba, y abría sobre un amplio balcón desde el cual teníamos una maravillosa vista del paisaje.

Las llanuras eran como una alfombra parda y verde, con colinas aisladas como bloques de juguetes tirados al descuido y los numerosos estanques de agua brillaban como pedazos de espejo caídos sobre la gigantesca alfombra. Estábamos viviendo en el cielo en más de un sentido. Aquí, pensamos, podremos tener a Baba para nosotros, sólo un pequeño grupo de nosotros. Por fin las ubicuas multitudes habían quedado atrás. Podríamos vivir íntimamente con este ser suprahumano desde la mañana hasta la noche. Podríamos ver cómo es su vida y disfrutar plenamente de sus maravillas.

Por más temprano que nos levantáramos en las frescas mañanas siempre encontrábamos que Baba ya estaba levantado, usualmente sentado escribiendo cerca de su puerta abierta; El mismo contesta su enorme correspondencia, además de escri-

bir artículos para su revista del ashram, *Sanathana Sarathi* ("El Eterno Conductor").

A veces durante la mañana, después de desayunar con nosotros, nos reunía a todos en alguna habitación para una charla espiritual. Esta a menudo se daba como narraciones del *Ramayana*, del Mahabharata, o del *Srimad Bhagavata*. Interpretando las historias, Baba revelaba con extrema claridad la profunda sabiduría del *Bhakti Yoga* (Yoga de la devoción).

Después de una caminata por los jardines, seguida del almuerzo y una siesta, venía el té de la tarde en el salón. La primera dificultad aquí era persuadir a las damas indias para que se sentaran en las sillas, pues consideraban incorrecto estar al mismo nivel que su Swami. Y algunas hasta el final insistieron en sentarse a sus pies en la alfombra, dejando las sillas vacías. Pero cuando Baba había logrado que la mayoría se sentara en las sillas, aunque tiesos e incómodos, El usualmente comenzaba con algún tema cómico haciéndonos reír a todos. Sin embargo, esos temas siempre tenían algunos consejos e implicaciones acerca de la ética del correcto vivir.

En las tardes, el grupo frecuentemente iba de paseo en automóvil, seguido quizás de una caminata, si el tiempo lo permitía, y si no había otro iluminador discurso de Baba. En una ocasión visitamos todos un pueblo alejado de las grandes carreteras, maravilloso e increíblemente silencioso. Aquí en la casa de algunos devotos de Baba, nos agasajaron con una cena mientras el resto del pueblo se apiñaba en el patio para ver y recibir la bendición del Avatar.

Pero a los pocos días otro elemento comenzó a perturbar el tono sosegado de nuestro idilio en los Montes Horsley. Aun en este remoto lugar las multitudes empezaron a reunirse. De algún modo corrió la noticia de que Sai Baba estaba en el área y la gente venía desde lejos y desde los alrededores, en automóvil, en autobús o a pie. Antes del desayuno ya aparecían los primeros, y luego durante todo el día, la multitud permanecía en los jardines mirando al balcón, esperando la bendición, una mirada o una señal de Sai Baba.

Y El nunca los decepcionaba. A menudo salía al balcón, mi-

rándolos con amorosa compasión y levantaba su mano en un característico gesto de elevación y bendición. A veces El bajaba y caminaba entre los visitantes, hablando con ellos y produciendo *vibhuti* u otra cosa para ayudar a los enfermos a solucionar problemas. Si algún grupo de pobres había venido desde lejos a pie, El les daba a todos dinero para que pudieran regresar en autobús. Todas las tardes hacía entrar a todos los que allí estaban en el gran salón y corredor del frente de la casa, y durante media hora o más los dirigía a ellos y a nosotros en bellos cantos de *bhajan*.

Intercalados entre todas estas actividades diarias estaban los milagros de los fenómenos físicos, varios cada día. He aquí algunos de los más extraordinarios.

Una tarde, poco después de nuestra llegada, salimos todos a dar un paseo y, dejando los vehículos, caminamos por una rocosa altura en la montaña. Baba varias veces recogió pedazos de roca, jugaba con ellos un rato, para luego tirarlos. Finalmente, cuando íbamos de regreso, guardó una piedra del tamaño de un puño y la llevó de vuelta a Circuit House.

Llegando allí, nos llevó a una de las suites y se sentó en la alfombra y nos sentamos en semicírculo a su alrededor. Empezó a hablar en tono de conversación sobre temas corrientes, lanzando a veces el pedazo de roca a un metro de altura en el aire y dejándolo caer al piso. De pronto lo tiró hacia mí, preguntando:

"¿Podrías tú comerte esto?" Examiné la roca con cuidado. Era granito duro, veteado y de color pálido. Tuve que admitir que era incomible y se lo devolví haciéndolo rodar por la alfombra. Baba no estaba a más de dos metros de mí.

Tomó la piedra y, hablando normalmente, la tiró de nuevo al aire, mientras una docena de ojos observaban expectantes. Sentí que algo extraño iba a suceder y no perdía la piedra de vista.

Ahora mirándola en la alfombra podía ver que había habido un leve cambio en su apariencia. Aunque tenía exactamente el mismo tamaño y forma, y las mismas vetas, su color era un poco más claro que antes.

Swami la hizo rodar de nuevo hacía mí por la alfombra.

"¿Puedes comerla ahora?", preguntó. Para asombro y alegría mía ya no era una roca sino azúcar candi. Baba lo rompió en pedazos, dándonos a cada uno una porción para comerla. Era dulce y delicioso como debe serlo el azúcar candi. ¿Es esto una ilusión?, me preguntaba, ¿estamos todos hipnotizados? Por ello puse un pedazo en mi bolsillo. Todavía lo tengo y sigue siendo azúcar candi.

Pensé en la canción popular sobre "The Big Rock Candy Mountains" (Las Grandes Montañas de Azúcar Candi) y en broma le dije: "Quisiera que cambiaras toda la montaña en azúcar candi o chocolate". Baba pareció tomar esto muy en serio o como una especie de reto. Replicó solemnemente que no sería correcto interferir demasiado en la Naturaleza.

Luego me di cuenta de que mi broma había sido bastante superficial. Si el poder de la voluntad, o cualquier poder que fuere, puede transmutar un pequeño pedazo de roca ígnea en una sustancia completamente diferente, ¿por qué no un pedazo grande?

¿Y por qué no cambiarlo por cualquier otra sustancia? ¿En oro, por ejemplo? Es por esto por lo que es tan importante que el hombre que entiende y puede emplear las leyes ocultas de la Naturaleza esté por encima de la Naturaleza; esté más allá de los deseos humanos normales como el poder y el provecho material.

De otro modo, ¿qué no ocurriría?

Escribiendo sobre este tema a finales del siglo diecinueve, cuando apareció a los ojos del público una buena cantidad de "fenómenos físicos", A.P. Sinnett dijo[1]: "Basta con decir que estos poderes son tales que no pueden ser sino peligrosos para la sociedad en general, y pueden provocar toda clase de crímenes que desafiarían totalmente la detección, si fueran poseídos por personas capaces de considerarlos como otra cosa que no sea un depósito profundamente sagrado". Sigue diciendo que

[1] Esoteric Buddhism, por A.P. Sinnett (ahora agotado).

estos poderes en manos de personas dispuestas a usarlos meramente para fines egoístas e inescrupulosos producen desastres como se dice que ocurrió con los Atlantes.

Hoy en nuestro mundo de ciencia exotérica hemos aprendido el secreto, y tenemos el poder de desintegrar la materia en energía atómica, y esto es una constante amenaza para la existencia misma de la humanidad en esta tierra. También hemos aprendido a trasmutar metales básicos en oro aunque el proceso es demasiado costoso para causar perturbaciones económicas y sociales.

Una ley de protección en ocultismo es que el adelanto moral y espiritual debe ir a la par con el crecimiento del intelecto y la adquisición del conocimiento de los secretos más profundos de la Naturaleza. Si se viola esta ley surge inevitablemente una situación peligrosa.

Una brillante mañana estaba caminando con Swami y los dos jóvenes en los jardines de Circuit House. Baba llevaba una túnica color ocre que caía como un cilindro liso desde los hombros hasta el piso. Como Iris había planchado algunas de sus túnicas hacía dos días, yo sabía con toda seguridad que no contenían ni bolsillos ni lugares donde se pudiera esconder algo. Sus mangas eran rectas y holgadas, sin revés. No llevaba nada en las manos.

Uno de los jóvenes debía regresar a Bombay al día siguiente y quería tomar unas fotos de Swami, por esto éste posó para varias fotos. Ocasionalmente, mientras caminábamos y hablábamos, El se detenía para recoger una baya o un botón de flor de algún arbusto. Los examinaba con la concentración y reflexión de un botánico: luego, después de un rato los tiraba como si no sirvieran para el fin que se proponía. Finalmente tomó un pequeño botón de un arbusto, lo examinó, pareció satisfecho, y me lo dio, diciendo: "Guárdalo".

Poco después regresamos por las escaleras de la entrada del frente. Baba no siguió para su suite, sino que entró derecho a la nuestra. Se sentó en un sillón mientras los jóvenes, mi esposa y yo nos reuníamos alrededor de El en la alfombra.

Swami me pidió el botón que me había dado. Yo se lo di, y

El lo sostuvo en sus dedos por un tiempo, hablando de él.

"¿Qué flor es ésta?", preguntó.

Confesamos nuestra ignorancia. Sugirió que podría ser un botón de rosa y coincidimos.

Luego, mirándome preguntó: "En qué quieres que lo convierta?" No tenía idea de qué decir, así es que contesté: "En lo que Tú quieras, Swami".

Lo sostuvo en la palma de su mano derecha, cerró el puño y sopló en él. Luego me pidió que extendiera la mano. Aspiré el aire de asombro y mi esposa dio un grito de deleite al ver que de la mano taumatúrgica que había tenido el botón de la flor, caía en mi mano un rutilante diamante de brillante corte. Era del mismo tamaño que el botón de la flor, que había desaparecido.

Baba cortésmente me regaló este bello y asombroso producto de la magia trasmutadora. Todavía lo tengo.

Estábamos sentados en el piso alrededor de Baba, esperando un discurso matutino, quizás una de esas maravillosas historias de la mitología india que conducen la mente hacia las verdades más profundas de la vida. Sin embargo, antes de hablar, El nos mostró una hoja verde y escribió en ella con la uña. Luego me dio la hoja a mí, pero no podía entender nada de la escritura, que, dijo El, era un mantra (fórmula mística) en sánscrito.

Luego pidió un libro, y una de las damas que ocupaban la suite le dio su gramática de telugu. Colocando la hoja entre las páginas, El cerró el libro y golpeó la cubierta varias veces. Luego lo abrió y sacó la hoja. Lo escrito seguía allí todavía, pero en vez de estar verde y fresca como lo había estado hacía un instante, era marrón y tan seca que fácilmente se hizo polvo.

Baba dejó el libro en la alfombra y, después de hablar un rato, salió de la habitación. Bueno, pensé yo, este milagro no convencería a un escéptico; la hoja seca podía haber sido "colocada" de algún modo en el libro con anticipación. Tomé el libro y busqué entre sus páginas la hoja verde que faltaba, pero no pude encontrar nada.

¿Por qué estoy dudando, me pregunté, cuando lo he visto

hacer tantas cosas igualmente increíbles e inexplicables? Sai Baba de algún modo había secado esta hoja, como Aquel Otro que estaba por encima de la Naturaleza había secado un árbol hacía dos mil años. Era como si, para la hoja, se hubieran esfumado muchos meses de verano en ese momento mágico en que Baba golpeó el libro.

En los planos sutiles del ser que interpenetran nuestro plano físico, de existencia, puede muy bien haber clases de entidades para las cuales nuestro espacio físico no existe realmente: nuestro "aquí" y "allá" serían uno solo para ellas. La sabiduría antigua enseña que hay seres semejantes. También enseña que un objeto físico puede ser desintegrado hasta una sustancia o "sistema de energía" más sutil, que puede ser movido por algún medio a una velocidad cercana a la de la luz y reintegrado para formar de nuevo el objeto original. Este es el principio general que se esconde detrás de los fenómenos conocidos como aportes; o sea, en la medida en que esto se pueda entender.

En Horsley Hills, Sai Baba produjo un ejemplo particularmente asombroso de esa telequinesia. Una noche un grupo de nosotros estaba sentado en la alfombra en su suite; Ramanatha Reddy, el doctor, los jóvenes, Iris y yo. Swami me preguntó mi año de nacimiento, y al responderle, me dijo que me traería de América una moneda acuñada allí en ese mismo año.

Delante de nosotros, empezó a hacer girar su mano en el aire, con la palma hacia abajo, haciendo quizás media docena de círculos, mientras decía: "¡Ya viene…, ya viene… aquí está!" Luego cerró su mano y la sostuvo delante de mí, sonriendo como si disfrutara ante mi ansiosa expectación. Cuando la moneda cayó de su mano a la mía, noté primero que era pesada y dorada. Al examinarla cuidadosamente encontré, para delicia mía, que era una legítima moneda de diez dólares americanos, con el año de mi nacimiento estampado debajo del perfil de la Estatua de la Libertad.

"Nacida el mismo año que tú", sonrió Swami.

¿Qué dirían los escépticos de esto?, me preguntaba. ¿Sugerirían que Baba llevaba consigo a todas partes un surtido de monedas para que pudiera tener una que correspondiera a mi año

de nacimiento? Estas viejas monedas americanas, hace mucho tiempo quedaron fuera de circulación, no serían fáciles de obtener para El en la India a través de los canales normales.

No tengo ninguna duda de que éste era uno de los muchos genuinos aportes de Baba. Mientras El hacía girar su mano delante de nosotros, algún poder dominado por su voluntad desmaterializaba esta moneda de oro en algún lugar, la traía a una velocidad que anulaba el espacio, y la rematerializaba en la mano de Sai Baba.

¿De dónde vino? ¡Quién sabe! Baba nunca quiso decirlo; quizás de algún tesoro escondido, perdido y olvidado y que ahora no pertenecía a ningún ser viviente.

Aunque yo había llegado a saber a través de la experiencia directa que Sai Baba no era un impostor y que sus milagros eran genuinos, no podía dejar de pensar que el uso de arena como medio de producción era algo que daba alimento al escéptico.

Claro que varios de sus seguidores me habían dicho que en realidad todo lo que había producido de la arena lo había también producido en otras oportunidades sin ella, o sea, del aire. Aun así, un investigador objetivo de lo psíquico, oyendo las historias de las maravillas en la arena, seguramente preguntará:

¿Fueron los objetos "colocados" previamente en la arena? ¿O los coloca Baba con algún veloz juego de mano justo antes de sacarlos? De hecho, a cualquiera que no haya nunca visto los milagros por sí mismo o que no haya sentido la presencia espiritualmente elevadora de Sai Baba, las "producciones de arena" debían dejarle mayores interrogantes en la mente que las "otras producciones".

Pero esto era porque esos eventos todavía no me habían sido reportados plenamente y a fondo por un observador cuidadoso. Más adelante, mis propias y cuidadosas observaciones de los milagros de la arena me fueron confirmados por varios prominentes científicos de la India; pero eso es adelantarme a los acontecimientos.

El primer punto que quiero aclarar acerca de mi experien-

cia de las "producciones de la arena" de Baba en los Montes Horsley es que en el viaje desde Circuit House hasta el lugar de los milagros yo estaba sentado en la parte delantera del automóvil con Sai Baba y Raja Reddy, quien manejaba. Baba no llevaba nada en sus manos, y tenía puesta su acostumbrada túnica; ninguno de los objetos que fueron producidos después podían haber estado escondidos en su persona.

A unos cuantos kilómetros de Circuit House, el automóvil y los otros vehículos que lo seguían, pararon al borde de la carretera. Todos nos apeamos y fuimos a un montón de arena que había sido vista desde la carretera en un viaje anterior.

Baba les pidió a los jóvenes del grupo que le hicieran una plataforma de arena, y éstos, rastreando y empujando la arena con sus manos, formaron un estrado plano de más o menos treinta centímetros de altura y de algo más de un metro cuadrado de superficie. Baba se sentó con las piernas cruzadas en el medio de ese estrado y el resto del grupo se reunió en un semicírculo a su alrededor. Yo estaba en la primera fila de los espectadores, precisamente en el borde de la plataforma de arena. Pensé que si algún objeto había sido enterrado previamente allí, cerca de donde Baba estaba sentado, El tendría que cavar más de treinta centímetros a través de la arena recién apilada para poder alcanzarlo.

Empezó como de costumbre con un discurso espiritual que, aparentemente, tiene siempre el efecto de armonizar y purificar la atmósfera psíquica alrededor. Quizás sea esto una preparación necesaria para los milagros. Luego con su dedo índice, hizo un dibujo en la superficie de la arena justamente delante de El, y me preguntó qué era. Desde donde estaba sentado parecía como una figura humana, y así se lo dije.

Riendo, y con la expresión de un niño feliz que juega en una playa, juntó un poco de arena para formar un pequeño montículo encima del dibujo, de más o menos quince centímetros de altura. Siempre con un aire de feliz expectación, metió los dedos en el tope del montículo hundiéndolo más o menos tres centímetros, y sacó por la cabeza, una brillante figura plateada. Era una estatuilla del dios Vishnú, de más o menos diez

centímetros de altura. La levantó para que todos la viéramos, luego la colocó a un lado, alisó el montículo delante de El para aplanarlo de nuevo, y empezó nuevamente a hablar de temas espirituales.

Poco después hizo otro dibujo en la arena en el mismo lugar que antes. De nuevo le amontonó arena encima, esta vez aplanando el tope. De nuevo con una alegre risa tocó con sus dedos en el tope del montículo y quitó un poco de arena; a menos de una pulgada debajo de la arena había una fotografía. La sacó, sacudió los granos amarillos, y la sostuvo para que todos la viéramos. Era una brillante fotografía en blanco y negro, de veinticinco centímetros de altura.

La pasó para que algunos la viéramos de cerca, y luego pude examinarla detenidamente al regreso a nuestras habitaciones.

Era una fotografía de los dioses y avatares hindúes, de pie en dos filas formando una punta de flecha dirigida hacia el frente, con el Señor Krishna en primer plano en la punta. Se podían ver las cabezas de Sathya Sai Baba y Shirdi Baba como pequeños recuadros en el cuerpo de Krishna. Esta fotografía, pensé, no ha sido producida en ningún estudio terrenal. Baba se la dio después a los señores T.A. Ramanatha Reddy, nuestros anfitriones.

Durante algunos días estuvo, junto con la estatua de Vishnú sacada de la arena, en una mesa en el comedor del Circuit House.

Otros objetos producidos de la misma manera de la arena fueron dados a varias personas presentes. Hubo, por ejemplo, un *japamala* (rosario) para el señor Niak, el Recaudador del Distrito del Kolar, y un pendiente que fue dado a un agente fiscal.

Pero hubo una suprema producción de aquel montón de arena de la cual todos tuvimos una porción. Baba trazó una silueta, que desde donde yo estaba sentado podía ver era un tipo de pequeño recipiente. Luego, con su manera acostumbrada, tomó la arena del tope con sus manos abiertas para hacer un pequeño montón encima del dibujo. Esperando un momento con una dulce sonrisa, metió la mano en el tope del montículo y sacó un recipiente color plata. Era de forma circular con un

cuello y una tapa que se atornillaba. Haciendo una estimación, la esfera de su copa podía tener más o menos seis centímetros de diámetro.

Sai Baba desatornilló la tapa y un maravilloso perfume llenó el aire. Poniendo el recipiente a un lado, llevó a cabo el mismo proceso de dibujo y montículo. Esta vez el producto fue una cucharilla dorada del tamaño de una cucharita de té. Con ésta removió el contenido del frasco y, poniéndose de pie, empezó a darle un poco a cada uno de sus espectadores.

Como los demás, abrí la boca mientras Baba me vertía una cucharada en la lengua. La palabra que me vino a la mente fue "ambrosía"; sugería una mezcla de las esencias de los más divinos frutos, los arquetipos divinos de las más deliciosas frutas de la tierra. El sabor es absolutamente indescriptible; tiene que ser experimentado.

Los devotos llaman *amrita* a este glorioso néctar, lo cual tiene más o menos el mismo significado que ambrosía, el alimento de los Inmortales. Varios devotos, inclusive algunos occidentales como Nirmalananda y Gabriela, me habían contado que lo habían visto producirlo en raras ocasiones de la arena, y todos trataron en vano de describir su exquisito sabor y aroma. Otros, inclusive el doctor Sitaramiah, han visto a Baba produciendo *amrita* apretando su propia mano, o de otras maneras. Pero hacía tres años que nadie había visto la manifestación de *amrita*, y le estoy muy agradecido a Baba de que nos diera a mi esposa y a mí esta experiencia personal de un milagro profundamente emocionante y conmovedor. Fue presenciado en esa ocasión en Horsley Hills por más o menos cuarenta y cinco hombres y más de una docena de mujeres. Baba pasaba dándoles un poco a todos excepto a las damas que habían quedado en Circuit House. Hubo bastante *amrita* para que cada uno tuviera una cucharada y el frasco no se vació.

Baba me lo dio para que lo llevara de regreso. Me sentí muy honrado y lo sostenía cuidadosamente en mi mano mientras íbamos subiendo por las cerradas curvas de la Montaña. Todavía había granos de arena pegados en los diseños esculpidos en el metal plateado, que, me dijeron, era la aleación sagra-

da, el *panchaloha* (aleación de oro, plata y otros metales). En el balcón de Circuit House le devolví el frasco a Baba e inmediatamente fue a darles un poco a cada una de las damas que todavía no habían probado el "alimento de los dioses".

Después me he preguntado a menudo qué había pasado con el pequeño frasco pero más o menos un año más tarde un devoto de Bombay me dijo que había visitado a Baba en Horsley Hills un día o dos después del evento y que Baba le había dado el recipiente de *panchaloha*. Todavía tenía un poco de *amrita* que disfrutaron él y su familia, y el frasco milagroso ocupa ahora un lugar de honor en su casa.

He aquí las respuestas a las dos preguntas de mi investigador psíquico interno. Primero, los objetos no podían haber estado escondidos previamente en el montón de arena listos para que Baba los sacara, porque salieron del tope de un montículo, hecho delante de nuestros ojos en el tope de una plataforma de arena de treinta centímetros, hecha también mientras observábamos.

Segundo, aun si Baba hubiera llevado los objetos al montón de arena esa noche sin que yo los hubiera visto, lo que era absolutamente imposible, no podía ni con la más experta prestidigitación haber deslizado artículos tales como una brillante estatuilla, una gran fotografía, un voluminoso rosario y un brillante frasco de néctar dentro de la arena debajo de nuestras narices sin que nos hubiéramos dado cuenta de ello. Si lo logró, es superior al más experto de los conjuradores y debería estar haciendo fortuna y fama en las tablas.

Además de la milagrosa producción de esos objetos está el extraño misterio del *amrita* mismo, su calidad ambrosíaca de otro mundo, su poder (demostrado en varias ocasiones) de aumentar en cantidad para cumplir con las necesidades de las multitudes que se encuentren presentes. ¿Cuál es, me preguntaba, su significación real? Decidí preguntarle esto a Sai Baba en la primera oportunidad.

CAPÍTULO IX: REGRESO A BRINDAVAN

Sin que yo lo supiera, mi rey, tú imprimiste la señal de la eternidad en muchos momentos fugaces.

RABINDRANATH TAGORE

En una reunión del grupo al día siguiente a la producción del *amrita*, le pregunté a Swami su significado interno. El relató el mito hindú acerca de su creación, que es, brevemente, como sigue:

Una vez, en remotos días, un gran *rishi* (sabio) maldijo a Indra, rey de los dioses inferiores (algunos *rishis* aparentemente tenían esos tremendos poderes). Debido a esto los dioses y los tres mundos empezaron a perder su vigor. Vishnú, El Preservador, integrante de la Trinidad que forma la Suprema Divinidad hindú, y, por lo tanto, más elevado que Indra, ofreció a los dioses una solución. Les dijo que para salvarse debían batir un océano de leche hasta que de ella produjeran el vigorizante elixir llamado *amrita*. Este néctar vencería la debilitante maldición del *rishi* y renovaría la fuerza de los dioses y, en consecuencia, la de los tres mundos que ellos dominaban.

Para la operación del batido, Vishnú les dijo, podían emplear el Monte Mandara como palo y a la gran serpiente Vasuki como cuerda para hacer girar el palo. También, dijo, los dioses deben hacer una alianza con los demonios y persuadirlos de que tiren de un extremo de la cuerda (la serpiente) mientras ellos, los dioses, tiran de la otra. De esta manera, la serpiente

Vasuki podía hacer girar al Monte Mandara, al igual que se le da vuelta al palo en una antigua mantequera india.

Muchas dificultades surgieron en la gran operación del batido. Por un lado, la pobre serpiente fue bastante maltratada y el veneno salió de su boca en un gran río que amenazaba destruir a todas las criaturas. Para salvar la situación, Shiva, otro miembro de la Alta Trinidad, apareció y bebió el veneno. El único daño que sufrió fue una leve quemadura en la garganta, que le causó una mancha azul allí; y es por esto por lo que Shiva también se conoce como "Nilakanta", lo que significa "garganta azul".

Eventualmente, sin embargo, el batido produjo buenos resultados, y muchas cosas maravillosas salieron del océano de leche como productos del mismo. Finalmente apareció el producto principal: Dhavantari, el médico de los dioses, e incidentalmente el inventor del sistema ayurvédico de medicina que todavía se practica en la India, salió del océano. En su mano llevaba la brillante copa de *amrita*, el elixir de la juventud y vigor eternos.

Inmediatamente los rápidos demonios arrebataron la copa de su mano y huyeron, pero para ayudar a los dioses, Vishnú se apareció entre los demonios bajo la forma de una seductora mujer. Entonces, olvidando el precioso licor de la inmortalidad, éstos empezaron a pelear entre sí por la posesión de la mujer. Durante el conflicto Vishnú recuperó la copa de *amrita* y se la llevó a los desconsolados dioses. Bebieron con ansia, cada uno recibiendo su parte antes de que se vaciara la copa. Así recobraron su fuerza inmortal, y liberaron nuevo poder y vigor hacia los mundos de los dioses y de los hombres.

Baba entonces habló del significado simbólico de la historia.

La crema de la verdad, sabiduría e inmortalidad, simbolizada por el *amrita*, debe ser batida del gran océano cósmico, el universo fenoménico en el cual vivimos y nos movemos. Como este universo está basado y debe siempre operar sobre el principio de los opuestos, las fuerzas del mal (los demonios) son tan necesarias como las del bien (los dioses) para el batido, o sea, para la continua lucha en las vidas de los hombres. Pero,

desgraciadamente, la mayoría de los hombres son como los demonios: olvidan el producto sin precio, la inmortalidad, en su caza tras los placeres transitorios de los sentidos, simbolizados por la ilusión de una seductora mujer.

"Una vez que *amrita*, o sea la falsedad, entra en el carácter", dijo Sai Baba, "los hombres pierden el contacto con el *amrita*. El que es falso, temeroso de la verdad, ciego a su propia gloriosa herencia de inmortalidad, muere muchas muertes". Así, explicó, cuando las personas caen presas del orgullo, del apego, de la irrealidad, sus pensamientos y sentimientos deben ser batidos para sacar la crema de la verdad espiritual. Los grupos en los dos extremos de la cuerda de batir son siempre las "influencias que llevan hacia adelante y las influencias que tiran hacia atrás" —los dioses y los demonios— o, visto de otro modo, las fuerzas divinas y animales dentro de nosotros.

Después de casi doce días en las "olímpicas alturas" de Horsley regresamos a Whitefield. En este viaje, Iris y yo tuvimos el honor y la dicha de estar con Swami en el coche delantero. Durante kilómetros a lo largo del camino Baba dirigía el grupo cantando cantos de alabanza a Dios, la mayoría de ellos compuestos por El. Eran algunos de los cantos usados a diario en las sesiones de *bhajan* en el ashram, o en cualquier otra parte donde se encuentra Sai Baba.

Como estábamos entrando en un pueblo, por el camino nos pasaron dos autobuses llenos de gente que reconocieron a Baba.

Pararon en la calle del pueblo, más adelante, salieron corriendo y formaron una barricada humana. Mi instinto hubiera sido tocar fuertemente la bocina y forzar un camino a través de lo que parecía gente embravecida. Pero Swami no parece nunca sentir alarma o molestia alguna con las multitudes que a menudo lo rodean.

Las únicas reacciones que he visto en El son de amor y comprensión, aunque a veces la gente pierde todo freno en su deseo de acercarse a El y tocarlo. En esta oportunidad, El dijo al chofer que parara; luego abriendo su ventana, se inclinó y dio su bendición. A medida que la multitud, ahora sonriendo

feliz, se abría delante de nosotros, pasamos lentamente, mientras Baba saludaba y hablaba a la gente a uno y otro lado. Era como viajar con un personaje real, sólo que mucho más que eso. En las caras de estos campesinos había un resplandor que casi le hacían salir las lágrimas a uno.

En Brindavan, Swami decidió que nosotros dos debíamos quedarnos con El en la casa grande, pero no estilo dormitorio ya que los visitantes eran menos numerosos que antes. Nos dio una habitación y un baño para nosotros solos. Ahí vimos unas nuevas facetas de su carácter.

Antes de que nos mudáramos, llamó a algunos de los jóvenes que están siempre felices de poder servirlo, y los puso a trabajar limpiando la habitación a fondo y volviendo a arreglar los muebles. Nunca he visto a ningunos indios moverse tan rápidamente o trabajar tan eficientemente como lo hicieron bajo la supervisión de Swami. No quiso que mi esposa ni yo moviéramos un dedo para ayudar, pero El sí metió la mano en el trabajo. De alguna parte trajo atractivas alfombras, cortinas y colgaduras. Finalmente nos instaló, disculpándose de que la habitación no fuese más cómoda. Pero nos gustó mucho. Y no pudimos menos que admirar a Swami en su nuevo papel de supervisor de obras y decorador.

Lo que El hace, al nivel que sea, está supremamente bien hecho.

Una cosa que nos gustó de esa habitación era que Baba a menudo entraba casualmente, sin anunciarse; se sentaba un rato y nos hablaba, respondiendo a cualquier pregunta en nuestras mentes, o inquiriendo cómo funcionaban nuestros estómagos con las picantes comidas indias que se servían en el comedor. La comida estaba en realidad bien provista de ají, así es que encontramos aconsejable evitar algunas de ellas comiendo frutas en nuestra habitación.

En una ocasión pedimos unas tajadas de pan, un artículo desconocido en el comedor. Baba envió a Bangalore a buscar pan y otros alimentos adecuados para el paladar occidental. Regresaron con una buena provisión de cosas: pan, mantequilla, potes de mermelada, torta, queso y latas de bebidas. Pero

algunos de los devotos habían oído que habíamos pedido pan, porque empezaron a llegar mensajeros a la puerta cargados de panes. Pronto tuvimos bastante como para abrir una panadería. Esto es típico de la fraternidad y generosidad entre los devotos de Baba.

Baba decidió celebrar con mi esposa y conmigo la ceremonia hindú conocida como *Shastipoorti*. Es una especie de segunda boda que se realiza cuando el esposo llega a su decimosexto aniversario. Para la ceremonia Swami le regaló a Iris un bello *sari* (vestimenta hindú femenina) de seda nuevo y a mí un *dhoti* (paño de tela que se enrolla en la cintura) y *angavastram* (especie de chal) de seda blanca, diciendo que era correcto que lleváramos nuevos trajes para la ocasión.

Primero se celebró la boda de una joven pareja perteneciente a una familia de devotos de Baba, y pudimos quedarnos sentados y observarla con toda la gente que se había reunido en el hall central. Después de casi una hora vino nuestro turno. Nos sentamos con las piernas cruzadas en el bajo estrado mientras dos sacerdotes de Prashanti Nilayam llevaban a cabo el colorido ritual.

Ante nosotros había un gran coco, algunos bananos, tazas de arroz, pasta de madera de sándalo, azafrán, *kum-kum* (polvo rojo), incienso y otras cosas, todas esenciales para el ritual. Los sacerdotes cantaban *mantras* sánscritos, y en momentos determinados ellos (o nosotros, según sus instrucciones) rociaban algo de una de las copas sobre el coco, o lo untaban con una pasta.

Baba estaba sentado a un lado observando y a veces dirigiendo el procedimiento. En el momento oportuno se levantó, sacudió su mano mágica de la manera acostumbrada, y materializó dos anillos de oro, cada uno engarzado con una gran piedra preciosa. Una era para mí para ponerlo en el dedo de mi esposa y el otro para que ella lo pusiera en el mío. Después de esto Baba nos dio largas guirnaldas de flores con las cuales adornarnos el uno al otro, y una nos fue dada para colocarla en la cabeza de Swami. La ceremonia terminó con un canto por los dos panditas al unísono, invocando —nos dijeron— las

bendiciones de una larga vida bajo la protección y guía de Sri Sathya Sai Baba.

Todo el ritual irradiaba el cálido amor que fluye de Swami.

No se podía menos que pensar que durante unos cuarenta minutos, beneficios e invisibles poderes habían sido enfocados hacia nosotros y nuestra unión matrimonial. De este modo ésta había sido renovada y supremamente bendecida.

Al día siguiente vino la ceremonia que, dijo Baba, debe seguir al *Shastipoorti*; el dar de comer y vestir a los pobres. Se había propagado la noticia en los pueblos de los alrededores y unos mil indigentes —hombres, mujeres y niños— eran guiados por los jardines de Brindavan. Se sentaron en filas para recibir una abundante comida de arroz, cocinada y servida por varios devotos de Baba.

Luego sesenta de los hombres más pobres y un número igual de mujeres fueron conducidos para que se sentaran a cada lado de la entrada dentro del jardín interno. Cada mujer recibiría un *sari* y cada hombre un *dhoti*. Como era nuestra ceremonia, Iris y yo íbamos a tener la tarea de entregarlos pero era Sai Baba quien los había suministrado.

Swami, el dador, no apareció, mientras que Raja Reddy, que había presenciado muchas ocasiones semejantes, supervisaba la distribución. Organizó a varios devotos para que llevaran las grandes pilas de ropa, mientras de un lado mi esposa daba los *saris* y yo, por el otro, distribuía los dhotis. Algunas de esas pobres almas trataron de tocar mis pies en gratitud y, sintiéndome avergonzado por ello, le dije a cada uno que el regalo venía de Sai Baba. Entendieran el inglés o no, conocían el bendito nombre.

Para multitudes de desposeídos, Sai Baba ha sido una encarnación de la Providencia. En ocasiones, como el gran Festival de Dásara en octubre, El da comida a los miles de pobres que se reúnen para recibir su bendición en Prashanti Nilayam. A veces El sirve el postre personalmente, colocando una buena porción en el plato de hojas de cada uno de esos miles. Entonces, también los ancianos y decrépitos, los inválidos y los ciegos, reciben nuevas ropas de festival.

Aparte de la importante ocasión ceremonial de Shivaratri, Sai Baba no suele hacer materializaciones espectaculares delante de numeroso público, pero lo vi hacerlo una vez para honrar al doctor Modi, y no podía haber recipendario más merecedor.

El doctor Shree Murugappa Chennaveerappa Modi es conocido en toda la India y en círculos médicos del exterior como cirujano y oftalmólogo. Pero para los seis millones de ciegos en la India es mucho más que eso. Es la esperanza de obtener la luz en su oscuridad. Lo llaman "nuestro hermano que da la vista".

Hijo de un negociante de Bombay, se hizo médico en esa ciudad en 1940, especializándose en cirugía ocular.

"Muchos de mis pacientes tenían que vender una preciosa vaca, y hasta su casa de barro y paja a fin de poder viajar y recibir el tratamiento", recuerda. "Así es que decidí ir a ellos".

En 1943, abandonó su clínica privada y empezó con sus ahora famosos Campamentos de la Vista donde se da tratamiento gratis. Partiendo de su cuartel general en la ciudad de Davangere en el Estado de Mysore, cubre un área de cerca de 500.000 kilómetros con una población casi tan grande como la de los Estados Unidos de Norteamérica.

Usualmente instala su hospital móvil en una escuela, prestada por las agradecidas autoridades de la ciudad. Cualquier persona del distrito, rico o pobre, puede venir a hacerse examinar y tratar gratis sus problemas oculares. Se proporciona hospitalización gratuita en la escuela. El Campamento de la Vista generalmente dura unas dos semanas, y en ese tiempo el doctor Modi trata miles de casos. Aun cuando corrige estrabismos y otros problemas ópticos, la mayoría de sus operaciones son de cataratas. Ha llegado a tal grado de destreza en esto, que ha realizado —con la ayuda de adiestrados asistentes— más de setecientas operaciones de cataratas en un día. Este paso de línea de producción le permite tratar grandes cantidades de gente y aparentemente sin que se resienta la eficiencia. Sus operaciones de cataratas han sido exitosas en más de un 99 por ciento. Desde que empezó su cruzada contra la ceguera hace

más de veinticinco años, la cirugía del doctor Modi le ha devuelto la vista a más de 100.000 personas. Los departamentos de sanidad locales y estatales, organizaciones filantrópicas y algunos individuos adinerados pagan los gastos de los campamentos. Pero el doctor Modi no acepta ningún honorario para sí.

Conocí al doctor Modi cuando lo llevaron a Whitefield. Había ido allí con el señor Niak, el Recaudador, a buscar a Sai Baba para llevarlo a Kolar. Baba había aceptado asistir a la función de clausura de un Campamento de la Vista que acababa de concluirse en esa ciudad, a más o menos cincuenta kilómetros de Whitefield.

Tuve la suerte de que me invitaran a ir con ellos. También en el automóvil iban Raja Reddy y Seshgiri Rao, que vive en Whitefield y es primo de mi amigo de Madrás, G. Venkateswara Rao. En el camino, bajo el caliente sol de la tarde, el doctor Modi respondió a nuestras preguntas sobre su trabajo. Es un hombre de unos cincuenta años, de fuerte constitución, con una brillante calva, y grandes y dulces ojos. Noté que había algún sabor occidental en sus gestos y manera de hablar, y comprendí por qué cuando me dijo que durante los tres meses de la estación del monzón, cuando les sería difícil movilizarse a sus pacientes, él viajaba al exterior, a América, Inglaterra y otros países para mantenerse al día con las nuevas técnicas en cirugía ocular.

Fuera del gran edificio de la escuela donde se había instalado el Campamento de la Vista esperaban más o menos cinco mil personas. Nos llevaron a la plataforma decorada. Primero el Recaudador hizo un pequeño discurso, luego el doctor Modi, quien había estado sentado cerca de mí a un lado del estrado, fue al micrófono. Como hablaba en el dialecto local, no pude entender mucho de lo que decía, pero algo sí entendí: dijo que aunque él trabajaba para curar la ceguera física, éramos todos espiritualmente ciegos hasta tanto nuestros ojos internos no hubieran sido abiertos por un gran maestro como Sai Baba.

Cuando hubo terminado, pero antes de que pudiera regre-

sar a su asiento, Baba se paró a su lado e hizo girar su mano taumaturga en varios rápidos círculos. Hubo un destello de oro al aparecer entre el dedo pulgar e índice de Baba un anillo de oro macizo, engarzado con un gran rubí. Lo deslizó firmemente en el dedo anular del doctor. Se hizo un profundo silencio en la multitud que observaba y luego rompieron en deleitoso aplauso. El doctor parecía muy emocionado cuando se sentó de nuevo, y nos dejó ver a mí y a otros el hermoso anillo de cerca. Se ajustaba a su dedo como hecho a la medida.

Sai Baba usualmente comienza su discurso con un canto de *bhajan*, cantando sólo con su divina y dulce voz; luego habla por una hora o más y termina dirigiendo a la multitud en más canciones y cantos sagrados. Sus discursos o sermones, dados con soberbia fluidez y poderosa oratoria, mantienen siempre a sus públicos en completo silencio. Y así fue ese día.

Después de un tiempo, Seshgiri Rao, quien era nuestro chofer, salió. Esto era parte de la estrategia de escape, pues siempre hay que tener una estrategia para ajustarse al lugar y a la ocasión. De otro modo Baba sería atropellado por los miles que desean acercarse a El y tocarlo. Se había predicho que éste sería un escape particularmente difícil. Así es que hacia el final del discurso de Baba, por consejo de Raja, yo también salí.

Detrás del estrado estaba la escuela. La atravesé, pensando encontrar a Seshgiri Rao esperando en el automóvil del otro lado. Pero no estaba allí. Di la vuelta a la esquina hasta donde lo habíamos dejado, y lo encontré sentado al volante, con un pequeño grupo esperando a su alrededor.

Explicó que hasta último momento no iría hasta la puerta de la escuela por la cual saldría Baba. El rodado blanco de Baba era fácil de identificar, dijo, y se reuniría rápidamente una gran multitud alrededor del vehículo tan pronto como lo viera. Así nos quedamos esperando y hablando de las maravillas de Sai Baba.

Seshgiri llevaba un anillo idéntico al que su primo, G. Venkateswara lleva siempre. Tiene engarzada una gran esmeralda rodeada de pequeños diamantes, y a través de la esmeralda se puede ver claramente una silueta de la cabeza y hombros de

Sathya Sai Baba. Le pedí que me contara su origen, sabiendo que tendría una interesante historia.

Baba, dijo, produjo el anillo de su manera usual con un gesto de su mano. Al principio no tenía la imagen de Baba en la esmeralda, pero él le dijo que como podía comprarse un anillo igual, lo que realmente quería era un anillo que mostrara la imagen de Sai Baba. Oyendo esto, Swami tomó de nuevo el anillo, lo sostuvo en su mano por un momento, y luego lo devolvió. La inconfundible silueta había aparecido en la piedra mientras Baba la sostenía en su mano. Luego con otro gesto de su mano, Baba produjo una exactamente igual, con la misma imagen de Sai Baba, para G. Venkateswara Rao.

Oímos el sonido de los *bhajans* que estaban comenzando, y lo tomamos como el comienzo de nuestra cuenta regresiva para nuestra operación. Al final del segundo canto empezamos a andar en dirección contraria, para engañar a la multitud, antes de volvernos y parar delante de la puerta de la escuela del lado opuesto a la asamblea. Terminaron los cantos; hubo silencio mientras pasaban los minutos, pero Baba no aparecía por la puerta como esperábamos.

Luego nos vieron. La gente empezó a correr por la calle hacia nosotros. Rápidamente nos transformamos en una isla en medio de un gran mar de gente que presionaba fuertemente por todos lados del vehículo. Cada ventana era un cuadro de caras y ojos humanos; el interior del automóvil se puso muy caliente, sofocante y sin aire. Cuando uno se encuentra en el centro de un gentío semejante, se siente que éste no es una cantidad de individuos separados sino un enorme animal irracional que podría ser llevado a hacer casi cualquier cosa. No podíamos ir adelante pues podíamos lastimar a alguien. Estábamos atrapados.

Justo cuando estaba a punto de desmayarme por la falta de aire, unos cuantos policías aparecieron y abrieron un paso, por el cual caminaba Swami, fresco, sereno y sonriente. Raja estaba justamente detrás de El. Tan pronto como entraron en el vehículo, la policía abrió un camino adelante. Seshgiri Rao aceleró la máquina como alguien que escapase de algún peligro.

Pero Baba desde atrás le decía: "¡Despacio! ¡Despacio!" Nos hizo bajar los vidrios del automóvil mientras pasábamos por el gentío a paso de caracol, y dio sus bendiciones con la mano y la voz a la gente en ambos lados.

Ya el gentío no era un animal; sino un grupo de seres humanos iluminados por una gran visión. Algunos se prosternaban en el suelo, otros corrían al lado del rodado, gritando alegremente:

"¡Sai Baba! ¡Sai Baba!", con ojos y caras radiantes con la luz del amor y la dicha.

El señor Niak había ido adelante en otro vehículo, y ahora fuimos a su amplia casa ubicada en espaciosos jardines rodeados por una alta pared. Al pasar nosotros, cerraron y trancaron la reja. Pero no demoramos mucho en oír a la multitud gritando afuera.

"Han puesto a los niños delante del gentío; piensan que esto nos inducirá a abrir la reja", comentó el Recaudador.

Baba sonrió gentilmente. Después de un rato, para alarma nuestra, dio órdenes de que se abriera la reja. Desde una ventana observé al gentío entrar como agua por una represa reventada.

Swami salió para hacer frente a la inundación. El Recaudador y otros lo siguieron, y pronto, en el crepúsculo, vi a la multitud sentarse en un círculo silencioso. Baba pasaba por entre todos para que lo pudieran ver de cerca, muchos pidieron tocar su túnica o sus pies, algunos pudieron hablar con El y unos pocos recibieron el sagrado *vibhuti* de sus manos.

Desde ese día el doctor Modi formó parte de la gran familia Sai. A comienzos del año siguiente Baba lo invitó a que condujera uno de sus humanitarios Campamentos de la Vista en Prashanti Nilayam mismo. La gente vino desde muchos kilómetros a la redonda para recibir su tratamiento gratis y muchos de los ashramitas sirvieron de asistentes en el hospital.

Luego, ese mismo año observé al buen doctor tomando parte activa en la Conferencia Mundial de Sathya Sai en Bombay.

Al acercarse el fin del mes de junio en Brindavan empezamos a sentir que nuestros días en ese tranquilo lugar, donde

Baba nos recordaba más que nunca al Señor Krishna, estaban llegando a su fin. El había prometido llevarnos a Iris y a mí con El a Prashanti NIlayam, pero no había dicho cuándo.

Empezaron a circular rumores de que estaba a punto de irse.

Conociendo ya su manera de moverse sin aviso, planeamos las cosas que llevaríamos, y las empacamos para poder salir rápidamente. Estábamos decididos a que no nos volviera a tomar desprevenidos otra vez.

CAPÍTULO X: UN LUGAR APARTE

Todos los lugares que el ojo de Dios visita son puertos y asilos de felicidad para el hombre sabio.

Rey Ricardo II - W. SHAKESPEARE

Una noche en la que Baba había ido a Bangalore para cenar con una familia de devotos, corrió el rumor por Brindavan de que Baba saldría a la mañana siguiente para Puttaparti. Todo el mundo parecía estar muy seguro, de manera que dimos los últimos toques a nuestro equipaje.

A la mañana siguiente, antes del desayuno, Baba entró a nuestra habitación, miró con sorpresa las maletas listas y dijo:

"¿Qué, están partiendo?" "Oímos decir que ibas a Puttaparti hoy en la mañana, Swami, así es que…" "No, no", interrumpió. "Pero sí voy a Madrás hoy en la mañana, y sólo por una noche. ¿Quieres venir?" La pregunta iba dirigida a mí sólo. Evidentemente era un viaje para hombres solos.

Después del desayuno salimos, Raja al volante, dos hombres más, Baba y yo. A pocos kilómetros de Whitefield paramos por combustible en una estación de servicio, y antes de que llenaran el tanque, se había reunido una multitud alrededor del automóvil.

Entre ellos había una mendiga a quien Swami dio dinero. Nunca lo he visto pasar al lado de un mendigo sin darle una limosna.

Aun si el mendigo está al borde de la carretera, en un campo, cuando el vehículo está en marcha, Baba se detiene y le da

alguna demostración práctica de su simpatía y amor al pobre desafortunado.

Sentado atrás durante este viaje a Madrás, íbamos un joven de dieciséis años y yo, con Baba en el medio. Nunca se sabe lo que va a pasar cuando se viaja con Swami. A veces se queda sentado por largos períodos como si estuviera abstraído, o quizás sea que se relaja: sus compañeros de viaje respetan estos períodos, cualquiera que sea su significado, y permanecen quietos. A veces El canta y nos pide que nos unamos a El. Y la mayoría de las veces sucede algún incidente interesante.

Una vez, por ejemplo, al pasar lentamente por la calle estrecha de un pueblo, un hombre se lanzó delante del automóvil con un coco en la mano. Nuestro chofer se paró mientras el hombre rompía el coco en la carretera delante de nosotros (éste es un ritual de adoración hindú). Luego se acercó a la ventanilla para recibir la bendición de Baba antes de que continuáramos nuestro camino. En otra ocasión íbamos por campos cultivados, a muchos kilómetros del ashram. Las únicas personas visibles eran tres trabajadores a más o menos cien metros de la carretera. Estaban doblados sobre sus palas dándonos la espalda. En el momento en que los pasamos, uno de ellos se enderezó, se volvió hacia nosotros, colocó sus manos en el gesto hindú de salutación y se inclinó reverentemente. Los otros dos simplemente continuaron con su trabajo. ¿Cómo, me preguntaba, lo supo ese trabajador en particular? ¿Vio el automóvil con el rabo del ojo y lo reconoció o sintió simplemente la proximidad de un gran santo?

Ese día Baba estaba evidentemente de humor como para divertir al joven con algún acto de magia. Tomando una hoja verde de betel, cortó con el dedo pulgar un pequeño disco redondo que marcó con un símbolo. Dándome el disco de hoja, me preguntó qué representaba el símbolo. Podía haber sido un mantra sánscrito, pero yo no tenía la más remota idea. Sin aclarármelo me lo quitó y lo colocó en la palma de la mano del joven, sosteniéndolo siempre con la punta de los dedos. Cuando quitó los dedos había desaparecido el disco de hoja verde y en la palma del muchacho había otro disco de casi el mismo

tamaño, pero éste tenía el frente esmaltado con una imagen de la cabeza de Vishnú. Cuando me lo dieron para examinarlo de cerca, observé con interés que era un retrato verde sobre fondo blanco, y lo verde era exactamente del mismo tono que el de la hoja. Era un pendiente con un anillo para colgarlo. Noté que había un leve defecto en la base metálica.

Fuera por el defecto o por alguna otra razón, no lo sé, Baba sostuvo de nuevo el pendiente en la palma de la mano del muchacho, dejando esta vez allí uno de tamaño similar con las triples cabezas de la Trinidad Hindú: Shiva, Vishnú, Brahma. El color del segundo pendiente era diferente, y no había ningún defecto en el metal de la base. Permitió que el joven guardase este último, mientras que el primero simplemente desaparecía entre los dedos de Baba.

Mirando retrospectivamente mi breve pero maravillosa permanencia en Madrás con Sai Baba en esa visita, se destacan dos cosas entre las múltiples impresiones. Una es el modo misterioso de cómo se entera el público de su presencia. Llegamos tarde para el almuerzo, hicimos una corta siesta, y luego miré por una de las ventanas superiores de la casa de los Venkatamuni donde estábamos. El jardín del frente ya estaba casi lleno de gente, cientos de ellos sentados con las piernas cruzadas en el suelo esperando ver al gran hombre. No se había hecho ningún anuncio público; ni ninguna publicidad. De hecho, nuestros propios anfitriones se habían enterado de nuestra llegada sólo dos horas antes, y únicamente habían telefoneado a los pocos íntimos devotos con quienes Swami quería hablar por una razón u otra.

Este puñado lo comunicaría probablemente a unos pocos amigos que también eran discípulos. Pero los devotos siempre tienen cuidado de no publicar la noticia de que Sai Baba está llegando. Las multitudes se reúnen bastante rápidamente sin estímulo, y a Swami le gusta tener un comienzo tranquilo para sus visitas a fin de poder hablar con las familias que lo han amado fielmente desde hace mucho tiempo. Sin embargo, algún susurro telepático parecía haber corrido por la ciudad, y ya en la noche, los jardines del frente y los laterales estaban

llenos de gente que esperaba pacientemente la aparición de la amada figura.

La otra cosa que más que nunca pude apreciar fue la energía sobrehumana de Baba. Desde mediados de la tarde hasta muy avanzada la noche estuvo entrevistando gente, a solas o en grupos, moviéndose entre las multitudes, y saliendo a visitar las casas de devotos enfermos o que por alguna otra razón necesitaban que El viniera a verlos.

La misma constante actividad siguió durante todo el día siguiente hasta más o menos las siete de la noche cuando salimos para Whitefield. A pocos kilómetros de Madrás, esperando a un lado de la carretera, había un grupo de sus más devotos seguidores que querían una visión más de El, una palabra más, una bendición más de su mano. Y El se las dio y sus ojos se llenaron de lágrimas de amor. Luego proseguimos nuestro viaje de cinco horas a través de la noche, a través de los pueblos, a través de los búfalos errantes y las apáticas vacas que infestan las carreteras de la India. Llegamos a Brindavan después de medianoche para encontrar allí a un grupo de visitantes que esperaban para ver a Baba, aún a esa hora.

En giras subsiguientes vi el mismo patrón de programas diarios, con la adición de sesiones de *bhajan*, discursos públicos y otras grandes funciones. A nosotros, sus compañeros de gira, nos permitía retirarnos de cuando en cuando para descansar unas pocas horas mientras Swami seguía, o nos quedábamos sentados tranquilamente en el coche mientras El entraba a las casas de los devotos, pasando algún tiempo con ellos, llevando alegría, esperanza y alimento espiritual.

Desde la mañana hasta la noche, y usualmente hasta medianoche o más tarde, Baba está en movimiento, dedicándose a las necesidades y bienestar de los que vienen a El y le ruegan que El vaya a ellos, verbalmente o por la telepatía de la oración. El hace el trabajo de muchos seres humanos ordinarios, sin embargo, nunca lo he visto realmente agotado. A veces, puede que se le vea un poco cansado, pero rápidamente recobra su pleno vigor.

Parece que bebe en el manantial de la gran energía misma.

Una vez que le pregunté a Swami si El podía hacer algo por mí respondió: "Sí, claro que sí. Yo soy propiedad tuya; no tengo absolutamente ningún derecho". Su vida es un constante sacrificio y servicio a favor de sus devotos, y, a través de ellos, de todos los hombres. Pues, cuando el guijarro divino del amor es tirado en la laguna de la ignorancia y dolor humanos, las ondas se extienden en círculo hasta llegar a la orilla misma.

Unos pocos días después de nuestro regreso de Madrás hicimos el viaje de 160 kilómetros de Whitefield a Puttaparti. Solamente mi esposa, Raja (que manejaba) y yo íbamos con Swami en esta oportunidad. Era la primera visita de Iris al ashram y por la carretera Baba le señaló varios lugares. También le hizo practicar una canción sagrada en hindi que le estaba enseñando. Pero la mayor parte del tiempo El estaba envuelto en un sereno silencio.

Al entrar en Prashanti Nilayam mi corazón dio un salto al ver a todos los residentes, cientos de ellos, alineados por el camino, de modo que pasamos por una avenida de caras sonrientes y felices. En la gran sala de oración paramos, y perdimos a Baba;

fue absorbido en un remolino de gente. Pero recibimos una radiante bienvenida de amigos como el señor N. Kasturi, y pronto nos encontramos acomodados en mi antigua habitación en la casa de huéspedes.

Encontré que la vida en sus aspectos externos no había cambiado mucho desde mi anterior visita al ashram. Seguía sonando la campana que nos sacaba de nuestros sueños en la oscuridad matutina para prepararnos para la meditación en la sala de oración. No todos los ashramitas van allí; algunos meditan en sus habitaciones, otros escogen otros lugares tales como el sagrado baniano que Baba plantó hace muchos años en la colina detrás del hospital. Yo prefería ir hacia las altas rocas donde podía hacer algunos ejercicios de yoga en la mañana y observar el sol naciente regar su luz mágica sobre las silvestres colinas, llenando los valles de oro.

Luego la gente se reúne alrededor del jardín circular delante del edificio principal para su primer contacto visual con Baba

cuando sale al balcón donde levanta su mano en señal de bendición. Es el primer *darshan* (bendición por aparición) del día. En seguida, después de esto, comienzan las entrevistas; tomando grupos que oscilan entre una docena y veinte personas, pasa quizás media hora, a veces una hora o más, con cada grupo. De esta manera se las arregla para tener estrecho contacto con un promedio de alrededor de 150 personas en el día y hasta más en períodos de mucha afluencia.

Más tarde en la mañana hay una hora de *bhajans*. Baba a menudo baja y se sienta en su alto sillón en la sala durante parte de éstos. Durante los *bhajans* suele también caminar entre las personas sentadas afuera debajo de los árboles. A veces pasa la mayor parte del período de *bhajans* en sus entrevistas de grupos en sus habitaciones. Lo único que se puede saber con seguridad es que nunca sigue la misma secuencia dos veces seguidas.

Cuando comienza la segunda sesión de *bhajans* en la tarde, Baba usualmente está entrevistando todavía. Después de algún tiempo sale y camina por un sendero para ir a darle de comer a su joven elefanta, Sai *Gita*. Tan pronto como lo ve venir se acerca majestuosamente, sosteniendo en alto en su trompa una guirnalda de flores hecha por algunas señoras del ahsram. Cuando se encuentran, Sai *Gita* coloca la guirnalda encima de la cabeza de Baba y se inclina, doblando su pata delantera derecha. Baba la acaricia y le da frutas de un cesto que su joven cornaca ha traído. Después de un rato la deja con el cesto y camina para hablar con las personas sentadas en los bordes del camino. Pero durante todo esto Sai *Gita* mantiene la vista puesta en El y gira de manera que su cabeza está siempre de frente a su adorado Señor.

Cuando su cena de frutas ha terminado, ella lleva el cesto vacío hacia su establo. Pero si Baba le manda detenerse o venir hacia El, ella obedece inmediatamente. Esta elefanta domesticada le fue regalada a Baba recién nacida por algunos devotos del sur.

Ha llegado a ser una atracción muy querida del ashram, y trompetea un fuerte saludo de bienvenida cuando ve la túnica

roja de Baba a distancia o de algún modo siente su presencia sin verlo.

En ocasiones, ricamente enjaezada, toma parte en procesiones e importantes ceremonias en Prashanti Nilayam.

Después del *bhajan* de la tarde y su bellísimo ritual de cierre con lámpara de alcanfor y un himno de adoración, la gente sale corriendo de la sala y de los árboles hacia el frente del edificio.

Aquí todos se quedan y esperan el *darshan* de la noche. Pronto la pequeña figura roja con el gran domo de pelo negro aparece en el balcón iluminado. Reina un profundo silencio, sus labios se mueven en silencio, su mano se mueve en un gesto de elevación. Algo más sutil que el aire que nos rodea parece también surgir apretando el corazón y elevándolo hasta que se humedecen los ojos.

Luego vamos todos a nuestras cenas. Pero Baba pasa la mayor parte de la noche viendo más gente: funcionarios del ashram con problemas administrativos y visitantes con urgentes problemas personales.

Tampoco había cambiado la vida en Prashanti Nilayam en sus aspectos internos desde mi última visita. Cuando se atraviesa la reja parece que uno entrara en una brillante aura de paz y felicidad. No es que se olvide el mundo por completo en algún sueño dorado. Pero el sentido de los valores parece cambiar; los problemas y conflictos del mundo se ven por el lado largo del telescopio, muy pequeñitos y muy lejanos. Aun los problemas inmediatos de la vida en el ashram —el ajuste a ciertas incomodidades, la lucha por obtener algunas golosinas occidentales, tales como pan, mantequilla y queso— parecen muy pequeñas. Siempre el importante factor dominante es el envolvente amor que irradia del centro. Lo que el famoso millonario del "pulmón de hierro" americano, Fred Snite, dijo acerca de Lourdes es también aplicable a Prashanti Nilayam: "Aquí la vida es oración…

Estamos en un lugar apartado del mundo, un lugar en la mitad del camino hacia el cielo".

Uno de los aspectos más interesantes de la vida en el ashram, es la gente que está ahí, residentes y visitantes. Se podría escri-

bir un volumen entero sobre este solo tema. Vienen por una variedad de razones. Algunos viajan cientos de kilómetros, como antaño cuando la gente iba al Oráculo de Delfos para atisbar en el futuro. Otros vienen por razones de negocios; para preguntar si deben vender una tienda, empezar una fábrica, licitar por un contrato, buscar un nuevo trabajo. Muchos vienen con serios problemas de salud; algunos vienen como representantes de grupos de Sai Baba en otras áreas para invitar a Swami para que bendiga alguna función con su presencia; otros vienen a invitarlo a sus casas, quizás para celebrar un matrimonio, o poner nombre a un niño, o bendecir una nueva casa, o simplemente por la indescriptible dicha de tener su compañía. Baba tendría que tener varios cuerpos para satisfacer todos estos pedidos.

Un punto importante de destacar acerca de Sai Baba, tanto en este cuerpo como en el anterior, es que no le molesta en absoluto que lo traten como adivino, arúspice, investigador psíquico, consejero comercial, o médico universal. Considera a todos los que vienen como sus hijos; algunos quieren que les arregle un juguete roto, otros tienen un dolor de oídos, algunos sólo desean una palabra de aliento del eterno padre. Trata de satisfacerlos a todos al nivel de cada uno, y, con su poderosa fuerza espiritual, de elevar ese nivel hacia la raza suprahumana en que el hombre debe eventualmente convertirse.

El Señor Krishna clasificaba a los que venían a El en cuatro principales divisiones: 1) los afligidos, 2) los deseosos de ganancias terrenales, 3) los que buscan conocimiento y comprensión espiritual, y 4) los que ya han alcanzado un alto grado de sabiduría espiritual (por ejemplo los *jñanis* —sabios que han logrado el conocimiento de lo absoluto—). Su tarea, dijo Krishna, era dar a cada uno lo que él pedía. Sus bendiciones se derramaban sobre todos los hombres por igual, pero cada uno recibía sólo de acuerdo con su desarrollo, de acuerdo con su posición en la escala del ascenso espiritual. Sai Baba lo dice así: los rayos del sol caen igualmente sobre todos los que se encuentran directamente en su camino. Si alguien está detrás de un obstáculo, o en una habitación, recibirá solamente

una parte de la iluminación. El cultivar los supremos anhelos espirituales es como salir del encierro de una habitación a los plenos rayos del sol.

Ahora, cinco mil años después de Krishna, los que se acercan a Sai Baba caen dentro de la misma clasificación general. Y de la misma manera, los considera a todos merecedores de su ayuda. Esparce bendiciones sobre todos, pero claro está, sus propias limitaciones limitarán lo que reciban. Si sus necesidades actuales son de salud corporal o prosperidad material, eso es lo que reciben. Los de los grados más altos, los *jñanis*, que están abiertos a la plena iluminación del sol, son como antaño, mucho menos numerosos que los otros, pero existen. Con gran alegría, con una rara sensación de elevación, he conocido a algunos de éstos, no solamente viviendo una vida de renunciación en el ashram, sino también como hombres de familia.

Cuando corrió la voz de que estaba escribiendo este libro, una de las luces más brillantes del ashram, una mujer completamente dedicada a la gran misión de Sai Baba, me prestó el diario que lleva desde su primera visita a Puttaparti alrededor de 1950.

Es un documento interesante, que da una imagen de la vida con Baba en Puttaparti en los años anteriores a la construcción del ashram de Prashanti Nilayam. Por el diario me he enterado de una cantidad de cosas importantes acerca de Sai Baba que son generalmente desconocidas.

Por ejemplo mucha gente piensa que antes del período en el cual empezó a hacer discursos públicos, o sea, antes de que tuviera treinta y dos años, Baba no daba ninguna instrucción espiritual. Es cierto que en las primeras tres décadas de su vida se preocupaba principalmente con sus *leelas* (juegos divinos) y *mahimas* (milagros) con fenómenos tales como el mostrar visiones, con viajes astrales, curas milagrosas y otros milagros. Pero el diario muestra que también daba enseñanza espiritual.

Sin duda, la mayoría de los que venían por curiosidad para ver al milagroso joven de Puttaparti se encontraban en el jardín de infantes de la escuela espiritual. Necesitaban las ayudas visibles de los increíbles milagros para sostener su fe. O

simplemente deseaban ayuda suprahumana para curar enfermedades o resolver problemas materiales. Una vez satisfecha su curiosidad, u obtenidos todos los beneficios materiales que podían (o quizás fueran defraudados en esto), los que eran incapaces de recibir dirección espiritual, se fueron yendo.

Pero hubo otros que pertenecían a los altos grados en la escuela de la vida, los que buscaban el conocimiento, el entendimiento y la felicidad que el mundo no puede dar. A éstos, ya desde el comienzo mismo, Sai Baba les daba instrucción personal acerca del pensar correcto, del sentir correcto, de la acción correcta. A éstos daba disciplinas espirituales individuales.

Muchas de sus enseñanzas las impartía, como ahora, por medio de cuentos, parábolas y analogías sencillas. Toda su enseñanza subrayaba, al igual que ahora, la necesidad de vivir realmente la vida, subrayaba que el mero tejer bellas frases y fascinantes telas de especulación metafísica no lleva a ninguna parte.

El camino por el cual Baba ha conducido a sus discípulos desde el comienzo, es principalmente el del *bhakti marga*, o yoga del amor divino.

Este yoga, como todos los demás, requiere que superemos nuestros apegos a la ambición personal, a la fama, al orgullo, a la autoimportancia, y que "lavemos" los últimos restos de egoísmo escondidos en los oscuros rincones de nuestra mente. Con este fin debemos estar preparados para sobrellevar muchas austeridades y mucho de lo que a primera vista parece ser una injusticia personal.

Otro punto importante del cual me enteré leyendo el diario es el de que cuando Baba parece ser duro con algunos de sus seguidores, les está en realidad haciendo un gran cumplido, y es una bendición disfrazada. No significa, como piensan algunos, que estos discípulos hayan perdido su amor y hayan sido echados a la oscuridad. Por el contrario esto significa que Baba tiene un alto aprecio por aquéllos a quienes está haciendo pasar por la "trituradora"; los está adiestrando para un mayor progreso en la escuela del espíritu.

Algunas veces de esta manera, y aparentemente con este fin,

El parece poner a las personas a prueba hasta el nivel máximo de su resistencia. Aun después de haber probado su coraje, los hará pasar, si lo encuentra necesario, por lo que El llama un "proceso de pulitura". Esto puede ocasionarles mucha angustia mental hasta que se despierte una comprensión más profunda en el iniciado. Así encontramos que muchos de los viejos discípulos de Baba nos ayudaron a percibir las dimensiones escondidas de la misión y objetivo del Maestro. Nos aclararon el significado más profundo de muchas de sus acciones y palabras.

Al pasar de los días en el ashram, conocimos a muchos nuevos e inspiradores devotos. Algunos de ellos tenían historias profundamente conmovedoras que contar acerca de sus experiencias milagrosas y espirituales con Sai Baba. Yo tomaba nota de ellas y obtuve la autorización de muchos de los narradores para usar sus nombres y otros particulares identificadores. Estas apreciables personas, muchas de ellas muy conocidas, son testigos vivientes de la verdad de los extraños hechos que escribo. Esto puede ayudar a algunos lectores a aceptar algo tan alejado de la experiencia diaria que casi parece increíble.

Mientras tanto debo tratar de describir la cualidad especial de nuestra última entrevista con Swami antes de que dejáramos el ashram hacia fines de agosto. Desde luego que en Prashanti Nilayam no tuvimos el mismo íntimo contacto personal que habíamos disfrutado en Brindavan, y particularmente en Horsley Hills.

La vida se desarrolla en una escala diferente en el ashram. Multitudes de visitantes van y vienen constantemente, o se están reuniendo para algún gran festival religioso u otro evento especial.

Durante nuestra estadía allí había habido dos ocasiones así:

el día de *Gurú* Purnima en julio —un festival en honor de los grandes gurús— y la inauguración oficial de Prashanti Nilayam como municipio. En el último evento, que tuvo lugar el 5 de agosto, participaron muchos funcionarios importantes de las ciudades circundantes, tales como Penukonda y Anantapur, y de la capital del Estado, Hyderabad. Algunos de estos

visitantes eran devotos de Baba, y otros no.

Sin embargo, a pesar de su continua actividad, tuvimos mucha suerte al poder ver mucho del gran Maestro. Fui con El en una gira oficial de tres días a Anantapur, donde conocí y hablé con un número de devotos que lo conocen desde su juventud. Y siempre nos llamaban a Iris y a mí a la sala de entrevistas cuando recibía a un grupo de visitantes del extranjero. Así es que nos sentamos a sus pies entre gente de Francia, Italia, América del Sur, Alemania, Dinamarca y Persia. Lo vimos asombrarlos y deleitarlos con materializaciones: la producción de *vibhuti* o dulces para todos, o de una joya para alguno de los visitantes. Y en todas las ocasiones presenciamos el más importante de los milagros: cada corazón profundamente conmovido por la vara mágica del amor desinteresado.

Tuvimos muchas sesiones memorables con Swami de esta manera, y cuando ya no nos quedaban sino unos pocos días de estadía, El nos llamaba diariamente. Estas reuniones de despedida, que duraban a veces hasta dos horas, se disfrutaban en compañía de amigos especiales del ashram. Algunos al igual que nosotros, estaban por irse, y otros se quedarían. Siempre Baba hablaba primero sobre temas espirituales, luego sobre tópicos más generales o problemas personales que podrían ser discutidos en un grupo.

Presentes en la entrevista final estaban el señor y la señora K.R.K. Bhat, en cuyo automóvil íbamos en viajes hasta Bangalore. El señor Bhat es un gerente divisional jubilado de la Life Insurance Corporation of India. Sufrió un severo ataque al corazón poco antes de su retiro, y ahora vive la mayor parte del tiempo en Prashanti Nilayam, manteniéndose vivo, como él mismo dice, "por la gracia de Sai Baba". El y su esposa regresaban a Bangalore por un tiempo para arreglar algunos asuntos personales. Pero desde hacía unos días el señor Bhat estaba sufriendo de un dolor en el lado izquierdo en la región del corazón, y como los médicos le habían anteriormente prohibido manejar, me ofrecí para manejar en su lugar.

Después de una conversación general con el grupo de ocho personas, Baba se llevó a varias personas que se iban a otra ha-

bitación para hablar en privado con cada una de ellas. Primero la Maharani de Kutch y su hija, Nanda. La Maharani se iba para su casa en Bombay, y Nanda iría parte del camino con ella, para luego regresar al ashram que ahora es su casa.

Luego nos llamó a Iris y a mí. Tan pronto como Swami estuvo a solas con nosotros, dejó de decir chistes y hacer bromas, y habló muy seriamente con una voz de profundo afecto. Era como una madre que despide a sus hijos que van al internado, y El parecía ser la esencia de todas las madres que la tierra haya conocido. La corriente de afecto que fluía de El era como un río que lo llevara a uno a un océano de amor. En ese océano, nuestro cuerpo físico parece desaparecer, y todos los duros pedazos aislados del ser, de ansiedad y preocupación y temor profundo, se derriten. En aquellos momentos de exaltación se tocaba el borde del infinito y se sentía su inefable dicha.

Muchos de los devotos de Baba me han contado su propia experiencia personal sobre el más profundo de los misterios y milagros, cuando el hombre toca, y, momentáneamente, se une con lo divino en el Hombre. Pero, al igual que yo, nadie ha sido capaz de describirlo adecuadamente, pues está mucho más allá del alcance de las palabras.

Después de darnos consejos personales acerca de nuestro trabajo, de nuestra salud y de nuestras vidas en general, y de asegurarnos que no había nada que temer o por qué preocuparse nunca, pues El está siempre con nosotros en nuestros corazones, movió su mano: esta vez en grandes círculos verticales como una rueda que girara. Cuando se detuvo, su mano sostenía un pequeño recipiente de plata, de una pulgada de alto y más de una pulgada de diámetro. Al abrir El la tapa, un fragante perfume impregnó la habitación. El recipiente estaba lleno de *vibhuti* gris claro que resultó ser tan fragante al paladar como al olfato. Al dárnoslo, nos dijo que debíamos tomar un poco cada día; que traería grandes beneficios y bendiciones tanto al cuerpo como al alma.

Las últimas personas con quienes habló en privado fueron el señor y la señora Bhat. Como era un día auspicioso para los devotos del Señor Subrahmanyam, el principal dios de su

hogar, la señora Bhat había traído un pequeño ramo de flores y hojas de tulsi (planta de la India con propiedades curativas). Colocó éstas a los pies de Sai Baba que para ella ha llegado a ser la personificación del Señor Subrahmanyam; la razón de esto se comprenderá al leer la milagrosa experiencia que relato en el próximo capítulo.

Baba puso algunas de las flores en el cabello de ella. Luego, diciéndonos a todos que esperáramos algún *prasad* (regalo de paquetes de *vibhuti*, pensamos nosotros) subió al piso superior a su comedor, que se encuentra directamente encima de la sala de entrevistas. Tomó, presumimos, el resto del ramo, y todos nos quedamos esperando. Iris y yo estábamos de pie a la izquierda del señor Bhat. La señora Bhat a su derecha, mientras que el resto del grupo estaba del otro lado de la habitación.

Mientras intercambiábamos algunas palabras con el señor Bhat, un hombre muy alto, Iris vio lo que ella tomó por escamas de pintura que caían del techo. Yo no noté estas "escamas" hasta que llegaron a quizás cuarenta y cinco centímetros del hombro izquierdo del señor Bhat, sobre el cual vinieron a descansar. Luego observé que las "escamas" eran en realidad hojas de tulsi y algunos pétalos de flores rojas.

Podía ver por la cara del señor Bhat que él inmediatamente sintió algo milagroso en este evento, pero yo buscaba una explicación natural. Parecía, sin embargo, imposible hallar una. Las hojas y pétalos no podían de ningún modo haber caído desde algo que estuviera en la habitación, no había muebles excepto una silla y un escaparate en una esquina a alguna distancia de donde estábamos de pie, y las paredes de la habitación estaban desnudas.

Además, las hojas y pétalos no podían haber caído de la cabeza de la señora Bhat, pues es una mujer muy pequeña, y además, estaba del lado derecho de su esposo, mientras que éstas cayeron de un alto nivel sobre su lado izquierdo. Por otra parte, no había hojas en su cabello, sino flores, y éstas estaban allí todavía después del incidente. Y tampoco podía el follaje haber sido introducido a través de la ventana por el viento, primero, porque no había brisa, ya que el aire estaba muy quieto; segun-

do, porque no hay arbustos de tulsi en ninguna parte cercana a la ventana; y tercero, porque si hubieran entrado por la ventana, no podían haber estado a la altura donde fueron vistas por primera vez por mi esposa, o aun por mí. No podía encontrar en absoluto ningún lugar desde el cual hubiesen podido llegar mediante fuerzas normales de la naturaleza.

Los Bhat no tenían ninguna duda de que esto era otra de las inescrutables obras de Swami: de que había hecho caer algunas de las hojas y pétalos de la habitación del piso de arriba, a través del techo sólido sobre el hombro del señor Bhat, del lado izquierdo donde el dolor lo había estado molestando desde hacía días.

Desde la época del Señor Krishna las hojas de tulsi han sido asociadas con la curación; y es interesante saber que el dolor del señor Bhat había desaparecido casi inmediatamente.

En seguida llegó un mensajero de Swami con algunos paquetes de lo que los devotos llaman "*vibhuti* de emergencia" para los que se iban. Es una sustancia maravillosa, de color gris oscuro, y se sabe que realiza grandes milagros en casos de enfermedades serias o graves accidentes.

Pero después de la sorpresa de las hojas, el señor Bhat no necesitaba nada de esto. Se sentía tan bien, que manejó él mismo el automóvil casi hasta Bangalore, dejándome al volante durante unos pocos kilómetros, y esto, creo, más que todo para complacerme. Nos quedamos en su casa de Bangalore durante una semana y todos los días nos llevaba a alguna parte, en una ocasión a Whitefield donde recogimos el resto de nuestro equipaje y vimos al señor y a la señora M.S. Dixit. El dolor del señor Bhat no volvió; parecía haber sido quitado por el rayo curativo que trajo, como firma, la milagrosa caída de hojas y pétalos.

CAPÍTULO XI: ALAS DE MUNDOS INVISIBLES

No donde anochecen los arremolinados universos, E intenta remontarse nuestra entumecida alma, Sino a nuestras puertas obstruidas de barro, Si supiésemos escuchar, tocan las alas de lo invisible.

FRANCIS THOMPSON

A pesar de la multitud de dioses hindúes, la mayoría de los indios, y por supuesto, los educados, entienden que cada dios es realmente sólo una expresión limitada del Unico, Supremo e Inexpresable Brahman. "Dios tiene mil cabezas", dicen y no habrá disputa acerca de las muchas formas usadas para representar diferentes aspectos de la más alta divinidad, que en definitiva es informe. De hecho, en las salas de ceremonia hindúes, esos santuarios arreglados en las casas para la adoración y la oración, se encuentran estatuas e imágenes de muchos seres divinos, a menudo hasta la de Jesús de Nazaret.

Pero cada familia usualmente tiene una deidad especial como dios tutelar que ocupa el lugar de más alto honor. En la familia del señor K.R.K. Bhat, el dios tradicional de la casa era Sri Subrahmanyam. Pero el señor Bhat mismo estaba inclinado hacia la adoración de Sri Krishna. Quizás por esta razón, o quizás porque él estaba muy ocupado en su cargo ejecutivo en el mundo de los seguros, era su joven esposa la que llevaba a cabo la adoración ceremonial diaria al Señor Subrahmanyam.

En 1943, la señora Bhat cayó enferma de cáncer en el útero. Los médicos aconsejaron una operación aunque no había nin-

guna seguridad de éxito. La madre del señor Bhat vivía con la joven pareja en esa época, y le dijo a su hijo: "El Señor Subrahmanyam curó a tu padre de cáncer sin ninguna operación; así curará a tu esposa".

La fe de la anciana señora era tan tremendamente poderosa que la joven pareja acordó olvidar la cirugía y colocarse enteramente en manos del dios tutelar. Se intensificaron los *pujas* (culto y adoración) al Señor Subrahmanyam, las prácticas religiosas se hicieron todavía más estrictas y devotas que antes; las oraciones se hicieron más fervientes y prolongadas. Estos *pujas* los realizaba ahora principalmente la madre del señor Bhat, mientras la joven esposa guardaba cama adelgazando y debilitándose cada vez más. Esto duró más o menos seis meses.

Entonces una noche, mientras se encontraba en estado de somnolencia, la paciente vio a la débil luz de la luna a una gran cobra dando vueltas alrededor de la cama. Alarmada, prendió la lámpara de su mesa de noche y despertó a su suegra que dormía en la misma habitación, ya que su esposo estaba ausente en un viaje de negocios.

No se encontró a ninguna serpiente en la habitación. Pero tan pronto como la señora Bhat apagó la luz, vio de nuevo la cobra, dándole vueltas. Casi inmediatamente la serpiente tomó la forma de Subrahmanyam, que conocía por el retrato colgado en la sala de ceremonia. Parecía estar flotando encima de ella. Entonces, perforando su pecho con su *velayudhan* (especie de lanza que lleva Subrahmanyam), pareció llevársela con él.

Pronto se encontró de pie, delante de El, en el piso de una alta montaña rocosa. Se arrodilló y le tocó los pies con sus manos y frente, y El empezó a hablarle. Le preguntó si ella quería quedarse con El o regresar al mundo. Ella entendió que esto significaba una elección entre la vida y la muerte. Pensando en su esposo y en sus hijos pequeños y la necesidad que tenían de ella, dijo a Subrahmanyam que deseaba regresar.

No hubo más conversación y finalmente Subrahmanyam dijo: "Estás curada de tu enfermedad, y pronto estarás fuerte. Durante toda tu vida te protegeré; cuantas veces pienses en

mí, allí estaré. ¡Ahora regresa!" "¿Cómo?", preguntó ella.

El apuntó hacia una larga escalera en espiral que se había abierto a sus pies y conducía hacia abajo. Ella empezó a descender, luego pareció haber una interrupción en su conciencia y se encontró de vuelta en su propia habitación, despierta. Inmediatamente llamó a su suegra y le contó la visión. Cuando su esposo regresó a la casa se la contó también. Pero ella considera esa experiencia como sagrada, y no la cuenta sino a los miembros íntimos de su familia.

A partir de esa noche recobró rápidamente fuerzas y no ha habido más señales de cáncer. Pronto estuvo en pie y llevando su vida normal. Pero había una diferencia. Ahora, además de los deberes en el hogar y de las observancias religiosas, se dedica a trabajos sociales entre los pobres y los necesitados. Dios le había devuelto su vida, y estaba decidida a usarla plenamente a su servicio de la mejor manera que pudiera.

Fue veinte años después cuando el señor y la señora Bhat oyeron hablar por primera vez de Sathya Sai Baba y fueron a Prashanti Nilayam. A la señora Bhat le dijo: "Hablé contigo hace mucho tiempo, hace veinte años".

Muy confundida, le contestó: "No, Swamiji, ésta es mi primera visita".

"Sí, sí, pero yo te visité cuando vivían en Mysore". Y mencionó el nombre de la calle y la ciudad donde vivían en la época en que padeció de cáncer, cuando tuvo la visión de Subrahmanyam.

Luego la llevó hacia arriba por la escalera en espiral que conduce a sus habitaciones en el piso superior y le dijo que mirara hacia abajo. Inmediatamente recordó la escalera que conducía hacia abajo desde las alturas donde había estado con Subrahmanyam: de hecho las dos escaleras parecían idénticas. Estaba más desconcertada que nunca.

Para ayudarla a comprender, Swami movió su mano y del aire produjo una fotografía de sí mismo en el carruaje de Subrahmanyam con una cobra dando vueltas alrededor de El. Ahora empezó a despertarse una luz dentro de ella. Dios puede tomar cualquier forma, pensó. Había venido a ella hacía veinte

años en la forma que ella adoraba, Subrahmanyam.

Ahora estaba delante de ella en la forma de Sathya Sai Baba. Cayó a sus pies, derramando lágrimas de dicha.

Cuando conocí al señor C. Ramachandran de Kirkee, Poona, en Prashanti Nilayam en 1967, era Subinspector Jefe de Explosivos Militares en el Ministerio de la Defensa.

Algunos años antes, me contó, había tenido muchas preocupaciones familiares, y debido a ello había empezado a visitar el santuario de Sai Baba en Shirdi, a más o menos doscientos kilómetros de su casa. Esto le había traído gran paz espiritual, y gradualmente se hizo devoto de Shirdi Baba.

Eventualmente oyó decir que este gran santo había reencarnado en Puttaparti y era conocido con el nombre de Sathya Sai Baba. Bueno —pensó— probablemente es otro impostor, uno de los muchos que han tratado de hacer dinero disfrazándose como el viejo Sai Baba reencarnado. Sin embargo, algún tiempo después, leyó en los periódicos como Sathya Sai Baba había aliviado a uno de sus seguidores de un fuerte ataque asumiéndolo en su cuerpo, y luego curó su propia parálisis delante de una gran multitud en el día de *Gurú* Poornima. Esto le hizo pensar que el Baba de Puttaparti debía ser por lo menos un verdadero santo, quizás un verdadero Mahatma.

Cuando uno de los miembros de su familia trajo una pequeña fotografía de Sathya Sai Baba y la puso en la sala de *puja* (culto y adoración) en su casa, Ramachandran la dejó allí. Dos o tres días después notó que se había formado un poco de ceniza en la foto. La limpió. Pero de nuevo, durante la ceremonia de *puja*, vio en la foto otra vez la ceniza en el momento preciso en que se estaba formando. Pareció primero como si fuera vapor y se transformó en gotas de líquido lechoso que corrían por el vidrio y se secaban para luego convertirse en ceniza gris.

Quizás, pensó, esto puede deberse a algo peculiar en el cristal o en el cartón de atrás, o en el marco. En su condición de químico los probó, pero estaban muy normales; sin embargo, decidió cambiarlos todos. No obstante la ceniza continuó haciendo su inexplicable aparición en el nuevo cristal y marco.

Un día un joven amigo trajo otra foto de Sathya Sai. Esta es-

taba pegada a un cartón sin cristal delante. Con el permiso de Ramachandran, la puso entre los otros retratos en la sala de *puja* y se fue. Pero antes de que hubiera llegado a la reja del frente, Ramachandran lo llamó. Los ojos del joven se abrieron de par en par cuando vio formándose la ceniza en la foto que acababa de traer.

"Antes no creía realmente en su cuento", le confesó, "pero ahora veo que es cierto".

Estos sucesos ayudaron a que el señor Ramachandran decidiera ir a Prashanti Nilayam y ver a Sathya Sai Baba. Algún tiempo después de tomar esta decisión, sintió de pronto repugnancia por el hábito de fumar. Un día, tirando un cigarrillo, se juró a sí mismo que no volvería a fumar hasta después de haber tenido una entrevista con Sai Baba.

Sus vacaciones cayeron más o menos seis semanas más tarde, en junio de 1964, y aprovechó la oportunidad para hacer su primer viaje al ashram. Las incomodidades y falta de facilidades lo molestaron al comienzo, pero se quedó, y después de algunos días se encontró en una sala de entrevistas junto con otras personas, esperando al gran hombre.

En esto entró Baba y, con su gesto creativo de la mano, produjo *vibhuti*. Le dio un poco a todos los presentes, menos a C.

Ramachandran. Este se sintió muy decepcionado de que se le pasara por alto y le pidió un poco. Baba lo miró y le dijo: "Te di un poco no hace mucho".

Ramachandran se quedó perplejo, y luego entendió que Baba se refería a la ceniza que había aparecido en las fotos. Swami sonrió gentilmente y siguió:

"No te preocupes, te daré mucho, muchísimo. Pero no vuelvas a esa vieja mala costumbre".

Ramachandran entendió que se refería a la costumbre de fumar. Un estremecimiento le recorrió todo el cuerpo cuando se dio cuenta de lo mucho que este gran hombre parecía saber de su vida y pensamientos.

Después de esto hizo varias visitas al ashram, y luego más tarde, en abril de 1965, recibió en su casa de Poona un telegrama que decía: "Sathya Sai Baba llegará a su residencia el 5 de

mayo para realizar el *Upanayanam* (ceremonia del cordón sagrado) y dar *Brahmopadesam* (iniciación en la senda espiritual de la realización de Dios)".

Ramachandran se sorprendió mucho; esto se refería a la ceremonia del cordón sagrado para sus dos hijos, que ya estaba bastante atrasada, pues su hijo mayor, Raja, ya tenía diecisiete años y medio. Pero, ¿venía Baba realmente? Nada de esto se había mencionado, y Ramachandran pensaba que no merecía este gran honor. Por cierto que no tenía idea alguna acerca de la manera correcta de recibir a un gran santo. Primero, sin embargo, debía verificar si el mensaje era genuino.

Con la ayuda de algunos de sus empleados, averiguó el origen del telegrama. Encontró que había sido puesto en la oficina principal de correos de Poona y entregado a él desde la oficina de correos suburbana de Kirkee. El funcionario de recibo en la oficina de Poona tenía motivos para recordar al remitente de este telegrama. Era, dijo, un hombre con una pequeña barba. Había llegado en un taxi, que dejó esperando mientras escribía el telegrama. Cuando el funcionario le pidió su dirección, el barbudo contestó que estaba de paso y no tenía dirección en Poona. El funcionario dijo que en tal caso debía escribir su dirección permanente en el formulario. Después de alguna vacilación el hombre escribió: "All India Sai Samaj, Madrás". Luego se fue en el taxi.

Este Sai Samaj ha sido fundado hace algunos años por el Swami Narasimha, quien escribió la vida de Sai Baba de Shirdi.

El Centro está dedicado primordialmente a la difusión de las enseñanzas del viejo santo de Shirdi. Al investigar, se encontró que el barbado viajero era desconocido por todos en el lugar. Aquí fue donde el trabajo detectivesco de Ramachandran se topó con un atolladero.

Le habían dicho que Swami estaba en Brindavan y tomó la precaución de enviar un telegrama allí pidiendo confirmación de la fecha de la visita prometida. Repitió el mismo pedido en otro telegrama al señor Kasturi en Prashanti Nilayam. No recibió respuesta alguna.

Más tarde se enteró de que Kasturi no había recibido el te-

legrama. Ramachandran no preguntó a Baba acerca del que le había enviado, juzgando por lo que sucedió entretanto, que cualquier respuesta que Baba pudiera dar, si daba alguna, sería enteramente inescrutable.

"Así es que yo no sabía lo que debía esperar para el 5 de mayo", me dijo Ramachandran, "pero pensé que era mejor preparar todo para la ceremonia, y no decir nada a nadie acerca de la posibilidad de que viniera Baba".

Un problema era, dijo, que no tenía suficiente dinero en efectivo para la ceremonia. Pero al ir a su banco para ver lo que podía hacerse, encontró para sorpresa suya que había aparecido misteriosamente en su cuenta una suma de 468 rupias a su favor. No pudo investigar el origen de la misma y de hecho nunca lo logró; pero fue de una gran ayuda para él. Decidió invitar solamente a sus familiares y amigos más íntimos, lo que significaría suministrar almuerzo para más o menos cincuenta personas.

Algunos días antes de la función, sus amigos, y hasta extraños empezaron a preguntarle si era cierto que Sai Baba iba a venir a su casa. "Lo más que podía hacer", me dijo, "era darles una respuesta evasiva y tratar de desviarlos".

Sin embargo, la mañana del 5 de mayo la gente empezó a llegar temprano para tomar posiciones en el gran jardín de Ramachandran. En el curso de la mañana, la multitud creció hasta el punto de que se podía contar casi mil personas sentadas en perfectas filas esperando la llegada de Sai Baba. Todos parecían muy seguros de que El vendría; las únicas dudas eran relacionadas con cómo iba a llegar y de dónde. Hubo mucha discusión acerca de estos puntos.

Dentro de la casa, Ramachandran y su esposa estaban muy atareados y rezaban mucho para que todo estuviera en orden cuando viniera Swami. Había flores y decorados y todo lo necesario para la ceremonia. En un estrado colocaron su mejor sillón, y lo cubrieron con una tela de satín y colocaron flores en los brazos. Este era el sitio de honor para Swami. Las agujas del reloj corrían, las sombras en el jardín se acortaron, pero no había señales de la llegada del gurú.

Más o menos a las once de la mañana Ramachandran entró en su sala de *puja*, rezó una oración especial pidiendo consejo y luego dirigió la ceremonia del cordón él mismo. Inmediatamente después vio a un muchacho de más o menos ocho años, totalmente extraño, entre las personas que estaban en la casa. El muchacho parecía conocer a la señora Ramachandran, pues se dirigió a ella y, diciendo que era huérfano, le pidió comida. Esta le dio comida pero se sorprendió de verlo comer tan sólo unos pocos bocados y marcharse.

Cuando lo buscó de nuevo, había desaparecido. Nadie lo vio irse pero no lo pudieron encontrar. Era como si hubiera desaparecido en el aire. ¿Y quién era, de todos modos? No pertenecía al vecindario, y ninguno de sus amigos lo había visto antes.

Poco después, se observó que había una huella en la cubierta de satín de la silla de Baba como si alguien hubiera estado sentado allí. Además, las flores de uno de los brazos estaban aplastadas como si una mano hubiera descansado en ellas. Pero nadie hubiera podido sentarse en esa silla, dada su prominente posición en el estrado sin que se le viera. Además, nadie en la casa hubiera tenido la osadía de sentarse en la silla colocada allí, como todos sabían, para el gran santo. Los seguidores indios de Sai Baba, con sus fuertes sentidos de veneración y devoción, no soñarían nunca en hacer tal cosa, aun cuando lo hubieran podido hacer sin ser observados.

De todos modos creció la convicción de que Sai Baba mismo había estado presente en su cuerpo astral o sutil y había dejado estas marcas a propósito para que supieran de su visita. Esta convicción se vio reforzada en la mente de Ramachandran cuando su hijo mayor, Raja, le confesó algo.

Como parte de la ceremonia del cordón el muchacho recibe un mantra de la persona que realiza el ritual, mientras ambos se arrodillan debajo de una tela que les cubre la cabeza. En este caso, desde luego, había sido el padre, Ramachandran, quien había dado el mantra, pero Raja dijo que él había visto, mientras estaba debajo de la tela, no la cara de su padre sino la de Sai Baba, que conocía muy bien por las fotografías. Desde luego

que algo había impresionado grandemente a Raja, pues después de ese día, dijo su padre, el carácter del muchacho cambió completamente. Ya no perdía su tiempo en frivolidades, como pasearse por los "shoppings", sino que se concentraba plenamente en sus estudios.

Después de la ceremonia vino el almuerzo. Pero se había difundido la errónea impresión de que todos los presentes recibirían comida. Empezaron a venir desde el jardín en grupos, pasando delante de la silla para ver las huellas milagrosas en el satín y las flores, y tomando luego sus lugares en el piso del comedor.

El señor y la señora Ramachandran tenían alguna comida extra para caso de emergencia. Aunque habían planificado para cincuenta "tenían probablemente lo suficiente para cien", me dijo. Así es que decidieron continuar dando comida a la multitud hasta que ésta se acabara. Pero, increíblemente, no se acabó sino hasta que todos y cada uno hubieron comido a saciedad.

"No le dimos comida a diez mil, como Cristo", dijo el señor Ramachandran, "pero debe haber habido por lo menos mil; así es que la comida fue multiplicada diez veces. Sin duda ese fue uno de los milagros de Sai Baba".

Aun después de terminado el almuerzo, no hubo descanso para la familia Ramachandran. Los que se iban hablaban a sus amigos de las impresiones de la silla, y entonces otros venían a ver e inclinarse ante las señales de la invisible presencia. Continuaron llegando durante toda la tarde y la noche hasta las tres de la madrugada del día siguiente.

Muchos de los seguidores más devotos de Baba han experimentado señales de su sutil presencia, huellas en la ceniza esparcida en el piso, una visión de su forma y otras manifestaciones de esta índole. Yo mismo vi, una noche durante un *puja* en la casa del señor Bhat en Bangalore, en un cojín colocado en el piso delante de una silla vacía que siempre se deja allí como símbolo de la presencia de Baba, aparecer dos señales como huellas de pies.

Pero muchos otros devotos también cuentan incidentes en

los cuales Baba vino a ellos en una forma física diferente de la suya, quizás un mendigo, un monje renunciante, un virtuoso, un obrero, o un animal pequeño. Frecuentemente los que lo ven no tienen idea de que es Baba hasta tener más tarde una señal o que Baba en su siguiente visita mencione el incidente, particularmente si no han tratado bien a la persona o al animal. El señor Ramachandran se inclina por pensar que el huerfanito que apareció, pidió comida, comió unos bocados y desapareció, era una de esas manifestaciones en "otra forma" que hace Sai Baba, aunque éste no dijera nada de ello.

Los eventos descriptos y otros eventos inescrutables han acercado mucho al señor Ramachandran a Sai Baba, y él ha recibido mucho de El, tal como Swami se lo prometió en la primera visita. Por un lado una úlcera estomacal que había resistido a todo tratamiento médico desapareció poco después de aquella primera entrevista. En una reunión posterior Baba materializó un *japamala* (rosario) para él, "agarrándolo del aire a la altura de su hombro", como lo describió Ramachandran, de la misma manera como yo he visto a Baba tomar varios objetos grandes de, quizás, la cuarta dimensión. Para la fecha en que Ramachandran me contaba su historia en Prashanti Nilayam se sentía extremadamente feliz por que Swami le daba instrucciones personales para el uso del *japamala* y lo guiaba en sus ejercicios espirituales. De hecho, Sai Baba había producido un cambio completo en el tenor, en el enfoque y en el significado de la vida de este hombre, al igual que lo ha hecho con tantos otros.

La historia de Ramachandran no es única. Otros devotos han tenido extrañas experiencias similares. Muchos, en momentos importantes o de crisis, han sentido la presencia de Baba, lo han vislumbrado, o han encontrado señales de una visita invisible. He contado aquí la historia particular de Ramachandran (que en realidad es sólo una parte de sus numerosas experiencias con Sai Baba) por el hecho de que siendo un científico práctico con una posición oficial responsable en el mundo él puede aportar mucho peso a sus pruebas para la mente del escéptico.

La señorita Leela Mudalia es profesora de botánica en el

Queen Mary College, en la Universidad de Madrás, pero en sus horas libres actúa como sacerdotiza en un pequeño templo en Guindy, donde vive, en las afueras de Madrás. En 1943, cuando Leela tenía catorce años, no existía ese pequeño templo y los eventos que llevaron a su construcción y al dedicado servicio de esa joven científica, son todo lo inexplicables que uno se pueda imaginar.

El primer evento extraño fue una profecía hecha hacía cuarenta años, de que el templo sería construido donde está ahora.

En 1904, un *siddhipurusha* (santo con algunos poderes milagrosos) errante le pidió permiso al abuelo de Leela para construir una tumba para sí mismo en una parcela de terreno propiedad del abuelo en Guindy. Este dio su permiso y el santo profetizó que a la derecha de su tumba habría un templo dedicado a un gran santo, y a la izquierda habría una propiedad industrial.

Se decía que el santo tenía ciento veinticinco años de edad cuando descendió a la tumba, entró en *mahasamadhi* (dejó permanentemente el cuerpo) y fue enterrado. Su profecía había sido escrita en hojas de palma y vista por mucha gente, inclusive el padre de Leela, el señor M.J. Logananda Mudalia. En esa época, al comienzo de este siglo, el terreno de la tumba estaba rodeado de tierras abiertas. Hoy el pequeño templo está cerca, a la derecha de la tumba, y a su izquierda, hay una propiedad industrial, tal como el profeta lo predijo hace medio siglo.

Pero antes de que se cumpliera la profecía, habrían de ocurrir tenebrosos eventos en esta parcela de tierra. A comienzos de los años 1940, un swami de Gujarat construyó una choza de paja y se instaló cerca de la tumba del santo. Pero este swami era del camino de la siniestra. Pronto empezó a ser conocido en el distrito como mago negro que había desbaratado familias y arruinado las vidas de varias personas a través de sus poderes de brujería.

Logananda Mudalia, entonces dueño del terreno, le ordenó al mago negro de Gujarat que se fuera, pero éste rehusó categóricamente hacerlo. Así ocurrió varias veces, y finalmente

en 1943, Mudalia buscó a un alguacil y lo llevó a su terreno en Guindy. El brujo no estaba en la casa, por lo que en su ausencia demolieron la choza de paja. Precisamente cuando terminaban la demolición, volvió el mago.

Su rabia fue tremenda. Echó pestes y gritó. Finalmente puso una maldición de locura sobre Logananda Mudalia. Mirándolo con sus ojos ardientes, dijo: "A partir de mañana usted será un lunático rabioso".

Logananda Mudalia no se preocupó; se creía inmune a tales poderes negros. Ni siquiera mencionó el incidente a su esposa o a su hija Leela. Pero al día siguiente mismo, la locura se apoderó de él.

"Estaba completamente loco y violento", dijo Leela. "Llamamos al Superintendente del Hospital Mental de Madrás, quien dijo que mi padre debía ser hospitalizado".

Pero evidentemente la esposa de Logananda estaba en contra de esto; decidió guardarlo en casa por un día más, esperando y rogando porque mejorara, aunque tenía grandes dificultades en sostenerlo durante sus accesos de violencia.

La locura lo atacó un viernes; estuvo violentamente insano durante dos días, y luego durante la noche del sábado o el domingo por la mañana temprano, tuvo un sueño o una visión. En ésta un joven Swami se le apareció y le dio una vasija que contenía agua y hojas de tulsi (planta con propiedades curativas), diciéndole que bebiera y que se curaría. Esto fue lo que hizo Logananda Mudalia, y el joven Swami desapareció.

Cuando Logananda se despertó a la mañana siguiente la locura había desaparecido. Contó a su esposa y a su hija la visión, describiendo al Swami como "un joven vestido con una túnica roja, con espeso cabello parado en forma circular, como el cabello de una mujer".

En el momento de este suceso Sathya Sai Baba, entonces un hombre joven, estaba de visita en la casa de un devoto en Madrás. Antes del almuerzo, el domingo siguiente al sueño de Logananda Mudalia, llevaban a Baba en automóvil a la casa de otro devoto. En el camino, dirigió el rodado de manera que pasara cerca de la casa de Mudalia. Cuando llegaron a la casa,

le pidió a sus devotos que lo esperaran ya que tenía que ver a alguien adentro. Logananda todavía estaba descansando en su cuarto después de su tremenda enfermedad mental, y el joven visitante de túnica roja fue llevado hasta él por Leela y su madre.

Tan pronto como el joven entró, Logananda lo reconoció como el hombre que lo había curado en su sueño. Sai Baba confirmó esto con sus primeras palabras: "Vine a visitarte anoche y te di agua de tulsi. Quiero asegurarme de que no queda rastro de la locura".

Con un gesto de su mano produjo un talismán protector para que Logananda lo llevara alrededor de su cuello. Este último trató de prosternarse ante el asombroso joven Swami, pero encontró que su rodilla se le había desencajado. Baba, práctico a la vez que milagroso, aferró hacia sí fuertemente el pie de Logananda y la rótula volvió a su sitio.

"¡Tú eres Dios!", declaró Mudalia, arrodillándose. Tomó a Baba por los tobillos y trató de levantarlo del piso. Baba se rió y lo hizo desistir, dándole afectuosas palmadas en la espalda.

Luego, llamando aparte a la esposa, Baba le dijo que fueran a su terreno en Guindy y buscaran algunos pedazos rotos de cerámica en la superficie. Debían excavar debajo de éstos, y ahí encontrarían los cuerpos de una cabra y una gallina. Estos cadáveres debían sacarse ya que estaban conectados con los ritos de brujería que habían traído la locura. Luego Baba produjo un limón agrio y le dijo que lo pusiera debajo de la almohada de su esposo sin que él lo supiera. Finalmente, con otro movimiento de su mano, el joven visitante produjo *vibhuti*, y le dio un poco a cada persona de la familia. Saliendo, le dijo a Logananda Mudalia que debía ir a Puttaparti tan pronto como fuera posible.

Ese día Leela y su madre fueron al terreno de Guindy, donde encontraron y sacaron los animales muertos tal como les había instruido. Al día siguiente Logananda salió para Puttaparti. Allí le ocurrieron muchas cosas extrañas y maravillosas y regresó más que nunca convencido de que Sai Baba era una encarnación de la divinidad.

Decidió construir una casa para Baba en su terreno de Guindy. Pero antes de que pudiera progresar mucho, la forma de Shirdi Baba se le apareció en sueños y le ordenó levantar, en lugar de la casa, un templo a Sai Baba e instalar en él una estatua del cuerpo del Sai de Shirdi. Al día siguiente del sueño le llegó una carta de Sathya Sai Baba dándole exactamente las mismas instrucciones que en el sueño.

Así fue como se construyó el templo para lo cual Logananda vendió tres casas, con el objeto de conseguir el dinero. Mientras tanto un escultor en Madrás tenía repetidos sueños en los cuales se le decía que había trabajo para él en Guindy; que debía ir a la estación de ferrocarril de Guindy. Los sueños impresionaron al escultor de tal manera que finalmente tomó el tren y bajó en la estación de Guindy. Allí lo abordó un hombre que conocía su nombre y le dijo: "Haga el favor de venir conmigo".

Perplejo, el escultor lo siguió. El extraño lo llevó al sitio donde se estaba construyendo el templo, y lo presentó a Logananda Mudalia como el artista que había venido a hacer la estatua de Shirdi Baba. Luego el extraño se fue, y ni el escultor ni Mudalia lo volvieron a ver.

El resultado del incidente fue que el escultor convino en hacer la estatua. Nunca había visto al viejo santo en su vida y solamente tenía un retrato para guiarse en el trabajo. Pero, extrañamente, no tuvo ninguna dificultad; alguna sutil e inteligente fuerza parecía estar guiando su mente y su mano.

La figura, en granito negro, muestra a Shirdi Baba sentado en su posición característica, con la pierna derecha descansando horizontalmente sobre la rodilla izquierda. Lo mismo que el Moisés de Miguel Angel en una iglesia de Roma, me dio, personalmente, la impresión inmediata de que estaba vivo.

El día en que Sathya Sai la instaló en el templo con los debidos ritos y ceremonias, los centenares de personas presentes pensaron que de verdad la figura había cobrado vida. Se levitó, dicen, a más o menos un metro encima de su pedestal, quedó suspendida en el aire durante unos segundos, y luego bajó nuevamente hasta su posición.

Al terminarse la construcción en 1947, Logananda dejó su

casa y se alojó en el templo para cuidarlo y llevar a cabo los *pujas*. Después de su muerte, Leela tomó su lugar, viviendo en la casa cercana de su hermano, pero durmiendo y pasando la mayoría de su tiempo en el templo mismo.

Un domingo por la mañana, mi esposa y yo fuimos en bicicleta desde la Sociedad Teosófica en Adyar a visitar a Leela en Guindy, a más o menos tres kilómetros. Primero nos mostró los jardines. Vimos la tumba del profeta y las del padre y de la madre de Leela. Luego entramos al pequeño templo. Sentí una poderosa atmósfera, una sensación de "ser aspirado hacia arriba", igual a la que he experimentado en ciertos otros lugares de la tierra: en Lourdes, en la catedral de Chartres, y en Fátima en Portugal, por ejemplo. Es una fuerte sensación como si se sintiera el suave y beneficioso roce de las alas de otros mundos invisibles. Y aquí sucedió un incidente que sirve para confirmar esta impresión.

Había dos floreros delante de la estatua de Shirdi Baba cuando Leela nos llevó a ella, acompañados de otra visitante, una vieja amiga nuestra de Puttaparti, de nombre Balbir Kaur, la Kanwarani de Ladhran en el Punjab. Leela regaló una flor del florero a cada una de las damas como prueba de las bendiciones de Sai Baba.

Poco después fuimos al otro lado del templo. Las damas se sentaron en una estera en el piso para hablar. Leela amablemente me había dado una silla, pero ésta estaba demasiado lejos para que yo pudiera participar en la conversación. Así es que la traje por el piso de baldosas hasta pocos centímetros de la estera.

Después de más o menos diez minutos de conversación, Balbir señaló a mis pies y, en tono de sorpresa dijo: "¡Miren! ¡Vean lo que ha venido!" Mis pies estaban un poco separados y entre ellos en las baldosas pulidas había una linda flor de color anaranjado. Estaba seguro de que esta flor no estaba allí cuando me senté pues había notado especialmente las sencillas baldosas al colocar mi silla en su posición. El piso estaba completamente desnudo. Además, la flor no podía haber sido dejada por ningún otro visitante, ya que nadie se había acercado a

nuestro grupo.

"Estas flores no se consiguen en ninguna parte en este distrito", comentó Leela, la botánica, después de examinarla.

Un joven, que también ayuda en el templo, atraído por nuestra animada conversación, se acercó a nuestra esquina. Cuando se enteró de lo sucedido, le dijo a Leela: "Sí, yo la vi dar una flor a cada una de las damas y no al señor. Ahora ha llegado una para él a través del poder de Sai Baba. ¡Qué maravilloso gesto de gracia!" Leela, que ha visto muchos milagros en el templo, asintió sin sorprenderse. Nosotros, los tres visitantes, estábamos llenos de una extraña dicha, como si acabáramos de ver a Baba mismo.

Los poderes de otros mundos parecen tener fácil acceso a este pequeño y hermoso santuario, con su rara pureza, libre de toda mancha de comercialización o explotación por el clericalismo.

CAPÍTULO XII: MAS CURAS MILAGROSAS

Luz y vida para todos trae Aquél que ha nacido con el poder de curación en sus alas.

CHARLES WESLEY

¿Quién podrá conocer el número de las curas milagrosas que Sai Baba ha realizado? No hay cuerpos oficiales organizados para investigar y compilar estadísticas como las que hay, por ejemplo, en relación con los milagros de Lourdes. Pero uno se va enterando constantemente de las curas de Sai Baba a medida que se mueve entre sus devotos. Están ocurriendo desde hace años y siguen ocurriendo. Los medios y métodos que Baba usa son muchos y variados, desde la ceniza sagrada hasta instrumentos quirúrgicos que materializa al instante. Pero cualquiera que sea su método, el elemento maravilloso, inexplicable por medio de la medicina, está siempre allí.

En la mayoría de los casos siguientes he entrevistado a los ex-pacientes mismos, y a personas cercanas a ellos. Los otros casos fueron investigados por médicos y varios testigos responsables y reportados a mí o en la revista mensual que se publica en Prashanti Nilayam.

El señor T.N. Natarajan vive en Ernakulam, Kerala y es muy activo en el movimiento de Sai Baba en esa área. Su negocio es el de propietario de taxis, pero sería difícil encontrar a nadie que se parezca menos al típico taxista. Como tantos devotos de Baba, es gentil y resplandece de amor fraternal. Tuve largas

conversaciones con él en Prashanti Nilayam acerca de muchas cosas, inclusive su milagrosa cura por Baba.

Me contó que en 1957 había perdido la vista del ojo derecho. Primero fue a ver a su médico familiar que lo envío a un especialista de ojos en Bangalore. En esa ciudad consultó a dos especialistas (cuyos nombres me dio) pero ambos le dijeron que no había esperanza de restaurar la vista en el ojo ciego. No sólo esto, sino que probablemente con el tiempo sería afectado el otro ojo, y que perdería la vista totalmente. Era un veredicto cruel y deprimente.

Pero ese mismo día apareció la esperanza. El señor Natarajan visitó a un primo suyo, vio la foto de un hombre en túnica roja con una cabellera negra circular y preguntó quién era. El primo era devoto de Sai Baba, y el resultado fue que el señor Natarajan llegó a Madrás para ver a Baba que estaba hospedado allí en la casa del señor Hanumantha Rao.

En la primera entrevista, el señor Natarajan quiso darle la carta que había traído de su primo el devoto, pero Baba rehusó tomarla, diciendo: "No te preocupes, ya sé todo acerca de tu caso. Te curaré, pero debes venir a Puttaparti por quince días".

Regresó a Ernakulam, hizo todos los arreglos necesarios y se fue directamente a Puttaparti. Allí le dijeron que viniera a ver a Baba todas las mañanas con una pequeña guirnalda de flores de jazmín. Baba la bendecía en cada ocasión y luego la amarraba firmemente a los ojos del paciente. Así se quedaba durante todo el día y la noche. A la mañana siguiente Baba la quitaba y colocaba la nueva guirnalda de jazmín. Esto duró más o menos diez días.

Luego, una noche, después de los *bhajans*, Baba llamó al señor Natarajan a una habitación, hizo girar su mano y materializó una pequeña botella. De ésta vertió unas cuantas gotas de líquido en el ojo enfermo. El líquido ardió e irritó el ojo, pero Baba lo tranquilizó diciéndole: "No te preocupes, ya pronto estarás curado". Al día siguiente Baba de nuevo lo mandó llamar y esta vez materializó lo que los hindúes llaman un rudraksha, una especie de talismán hecho con las bayas de un árbol que crece en los Himalayas y que se usa para protección y otros

beneficios. Baba se lo entregó dándole las instrucciones para su empleo.

Pocos días más tarde el señor Natarajan regresó a Ernakulam. La vista de su ojo enfermo estaba mucho mejor y siguió mejorando. Tres meses después estaba completamente normal y no ha tenido ninguna molestia en los diez años transcurridos desde entonces.

He aquí dos curas más que Baba realizó.

Un ejemplo de su poder para exorcisar espíritus malos y curar la locura me fue dado por Lilli Krishnan. Me contó que hace algunos años vino al ashram una mujer poseída por un espíritu malo o demonio. La mujer tenía una mirada de enajenada, solía gritar, arrancarse el cabello, conducirse de manera violenta y comer toda clase de basuras e inmundicias. Baba, por algún medio conocido por El solo, ahuyentó al demonio. "Después de su tratamiento no hubo más señales de locura o violencia", dijo Lilli.

"La mujer se volvió gentil, suave y dulce".

El doctor D.S. Chander, un cirujano dental de Bangalore, quien es devoto desde hace más de veinte años, me dijo que en 1958 estaba sufriendo terribles dolores causados por una piedra en la vesícula biliar. Su médico le dijo que era necesario hacerle una operación quirúrgica. El doctor Chander fue a ver a Baba quien dijo jocosamente: "Ustedes los cirujanos no piensan en otra cosa sino en cuchillos y tenedores". Luego sacó algún *vibhuti* del aire y se lo dio al dentista, diciéndole que tomara un poquito, disuelto en agua, cada día. En poco tiempo el dolor desapareció, y no fue necesaria operación alguna. En los diez años posteriores, no ha habido repetición del problema vesicular.

A pesar de la broma de Baba acerca de los cirujanos y su amor por los cuchillos, El mismo en varias ocasiones, cuando ha decidido que debían sacarse unas amígdalas o un tumor u otra cosa, ha realizado operaciones quirúrgicas. Para este fin siempre materializa los instrumentos quirúrgicos que requiere con un gesto de su mano. Después los hace desaparecer. Muchos ciudadanos importantes de la India han presenciado tales

eventos.

Pero no obstante la ocasional cirugía y la producción fenoménica de varios tipos de medicinas, el instrumento más universal de curación de Baba es su ilimitada provisión de ceniza sagrada.

Por este maravilloso medio fluye el poder de curar muchas clases de enfermedades, y también actúa como un increíble tratamiento de primeros auxilios en casos de accidentes.

Un notable caso[1] que involucraba el uso de *vibhuti* a distancia se refiere a un muchacho de catorce años de nombre Siva Kumar que sufría del corazón. En noviembre de 1964, cuando Siva Kumar estaba con su tío el doctor M.D.V. Raman, en Bombay, se le desarrolló una meningitis cerebroespinal, con parálisis parcial del lado izquierdo, y pérdida de la vista y del habla a la vez. El 30 de noviembre perdió el conocimiento, y a las 11,45 de esa mañana empezó la cianosis y el muchacho se puso azul.

Los médicos le daban pocas horas de vida.

Pero al mediodía pareció hacer señas de que él deseaba algo. Las personas presentes interpretaron sus señales como diciendo que él quería un baño y un poco del *vibhuti* que un amigo había traído de Puttaparti esa mañana. Hicieron lo que él quería, bañándolo y aplicándole la ceniza sagrada. Luego hizo señas de que quería una fotografía de Sai Baba. Se la trajeron, y la colocaron frente a él. Luego Siva se frotó la pierna y el brazo izquierdo paralizados, con su mano derecha buena.

De repente saltó de la cama y empezó a caminar, aunque vacilando y con ayuda, hacia la sala de ceremonia de la familia.

Allí se sentó cerca del altar y pareció entrar en un estado de meditación. Esto duró aproximadamente dos horas, luego Siva salió del cuarto de ceremonia sin ayuda, miró a su alrededor,

[1] Esta historia ha sido publicada por primera vez en la revista Sanathana Sarathi ("El Eterno Conductor") y verificada por el editor, el señor N. Kasturi, M.A., B.I., últimamente del Departamento de Historia, y ex-director de una escuela en la Universidad de Mysore.

caminó hacia una silla y se sentó en ella.

Evidentemente su vista había vuelto; luego habló. Dijo a los presentes que Sai Baba se le había aparecido en una visión diciendo que le salvaría la vida. Siva le rogó que se le devolvieran la vista y el habla y Baba accedió al ruego, indicándole lo que debía hacer.

Después, pronto Siva pudo regresar a la escuela y a los estudios que tanto amaba. Cuando me reportaron estos hechos, más de un año después de la cura milagrosa, Siva seguía en el mejor estado de salud.

En Prashanti Nilayam en 1967 conocí al señor Russi C. Patel, un parsi[2] de Bombay, y a su esposa. Por ellos me enteré de la historia de su pequeña hija Ketu.

A la edad de dos años y medio, Ketu no podía hablar, ni caminar, ni siquiera estar de pie. Había recibido varias clases de tratamientos médicos, inclusive drogas modernas, y fisioterapia.

Pero nada parecía tener efecto alguno. La fuente del problema era un misterio. Algunos pensaron que era retardo mental, otros que era un problema nervioso muy arraigado y desconocido.

Así estaban las cosas en febrero de 1965 cuando el señor Patel decidió ir a Puttaparti a ver a Sai Baba. Su esposa, que era *parsi* muy ortodoxa, no estaba a favor de la idea, considerándola una pérdida de tiempo y dinero.

El festival de Shivaratri se hallaba en pleno desarrollo y había grandes multitudes cuando el señor Patel llegó al ashram. Aunque la gente le urgía a que solicitara una entrevista, no se atrevía a hacerlo, especialmente porque sentía que Baba, sin que se lo dijeran, sabía todo acerca de su problema y por qué había venido.

Varias veces escribió una nota, y tuvo la intención de dársela a Baba cuando éste pasaba por las filas cerca de él, pero cuando

[2] Del persa. Persas establecidos en la India, seguidores de la religión zoroástrica.

veía a la pequeña figura con el luminoso rostro, lleno de luz de la comprensión, decidía que no era necesario y rompía la carta.

"Cuando Baba quiera verme, me llamará", decía Patel a sus amigos.

Pero los días pasaban y no lo llamaba. Filas de gente entraban a ver al gran santo, pero no Patel. Una mañana, algunos días después de la producción del *lingam*, se anunció que no iba a haber más entrevistas personales. Pero Baba salió al balcón y dio su bendición a todos los devotos visitantes reunidos allí antes de que salieran para sus hogares. Entonces, el señor Patel sintió la inmensa compasión que derramaba sobre la multitud y sobre su propio corazón.

En el tren, en el viaje de regreso al hogar, sin embargo, su fe y su espíritu cayeron a un nivel muy bajo. Pensó en los días que había pasado allí y las oportunidades de hablar con Baba que había perdido. Pensó en su pobre hijita todavía incapaz de pararse o decir una palabra. Imaginó los reproches de su esposa por el tiempo y el dinero que había gastado. Llegó a la puerta de su casa realmente deprimido.

Al abrir la puerta, lo primero que vio fue a la pequeña Ketu, que cuando él se había ido no podía ni pararse, y ahora estaba caminando por el corredor para ir a su encuentro y llamándole "¡Papá, Papá!". La levantó y la abrazó; luego abrazó a su esposa, mientras ambos lloraban de felicidad por el milagro que, de algún modo, había ocurrido.

Al verificar los hechos con su esposa el señor Patel descubrió que Ketu había empezado a caminar por primera vez el día antes de su llegada a la casa, justamente después de que Sai Baba diera su bendición, desde el balcón, a los devotos reunidos. Algún tiempo después el señor Patel llevó a su esposa y a su hija a ver a Baba cuando éste vino de visita a Bombay. Entre los muchos miles que se reúnen a su alrededor en esa metrópoli, Sai Baba los vio, y, para usar las palabras del señor Patel, "saludó a la niña como si fuera una vieja amiga que regresara después de una larga ausencia". La sentó en su rodilla, materializó un poco de *vibhuti*, y lo puso en su boca. Después de eso, su habla mejoró grandemente y empezó a usar palabras más largas.

La siguiente historia se refiere a la amiga que compartió nuestra experiencia en el templo de Guindy, Balbir Kaur, la Kanwarani de Ladhran y nieta del Raja Gurdith Singh, Retgariha de Patiala. Esta sikh de oscuros ojos y dulce habla, parecía tener cuarenta años más o menos cuando la conocí en 1967 como miembro del grupo que acompañaba a Baba en los Montes Horsley, Ahí nos contó a mi esposa y a mí la conmovedora historia de la "imposible" cura que le había traído a los pies de Sathya Sai Baba. El caso fue confirmado por su hija, la Maharani de Jind.

En abril de 1966, Balbir Kaur sufrió una operación de un tumor interno y los análisis demostraron que era cáncer maligno.

A ella no se le dijo nada de esto, pero el informe le fue dado a su hija que la llevó a un especialista en Bombay. En julio, Balbir tuvo una fuerte hemorragia y la llevaron de su casa en el Punjab hasta Bombay donde ingresó en el Tata Memorial Hospital. La hemorragia había sido causada por el crecimiento de un cáncer que, dijo la Maharani de Jind, "había llegado al tamaño de una horrible rosa, habiéndose desarrollado rápidamente el cáncer madre al ser liberado por la operación".

Continúa la Maharani: "Los médicos rehusaron tocarla de nuevo, diciendo que su caso era desesperado y que no había ninguna posibilidad de que saliera viva de una operación. El sarcoma es el cáncer más fuerte y de mayor crecimiento, siendo su operación la más agresiva y dolorosa. Sin embargo, después de muchos ruegos y muchas lágrimas de mi parte, los médicos accedieron a operarla".

Así es que el 2 de agosto, Balbir Kaur sufrió su segunda operación en poco más de tres meses. Estuvo en la mesa de operaciones durante más de cuatro horas. Pero a pesar de los temores de los médicos sobrevivió, recobrando una tenue conciencia para encontrarse con seis tubos de drenaje en el cuerpo. Conectadas a los tubos tenía máquinas de succión que sacaban continuamente los fluidos indeseables. "Con su terrible tictic", como lo describe su hija, "parecían estar chupando también el resto de vida del frágil cuerpo de mi madre".

Veintiún días después de la operación, los tubos de drenajes

todavía estaban colocados. “El cáncer que crecía rápidamente y la podredumbre en el proceso de curación, además de algunas fallas de cirugía, aparentemente causaban las muchas fugas en el cuerpo. Si se cerraba una, otra se abría en otro lugar”, me dijo la Maharani. Balbir se debilitó tanto que parecía estar al borde mismo de la muerte. Se le dio solución de glucosa y se le hizo una transfusión de sangre. Pero entonces ocurrió otra pérdida de sangre por uno de los tubos. La radiografía, tomada para determinar su causa, reveló un hueco en el uréter. Los médicos decidieron que era esencial hacer una tercera operación a fin de reparar el hueco en el uréter o se paraba el funcionamiento del riñón izquierdo.

Pero Balbir pensó que no podría soportar otra operación quirúrgica. Su fuerza estaba muy decaída; acababa de toser y su boca estaba tan hinchada por la reacción a los antibióticos que tenía que ser alimentada mediante un tubo nasal. Pasar por otra operación antes de recobrar algo de vitalidad sería su fin, lo sabía.

Por algún afortunado golpe del destino, precisamente antes de venir a Bombay para la operación de cáncer, uno de sus familiares le había dado una fotografía de Sathya Sai Baba y el libro de su vida escrito por N. Kasturi. El retrato la había conmovido profundamente, y a medida que leía el libro su fe en Sai Baba se fortalecía.

En el hospital de Bombay había llegado a una bifurcación en el camino y ambos caminos parecían bastante desesperados. No podía continuar viviendo en condiciones de desahuciada, pero por el otro lado sus oportunidades de sobrevivir a la operación necesaria para mejorarla parecían muy pocas realmente. Su vida, pensó, pendía de un hilo muy delgado. Sólo un milagro podía salvarla. Un poco antes había empezado a rezarle al nuevo y divino hombre de los poderes milagrosos, Sai Baba. Ahora sus oraciones se hicieron más fervientes y las continuó sin cesar mientras estaba en la mesa de examen y de radiografía en preparación para la tercera operación, planeada para el día siguiente. Pero antes de que bajara de la mesa de rayos X, a eso de las 4 de la tarde, el drenaje del uréter pareció detenerse.

Se pensó que esto era solamente temporal y no se cambiaron los planes para la operación.

Esa noche le rezó con toda su alma a Baba, pidiéndole que la curara y la salvara de la operación a la cual sabía que no sobreviviría. El drene siguió seco durante la noche. Al día siguiente no había más drenaje y los médicos decidieron que el hueco en el uréter debía haberse curado por algún medio milagroso.

"Sabían que había estado rezándole a Sai Baba", me dijo, "y tuvieron que admitir que había ocurrido un milagro. En lugar de operarme ese día, mandé sacar los drenes y emprendí el camino de la recuperación, gracias a Baba".

Así es que el cáncer había sido eliminado, las rupturas y fallas y drenes en su interior se habían curado, y Balbir Kaur muy pronto recobró suficiente fuerza para dejar el hospital e irse a casa. Su único deseo era ir a Puttaparti para ver en persona al gran santo que le había salvado la vida. Pero los que la rodeaban trataron de disuadirla, diciéndole que la vida en el ashram sería demasiado incómoda para ella.

De nuevo se dirigió a Sai Baba por la oración. "Dime, qué debo hacer", rogó. En un sueño lo vio parado en el balcón de Prashanti Nilayam, adonde nunca había ido en su vida. Sus palabras para ella fueron distintivas y claras: "Ven a Puttaparti".

Cuando llegó allí vio el edificio y el balcón de su sueño. Baba la vio y la llamó a una habitación a solas. No había dado su nombre a nadie en el ashram. Pero El la conoció inmediatamente y le contó todo lo de las operaciones, de su cercanía a la muerte, y de su cura.

Ahora se ha establecido permanentemente en Prashanti Nilayam donde Sai Baba, con su inimitable manera, le está enseñando las lecciones espirituales que debe aprender, a fin de dirigir su vida —la vida que tiene por su gracia— hacia las metas correctas. El milagro de Balbir Kaur ha sido un medio para revelar a Sai Baba a muchas personas, inclusive a su hija, la Maharani de Jind, que se ha hecho ardiente devota de El.

En un número viejo de la revista del ashram leí una serie de cartas de H.N. Banerji quien era entonces profesor de Fisio-

logía en la Escuela de Medicina de Gwalior en el Norte de la India. Las cartas fueron escritas a Y.V. Narayanayya, un científico que vive en Prashanti Nilayam. Las cartas son acerca de la sobrina del profesor Banerji, la señora Chatterji, de 38 años de edad, madre de siete hijos. El profesor declara que a comienzos de 1965 los médicos sospecharon un cáncer en el pecho izquierdo de la señora Chatterji. Tan pronto como se enteró de esto, la hizo examinar a fondo en Gwalior y luego en el All India Institute of Medical Sciences (Instituto de Ciencias Médicas de la India), en Delhi. Estos exámenes confirmaron el diagnóstico original de cáncer.

En el All India Institute un eminente cirujano, el profesor B.N. Rao, F.R.C.S. (Miembro de la Real Sociedad de Cirujanos) Londres, operó a la señora Chatterji. Luego en la primera carta del profesor Banerji al señor Narayanayya, del 6 de febrero de 1965, desde Gwalior, escribió:

"El informe patológico de los tejidos sacados, muestra un tipo extremadamente virulento de cáncer —carcinoma aplástico— . El doctor Ramalingaswami, famoso patólogo del Instituto, examinó los tejidos. Este tipo de carcinoma es de los más fatales; tendrá apenas ocho meses más o menos de vida". La carta concluye con un ferviente ruego por la intercesión y ayuda de Sathya Sai Baba.

La llamada de ayuda llegó a oídos de Baba. "Produjo" un poco de *vibhuti* y dio instrucciones de que fuera enviado al profesor Banerji.

La segunda carta del profesor fue escrita el 20 de febrero.

Había, dice, recibido los paquetes de *vibhuti* y había corrido a la habitación de su sobrina con ellos. El *vibhuti* había sido usado según las instrucciones, y, "por la gracia de su Santidad, la temperatura que la había estado atormentando durante los últimos diez días, llegando hasta 41 y 42 grados, acompañada de una insoportable sensación de quemazón y una fuerte sensación de estarse hundiendo había desaparecido hoy, y ninguno de los dolorosos síntomas ha vuelto. ¡Qué milagroso es esto nada más!…" Dieciocho días después, el 10 de marzo, escribió en la tercera carta: "Mi sobrina está ahora mucho mejor. Ya su-

peró la anemia, se mueve, y está comiendo con una dieta prácticamente normal. Además, el cobalto 60 que había causado tantos reveses lo absorbe ahora satisfactoriamente. El cáncer es muy impredecible, según la ciencia médica, pero yo estoy seguro de que ella tendrá una vida muy floreciente, gracias a las bendiciones de Bhagavan Sri Sathya Sai Baba".

La última carta del profesor a su amigo, tal como se publicó en la revista del ashram, tiene fecha del 23 de abril. En ésta dice:

"Mi sobrina está bien, por la gracia de Sai Baba. Tenía que haber sufrido una operación, una ovariectomía, como medida de precaución. Pero los médicos desistieron de la idea, pues la operación ya no se justifica. Estoy muy seguro de que mi sobrina ha sido salvada por la gracia de Bhagavan Sai Baba. La dieron de alta hace un mes, y se fue a Calcuta con su esposo el mismo día.

Ofrezco mi más profundo agradecimiento, etc…" Este caso involucraba un número de destacados médicos y científicos, inclusive el propio hermano de la señora Chatterji, funcionario médico del distrito, y su esposo que es ingeniero eléctrico. Así es que la cura tuvo lugar entre un grupo de personas prácticas que no se podría llamar visionarios indignos de confianza.

Noté, sin embargo, que el profesor Banerji había escrito en febrero de 1965 que la opinión médica le daba a su sobrina "apenas ocho meses más o menos de vida". Para el momento de su carta final, dos meses y medio después, ella "estaba bien".

¿Pero qué pasó luego? Era posible que la recuperación hubiese sido solamente temporal, y que el cáncer se hubiese reproducido, pues, como dijo el profesor, es una enfermedad de las más impredecibles.

Decidí informarme y escribí al señor Narayanayya en Prashanti Nilayam, a quien conozco personalmente. Cuando llegó mi carta, el profesor H.N. Banerji estaba en el ashram de visita.

Luego, en febrero de 1968, recibí una carta del profesor en la que confirma los detalles médicos del caso tal como se publican en la revista, diciendo: "Un día muy crucial recibí un sobre de mi amigo (el señor Narayanayya) que contenía el *vibhuti* da-

do especialmente por Baba a mi amigo… Se produjo la magia. La paciente reaccionó. Está bien. Casi todos los meses va a revisarse con un especialista. Han pasado tres años, y por la gracia de Bhagavan, ella está bien. Médicamente, se había pronunciado la sentencia de muerte y se dieron muy pocas esperanzas. Los milagros sí ocurren, llámelos así, o diga simplemente que no es nada más que la gracia y merced de Sai Baba".

La carta vino de Patna, pues, inmediatamente después de la milagrosa recuperación de su sobrina, se retiró de su puesto de profesor en la Escuela de Medicina de Gwalior y aceptó un nombramiento como Jefe de la División de Bioquímica en el Rajendra Memorial Research Institute for Medical Sciences (Instituto Rajendra de Investigación para las Ciencias Médicas) en Patna.

Puede ser considerado, yo pienso, como un testigo de primera calidad del milagroso poder de Sai Baba transmitido a través de la India en unos paquetitos de *vibhuti*.

El señor P.S. Dikshit de Bombay es productor de películas documentales para el Gobierno de Maharashtra y un conocido ejecutante de cantos de *bhajan*. Supe por primera vez de la notable cura en la cual estuvo involucrado por la Maharani de Kutch y otros devotos de Baba; luego el señor Dikshit mismo me dio los datos.

Su hermana sufría de problemas en el pecho izquierdo, en el que tenía un bulto sospechoso. Los análisis clínicos en el Tata Memorial Hospital, de Bombay, confirmaron la presencia de un cáncer maligno, y los médicos recomendaron que el pecho fuese cercenado de inmediato. El cirujano jefe convino en hacer la operación para pocos días después, el martes siguiente. Luego sus asistentes le recordaron que el martes era día de fiesta, y fijó la operación para el miércoles. Con tan pocos días por delante, el señor Dishit trató de localizar el paradero de Sai Baba a fin de obtener su permiso y protección. Al enterarse de que Baba estaba de visita en Anantapur, en Andhra Pradesh, él y su hermana tomaron un tren para esa ciudad.

Baba estaba en una casa en las afueras de Anantapur y, en tal oportunidad, yo estaba allí en su grupo. El señor Dikshit y su

hermana llegaron a la casa temprano una mañana y esperaron en la veranda rodeada de cristal a que Baba terminara su baño.

Aunque nadie le había informado de su llegada o de la razón de su visita, cuando Baba salió le dijo a Dikshit: "Yo sé; es cáncer lo que tu hermana tiene en el pecho izquierdo. La operación iba a ser fijada para el martes, antes de que la cambiaran para el miércoles. En realidad tendrá lugar el jueves. Estaré allí y todo irá bien. No se preocupen".

Luego Swami produjo algún *vibhuti* en su forma milagrosa acostumbrada, le dio un poco a la paciente para que lo comiera, y frotó el resto en el pecho izquierdo del señor Dikshit, masajeándolo bien hasta que penetrara en la piel, debajo de la camisa.

Finalmente le dio un golpe en el pecho y dijo "¡Ahora váyanse!" y se fueron.

Llegaron de vuelta a Bombay el martes por la mañana, y el señor Dikshit llevó a su hermana para que la admitieran en el hospital el miércoles. La operación estaba fijada, como Baba había predicho, para el día siguiente, el jueves.

El miércoles por la noche, mientras el señor Dikshit estaba sentado en el borde de su cama antes de retirarse, empezó a correr profusamente un líquido como agua de su fosa nasal izquierda. No había ningún dolor, nada más que el flujo del fluido. A los dos minutos había mojado su pijama de tal manera que tuvo que cambiarla. Tanto Dikshit como su esposa estaban perplejos ante este flujo de líquido que empezó de repente y cesó de repente.

No tenía ningún resfrío, y de todos modos, ¿por qué el flujo de una sola fosa nasal, y en tal cantidad? Sin embargo, pronto se olvidaron del episodio pues sus mentes estaban concentradas en la operación de cáncer del día siguiente.

A las 9 de la mañana del día siguiente llevaron al quirófano a la hermana de Dikshit. Después de más o menos media hora uno de los doctores, un patólogo, salió y le dijo a Dikshit: "No podemos encontrar el bulto que se veía claramente en la radiografía.

Sólo hay un líquido que parece agua. Ninguna señal de cán-

cer.

Hemos drenado el líquido, y lo vamos a congelar por 24 horas para hacer una biopsia, a fin de asegurarnos de que todo está bien".

El viernes por la mañana, el señor Dikshit volvió al hospital para conocer los resultados de la biopsia. El mismo patólogo salió a su encuentro y le dijo: "Todo está bien; no hay rastro alguno de cáncer: ¡De algún modo ha desaparecido!" Los médicos en cuestión quedaron muy perplejos ante esta inexplicable desaparición de un cáncer maligno que había mostrado su indudable presencia en todas las pruebas científicas. Pero el señor Dikshit no estaba perplejo; su corazón rebozaba de profunda gratitud hacia el gran doctor de los doctores.

Mientras tanto, el esposo de su hermana había llegado de Delhi a tiempo para la operación. Después de lo que ocurrió fue directamente a Prashanti Nilayam, adonde había regresado Baba, y esperó delante de la Sala de Oraciones para expresar su profundo agradecimiento. Después de un rato Baba apareció en el balcón precisamente encima de él e inmediatamente le dijo con una sonrisa "¡No había nada allí, eh! ¡Sólo agua! Bueno, puedes estar feliz de que tu esposa esté de nuevo completamente bien".

Extraño método éste, y muy raro, de curar a una persona a través de otra. Pero, como la moderna parapsicología está descubriendo, en sus niveles más profundos, la mente y las emociones de los individuos están íntimamente interconectados. Y en el más profundo de los niveles, enseña la filosofía espiritual, no hay ninguna división real entre nosotros, todos somos uno. Aún así, podría preguntarse, ¿por qué adoptó Baba este método poco usual? Como los antiguos devotos a menudo dicen: "¿Quién puede resolver los misterios de Baba? Sólo podemos aceptar los beneficios y agradecerlos".

Pero menos que la cura de un devoto a través de otro es la práctica del gran *Sadgurú* (verdadero Maestro) de curar devotos a través de su propio cuerpo.

Yo había leído que grandes yoguis a veces asumen en su cuerpo las enfermedades y accidentes kármicos que van a caer

sobre alguno de sus seguidores. Hay algunos ejemplos de esto en "La Autobiografía de un Yogui", por Swami Yogananda, "Vida de Sai Baba", por Narasimha Swami, y otras narraciones de los santos milagrosos de la India.

Sathya Sai Baba también ha atraído sobre sí mismo y sufrido los dolores físicos de sus devotos. N. Kasturi dice en su libro sobre la vida de Baba que una vez un médico cerca de Madura le escribió diciéndole que había estado sufriendo dolores y hemorragia en un oído, pero que el problema había desaparecido repentinamente de manera milagrosa. El señor Kasturi dijo que la carta del médico le había llegado "justamente cuando Baba mismo acababa de 'librarse' de un dolor de oído con hemorragia que El había anunciado como habiendo sido 'asumido' de un devoto que estaba sufriendo esa agonía". Kasturi además dice que "Sathya Sai Baba ha asumido y sufrido parotiditis, fiebre tifoidea, dolores de parto y quemaduras de sus devotos". Un asombroso ejemplo de este tipo de fenómeno de compasión me fue descripto por un número de testigos que estaban presentes en el ashram en el momento del evento.

Una noche del 28 de junio de 1963, Baba le pidió al señor Kasturi que anunciara en el ashram que no se otorgarían más entrevistas durante una semana. Ni Kasturi ni nadie entendió ni podía adivinar la razón de ello. Pero pronto se enteraron. El sábado, 29 de junio a las 6,30, Baba de repente perdió el conocimiento. Inicialmente los devotos cercanos a El pensaron que había entrado en trance, como había hecho a menudo en el pasado cuando viajaba en su cuerpo sutil para llevar la ayuda que necesitaba algún devoto en alguna parte. Estos trances, se sabía, a veces duraban unas pocas horas, pero esta vez Swami permaneció inconsciente mucho tiempo más.

Sus devotos empezaron a preocuparse y a solicitar ayuda médica. Además de un médico en el hospital del ashram, fue llamado de Bangalore el doctor Prasannasimba Rao, Subdirector de Servicios Médicos del Estado de Mysore. Escribe, después de describir los síntomas en detalle, "El diagnóstico en diferentes casos de tales condiciones, me indicaron que esto era meningitis tuberculosa, que quizás un tuberculoma, laten-

te desde hacía mucho tiempo…" Cuando el doctor intentó darle el tratamiento que parecía indicado, Baba recobró alguna conciencia, parece, y rechazó las inyecciones y otra ayuda médica. Más tarde dijo que el problema pasaría a los cinco días.

Durante esos cinco días tuvo cuatro fuertes ataques al corazón, se le paralizó el lado izquierdo que quedó tieso, inutilizable, insensible; la vista del ojo izquierdo y el habla también fueron fuertemente afectados.

El jueves 4 de julio, cinco días después del comienzo del ataque, Swami recobró suficiente fuerza y conocimiento para anunciar que el coágulo que tenía en el cerebro había sido disuelto, y que ya no sufriría más ataques al corazón. Sin embargo, el lado izquierdo de su cuerpo permanecía paralizado y su habla continuaba débil y dificultosa. Sus seguidores pensaron que serían necesarios varios meses para que recobrara su salud.

Durante el período de su sufrimiento Baba había indicado a los que lo atendían que un devoto muy lejano iba a ser afectado por un ataque de parálisis y ataque al corazón de tal magnitud que lo habrían matado. Así es que Baba había asumido la enfermedad con todos sus síntomas de parálisis, ataques al corazón, pérdida parcial de la vista, severos dolores físicos, etc. Sus discípulos entendieron y aceptaron su explicación.

Pero se estaba acercando Guru Poornima, un día de festival religioso, y muchos visitantes se estaban congregando en el ashram. Los visitantes se sintieron muy desconcertados y afligidos por lo que oían acerca del estado de Baba. Al no saber la causa, o no creerla, empezaron a dudar. "Si Baba es Dios en forma humana", se decían unos a otros, "¿por qué está también afligido por enfermedades físicas? ¿Por qué no se cura a sí mismo?" En la noche del Día de Guru Poornima, el 6 de julio, vino la escena final. Prácticamente cargado por varios discípulos, Baba bajó por la escalera de caracol, desde su cuarto hasta la sala de oración que estaba llena. Todo el lado izquierdo de su cuerpo estaba paralizado y su habla era un débil balbucear apenas inteligible.

Un médico que estaba presente describe la escena así: "Su

caminar era el caminar característico del hemipléjico, la pierna izquierda paralizada arrastrada en semicírculo, con los dedos barriendo el piso. Al ver a Baba en este estado, aun los más valientes lloraban".

Durante unos minutos Swami se quedó sentado en su silla en el estrado ante la gente reunida, unos cinco mil entre los que estaban dentro y fuera. Silentes, afligidos, profundamente conmovidos estaban todos. Luego Baba hizo un gesto pidiendo agua.

Se le trajo un poco en un vaso, y Raja Reddy se lo sostuvo en los labios torcidos. Baba bebió unas cuantas gotas; luego, mojando la punta de los dedos de la mano derecha en el agua, esparció unas pocas gotas sobre su mano y pierna izquierdas paralizadas.

Después frotó su mano izquierda con su derecha, y luego frotó su pierna tiesa con ambas manos. Los corazones de los observadores saltaron al ver eso, con un vislumbre de esperanza.

El señor T.A. Ramanatha Reddy, el ingeniero gubernamental que conocí en Horsley Hills, estaba en una de las primeras filas y muy cerca de Baba. Dijo: "En un momento la pierna de Baba y todo su lado izquierdo volvieron a la normalidad. Era una visión para dioses el ver su repentina curación, y los devotos presentes experimentaron la grandeza de su poder divino…".

El señor N. Kasturi lo describe de esta manera: "Se levantó y pudimos escuchar su divina voz que nos llamaba como El solía hacer… ¡Había empezado su discurso de Guru Poornima! La gente no creía lo que veía y oía. Pero cuando se dieron cuenta de que Baba estaba de pie delante de ellos, hablándoles, saltaron de felicidad, bailaron, gritaron, lloraron; algunos se sintieron tan abrumados de arrobadora gratitud, que reían histéricamente y corrían por entre la multitud que entraba".

Baba estuvo de pie hablando durante más de una hora. Luego cantó varios cantos de *bhajan*, y finalmente subió las escaleras sin ayuda. Esa noche comió su comida normal, y los días siguientes había recobrado su acostumbrada vigorosa salud, llevando a cabo un programa complejo de actividades. El mor-

tal ataque que había aparecido por su mandato, se había ido dentro del lapso que El había indicado, sin dejar ninguna señal visible.

Está registrado que durante su vida anterior en Shirdi, Baba asumió por cuenta de sus íntimos devotos, muchas enfermedades y accidentes, como la vez que metió el brazo en el fuego en la mezquita de Shirdi donde vivía, en el momento preciso en que el niño de un devoto había caído en el fuego de un herrero en otra parte. Baba llevó las quemaduras y cicatrices en su brazo durante mucho tiempo, pero dijo que de este modo había salvado la vida del niño.

En el "Evangelio de Sai Baba", que también se llama "Baba's Charters and Sayings" (Las reglas y dichos de Baba), se le cita diciendo que daría su vida misma si fuera necesario para salvar a un devoto que se ha entregado completamente a El. Muchos creen que así fue como murió en 1918.

CAPÍTULO XIII: LA CUESTION DE LA SALVACION DE LA MUERTE

Y hasta vendrá, como coronación de todo, el fin de la muerte, la muerte de la Ignorancia…

SRI AUROBINDO

A fines de 1953 ocurrió un evento casi tan dramático como la resurrección de Lázaro por Cristo. Mi información proviene de un gran número de personas e inclusive del hombre más allegado, el "Lázaro" del caso, el señor V. Radhakrishna mismo. Finalmente, constaté todos los hechos cuidadosamente presentados por la hija del señor Radhakrishna, Vijaya, quien fue testigo presencial y escribió los detalles en el momento de su ocurrencia en el diario que siempre lleva, de sus experiencias con Sai Baba.

Con el diario por delante me contaba la experiencia.

El señor V. Radhakrishna, que posee fábricas y es un ciudadano muy conocido en Kuppam, Andhra Pradesh, tenía más o menos sesenta años de edad cuando fue de visita a Puttaparti en 1953. Lo acompañaban su esposa, su hija Vijaya y el esposo de ésta, el señor K.S. Hemchand. Vijaya tenía entonces dieciocho años y se había casado hacía poco tiempo. Su padre, me contó, sufría de úlceras gástricas, con varias complicaciones.

Estaba realmente muy enfermo y una de las razones para su visita al ashram era la esperanza de poder obtener alivio para su terrible sufrimiento. Conocía a Baba desde hacía algún tiempo.

Era la época del gran festival de Dásara, y había un número considerable de personas en Puttaparti. Al señor Radhakrishna se le asignó una habitación en el mismo edificio donde vivía Swami, y donde pasaba todo el tiempo en cama. Cuando Baba vino a visitarle, Radhakrishna le dijo que prefería morir a seguir sufriendo tanto. Swami simplemente se rió, y no hizo ninguna promesa ni de curarlo ni de dejarlo morir.

Una noche Radhakrishna entró en coma, su respiración era la de un moribundo. Alarmada, su esposa corrió a ver a Swami.

Este vino a la habitación, miró al paciente y dijo: "No te preocupes. Todo saldrá bien", y se fue. Al día siguiente el paciente estaba aún inconsciente. El doctor K.S. Hemchand, el yerno, trajo un enfermero del distrito quien, al no encontrar pulso alguno y después de otros exámenes, opinó que el señor Radhakrishna estaba tan cerca de la muerte que no había ya ninguna posibilidad de salvarlo.

Aproximadamente una hora más tarde, el paciente se puso muy frío. Los tres ansiosos familiares oyeron lo que al parecer eran "los estertores de la muerte", y lo vieron cianótico y rígido.

Vijaya y su madre fueron a ver a Baba quien estaba en ese momento arriba en el comedor. Cuando le dijeron que Radhakrishna parecía estar muerto se rió y se fue a su dormitorio. Vijaya y su madre volvieron a la habitación del "muerto" y esperaron. Al rato, Swami entró y miró el cuerpo, pero se fue de nuevo sin decir ni hacer nada.

Esto ocurría durante la noche del segundo día después de que el señor Radhakrishna había perdido el conocimiento. Pasó la noche siguiente mientras los tres permanecieron despiertos observando ansiosamente cualquier señal de regreso a la vida.

No hubo señales. Pero seguían teniendo fe en que Baba de al-

gún modo, a su propia manera, salvaría a Radhakrishna, pues ¿no había dicho que todo saldría bien?

A la mañana del tercer día el cuerpo parecía más que nunca un cadáver: oscuro, frío, rígido y empezando a oler mal. Otras personas que entraron a ver y a condolerse le dijeron a la señora Radhakrishna, que debería sacar el cuerpo del ashram. Ella contestó: "No, a menos que Swami lo ordene". Algunos hasta fueron a ver a Baba y sugirieron que, ya que el hombre había muerto y que el cuerpo estaba oliendo mal, debía ser enviado a Kupam o cremado en Puttaparti. Swami simplemente contestó:

"Ya veremos".

Cuando la señora Radhakrishna subió nuevamente para comunicarle a Baba lo que la gente decía, y preguntarle lo que debía hacer, El le contestó: "No los escuches y no temas, estoy aquí". Luego anunció que bajaría pronto a ver a su esposo.

Ella bajó y esperó con su hija y su yerno al lado del cuerpo.

Los minutos pasaban lentamente; pasó una hora, y Swami no venía. Luego, cuando empezaban a desesperar, se abrió la puerta y apareció Baba con su túnica roja, abundante pelo, y radiante sonrisa. Eran entonces más o menos las dos y media de la tarde del tercer día. La señora Radhakrishna se acercó a Baba y estalló en lágrimas. Vijaya también empezó a llorar. Eran como Marta y María, las hermanas de Lázaro, llorando delante de su Señor quien, pensaban, había llegado demasiado tarde.

Suavemente Baba les pidió a las llorosas mujeres y al dolido señor Hemchand que salieran de la habitación, y cerró la puerta.

No saben, nadie sabe, lo que ocurrió en esa habitación donde estaban sólo Swami y el "muerto".

Pero después de pocos minutos Baba abrió la puerta e hizo señales a los que esperaban para que entrasen. Allí, en la cama, estaba Radhakrishna mirándoles sonriendo. Asombrosamente la rigidez de la muerte había desaparecido y su color natural estaba volviendo. Baba se le acercó, le frotó la cabeza y le dijo: "Háblales; están preocupados".

"¿Preocupados?", preguntó Radhakrishna, perplejo. "Estoy bien. Tú estás aquí".

Swami se volvió hacia la esposa: "Te he devuelto a tu esposo", dijo, "ahora tráele una bebida caliente".

Después de que la trajeran, Swami se la dio a Radhakrishna con una cuchara. Permaneció allí una media hora más, fortaleciendo al hombre que había "levantado". Luego bendijo a toda la familia, colocando sus manos en la cabeza de la señora Radhakrishna, y se fue.

Al día siguiente el paciente estaba suficientemente fuerte como para caminar a los *bhajans* (cantos devocionales). Al tercer día escribió una carta de siete páginas a una de sus hijas que estaba en Italia. La familia se quedó unos días más en Prashanti Nilayam, y luego con el permiso de Baba, regresaron a su casa en Kuppam. Las graves úlceras gástricas y las complicaciones habían desaparecido para siempre.

Cuando hablé con el señor Radhakrishna acerca de la experiencia le pregunté si tenía algún recuerdo del tiempo durante el cual permaneció inconsciente y aparentemente muerto. Contestó: "No. Cuando recobré el conocimiento pensé primero que era el mismo día. Luego me dijeron que había estado inconsciente tres días, que había 'muerto' y empezado a oler mal. Pero Swami puede hacer lo que El desee. El es Dios".

¿Cuándo está una persona realmente muerta? ¿Lo sabe alguien? Algunos que parecían muertos ante todas las pruebas médicas han regresado a sus cuerpos, y a menudo, desgraciadamente, después de colocados en sus tumbas, según lo prueban los movimientos de "cadáveres" que se han visto después. Cuando Jesús recibió el aviso de que Lázaro había muerto, les dijo a sus discípulos: "Nuestro amigo Lázaro duerme, pero iré para despertarlo de su sueño".

Sai Baba mismo, en los primeros años en Shirdi, una vez dejó su cuerpo por tres días. Le pidió a un discípulo íntimo que velara por el cuerpo, diciéndole: "Voy a ver a Allah. Si no regreso pasados tres días, entonces entierra mi cuerpo allá", indican-

do la sagrada mata de neem[1]. Se realizó una investigación. Los funcionarios declararon que Sai Baba había muerto y ordenaron que se enterrase el cuerpo. Pero el discípulo, con la ayuda de algunos otros, se opuso resueltamente a la orden y no quiso entregar el cuerpo. Luego, al final del tercer día, Sai Baba regresó a su alta silueta de Shirdi y siguió viviendo en ella por treinta y dos años más.

Cuando hace algunos años el señor Kasturi escribía algo sobre el incidente del levantamiento del señor Radhakrishna de entre los muertos, Baba le dijo que pusiera la palabra "muertos" entre comillas. Quizás entonces deberíamos decir que el señor Radhakrishna estaba muy cerca de la muerte, que había entrado hasta más de la mitad del camino por la puerta de la muerte cuando Baba le devolvió la vida. Quizás pueda decirse lo mismo de Lázaro.

Baba salva a algunas personas de enfermedades muy serias, o del umbral de la muerte. A otras no. ¿Por qué usa su milagroso poder de curación para algunos y no para otros? ¿Por qué no los cura a todos, no los salva a todos de la muerte? Mucha gente se hace estas preguntas.

De la misma manera se podría preguntar por qué Cristo no curó a todos los enfermos que estaban a su alrededor. Y ¿por qué fue Lázaro el único a quien sacó de la tumba? ¿Hizo Jesús, e hizo Sai Baba más tarde, un esfuerzo especial contra el poder de la muerte para una amada familia de íntimos devotos? Quizás, pero creo que en ello hay más de lo que parece.

Cuando Jesús fue informado de que Lázaro estaba enfermo hizo la enigmática observación de que: "Esta enfermedad no es de muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado a través de ella". Así lo que normalmente, bajo condiciones ordinarias, sería una enfermedad mortal puede ser una oportunidad para la glorificación de Dios a través de las obras de un hombre-Dios. Además, hay también la

[1] Arbol de Asia y el Sur de Europa. Se le llama también margosa y en algunas regiones de América, paraíso.

profunda y compleja cuestión del *karma* (ley de causa y efecto resultante de las acciones). ¿En qué medida es *kármica* la enfermedad específica o la cercanía de la muerte, y hasta dónde debe interferir el hombre-Dios con el *karma* del paciente?

Hay dos casos dentro de la misma familia; uno donde parecería que las exigencias kármicas podían ponerse a un lado, por decirlo así; y el otro donde era más sabio no interferir.

Cierta vez, que la madre del señor G. Venkatamuni, de casi 80 años, estuvo tan cerca de la muerte que se había participado a todos los familiares su inminente fin, su esposa Sushila tomó un *japamala* (rosario) que Sai Baba le había dado y lo colocó en el pecho de la anciana. Baba le había dicho a Sushila que el *japamala* podía usarse en una emergencia como talismán curativo.

Inmediatamente la paciente empezó a mostrar notables señales de mejoría. Esto ocurrió alrededor de las diez de la noche y cuando a la mañana siguiente llegaron varios familiares para darle su último adiós a la anciana, ésta preguntó en un tono perplejo que por qué habían venido todos. Pronto se sintió sana y fuerte y vivió varios años más.

Más tarde, sin embargo, cuando uno de los hijos de G. Venkatamuni, epiléptico, enfermó seriamente y pareció que iba a morir, Sushila decidió usar el *japamala* de Sai Baba para tratar de salvar al muchacho. Fue a buscarlo donde estaba guardado en una caja entre otras cosas en la sala de culto de la familia. Pero volvió sin él, diciéndole a su esposo en tono afligido y perplejo que no podía agarrarlo. Había tratado de tomarlo varias veces, pero cada vez de alguna manera éste eludía su mano. No podía explicar este extraño suceso, un objeto que parecía evitar su mano. ¿Qué podría significar? Al discutirlo, los esposos no pudieron decidir otra cosa que, por alguna razón, Baba no quería que se usara el talismán en esta ocasión.

El niño murió. Poco después los padres visitaron a Baba. A menudo habían escuchado sus sabias palabras acerca de la verdadera naturaleza de la muerte, pero eran humanos, y traían caras tristes. Además, se resintieron al encontrar a Baba muy lejos de la tristeza, estaba muy alegre y sonriente.

Les dijo: "No deben sentir pena por el muchacho. Acabo de verle de nuevo y está muy feliz allá. El tenía sólo un poco de *karma* que cumplir aquí en la tierra, y una vez que lo hubo cumplido estaba listo para irse. Era mucho mejor que él se fuera".

Entonces los padres comprendieron que en realidad sólo habían sentido lástima de sí mismos por su pérdida. Y se sintieron reconfortados al saber que el niño que amaban, que parecía haber muerto, estaba en realidad vivo y fuera de su doliente cuerpo físico. La fe del señor y la señora Venkatamuni en Sai Baba no vaciló ni un momento. Pero hay devotos cuya creencia es sacudida cuando alguien cercano y querido muere. Varios me lo han dicho, manifestando que la situación a menudo se agrava por el escepticismo de los familiares que dicen: "Bueno, ¿por qué Sai Baba no lo salvó?" Aun la fe de los seguidores profundamente devotos y de gran inteligencia puede sufrir un eclipse bajo circunstancias suficientemente trágicas.

Por ejemplo, el señor V. Hanumantha Rao, mencionado antes, tenía un hijo enfermo que había padecido poliomielitis a la edad de más o menos seis meses. Para complicar más las cosas era hijo único.

El señor y la señora Hanumantha Rao conocieron a Sai Baba cuando el hijo de ellos tenía más o menos cuatro años. El joven y amable Swami llegó a ser como de la familia. Pero asombraba a la pareja cuando hacía a menudo referencia al hijo de ellos como "su muchacho", y siempre lo llamaba "Siva" aunque su verdadero nombre era Iswari Prasad Dattatreya". Swami les decía a menudo: "Siva es el hilo que nos ha juntado, y que nos mantiene juntos".

Los padres no entendían esto ni muchos de los dichos del joven Swami, pero como éste realizaba edificantes milagros en su presencia, tenían grandes esperanzas de que curaría a su hijo.

El muchacho se sentía muy feliz cuando Baba estaba presente, pero su salud empeoró. La poliomielitis afectó el cerebro; había frecuentes ataques y al cabo de unos pocos años, el pequeño "Siva" murió. Con su muerte se rompió el hilo. Los desconsolados padres dejaron de ver a Sai Baba. Sin duda pen-

saban que de algún modo les había fallado.

Pero tanto el tiempo que habían pasado con El, bajo su elevadora influencia espiritual, como sus enseñanzas silenciosas y habladas, habían tenido un efecto profundo sobre ellos. Poco después de la muerte de su amado hijo, el señor Hanumantha Rao dedicó gran parte de su fortuna al establecimiento y mantenimiento en Madrás de un centro ortopédico para niños afectados de polio. El centro, uno de los pocos de su clase en la India, lleva el nombre del muchachito, Iswari Prasad Dattatreya, a cuya memoria está dedicado. Los niños reciben allí tratamiento medico, quirúrgico y de rehabilitación y una educación regular. Está al otro lado del río Adyar, frente a la sede de la Sociedad Teosófica y he ido varias veces allí a visitar al señor Hanumantha Rao. He podido observar la alegría que ilumina las caras de los jóvenes inválidos cuando el viejo comisionado camina entre las camas y por los salones de clase. Los he visto también en sillas de ruedas o sostenidas por soportes y muletas saludando con profunda reverencia el busto del pequeño Iswari, que está en la entrada del hospital. Piensan que en cierta forma él murió por ellos; que es su espíritu que les trajo ayuda científica moderna en sus sufrimientos y la esperanza de una vida más feliz.

Una vez que esta pareja hubo superado su gran dolor y se hubo dedicado a una causa merecedora y constructiva, pareció que cayera un velo de sus ojos. Vieron lo equivocados que habían estado al culpar a Sai Baba por no mantener vivo a su hijo. Como me dijo el señor Hanumantha Rao: "Debe haber sufrimiento en este mundo; pertenece a la naturaleza de las cosas aquí, porque el hombre mismo lo causa". Entendieron que el hombre divino no puede levantar todo el *karma* (efecto de acciones pasadas en esta o previas vidas) del hombre, y que también puede resultar mucho bien de lo que parece un mal desde nuestro limitado punto de vista.

Así el señor y la señora Hanumantha Rao retornaron al que para ellos es el foco de la divinidad hoy en la tierra, y pertenecen al grupo de sus más devotos discípulos. En su casa tienen una habitación especial reservada para Sai Baba. La habitación

no se da nunca a nadie más y su ruego constante es que Baba la adorne con su presencia cuando sea posible.

Mi esposa y yo hemos estado varias veces en la casa de Hanumantha Rao, con un pequeño grupo, cuando Sai Baba los ha visitado. Es una dicha especial el observarlo allí. Como en años anteriores parece ser uno de la familia, feliz, alegre y divertido.

Es como si fuera el hijo, pero al mismo tiempo el padre y la madre y el Dios de esta dulce y vieja pareja. El alma del niño que los llevó, el hilo que los atrajo a la luz, está, creo, todavía allí aunque invisible.

En un número de casos en los que Sai Baba no ha curado ni salvado, o sea que no ha hecho el milagro externo, he notado en cambio un milagro interno y realmente mucho más importante.

Quizás haya curado del deseo de ser curado y traído la aceptación; ha curado las heridas del alma causadas por la pérdida material, y elevado mentes y corazones a una mejor comprensión de la vida. Ha traído una visión nueva y más amplia del sufrimiento y de la muerte.

Es el mismo patrón de hace mucho tiempo en Shirdi. Entonces, curaba y salvaba las vidas de muchos. Pero a algunos no los salvaba. Un caso fue la hija de su gran devoto H.S. Dixit. Así es que la gente murmuró: "Si Sai Baba no podía salvar a la hija de Dixit en Shirdi, ¿para qué sirve un *Sadgurú* (verdadero Maestro)?" A este respecto, el profundo apóstol de Sai Baba, B.V. Narasimha escribe: "Se podría igualmente decir cuando se mueren seres queridos, '¿para qué sirve Dios?' La fe no es garantía de que no habrá muerte ni el mal en el mundo ni dolores en la vida.

Pero, como en el caso de Dixit, una intensa fe hace que el devoto se fortalezca contra todas las calamidades inevitables y sepa más y más acerca del esquema de Dios en nuestra vida… La fe le permite al devoto ver la vida como es y tal cual es en el plan de Dios, así como mejorar su propia actitud ante la vida".

En ésta, al igual que en la encarnación anterior, Sai Baba a veces ha dicho que el curar a cierta persona, el salvar de la

muerte, o el eliminar algún defecto físico congénito, significaría interferir indebidamente con el *karma* de la persona. Y en esos casos ha dejado que la persona en cuestión lleve esa cruz.

De todo esto podríamos concluir que algunas enfermedades son kármicas y que otras no. Algunas son el resultado de nuestras propias acciones (muy probablemente en una vida anterior) y son parte de la gran ley moral de la compensación. Debemos expiar nuestra malas acciones pasadas soportando las consecuencias y aprendiendo por ese medio. Por otra parte, algunas desgracias, enfermedades, accidentes, y otras, son sólo en grado limitado, si no lo son del todo, causadas por nuestras propias acciones. Y de éstas no necesitamos sufrir durante mucho tiempo a fin de aprender alguna lección específica de nuestros propios errores en el pasado.

Sucede lo mismo con respecto a la muerte. Generalmente, creo, la hora de la muerte no está estrictamente prefijada; hay varios puntos, digamos, durante la vida en los cuales podríamos encontrarnos con la muerte, pero no es una necesidad *kármica* absoluta que uno muera en el primero o el segundo de dichos puntos. Sin embargo, en el estado actual del hombre, la muerte es esencial para el desarrollo de la vida, y al final cada hombre debe morir. Aunque Lázaro salió de la tumba, algunos años después murió. Y asimismo deberá morir cualquier persona cuya vida Sai Baba salve. Cuando ese punto final llega, en el cual es mejor morir, en el cual no sería aconsejable y sería en detrimento del alma el prolongar la vida, entonces ¿qué santo liberado va a interferir? Los Iluminados, los hombres-Dios, los grandes yoguis saben cuándo ha llegado "ese momento final" tanto para los que vienen a ellos como para sí mismos. Cuando las antiguas escrituras dicen que el yogui conquista la muerte, no significa que viva eternamente. Significa que es él quien decide el momento adecuado para dejar esta tierra, y entonces se va dejando el cuerpo, conscientemente y por propia voluntad.

Pero en el estado en que se encuentra la humanidad hoy día no podemos esperar que Sai Baba, o cualquier otro hombre poseído por Dios, disuelva la espesa nube de pecados del hombre, curando todas las enfermedades, haciendo caminar a to-

dos los inválidos, limpiando a todos los leprosos, y abriendo los ojos de los millones de ciegos que existen solamente en la India. Lo más que puede hacer es levantar un poco del pesado *karma* del hombre aquí y allá y señalar el camino.

CAPÍTULO XIV: ETERNO AQUI Y ETERNO AHORA

Allá el cuándo es un eterno Ahora.

El dónde un eterno Aquí.

EL SUEÑO DE RAVAN

El señor N. Kasturi relata el siguiente incidente.

Más o menos a la 1.30 de la tarde del 21 de junio de 1959 los discípulos cercanos a Baba se alarmaron porque su temperatura subió repentinamente a 43 grados. Más o menos cinco minutos después el termómetro marcaba un descenso a 37 grados.

Todo esto era un misterio para ellos, y Baba entonces no les dio ninguna información.

Sin embargo, esa noche cenó con un grupo de devotos en una terraza a la luz de la luna. Entre ellos había un joven de Madrás que había pasado algún tiempo con Baba y que se iba al día siguiente. De repente Swami le dijo: "Cuando veas a tu madre, mañana, dile que debe tener más cuidado con el fuego".

Esto provocó considerable curiosidad y un poco de ansiedad.

Finalmente Baba les dijo que el *sari* (vestimenta femenina hindú) de la señora se había incendiado esa mañana en Madrás mientras estaba en su sala de culto pero que las llamas habían podido ser extinguidas a tiempo. El *sari* se había destruido pero ella estaba sana y salva.

Después de la cena uno de los devotos tuvo la idea de hacer una llamada telefónica a Madrás. Baba estuvo de acuerdo, y así se hizo. La señora misma contestó el teléfono y les dio más detalles del accidente. Luego Baba habló con ella, y los devotos que escuchaban lo oyeron reírse y decir: "Oh, no, no me quemé las manos. Sólo tuve un aumento de temperatura durante un momento".

Algunos años después obtuve la confirmación de esta historia del señor G. Venkatamuni mismo, cuya esposa, Sushila, era la dama en cuestión. Sí, su *sari* se había incendiado mientras estaba en la sala de culto, dijo, y en un momento estuvo envuelta en llamas. El pánico se apoderó de ella, pero como era devota desde hacía mucho tiempo, las primeras palabras que le vinieron a los labios fueron "Sai Baba". Inmediatamente las llamas se extinguieron y Sushila, conociendo por experiencia el poder de Baba a cualquier distancia, tuvo la seguridad de que de algún modo había venido en su ayuda durante la crisis.

Olvidando por un momento que no había venido a ella en su cuerpo físico, ella le preguntó por teléfono si se había quemado las manos. Esta no es una pregunta tan tonta como pudiera parecer a primera vista. Los investigadores de lo psíquico han encontrado muchos casos de viajes astrales en los cuales un choque en el cuerpo astral ha causado efectos, tales como heridas, quemaduras y contusiones en el cuerpo físico. Esto ocurre debido a la ley oculta de la reciprocidad. La repentina subida de temperatura de Baba parece haber sido un leve ejemplo de esto.

Durante los años 40, y la mayoría de los 50, Baba a menudo entraba en trance durante sus viajes fuera del cuerpo. Repentina e inesperadamente perdía el conocimiento, y los que se encontraban cerca sabían que había ido lejos, probablemente hacia algún devoto en un lugar distante. A su regreso, les decía, o no les decía, a los que lo rodeaban, algo de lo que había ocurrido.

En ciertas oportunidades había efectos recíprocos en el cuerpo físico de Baba, que indicaban lo que estaba haciendo. Al-

gunas veces, por ejemplo, salían de sus labios físicos, algunas palabras de lo que estaba diciendo en el lugar distante. En otras oportunidades, emanaba *vibhuti* de su cuerpo. Esto ocurría usualmente cuando había ido para presenciar la muerte de un devoto. El señor Kasturi dice: "En esas oportunidades, como símbolo de la muerte, destrucción y del fin de lo temporal y de lo evanescente, sale *vibhuti* sagrado de la boca del cuerpo que Baba deja para ir al lecho de muerte".

Kasturi da luego un ejemplo. Alrededor de las 5.20 de la tarde del 15 de noviembre de 1958, Baba estaba leyendo una carta en voz alta a algunas personas que lo rodeaban cuando de repente exclamó: "¡Ah!" y cayó al suelo. El cuerpo estuvo tranquilo durante diez minutos, luego pareció estar tosiendo. Bocanadas de *vibhuti* le salieron disparadas de la boca, dice Kasturi, "hasta una distancia de más de cuarenta centímetros".

A las 5.35 de esa misma tarde, después de haber estado inconsciente durante quince minutos, reanudó la lectura donde la había dejado, normalmente y sin mostrar señales de cansancio.

Cuando lo interrogaron, dijo a los devotos que había estado en Dehra Dun en los Himalayas. Ahí acababa de morir la madre de un doctor muy conocido en el ashram. Baba había ido para ayudarle en el momento de la transición, que fue a las 5.30. Dijo también que el doctor, su hijo, estaba presente y que estaban cantando *bhajans* en la habitación. Luego describió cómo la anciana había anunciado al final: "Este es mi último aliento", y había expirado.

Dos días después, el 17 de noviembre, llegó una carta para Baba del doctor cuya madre había muerto. Escribía: "Mi madre expiró su último aliento el sábado, a las 5.30 de la tarde. Estábamos cantando *bhajans* durante sus últimas horas como lo había pedido. Te estaba recordando constantemente".

He aquí otro ejemplo del conocimiento que tiene Baba de las cosas a distancia y del poder que tiene de intervenir. A comienzos de los años sesenta, cuando el señor K.R.K. Bhat era gerente de división de la Life Insurance Corporation of India, ocurrió un caso de soborno y corrupción entre sus subordi-

nados. Esto se relacionaba con una importante promoción y algunas cartas anónimas habían provocado una investigación oficial.

Se encontró que varias personas estaban involucradas en el complot, pero el principal culpable parecía ser el taquígrafo del señor Bhat quien, sin embargo, trató de protegerse haciendo recaer la responsabilidad sobre su jefe. Dijo al funcionario que lo interrogó que había simplemente llevado a cabo las instrucciones del señor Bhat en todo lo que había hecho.

Empezó a parecer como si Bhat, aunque completamente inocente, estuviera involucrado ya que se trataba de la palabra de un hombre contra la del otro. Bhat no podía imaginar cómo comprobar su inocencia, y empezó a preocuparse seriamente. Si lo encontraban culpable, los efectos serían drásticos para su carrera.

Finalmente, todo el asunto giraba sobre si Bhat había o no recibido personalmente en su oficina cierta carta registrada, y si había firmado por ella. El taquígrafo afirmaba que su jefe era quien lo había hecho, mientras que Bhat sabía con seguridad que no. Debería haber sido fácil verificar con la apropiada oficina de correos y averiguar qué firma había sido suscripta en la carta cuya fecha se conocía. Pero el administrador de correos dijo que no podía ayudar porque esto había ocurrido hacía demasiado tiempo. Los registros, dijo, se guardaban solamente seis meses, y luego se destruían. La carta en cuestión había sido recibida hacía más de seis meses.

En esta situación Baba empezó a aparecérsele al señor Bhat que era devoto suyo. En una visión en un sueño, Baba le aseguró a Bhat que los registros estaban todavía en la oficina de correos.

No habían sido destruidos como se dijo. Finalmente el administrador de correos tuvo que admitir que era cierto. Dio la excusa de que su antecesor había dejado que se acumularan los viejos registros y que había tantos —de hecho los de más de tres años— que no tenía ni el tiempo ni las instalaciones para destruirlos. Sostenía, sin embargo, que esa masa de documentos no estaba en ningún orden sino apilados en un

montón, y sería absolutamente imposible encontrar ese papelito tan importante para el señor Bhat. No valía en absoluto la pena intentarlo, dijo, ya que sería como buscar una aguja en un pajar.

Esa noche Swami se le apareció de nuevo en sueños a su devoto, diciéndole que debían designar un hombre en la oficina de correos y que el documento relevante sería encontrado rápidamente. Después de esto, Bhat finalmente persuadió a las autoridades postales para que intentaran lo que él quería. Se puso a un oficinista a que emprendiese la búsqueda dentro del gran montón de papeles. Completamente al azar agarró un paquete y empezó a hojearlo.

"Milagro de los Milagros", dice el señor Bhat, "ahí estaba el documento que tanto necesitaba, en el primer paquete". Este demostró, sin lugar a dudas, que el taquígrafo había firmado por la vital carta registrada a nombre de su jefe. Esto limpió a este último de toda sospecha. El taquígrafo y varios otros hombres fueron encontrados culpables de prácticas corruptas, y la Corporación administró las penas apropiadas. El ojo omnisciente de Baba y su intervención desde lejos había salvado a su devoto de una injusticia.

"No sólo está El por encima de las limitaciones del espacio, sino también del tiempo", declaró el señor Bhat. "Cuando fuimos a Prashanti Nilayam a comienzos de 1965, Swami le dijo a mi esposa en privado que yo debía retirarme o tomar un largo descanso, y que de algún modo debía dejar de trabajar y estar lejos de la oficina para el primero de junio de ese año.

"No dijo por qué, pero ya para ese entonces había aprendido a seguir el consejo de Swami. Sin embargo, me fue absolutamente imposible terminar todos mis asuntos de negocios, adiestrar a mi sucesor, y entregar el puesto para el primero de junio.

Calculé que podría terminar para el primero de julio, así es que decidí que esto sería suficiente. Estaría listo un mes más tarde de lo que Swami había indicado, pero esperaba que todo saldría bien… Me equivocaba.

"El 4 de junio tuve mi primer ataque al corazón. Baba obvia-

mente había previsto esto y me había dado una advertencia. La tensión del trabajo sin duda lo había causado, y si hubiera seguido su consejo podía haberlo evitado. Bueno, por su gracia estoy todavía vivo y en capacidad de hacer muchas cosas que los especialistas dicen que no debo hacer".

Muchas otras personas han contado que Baba ha previsto eventos importantes en su futuro. No sólo peligros para la salud o el cuerpo, sino muchas cosas de importancia en su vida diaria:

nacimientos, matrimonios, nuevos trabajos, oportunidades de negocios y resultados de exámenes, hasta las notas precisas que se obtendrían.

He aquí un divertido ejemplo de su poder de precognición.

El señor G.K. Damodar Row un juez retirado, era en el momento en cuestión Gobernador de Clubes de Leones de varios distritos de la India del Sur. Estaba a punto de salir para Chicago para asistir a una convención internacional de Clubes de Leones. Al pasar por Prashanti Nilayam y comunicárselo a Sai Baba, éste le pidió que llevara un paquete con *vibhuti* y otras cosas a un grupo de sus devotos en California. Damodar Row estaba encantado con la perspectiva de entregar el paquete, no sólo por la dicha de hacer algo para Baba, sino también porque le alegraba la idea de ver a sus amigos también devotos en California.

Pero la dificultad era que el Gobierno de la India no le permitía sacar sino lo suficiente en moneda extranjera para viajar hasta Chicago y de vuelta por el camino más corto, o sea, a través del Atlántico. Encontró que era absolutamente imposible obtener oficialmente los dólares necesarios para hacer el viaje adicional de Chicago hasta la costa oeste de Norteamérica.

Muy a pesar suyo le dijo a Swami que la dura realidad del control de cambio y de la geografía hacía la misión hasta California completamente imposible. Swami se quedó silencioso por un momento, luego dijo: "Sin embargo, tú irás a California, así es que no te preocupes, llévate el paquete". En Chicago, Damodar Row fue varias veces a la oficina de la línea aérea por la cual estaba viajando para informarse si había alguna forma de hacer su viaje de regreso a través de los Estados Unidos y

el Pacífico. Pero no había ninguna.

La muchacha a quien solía pedir con frecuencia la información de la oficina de Chicago llegó a conocerlo y, notando la imagen de Sai Baba en su sortija, le preguntó acerca de El. El le dijo que era su gurú (Maestro espiritual) y que además su gurú le había dicho que él, Damodar Row, iría a California. Así es que debía haber algún modo por el cual podría ir.

"Siento mucho tener que decepcionarlo a usted y a su gurú", contestó con aparente pena, "pero no hay realmente ninguna manera de hacerlo. Le ayudaría si pudiera".

Luego una mañana lo saludó alegremente: "¡Su gurú tenía razón!", exclamó. "Usted se va para California".

Cuando le preguntó, con el corazón en la mano, ¿cómo?, ella le informó que había habido una huelga de pilotos en la línea por la cual tenía que viajar de regreso y ahora tendría que cambiar su regreso a la India para otra línea aérea. De esta manera podía enviarlo vía Pacífico, y le sería posible hacer una escala en Los Angeles.

De esta manera, como Baba había predicho con seguridad semanas antes, el paquete fue debidamente entregado a la "familia Sai" de California. Yo estaba en Prashanti Nilayam cuando Damodar Row llegó allí directamente después de su regreso de América. Estaba todavía exaltado mientras contaba la historia, y todos los oyentes compartieron su alegría. Nadie dudó de que Baba había previsto la huelga, y cómo ésta afectaría los movimientos de Damodar Row.

Todos los años, desde cuando empezaron a reunirse en el siglo pasado los seguidores de Sai Baba en Shirdi, ha habido numerosas informaciones de que El se aparecía en forma materializada en lugares lejanos de donde su cuerpo se encontraba realmente en el momento. Podía aparecer en su propia forma o en alguna otra, tal como un viejo amigo o familiar, un mendigo, un obrero o un santo.

A veces, parece, creaba una *maya* o ilusión temporal de la forma. A veces se "superponía" a una persona o animal real vivo, haciéndoles hacer lo que él requería, observando directamente la respuesta o reacción del devoto en cuestión. Luego

se lo contaba al devoto. O podía ser que hiciera en el momento alguna observación a la gente con quien se encontraba físicamente en el momento en que daba un indicio de lo que había sucedido a distancia. Luego esto era confirmado.

Un ejemplo de ello tuvo lugar cuando H.S. Dixit recibió una carta en Shirdi diciéndole que uno de sus hermanos en Nagpur estaba enfermo. El lo contó a Baba diciendo pesaroso: "No le soy de ninguna ayuda". A lo cual Baba contestó "yo puedo ayudar".

Dixit no comprendía por qué le había dicho esto, y lo que quería decir, pero se enteró algún tiempo después, pues en ese mismo momento a Nagpur, llegó un *sadhu* (santo) que utilizó exactamente las mismas palabras de Baba, "Yo puedo ayudar".

El *sadhu* curó al hermano de su enfermedad. Y Dixit se dio cuenta de que Baba a través de dos mil kilómetros había visto lo que sucedía y había hecho lo necesario.

Quizás haya sido un verdadero santo al que Baba se "superpuso" pero el que se apareció a un devoto en años más recientes en Delhi parece más bien haber sido una creación ilusoria, una forma adoptada temporalmente por Sathya Sai Baba.

Esta historia me fue contada por la señora Kamala Sarati, esposa del Difunto señor R.P. Sarati que era en el momento del evento Secretario Adicional para Defensa para V.K. Krishna Menon, el Ministro de la Defensa de la India. El incidente concierne a un hombre llamado V.S. Chidambaram, un violinista que era maestro de música de Kamala. No estando ella muy segura de todos los detalles, Kamala tuvo la amabilidad de escribir por mi cuenta desde Madrás, donde vive ahora, a su viejo maestro de música en Delhi. El le contestó dando un relato completo del evento y Kamala me dio la carta.

Esto ocurrió en Delhi en 1950 cuando tanto Kamala como su maestro de música, Chidambaram, habían sido devotos de Sai Baba por dos o tres años. Ambos habían ido a Puttaparti unas cinco o seis veces y Chidambaram en esa época vivía en una habitación en la casa Sarati en Delhi.

Una mañana el maestro de música, hombre de unos cuarenta y cinco años, iba en su bicicleta por la calle Minto entre la

Nueva y la Vieja Delhi. Había ido a dar clases a varios alumnos y regresaba a la casa para darle su lección de violín a Kamala a las once de esa mañana.
Mientras pedaleaba iba dándole vueltas a un problema en su mente. Le costaba mucho dinero ir a Puttaparti y aunque había tenido muchas y maravillosas experiencias allí había empezado a preguntarse si podía realmente permitirse esos viajes. Escribe:

"Estaba precisamente pensando si Baba era realmente una encarnación de Dios y si valía la pena gastar tanto dinero en ir a Puttaparti para verlo".

Fue entonces cuando un viejo *sadhu* llegó pedaleando rápidamente detrás de él y lo alcanzó. El maestro de música notó que el santo llevaba una túnica y tenía un paño amarrado alrededor de su cabeza, igual que en los retratos de Shirdi Baba. El viejo santo se detuvo y Chidambaram hizo lo mismo, saludándolo.

El santo le hizo notar que quería hablar a solas y en privado con él, y como la calle estaba muy concurrida y ruidosa sugirió que fueran a un lugar tranquilo. Chidambaram, dándose cuenta de que iba a llegar tarde para la clase de Kamala, protestó un poco, pero el santo dijo que sólo era cuestión de diez minutos.

El maestro de música dice: "Tenía la sensación de que este santo era como Shirdi Baba, por eso consentí en ir con él". Después de caminar algunos metros por una calle adyacente empujando sus bicicletas, llegaron a una vieja tumba. El santo se sentó en ella, poniendo una pierna encima de la otra a la manera de Shirdi Baba. El maestro de música, después de hacer los acostumbrados gestos de respeto y reverencia, se sentó en el piso delante del santo.

Después de más de un minuto de silencio el santo preguntó "¿Quién crees que soy yo?" "Usted parece ser Shirdi Baba", respondió.

"Está bien. Mira mi mano". Sostuvo su palma delante de Chidambaram. La palma parecía un espejo en el cual se reflejaba en colores radiantes la figura de Sai Baba de Puttaparti

sentado en una silla y sonriente. El maestro de música miraba la visión con temor reverencial.

Luego el santo desabotonó su túnica y camiseta para exponer su pecho. Allí de nuevo vio Chidambaram una visión del Baba de Puttaparti. Esta vez "sentado con una guirnalda alrededor del cuello, radiante y feliz".

El maestro de música estaba completamente abrumado. Empezó a temblar y "lloró lágrimas de dicha". Luego el santo le frotó la espalda como Sathya Sai Baba tan a menudo hace a los devotos afligidos, le frotó *vibhuti* y le dio de comer un poco de dulce, que materializó del aire a la inimitable manera de Sathya Sai Baba.

Asegurando al maestro de música que los dos Sai Babas eran uno sólo, el santo le dijo "No te desanimes bajo ninguna circunstancia. Es por mi amor por ti que he venido. Ahora vámonos".

Como iban caminando, Chidambaram le rogó a su acompañante, a quien consideraba ahora como el Sai Baba que conocía y adoraba, que fuera con él hasta la casa de Sarati. Pero el santo no quiso hacerlo. Chidambaram escribe: "Lo observé pedaleando por la tranquila calle. En dos minutos tanto El como la bicicleta habían desaparecido por completo". El maestro de música, demasiado abrumado por la emoción, no podía montar la bicicleta así es que, dice "cargando mi bicicleta en una carreta me fui a casa".

Kamala me contó: "Estaba muy retrasado, y me estaba preguntando qué le habría pasado. Luego llegó en la carreta, y ¡en qué estado también! Pensé que estaba enfermo. Cuando pudo hablar coherentemente, me contó la experiencia. Desde entonces no ha tenido dudas, y está muy dedicado a Sai Baba".

Esta historia concierne al señor Radhakrishna de Kuppam, a quien Baba parece decidido a mantener en esta tierra el mayor tiempo posible. En 1960, siete años después de que lo levantaran de entre los "muertos", Radhakrishna se enfermó de nuevo y estaba sufriendo fuertes dolores.

Me dijo: "Una noche el médico me puso una inyección de morfina y me dormí. Pero parece que después me levanté y

vagué por los alrededores completamente inconsciente. No recuerdo nada de ello, pero debo haberme caído en el pozo cercano a la casa. El pozo estaba abierto, tenía más o menos tres metros de diámetro y unos quince metros de profundidad, con más o menos diez metros de agua. Los lados son de piedra lisa, y no hay repisa ni nada por el estilo de donde agarrarse o donde ponerse de pie".

Su hija, Vijaya, que se encontraba en Kuppam en ese entonces, continúa la historia con las notas de su diario.

"Mi madre se despertó alrededor de las 3 de la madrugada y vio que mi padre no estaba en su cama, y salió en su búsqueda.

Afuera lo llamó por su nombre, y en eso oyó una voz que le gritaba 'Estoy en el pozo'. Corrió y miró hacia abajo iluminándose con una linterna. Allí estaba. Parecía estar de pie en el agua, hasta la cintura, pero ella sabía que no había nada allí sobre lo cual se pudiera parar. Lo llamó pero él no contestó, simplemente se quedó allí en el agua.

"Corrió adentro y nos despertó a mis dos hermanos y a mí.

Salimos pero no sabíamos cómo sacarlo de allí. Había una losa en la boca del pozo con un espacio de cada lado, por uno de los cuales él debía haberse caído. Mi hermano mayor, Krishna Kumar, trató de alcanzar a mi padre desde la losa, pero estaba demasiado hondo. Debíamos haber estado haciendo mucho ruido porque el Jefe de Policía apareció de repente en la escena. Nos dijo después que él sólo pasaba por ahí camino del ferrocarril a su oficina cuando nos oyó. No era su ruta regular para ir a su casa, y no sabe por qué pasó por ahí. Incidentalmente, era amigo de la familia.

"Con cuerdas, una polea y una cesta finalmente pescaron a mi padre. No sé exactamente cómo, pues me había quedado un poco atrás fuera de la acción. Pero me pareció entonces que Krishna Kumar tenía una fuerza suprahumana para sacar a mi padre. Pero ahora creo que tuvo ayuda de una fuerza de abajo.

Bueno, usted sabe lo que quiero decir…

"Mi padre parecía estar medio inconsciente cuando lo sacaron. Lo llevaron a la casa y lo acostaron en su cama. Llamamos al médico. Entonces, mientras esperábamos, oímos a mi padre

que decía: '¿Cuándo te volveré a ver, Baba?', como si Sai Baba estuviera parado allí en la habitación. No hay duda de que lo estaba aunque no lo podíamos ver.

"Cuando vino el médico y hubo examinado a mi padre, no quería creer lo del pozo, pero el Jefe de Policía estaba allí todavía y confirmó nuestra increíble historia. El médico dijo que no había ningún shock y que de hecho el paciente estaba mucho mejor que antes de su contratiempo. No había necesidad de tratamiento ni de medicamento, dijo, sólo una taza de café bien fuerte, era todo lo que necesitaba papá".

Radhakrishna mismo me contó: "Sabía que esto era todo obra de Baba, eso de sostenerse en el agua, así es que el mismo día alquilé un automóvil y nos fuimos a Puttaparti. Tan pronto como llegamos, Baba nos saludó desde el balcón. Luego, riéndose, nos dijo: "¡Me duelen los hombros de estar sosteniéndote tanto tiempo anoche, Radhakrishna!" Temprano esa mañana Baba le había dicho a otros devotos que había estado "viajando" durante la noche para ayudar a Radhakrishna que tenía problemas.

¿Qué puede decirse de esto? ¿Estaba Baba en Kuppam en su forma sutil visto solamente por Radhakrishna en otro estado de conciencia? ¿Y estaba empleando su tremendo poder psicocinético, un atributo de la psiquis apenas vislumbrado por la parapsicología, para sostener el cuerpo de Radhakrishna por encima del nivel del agua del pozo?

Hoy día en la India en distintos lugares, frecuentemente opera una fuerza psicocinética en asociación con el nombre de Sai Baba. Su manifestación más usual es la producción de *vibhuti* en imágenes santas, principalmente en fotografias de Baba pero también en imágenes de dioses y avatares en la misma sala de oración. La ceniza puede estar pegada al cristal por fuera, o puede estar debajo del cristal de los retratos. Puede venir como una pequeña mancha que va creciendo gradualmente hasta que una capa como de escarcha cubre toda la imagen. O de otro modo puede aparecer de un solo golpe, prácticamente ahogando la imagen en un instante.

El doctor D.S. Chander, el cirujano dental de Bangalore, es

uno de los muchos que han experimentado este extraño fenómeno. Me dijo que de repente apareció *vibhuti* en todos los retratos en su sala de oración; más o menos un mes después, desapareció completamente. Se sintió incómodo por esa desaparición, como si quizás la gracia divina hubiera sido retirada porque había hecho algo malo o dejado de hacer algo que debía haber hecho.

Su esposa a menudo le asistía en las operaciones y él tenía la costumbre de tocar un timbre cuando la necesitaba para algo.

Una mañana cuando tocó el timbre, su esposa estaba colocando flores en la sala de oración. Todas las imágenes estaban claras, sin trazas de ceniza en ellas. Estaba segura de ello porque después de la repentina desaparición de la ceniza ella miraba siempre con esperanza de ver alguna señal de que podría estar regresando.

Dejando las flores, fue rápidamente a la sala de cirugía para ver lo que necesitaba su esposo, y cuando regresó pocos minutos después, todos los retratos en la sala de oración estaban de nuevo cubiertos de *vibhuti*. Corrió a decírselo a su esposo, y al pasar por el salón vio que allí también todas las fotos de Baba tenían manchas de ceniza.

La mayoría del *vibhuti* desapareció de nuevo después de un mes o dos. Pero quedó un poquito para alegrar al doctor y aún lo tenían cuando yo lo visité.

Mi esposa y yo hemos sido llevados a ver varias casas en varias ciudades donde tiene lugar este extraño fenómeno. Noté que cuando la ceniza está sobre el cristal se adhiere fuertemente a la superficie, aun cuando caiga un poco y se amontone en la parte inferior de los marcos.

Una señora en su casa nos dijo: "Primero apareció por fuera del cristal y unas personas dijeron que lo habíamos puesto allí nosotros mismos por propaganda o por algún otro motivo. Entonces empezó a formarse por debajo, entre el cristal y el retrato".

Examiné algunas de las imágenes en las cuales la ceniza estaba debajo del cristal. Los respaldos, en su mayoría, estaban fuertemente pegados y desde luego lucían como si no hubie-

ran sido tocados en mucho tiempo. Aparte de ello, estas personas y todos los demás que conocimos en relación con el fenómeno de la ceniza, no eran de los que se dedican a la impostura. Eran personas devotas y religiosas, llenas, nos parecía a nosotros, no de egoísmo y orgullo, sino de humildad, veneración y temor reverencial para con el benevolente poder que había dejado su marca en sus hogares.

En algunas casas aparecieron varios fenómenos además de la ceniza: otros polvos usados en la adoración ritualística, gotas de *amrita* (néctar de los dioses), diminutas estatuas de dioses hindúes, flores, y a veces guirnaldas colocadas alrededor de las imágenes.

La fuerza psicocinética dinámica asociada con el nombre de Sai Baba trabaja de otras increíbles maneras. He aquí un ejemplo. El señor K.E. Kulkarni de Poona, solía visitar el templo dedicado a Shirdi Baba en dicha ciudad todos los jueves. En una oportunidad llevó al templo unos panfletos y fotografías de Sathya Sai Baba. En el bolso tenía seis panfletos en hindi, seis en inglés y más o menos la misma cantidad de fotografías de Sathya Sai.

Empezó a distribuir éstos entre los devotos en el templo, lo que atrajo una multitud de más o menos cien personas. Todos querían los panfletos en hindi y las fotografías, aparentemente nadie leía inglés. Kulkarni empezó a distribuir los pocos que tenía y estaba a punto de decir pesaroso que traería más la próxima semana, para las personas para quienes no alcanzaban.

Entonces, al introducir la mano en el bolso para agarrar el último panfleto quedó de una pieza al notar que no estaba vacío sino medio lleno. Mirando, vio un gran paquete de panfletos en hindi y otro paquete de fotografías. Resultó que había exactamente el número necesario para darle a todo el mundo. Todos quedaron satisfechos y no quedó ni una sola copia del panfleto en hindi ni de la fotografía. Solamente quedaron en el bolso los seis panfletos en inglés. Estos no habían tenido demanda, y no se le había añadido milagrosamente ninguno.

Otros eventos psíquicos que han sido reportados aquí y allá incluyen escritura automática, y mensajes escritos, vistos por

clarividentes, en polvo de *rangoli* (polvo utilizado para hacer dibujos ornamentales) o en paredes o techos blancos. Estos mensajes se cree que son de Sai Baba. Las personas íntimamente relacionadas con esos fenómenos (por lo menos las que yo conocí personalmente) parecen sinceras y de mente elevada. Describen con entusiasmo cómo se usan los mensajes para ayudar a los enfermos, para dar enseñanza ética, para la acción y los hábitos, y para ayudar a la gente afligida en sus relaciones personales, sus trabajos, y así sucesivamente. De manera que el poder que obra parece ser un poder bueno y compasivo.

Pero hay, desde luego, un peligro en los fenómenos de comunicaciones. Por un lado, como saben los ocultistas, el plano astral inferior contiene cantidad de impostores, fingidores y aun peores, siempre listos para aprovechar una oportunidad para comunicarse con este mundo. Por lo tanto, fuerzas psíquicas, no tan buenas, no tan benevolentes, podrían fácilmente empezar a manifestarse bajo la guisa del gran hombre espiritual. De este modo, la gente podría ser engañada y descarriada. Y el resultado eventual sería el de desarrollar el orgullo, el egoísmo y los bajos deseos del hombre antes que sus más elevadas aspiraciones espirituales.

Hay indicios de que la codicia y el deseo de notoriedad ya se están agitando entre los seguidores, pues apareció un aviso en la revista del ashram bajo la dirección de Baba. El aviso decía: "Algunas personas hacen mal uso del nombre de Baba, y anuncian que Baba está en comunicación con ellos, dándoles mensajes, respondiendo a preguntas y otorgando entrevistas, con el objeto de ganar dinero o fama". El aviso sigue diciendo que tales fenómenos deben explicarse bien como manifestación de espíritus o como simples falsificaciones por maniáticos o bribones: "Es deber de los devotos poner coto a esas trampas con sabios consejos y una firme denegación".

Baba dice bien claro que los que reciben deben juzgar la autenticidad de cualquier suceso psíquico por sí mismos, pero que nunca deben usarlos como medios de atraer a las masas para propaganda, fama o dinero.

CAPÍTULO XV: DE LO MISMO, PERO DIFERENTE

En la noche de mi corazón a lo largo de un estrecho camino a tientas andaba, y ¡mira! de pronto la luz una tierra de infinita luz.

RUMI

Las personas cuyas experiencias han sido contadas en los capítulos anteriores son ciudadanos altamente respetables, muchos de los cuales ocupan importantes posiciones en la vida de la India moderna.

Pero la verdad que vienen a atestiguar es de difícil aceptación para la mente moderna, particularmente en el mundo occidental. No es sólo que sus testimonios revelan más cosas del cielo y de la tierra que las que conoce la filosofía materialista tan ampliamente aceptada, sino que estas cosas frecuentemente parecen contradecir las leyes de la ciencia y de la experiencia corriente como nosotros las entendemos. Dicho de manera más específica, dicen que hay en la India un hombre que puede tomar objetos, muchos tipos de objetos, de la "nada"; no es que parece tomarlos como un prestidigitador en el escenario, sino que realmente lo hace; y que está haciendo este tipo de cosas a diario, dondequiera que se encuentre. Atestiguan además que este hombre puede leer la mente, no solamente cuando se está cerca de El, sino que puede estar con usted dondequiera

que se encuentre, sabiendo lo que está pensando, haciendo y planeando hacer;

que puede estar cerca invisiblemente o tomar alguna forma apropiada a fin de estar allí, para guiar, proteger y enseñar. Además, ese testimonio afirma que puede ver el futuro, realizar operaciones quirúrgicas con instrumentos "materializados", curar muchas enfermedades mortales por medios milagrosos y —muy por encima de todo lo demás— llevar a sus devotos hacia la meta espiritual de la vida.

Millones de hombres creen, o quizás crean a medias, en tales fenómenos con relación a Cristo y Krishna. "Pero", podría decir el lector, "esto sucedió hace tanto tiempo. Esta es la edad de la ciencia, no de los milagros. ¿Usted me pide que crea que un hombre viviente está haciendo tales cosas ahora, y que las ha estado haciendo constantemente durante los últimos veinticinco años?" Mis testigos no le piden a nadie que crea nada, simplemente afirman lo que han visto y conocido. Y yo mismo, que estaba condicionado por el escéptico clima mental de la época moderna, no pienso ni espero que el que tenga dudas acepte esas cosas a menos que como Santo Tomás, vea, oiga y sienta él mismo.

Sin embargo, hay millones que nunca tendrán la buena fortuna de sentarse físicamente a los pies de Sai Baba, sea en Prashanti Nilayam o en cualquier otro lugar en que El se encuentre en los años venideros. Por lo tanto, para esos otros muchos que pueden creer aunque no hayan visto, y cuya fe y esperanza y comprensión puedan beneficiarse con ello, aporto nuevos testigos. Entre aquéllos cuyas historias se relatan en los capítulos siguientes hay conocidos hombres de ciencia, de negocios y de gobierno. Son unos pocos de los muchos devotos conocidos por grandes sectores del público en la India y fuera de ella. A sus vidas ha entrado el mismo milagroso poder de Sai Baba, pero para cada uno de ellos su manifestación es diferente, única.

Una tarde estábamos sentados mi esposa y yo en una habitación en Madrás hablando con una mujer que venía del norte de la India, camino de Prashanti Nilayam, para asistir al festi-

val de Sivaratri. Ella conoce a Sai Baba desde fines de la década de los 40, y es una de sus más fieles, puras y sinceras devotas. No me ha autorizado a usar su nombre, así es que la llamaré la señora B. Entre otras personas que estaban en la habitación ese día estaba el doctor C.T.K. Chari, Profesor de Filosofía en el Madrás Christian College, miembro de la Sociedad para Investigaciones Psíquicas de Londres, cuyo nombre es muy conocido en círculos parapsicológicos en todo el mundo. Persuadimos a la señora B. para que nos contara algunas de sus milagrosas experiencias con Sai Baba, y reproduzco aquí dos o tres de ellas.

Contó que en 1952, su hijo, Jawahar, que tenía entonces más o menos 5 años, contrajo una enfermedad que le provocó una alta fiebre y delirio. Su esposo, que es médico, estaba ausente y ella llamó a otro doctor. Primero, éste pensó que era malaria y así trató al niño. Pero al sexto día de fiebre alta, el doctor decidió que se había equivocado en su diagnóstico. Pensó ahora que era tifoidea; al día siguiente haría un análisis de sangre para cerciorarse.

La señora B. tenía ya varios años como devota de Sai Baba.

Lo había visto realizar milagros, pero aunque le rezaba a menudo como a su *Sadgurú* (verdadero Maestro), no estaba todavía segura del alcance de sus poderes, y quería "probarlo". Ahora, muy preocupada por la salud de su hijo, empezó a orar fervientemente a Baba, pidiéndole su valiosa ayuda.

Después de un cierto tiempo, notando que Jawahar lucía algo mejor, le tomó la temperatura y encontró que había bajado varios grados. Además, ya no deliraba. ¿Había sido respondida su plegaria? o ¿había ocurrido esto naturalmente? Deseaba saberlo, pero, ¿cómo? Luego, pensando que Baba le ayudaría en sus dudas y cuestiones, ideó una manera de probar el asunto.

Mentalmente le habló a Baba: "Si su temperatura está exactamente en 37 grados, mañana por la mañana, creeré que es obra tuya". A la mañana siguiente tomó la temperatura y la encontró exactamente en 37 grados. Cuando el médico vino más tarde en la mañana, declaró que el niño estaba perfectamente

bien y que no había ninguna necesidad de hacer el análisis de sangre que había planeado.

La señora B. se enteró algún tiempo después, de que la noche en que ella estaba rezándole fervientemente, Sai Baba estaba en el Palacio de Venkatagiri. Estaba sentado con un grupo de devotos cuando de pronto entró en trance. Después de un rato volvió a su cuerpo y les dijo a los presentes, entre ellos el Kumararaja (Príncipe) de Venkatagiri, que una devota (nombrando a la señora B.) había tenido problemas, ya que su hijo estaba enfermo y que El (Baba) había ido a ayudarle. "Ahora Jawahar está de nuevo bien", dijo Baba.

El Kumararaja sentía curiosidad por ver a este niño a quien Baba había "volado" a ayudar, y algunas semanas después, cuando la señora B., el niño Jawahar y el príncipe visitaban juntos Puttaparti, Baba pudo satisfacerle su curiosidad.

Algunos años después el mismo niño fue víctima de un accidente, en el cual resultó con muchas heridas, que le provocaron fiebre séptica y de nuevo, justamente cuando su padre se encontraba ausente. Era difícil para la madre obtener los medicamentos que necesitaban con urgencia. Sus oraciones a Sai Baba esta vez parecen haber obrado milagrosamente por encima de las circunstancias, permitiéndole obtener lo requerido, y el muchacho se recuperó rápidamente. De nuevo pensó que podría ser una coincidencia, hasta que recibió noticias de su hermana Lilli en el sur.

La señora B., que vivía todavía a cientos de kilómetros en el Norte, no le había escrito a Lilli, ni a nadie más, acerca del accidente del niño. Sin embargo, no mucho tiempo después, encontrándose en Puttaparti, Lilli escuchó la historia de los labios de Sai Baba mismo. El le contó todos los detalles del accidente, diciéndole que había estado allí. Sus palabras sugerían que habían sido la sinceridad y las fervorosas plegarias de la señora B., las que habían forjado el lazo y traído la ayuda oportuna. Así es que a pesar de que la mente de la señora B. solía dudar y cuestionar las cosas, a niveles más profundos, su fe y devoción eran realmente muy fuertes.

Cuando terminó la señora B. de contarnos sus historias, el

doctor Chari observó que la había oído relatar estos eventos supranormales muy poco después de ocurridos y más tarde varias veces a otras personas diferentes. La conoce desde hace muchos años. Sus narraciones, dijo, no habían variado en detalle alguno desde el primer relato; no había hecho ninguna adición, ni adorno, lo cual él, hablando como un experimentado investigador de fenómenos psíquicos, declaró notable.

"¿Ella es una testigo de primera clase", me aseguró.

"¿Ha visto usted mismo a Baba materializando algo?", le pregunté.

"Sí, *vibhuti*, en varias ocasiones", contestó, y añadió: "Le autorizo a utilizar mi nombre si le es de algún valor".

A lo que un irónico caballero en el grupo bromeó: "Por esto le van a echar de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas".

El doctor D.K. Banerjee es doctor en ciencias y profesor de química orgánica en el Instituto de Ciencias de la India en Bangalore. Su esposa es hija de un profesor de física. Ambos son bengalíes, y ambos fueron criados sin ninguna religión formal.

Mi esposa y yo los visitamos una tarde en su casa en los agradables jardines del Instituto y los encontramos muy dispuestos a hablar de sus experiencias milagrosas con Sai Baba. De hecho no hablamos de más nada durante casi cuatro horas, mientras venía y se iba la hora del té, se hundía el sol en el horizonte, y la noche caía en los céspedes y jardines.

El doctor Banerjee me contó que había sido educado en base a la filosofía vedanta. Esta no hace una religión de la ciencia, pero sí toma una actitud científica hacia la religión. En todo caso no predispone la mente hacia cosas tales como milagros o la idea de la encarnación divina. Sin embargo, el doctor Banerjee admite que tenía un héroe espiritual. Era su tío, Soham Swami, que se hizo famoso como santo de una tremenda fuerza física que solía luchar con tigres salvajes. Más adelante cuando joven, Banerjee leyó algunos de los libros espirituales de su tío. No obstante, él aun era vedanta y científico muy cuidadoso cuando oyó hablar de Sai Baba por primera vez.

En noviembre de 1961, más que todo por curiosidad, visitó Puttaparti. Después de todo, cuando un científico oye repetida-

mente hablar de cosas que parecen burlar las leyes de la física y de la química, debe tomarse el trabajo de investigarlas por sí mismo. Con el doctor Banerjee en esa primera ocasión iba el profesor Iyer del mismo departamento del Instituto, que es oficial de las Fuerzas Aéreas de la India y además, campeón de paracaidismo.

Las inexplicables experiencias que tuvo el doctor entonces y en muchos contactos subsiguientes con Baba cubren una serie de distintos tipos de fenómenos milagrosos, tales como visiones, curaciones, la producción de artículos de una dimensión invisible, y la conversión de un objeto en otro delante de los ojos del observador. Al relatar aquí algunas de sus muchas experiencias las he arreglado en grupos aunque en cierta medida se entremezclan.

La primera de las extrañas visiones del doctor Banerjee tuvo que ver con el Señor Krishna. Aunque millones de indios adoran a Krishna como una encarnación divina, Banerjee siempre lo había considerado como un sibarita, un niño bonito. Era su costumbre llamar a cualquier libertino que conociera un "Krishna del Kali Yuga".

Mientras se encontraba sentado en una habitación con Baba en su primera visita al ashram, Banerjee vio la cara de Baba transfigurándose en la cara del Señor Krishna. Esto ocurrió tres veces, durante poco tiempo cada vez. Estaba perplejo. Pero faltaba más por venir.

Aunque el sobrino de Swami Soham no lucha con tigres, se mantiene físicamente en forma. Todos los días temprano hace ejercicio en los parques por los alrededores de su casa. Hacia las cinco de la mañana después de su regreso de Puttaparti, mientras hacía sus ejercicios en el césped, tuvo de pronto una visión de Krishna. La pequeña figura azul oscuro pareció venir hacia Banerjee y fundirse completamente en él. Durante varios días Banerjee sintió como si estuviera "poseído" por aquél a quien siempre había considerado como el prototipo del cala-

vera. Pero esto no lo hizo sentirse como el señor Hyde[1]. De hecho el efecto fue completamente opuesto. Parecía lograr un completo y absoluto control de sus sentidos y deseos. Fue la experiencia interna más maravillosa que haya conocido jamás. "Me hizo sentirme como un rey", me dijo.

En este elevado estado hizo otro viaje al ashram para contárselo a Baba, y tratar de averiguar lo que estaba sucediendo. Baba sólo sonrió y no dijo nada; luego colocó una mano en la cabeza de Banerjee y la otra en su espalda en la región lumbar, sosteniéndolas allí un rato. Después de esto la obsesión desapareció y el profesor volvió a la normalidad.

Pero la experiencia le hizo darse cuenta a Banerjee de cuán equivocado había estado acerca del carácter y significación del Señor Krishna —el divino pastor, el gran rey y estadista, el "Eterno Conductor"— que dijo las palabras doradas del *Bhagavad Gita* (importante poema épico de la India) a Arjuna, y a toda la humanidad. Baba le había dado a su nuevo devoto una importante lección en la comprensión de Dios.

La segunda visión, también una transfiguración, está mezclada con un fenómeno de materialización. Tuvo lugar en Brindavan, en Whitefield, donde el señor Banerjee y su familia habían ido a ver a Baba. De repente, mientras el doctor, sentado en la sala, miraba la singular cabeza de Baba, ésta se transformó en la cabeza de Shiva con las aguas del Ganges cayéndole en el pelo despeinado. Nuevamente fue sólo una visión momentánea. Más tarde Baba produjo un medallón y, sosteniéndolo en la palma de su mano, se lo mostró al hijo de Banerjee, preguntándole: "¿Qué es esto?". "Parece ser Shiva", contestó el muchacho. Baba no dijo nada, pero después de un rato volvió a mostrárselo y le hizo la misma pregunta. Esta vez el muchacho contestó, "Luce como Baba de Shirdi". El padre se molestó porque su hijo aparentemente no sabía distinguir entre la forma de Shiva y la de Shirdi Baba.

[1] Alusión al Dr. Jekyll y al Sr. Hyde de la novela de Robert Louis Stevenson "El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde".

Sathya Sai Baba le dio el medallón al muchacho, y cuando más tarde el doctor Banerjee lo examinó, observó que tenía una imagen de Shirdi Baba de un lado, y del otro la ilustración de Shiva con el pelo enredado sobre el cual caían las aguas del Ganges, exactamente igual a la transfiguración que él acababa de presenciar.

Las materializaciones empezaron en la primera visita de Banerjee. Aparte del *vibhuti* producido para todo el grupo, Baba tomó del aire una medalla de oro para el doctor Banerjee. El profesor nos la mostró a mi esposa y a mí cuando lo visitamos. De un lado aparece Shirdi Baba con "Shree Sai Baba" escrito en sánscrito, y del otro hay una mano abierta con la palabra "Om" en sánscrito junto con la inscripción "Abhayam" en escritura telugu y tamil que significa: "Cuando estoy aquí, ¿por qué has de temer?" Sin embargo, para los escépticos en busca de trucos de mano, quizás el fenómeno más representativo sea el que vio el doctor Banerjee poco después de conocer a Sai Baba. En esa época él aún era un poco incrédulo, no estando muy seguro de si las producciones eran hábiles trucos de magia o genuinos milagros.

En esa oportunidad, además de Banerjee, había dos damas y tres niños presentes. Baba movió el aire de la manera usual, giró la mano, y la abrió para mostrar la ceniza que cubría su palma como una fina capa de polvo. Entonces, ante los ojos expectantes, manteniendo la palma vuelta hacia arriba, pasó un dedo por la ceniza esparcida. Al hacerlo aparecieron en su palma cinco grandes dulces redondos, uno para cada persona presente. El profesor dijo que estos confites eran hechos principalmente de queso, y pertenecían a un tipo de dulce que no se conoce mucho en la India ya que se consigue en ciertas partes de Bengala, el propio estado de los Banerjee.

La señora Banerjee, dice su esposo, es "el factotum" en la casa. Sus capacidades prácticas van desde clavar un clavo hasta reparar un motor de combustión interna. Ha sido criada sin religión formal y jamás había abierto un libro sobre temas espirituales hasta que conoció a Sai Baba.

En su primera entrevista Baba la bendijo colocando su mano

encima de la cabeza de ella. Después su esposo vio cubierta de *vibhuti* la raya de su pelo. Extrañado, a los pocos días, vio a su esposa leyendo libros que contienen los discursos de Baba y más tarde, otros libros espirituales también.

Algún tiempo después Baba hizo una observación acerca de este nuevo interés en la lectura y de nuevo la bendijo. Al hacerlo esta vez colocó su mano un poco más arriba y los presentes vieron caer una lluvia de *vibhuti* de la misma hasta cubrir toda la corona de su cabeza. Su interés en las escrituras espirituales se hizo más fuerte, se profundizó, y al igual que su esposo ha llegado a ser una íntima devota de Sai Baba.

El doctor Banerjee me contó tres curas milagrosas con las cuales ha estado conectado personalmente. La primera, que le concierne a él mismo, fue de las menores pero siempre asombrosa. Al viajar en tren a Penukonda, camino a Prashanti Nilayam, se había agarrado el dedo meñique con la ventanilla del vagón. Lo tenía negro e hinchado y muy dolorido.

Después de llegar al ashram, estaba sentado con otras personas delante de la sala de oración esperando ver a Baba. Al rato apareció la conmovedora figura caminando a su manera acostumbrada, por el estrecho sendero entre la gente sentada. Banerjee estaba en primera fila, y cuando Baba llegó a este punto, se paró. Pero en lugar de mirar a Banerjee, se volvió de espaldas e inclinándose, habló con alguien que estaba en la fila opuesta. Al inclinarse, el borde posterior de su túnica tocó y cubrió las manos del doctor que descansaban delante de El sentado en el piso.

Después de un rato Baba siguió su camino sin decirle una palabra a Banerjee.

Poco después el doctor se dio cuenta de que el punzante dolor en su dedo casi había desaparecido. Mirándolo, vio con asombro que todo lo negro y la hinchazón había desaparecido por completo. El dedo lastimado estaba completamente normal:

curado por el toque de la túnica del Maestro.

Otra cura concierne al campeón de paracaidismo, que acompañó al doctor Banerjee en su primera visita a Prashanti Nilayam en 1961. Este oficial de las Fuerzas Aéreas sufría desde

hacía mucho tiempo de una enfermedad, y por este motivo, no había podido tener hijos en su matrimonio.

Baba produjo un poco de *vibhuti* y se lo dio al oficial para que lo tomara diciéndole que se curaría y tendría un hijo saludable. Sea por el *vibhuti* o la presencia y voluntad del gran médico o ambas combinadas, lo imposible ocurrió. La enfermedad "incurable" fue curada —y como había prometido Baba— más tarde tuvo un hijo muy saludable.

La tercera cura es igualmente "anticientífica", pero el científico de Bangalore la cuenta sin pestañear siquiera, de hecho, con manifiesto deleite. El hijo de un amigo, un acaudalado fabricante de productos químicos, sufría de asma. Por lo menos parecía ser asma para el médico de la familia.

Pero cuando el doctor Banerjee se llevó al muchacho a Prashanti Nilayam a la presencia de Sai Baba, éste observó que no era asma sino un defecto en la estructura ósea que causaba la dificultad en la respiración. Luego, Baba movió de nuevo la mano mágica y trajo de los Almacenes Sai, como El a veces llama a su misteriosa fuente de suministro, un medallón de oro con la imagen de Shirdi Sai Baba y dijo que el muchacho debía llevarlo como talismán alrededor de su cuello, y que no habría más problema respiratorio. A partir de ese día Banerjee dijo, el muchacho no tuvo más señales del "asma". Después de un tiempo el medallón empezó a soltarse de su cadena, y cuando Baba fue informado de ello, dijo que ya había servido su propósito y que ya no era necesario llevarlo; podría guardarlo en una caja.

Cuando un científico tiene repetidas experiencias, durante un número de años, de fenómenos que están fuera de las leyes y teorías de la ciencia moderna, ¿qué debe hacer? ¿Volverles la espalda, haciendo signos despectivos para protegerse a sí mismo, o admitir que la ciencia sólo ha recogido unos pocos guijarros y conchitas al borde del vasto océano inexplorado de lo desconocido?

El doctor Banerjee, al igual que algunos de los más grandes de sus hermanos científicos, ha tomado la segunda solución. Es ahora devoto seguidor de Sai Baba y no pierde una opor-

tunidad de viajar, a menudo en su propia motoneta, por los ciento sesenta kilómetros hasta Puttaparti o los veinticinco kilómetros hasta Whitefield cuando Baba está allí.

En estos lugares y en su propia casa, que a veces Baba visita para comer o charlar, el viejo vedanta a menudo oye, con deleite, de los labios de Sai Baba lo que él describe como "la esencia de la filosofía vedanta".

El doctor Y.J. Rao, Jefe del Departamento de Geología de la Universidad de Osmania, Hyderabad, era la persona apropiada para presenciar la transmutación de una roca sólida en otra sustancia, con una valiosa lección espiritual por añadidura.

Un día en Puttaparti, Baba recogió un pedazo de granito partido y, dándoselo al doctor Rao, le preguntó qué contenía. El geólogo mencionó algunos de los minerales de la roca.

"No me refiero a éstos, sino a algo más profundo", dijo Baba.

"Bueno… moléculas, átomos, electrones, protones…", respondió el doctor Rao.

"No, no ¡más profundo todavía!", insistió Baba.

"No sé, Swami", fue la respuesta.

Baba agarró el pedazo de granito de la mano del geólogo, y sosteniéndolo en el aire con sus dedos, sopló en él. No estuvo ni un momento fuera de la vista del doctor Rao, sin embargo, cuando Baba se lo devolvió su forma había cambiado completamente.

En lugar de ser un pedazo irregular era una estatua del Señor Krishna tocando su flauta. El geólogo también notó una diferencia en el color y un leve cambio en la estructura de la sustancia.

"¿Ve usted? Más allá de sus moléculas y átomos, Dios está en la roca. Y Dios es dulzura y alegría. Rompa el pie y pruébelo", dijo Baba.

El doctor Rao no tuvo dificultad alguna en romper el pie de "granito" de la estatuilla. Poniéndolo en su boca como le dijo Baba, encontró que era azúcar candi. El resto de la estatua, creada en un instante del pedazo de granito, estaba ahora hecha de azúcar candi.

De esto el doctor Rao aprendió, dice, algo más allá de las pa-

labras y mucho más allá de la ciencia moderna; de hecho, más allá de los límites de la mente racional de los hombres de hoy día. Era lo suficientemente grande como científico y hombre para darse cuenta de que la ciencia da apenas la primera palabra:

la última la conoce solamente el Gran Científico Espiritual.

El rajá de Venkatagiri es un príncipe de la vieja escuela. Educado en Inglaterra, alterna en los círculos sociales internacionales, caza presas grandes y juega polo. Tiene un palacio en Venkatagiri en su viejo Estado real y otro en la ciudad de Madrás. Es un hombre de fuerte constitución, con un porte principesco, y las maneras y el habla de un caballero inglés. Pero en asuntos religiosos tiene la reputación de ser un hindú muy ortodoxo, y su esposa, la Rani, esta todavía en *purdah*.[2] Me he encontrado con el rajá en varias reuniones de Sai Baba, y él nos ha visitado en nuestra residencia en Adyar para contarme sus extrañas y maravillosas experiencias con Sai Baba.

Creo que su razón al hacer esto era para que yo estuviera orientado correctamente, desde su punto de vista, en relación con los milagros. A través de los años, él y los miembros de su familia han experimentado muchos de éstos. He aquí algunos ejemplos.

El segundo hijo del rajá formaba parte de un grupo que iba en una oportunidad en automóvil desde Madrás hasta Puttaparti.

No lejos de Chittoor en Andhra Pradesh pararon para hacer un picnic al borde de la carretera.

Después de que hubieron comido el plato principal, Baba preguntó qué frutas querían para postre. Resultó un grupo muy difícil; uno pidió un mango, otro una manzana, un tercero, una naranja, y el cuarto, una jugosa pera.

"Los encontrarán todos en ese árbol", dijo Baba señalando

[2] Palabra derivada del hindi 'parda' que significa literalmente 'velo'. Reclusión de las mujeres de la observación pública entre musulmanes y ciertos hindúes especialmente en la India.

un árbol que crecía allí.

Llenos de expectación, porque sabían que todo era posible con Baba, corrieron hacia allí. Y de una rama de dicho árbol colgaban las frutas que habían mencionado: un mango, una manzana, una naranja y una pera. Los arrancaron y declararon que los sabores eran excepcionalmente buenos.

Una vez en Puttaparti, antes de que se estableciera el hospital, había un visitante que sufría de apendicitis aguda. No había ningún cirujano por los alrededores. Uno de los hijos del rajá se encontraba entre la docena de personas presentes cuando Baba sacudió su mano, materializó un bisturí y entró a la habitación donde el paciente estaba gimiendo.

No había nadie en la habitación para ver a Baba realizar la operación, pero les mostró el apéndice que había sido sacado y la incisión que ya había sanado dejando una pequeña cicatriz. Como de costumbre había usado *vibhuti* y el poder divino que éste representa como anestésico y cura instantánea de las heridas quirúrgicas.

El rajá mismo ha visto bastantes milagros divinos. Uno que le impresionó mucho tuvo lugar en Venkatagiri en 1950, poco después de que conocieron a Sai Baba. Era una de las primeras visitas que el joven Swami de veinticuatro años hacía a Venkatagiri.

Un grupo de veinte a treinta personas dejaron el palacio en una flota de automóviles para dar un paseo por el campo. Baba, que no había estado nunca antes en la región, le pidió al rajá que se detuviera en cualquier montón de arena que viera. Pocos kilómetros más adelante, llegaron al lecho seco de un río. Pararon ahí, y todos se sentaron en la arena alrededor del joven Swami.

Después de hablar un rato, arremangó su túnica hasta el codo y metió el brazo profundamente en la arena delante de él. "Entonces", me contó el rajá, "todos oímos un extraño sonido como de sierra ; por lo menos eso era lo que parecía. Le pregunté a Baba qué era ese sonido, y respondió enigmáticamente que las mercancías estaban siendo manufacturadas en Kailas".

Kailas, incidentalmente, es la morada de Shiva, el Dios aso-

ciado con el yoga, los poderes yóguicos y la gracia divina conferida a los mortales. Muchos de los discípulos de Sai Baba creen que Baba mismo es una encarnación del aspecto Shiva-Shakti[3] de la divinidad.

Al retirar el joven hombre-Dios su brazo de la arena se vio un gran destello de luz azul que se extendió en un círculo de más o menos seis metros de diámetro. Luego todos vieron que Baba tenía en la mano un objeto de más o menos veinte centímetros de altura y hecho de espato blanco puro. Resultó ser una estatua de Rama, uno de los avatares (encarnación divina) junto con su consorte Sita. Después de que todo el mundo hubiera admirado este "regalo desde Kailas", Baba se la dio a la velada Rani de Venkatagiri, diciéndole que la envolviera en seda y la dejara así cubierta hasta el día siguiente.

Cuando fue desenvuelta a la mañana siguiente, la piedra blanca se había tornado azul. La estatuilla está ahora en la sala de oración del rajá, todavía del color, dice, de la luz azul que salió disparada en el momento en que la estatuilla fue sacada de la arena.

El rajá, al igual que otros tantos indios, ha visto producir fenómenos milagrosos aquí y allá mediante la magia ceremonial, o las artes tántricas u otras artes ocultas.

"Pero", dijo enfáticamente, "los milagros de Sai Baba son de un nivel enteramente diferente, y la palabra 'milagro' es realmente inadecuada. Puede producir confusión para algunas personas".

"¿Qué otra palabra podría usarse?", pregunté.

"No lo sé, pero usted debe por lo menos llamarlos 'milagros divinos'", me contestó.

Al igual que otros devotos íntimos, el rajá y su familia consideran a Sai Baba un avatar de la divinidad.

El doctor A. Ranga Rao, miembro de sobresalientes asocia-

[3] Los dos aspectos de la Suprema Realidad: Shiva la Realidad Trascendental y Shakti la Madre Naturaleza. Ellos son uno exactamente como el fuego y la acción de arder son uno.

ciones médicas internacionales, es uno de los más importantes cirujanos oftalmólogos de Madrás. Durante varios años, al inicio de su carrera, servía como médico general, y le perseguía el sueño de llegar a ser algún día cirujano de renombre.

El cree que el cumplimiento de este sueño tuvo su comienzo un día en el que fue a atender a un viejo que era devoto de Sai Baba de Shirdi, que había visto a Shirdi Baba en persona y había construido un templo dedicado a El. El médico quedó tan afectado por la santidad y devoción de este anciano que comenzó a rezarle al Señor Shirdi Sai, y se hizo devoto suyo.

A partir de ese día Sai Baba permaneció en su corazón. "Al pasar los años", me dijo, "Sai Baba se adentró más y más en mí.

Yo caminaba por la vida con una cara sonriente. En 1954, me ofrecieron ir a la Universidad de Iowa, en los Estados Unidos de América, para seguir estudios superiores. Por su gracia pude calificar para los grados y regresé hecho un cirujano clase A. Empecé a practicar como cirujano ocular en Bhimavaram mismo".

Un día una mujer fue a su clínica quejándose de una disminución de la visión. Sufría de cataratas, con los factores de reumatismo e iritis para complicar. El cirujano le dijo a ella y a sus familiares que no era un caso que podía operarse. Entonces ella dijo: "Soy devota de Sathya Sai Baba de Puttaparti. Me indicó que viniera a Bhimavaram, diciendo: 'En Bhimavaram hay un cirujano de la vista que ha sido devoto mío por muchos años. Ve a verlo y dile que quiero que te opere. El lo hará, y te devolverá la vista.'" Baba siguió diciéndole exactamente quien era ese devoto, indicando de ese modo que El conocía los detalles del pasado del doctor Ranga Rao.

El doctor se quedó perplejo y asombrado. La mujer le dijo que Sathya Sai era una reencarnación de Shirdi Sai y, por las palabras que Baba le había dicho a ella, Ranga Rao sintió que tenía fe en esta afirmación. En contra de su opinión personal llevó a cabo la operación. Esta tuvo éxito y la señora recobró la vista inmediatamente.

El cirujano quería ir rápidamente a Puttaparti, ver a esa dei-

dad en forma humana y postrarse a sus pies. Algunos meses más tarde tuvo la oportunidad de mudarse a Madrás y comenzar allí a practicar como cirujano ocular. A los pocos días de haberse instalado se enteró de que Sathya Sai Baba estaba de visita en la ciudad y se hospedaba en el 3, Calle Surya Rao (la casa de Venkatamuni). Fue allí, pero se desanimó al ver la enorme multitud.

Luego un joven desconocido (era Ishwara, el hijo mayor de la casa) se le acercó: "¿Es usted el doctor Ranga Rao? Baba quiere que usted entre con su familia. Está en el primer piso".

Con el pulso acelerado el doctor subió las escaleras e inmediatamente cayó a los pies de Baba. La pequeña figura vestida con una túnica color azafrán le dio palmaditas en la espalda y lo hizo levantarse.

"Doctor", le dijo Baba, "he estado contigo y tú has estado conmigo durante siglos. Yo soy quien te ha traído a Madrás. Estoy siempre contigo. Ya no tienes por qué preocuparte…" Fue, dice el doctor, una "experiencia para conmover el alma" que lo hizo feliz fuera de todo lo decible.

A partir de entonces el cirujano tuvo muchas experiencias curiosas en su clínica. A veces parecía como si su mano fuera guiada cuando estaba realizando operaciones difíciles. Si el paciente era un devoto que Baba había enviado, él (el paciente) a veces veía a Baba mismo allí. Uno dijo mientras Ranga Rao estaba operando, "¡Baba! Tú has venido. Veo tu cara. Tus dedos se están moviendo. Estás haciendo la operación Tú mismo".

Al mismo tiempo el cirujano sentía un fenómeno curioso, como si otros dedos se estuvieran moviendo dentro de los suyos, haciendo todo el trabajo. "Terminó en unos pocos minutos… era un milagro. Mi ego se esfumó", dice el doctor, "me arrodillé ante el Hacedor de todas las cosas. De corazón yo lloraba porque no podía ver la cara y túnica del Señor tan claramente como mi paciente".

Pero más tarde el doctor Ranga Rao pudo ver, a la vez que sentir, la presencia del cirujano de los cirujanos. Dejemos que lo cuente en sus propias palabras.

"Baba le indicó a otro paciente, Chaganlal de *Shanti* Kuteer,

que viniera a mí para una operación de cataratas… Había fijado la hora también: a las 10.30 de la mañana. Muchos cirujanos, yo inclusive, habíamos rehusado operar a este mismo paciente. Era un caso muy complicado. Su presión arterial llegaba hasta 200;

su corazón estaba muy dilatado; tenía fuerte diabetes; tenía cirrosis; tenía hernias en ambos lados; de tal modo que un cirujano que cuidara su nombre cerraría su clínica antes que operar a este paciente. Pero… fue admitido. Se estaban haciendo los preparativos en el quirófano. Yo estaba en mi oficina, nervioso, triste, temeroso por la posible pérdida del paciente y de mi reputación.

"De repente sentí que Baba me agarraba de la mano y me pedía que subiera con El a la sala de cirugía. Le seguí, viendo claramente su túnica azafrán deslizándose suavemente por las escaleras delante de mí. Me lavé y cepillé las manos de la manera rutinaria; me puse la bata y los guantes. El paciente estaba en la mesa.

"Pero su presión arterial subió. Su corazón palpitaba. Estaba sofocado. Parecía como si fuera a morir sobre la mesa de operación misma. Nunca antes se había apoderado tal temor de mí.

Me sentía impotente. Grité, ¡Sai Ram, Sai Ram! Mis asistentes también se unieron al coro —¡Sai Ram, Sai Ram! (Este es un mantra que usan muchos devotos de Sai Baba). El paciente también repetía ¡Sai Ram, Sai Ram!

"Para asombro de todos los presentes en el quirófano, y para sorpresa mía, la bata blanca que yo llevaba se tornó color azafrán. Mis dedos enguantados ya no eran los míos. Sai, el poderoso cirujano, se había manifestado en mí, y estaba realizando la operación. En pocos segundos estuvo terminada, los toques finales fueron dados por la mano del Maestro y éste se fue. La bata del cirujano de nuevo se tornó blanca. Era exactamente el mismo momento en que Baba informaba a los devotos a su alrededor en Prashanti Nilayam: '¡La operación de Chaganlal ya ha terminado!'"

CAPÍTULO XVI: UNA PALABRA DESDE OCCIDENTE

Cuando a tu amor una lámpara encendemos, Nuestro ser interior se ilumina, Y de esta interna luz tan brillante, Un poco de humo al cielo elevamos.

IRAQI, POETA MISTICO PERSA

Peregrinos en la búsqueda espiritual de todas las partes del globo han encontrado el camino hacia la "Morada de la Paz Eterna" escondida entre las montañas salvajes. Algunos pudieron hacer sólo una visita rápida; Baba los ha llenado de asombro y de felicidad, y casi siempre supo encontrar el camino hasta los recónditos rincones de sus corazones. Otros han podido quedarse durante meses con el hombre del poder y el amor, y así han sufrido un cambio profundísimo; sus vidas ya no son las mismas.

Con los años, lo que al comienzo era apenas un goteo se ha transformado en una corriente continua. Esta corriente está alimentada desde América (con énfasis en California), Australia, Europa, Africa, el Lejano Oriente y el Suroeste de Asia. La gente, como regla general, no viene desde tan lejos meramente por curiosidad. Viene con grandes problemas, o buscando el camino de la iluminación. Viene con esperanzas y por lo menos un poquito de fe, o no estaría allí.

¿Quién será capaz de describir la luz interna una vez que

el amor de Baba haya encendido su lámpara personal? Pues, como dice el viejo poeta persa, cuando "el interior del ser del hombre se ilumina", todo lo que apenas puede expresar son unas pocas señales de humo. Estas, elevándose hacia el cielo, dicen un poco —sólo un poco— de la historia. Representan los límites de la comunicación verbal. Y así las "volutas de humo", las historias, las experiencias que relatan, usualmente se refieren a los milagros externos, y apenas tocan el grande e iluminador milagro interno.

Pero es interesante saber algo acerca de las reacciones de aquellos occidentales que han sido criados con horizontes espirituales más estrechos que los del hinduismo o de Sai Baba en particular.

Aquí puedo mencionar sólo a unos pocos que conozco personalmente, y que han pasado un tiempo bastante largo con Sai Baba.

Antes, en el libro, hablé de la señorita Gabriela Steyer que vivía en el ashram cuando conocí a Swami. Se quedó allí durante muchos meses, y cuando visité Prashanti Nilayam por primera vez ella me contó muchos de los maravillosos milagros que había presenciado personalmente. Había tenido una rica experiencia de estas señales externas de su poder y gracia. Pero, como siempre, el factor más importante era el amor de Baba: éste era el imán que la retenía mes tras mes a pesar de las incomodidades y austeridades de la vida en el ashram. Gabriela tuvo finalmente que partir de ahí y regresar a su país y a su profesión. Pero dudo de que su vida pudiera ser de nuevo la misma después de haber sido iluminada por la Gran Llama. Había muchas señales externas de la luz interna.

Otras dos personas que conocimos en los primeros tiempos después de conocer a Baba y que desde entonces han llegado a ser nuestros íntimos amigos son Bob y Markell Raymer de Pacific Palisades, California. Bob, un piloto de aviación, es aquel americano pelirrojo que amablemente fue en busca de Baba en la oportunidad de mi primera visita.

Antes de llegar finalmente a Prashanti Nilayam, esta pareja, al igual que nosotros, había llevado a cabo su propia "búsque-

da en la India secreta", visitando muchos ashrams y conociendo a muchos grandes yoguis. Había obtenido aquí y allá algún alimento espiritual, pero parecía que ahora había encontrado a su *Sadgurú* y a la verdadera gloria. De sus experiencias internas no puedo hablar aquí, pues algunas me han sido relatadas en confidencia. Sus experiencias externas incluyen una buena gama de fenómenos del tipo descripto en estas páginas. A menudo han observado la mano mágica mover el aire o hurgar en la arena para producir algún encantador regalo personal, o algún confite para gozo de todos en el círculo mágico. Y han visto la misma mano transmutar una sustancia en otra. Una vez, estando Bob sentado cerca de El en un grupo, Baba despreocupadamente enrolló en sus dedos un pedazo de papel. De repente le dijo a Bob que abriera la boca, y tiró la pelota de papel adentro. Pero ésta no sabía a papel; la pelota había sido cambiada en un delicioso pedazo de dulce.

Al igual que muchos occidentales, los Raymer han llegado a apreciar el hecho de que los milagros de Baba son genuinos, variados y diarios, pero siempre inesperados. Han llegado a aceptarlos como parte de su naturaleza divina.

Poco después de nuestro primer encuentro, los Raymer regresaron a América, pero desde entonces han hecho varias visitas a Baba, y fueron con El desde la India en una gira por Africa Oriental en 1968. Poco antes de ésta los vi en la Conferencia Mundial de Sathya Sai en Bombay, después de la cual, ellos, junto con mi esposa y yo, viajamos durante un tiempo con Swami.

Fue durante este agradable período que tuve la oportunidad de darme cuenta de cuán sinceros devotos son de Sai y cuán verdaderos buscadores en el camino espiritual.

Pero entre los seguidores no indios de Sai Baba, uno de los nombres más famosos es el de la señora Indra Devi, la internacionalmente famosa maestra de yoga y autora de varios libros sobre yoga.

Encontrándose de visita en la sede de la Sociedad Teosófica en Adyar, mi esposa y yo le contamos algunas de nuestras experiencias con Baba. Era, aparentemente, la primera vez que

oía su nombre, pero de inmediato percibió intuitivamente su gran importancia. No pareció tener ninguna duda de que éste era un hombre en la India que ella debía ver, no importaba a qué costo en tiempo y molestia.

Tenía programado volar a Saigón para dar una conferencia, y originalmente tenía intención de regresar a su Fundación de Yoga en el sur de California directamente desde Vietnam. Pero ahora cambió de idea y regresó a la India a fin de conocer a Sai Baba.

Después de una cantidad de dificultades, porque Baba estaba de gira y sus movimientos eran inciertos, hizo finalmente contacto en Prashanti Nilayam, llegando allí con el tremendo calor del verano indio. Parece haber reconocido su gran dimensión espiritual desde ese primer encuentro, pues de inmediato se volvió una ferviente y muy activa devota de El.

En esa época ella apenas iniciaba su misión de enseñar y alentar a la meditación por todo el mundo. Baba dio su bendición a este trabajo —su misión de "dar la luz en la oscuridad"—
.

Desde entonces Indra Devi ha hecho el largo viaje desde California a la India varias veces al año para pasar un tiempo con Baba en Prashanti Nilayam y otros lugares. Dejaré que ella, como escritora que es, cuente lo que desee de sus propias experiencias espirituales y milagrosas. Pero de las varias materializaciones que Baba ha realizado para ella, y que me ha descripto, hay dos que quisiera anotar aquí, por su interés así como por su valor probatorio, ya que vienen de una testigo de fama mundial.

Una de éstas es la siguiente: Delante de Indra Devi y un grupo de visitantes americanos, Baba le extrajo de su "país de la nada" un largo y voluminoso *japamala* —una sarta de 108 grandes perlas—.

La llevaba cuando poco tiempo después la vi en Adyar en compañía de uno de los americanos que había presenciado la producción.

Muchas personas han visto a Baba transformar un objeto en otro o una sustancia en otra abiertamente, sin escudarse o cu-

brirse delante de su mirada. Yo mismo le he visto, por ejemplo, cuando en los Montes Horsley transformó un pedazo de roca dura en azúcar candi. El segundo incidente en relación con la experiencia de Indra Devi se refiere a un ejemplo dramático de este tipo de transmutación por *Sankalpa* o voluntad divina. También involucra el leer la mente.

Un día Baba le materializó una sortija muy adornada, engarzada con una cantidad de piedras muy coloridas. Indra Devi me contó que a ella no le gustan las joyas, especialmente las de tipo llamativo y decorativo que tanto lucen las morenas mujeres indias. Ella misma, ciudadana americana nacida en Rusia, cuyo nombre, Indra Devi, se deriva de una asociación con la India a muy temprana edad, tiene la piel muy blanca.

Como quiera que fuese no estaba contenta con la sortija. Era un regalo de Baba y pensaba que debía llevarla por esta razón, pero no iba de acuerdo con ella y no le gustaba. El dilema le preocupó bastante durante un día y una noche, dijo. Luego fue de nuevo invitada a otra entrevista de grupo, y llevando el perturbador regalo de Baba en su dedo esperó su llegada con varias otras personas.

Poco después de entrar en la habitación, El le pidió que le entregara la sortija, haciendo una observación de la cual ella infiere que El estaba plenamente consciente del dilema de ella.

Luego sosteniendo el anillo entre su pulgar e índice con las piedras hacia arriba, y a plena vista, sopló varias veces sobre las piedras como si apagara un fósforo. De repente, mientras todos observaban, el grupo de piedras de brillantes colores se transformó en un solitario y centelleante brillante. Era ahora algo que ella podía llevar feliz y constantemente.

He aquí la historia, condensada, de cómo un hombre del mundo occidental llegó a conocer a Sai Baba y de cómo afectó su vida.

El señor Alf Tidemand-Johannessen de Oslo, Noruega, llegó a la India con sólo la proverbial máquina de escribir y su propia habilidad, valor, energía y ambición de hacer fortuna. A los doce años, o sea, para 1962, había desarrollado una de las mayores agencias de aduanas de la India, manejando cada año

más barcos que cualquier otra compañía individual. Su compañía fue pionera en la India en la descarga de granos. Manejaba más de la mitad de los barcos de granos que traían cantidades enormes de alimentos a la India para evitar el hambre en gran escala. Su gran éxito no pasó desapercibido. Entraron en ciertas mentes celos, envidia y planes para apoderarse del control de su negocio.

Ciertos hombres claves en su personal ejecutivo empezaron pronto a hacer mal uso de sus poderes para distraer los bienes de la compañía hacia sus propios bolsillos.

"Cuando me enteré de lo que ocurría", me contó Alf Tidemand, "supe que tendría que afrontar una terrible batalla con un enemigo sin escrúpulos. Tan pronto como tomé medidas para evitar las fugas, los ejecutivos involucrados renunciaron y empezaron una compañía competidora. Su meta era quitarme todos mis negocios".

Como parte de su plan, sus enemigos enviaron cartas anónimas a las autoridades del impuesto sobre la renta, Banco de Reserva y Aduana, indicando que la Compañía Tidemand abusaba de las leyes y reglamentos del país. Aparentemente es usual que tales autoridades tomen acción sobre cartas anónimas; rápidamente descubrieron quiénes eran los remitentes, y entonces siguieron meses de investigaciones durante los cuales Alf tuvo que suministrar documentos de años pasados para probar que los alegatos en su contra eran falsos.

Naturalmente sus clientes se perturbaron al ver el repentino éxodo de su personal y los rumores que flotaban alrededor. Para añadir más leña al fuego sus enemigos enviaron cartas a todos sus clientes informándoles de que su compañía tenía problemas con el gobierno. Todo esto creó tremendas restricciones a sus negocios y las cosas lucían realmente muy negras.

Sin embargo, debido a su pasada integridad, los clientes de Alf no desertaron de inmediato, y la nueva compañía competidora establecida por sus antiguos ejecutivos no prosperaba. Así es que dieron su siguiente paso, uno que aparentemente no es desusado en la jungla de asfalto de la India moderna. Contrataron a un mago negro para que trabajara en contra de

él.

Alf dijo: "Podía defenderme de los otros ataques, pero no estaba preparado para este ataque de la ciencia negra oculta; ni tenía yo la más mínima idea de que pudieran usarse tales métodos. Y aun si lo hubiera sabido, me hubiera reído de ello como pura superstición".

Pero el abogado de Alf en Bombay que se ocupaba de los problemas de la compañía, pronto olió algo de la magia negra. Tenía conocimiento de casos similares ocurridos con anterioridad. Siendo buen amigo y conociendo la inocencia e integridad de Tidemand, el abogado lo llevó a ver a un sacerdote *parsi* que vivía en un templo de Bombay. El sacerdote, que era clarividente y tenía otros poderes, confirmó que poderosas fuerzas oscuras estaban siendo usadas contra Alf Tidemand. Este último se mantuvo en contactos regulares con el viejo sacerdote *parsi* y dice: "Mediante muchos extraños métodos éste empezó a guiarme a mí y a mi negocio a través de las turbulentas aguas sacudidas por el mago negro".

El mago negro, mismo, ahora salió de su escondite. Descubriendo que se estaban aplicando exitosamente fuerzas contrarias en contra de él, decidió dar un golpe directa y audazmente. Se apareció en la oficina de Alf y con varios métodos, bien conocidos por los estudiantes de brujería, trató de lograr el dominio sobre su víctima. Pero Tidemand había sido advertido de esta posibilidad por el sacerdote *parsi*, e inmediatamente sospechó del viejo indio que, usando hábiles astucias, había entrado a su despacho privado.

Alf pudo evitar las trampas iniciales, y logró maniobrar para que el brujo se montara en su automóvil, pensando llevarlo al viejo sacerdote *parsi*. En el camino, quizás reconociendo la fuerza de Tidemand y también su liberalidad, decidió cambiar de maestros.

Admitió involuntariamente que había sido contratado por los enemigos de Alf para destruirlo a él, a su familia y su compañía. Pero había cambiado su mente, dijo el brujo, y trabajaría para Tidemand si éste le pagaba razonablemente bien. Se encargaría de que los enemigos de Alf fuesen completamente

aniquilados.

"Los magos negros son muy poderosos", anunció, y añadió significativamente, "hasta pueden matar a un niño en la matriz de su madre". Alf acababa de recibir de Noruega esa misma mañana un cable que le informaba que su esposa había abortado su niño de siete meses. Esto debe ser más que coincidencia, pensó.

En el templo el sacerdote *parsi* inmediatamente reconoció al brujo por lo que era y lo echó de allí, amenazando reportarlo a la policía. Le advirtió a Alf que no tuviera nada que hacer con este hombre de sucios poderes.

Poco después, Alf Tidemand fue llevado por un amigo experto en impuestos, a Shirdi. Allí tuvo la "sensación de que Dios había abierto una puerta para dejarme sentir su grandeza durante un instante, durante el cual el gran peso cayó de mis hombros y mis problemas se evaporaron". Se enteró de que el viejo sacerdote *parsi* que le había ayudado era devoto de Shirdi Sai Baba, y empezó a comprender que era realmente el poder de Sai Baba el que lo estaba guiando por los escollos de extrañas y difíciles aguas.

Pronto el mago negro abandonó la desigual lucha, las autoridades gubernamentales decidieron que las acusaciones eran falsas y sin base y todas las intrigas de los taimados enemigos de Alf cayeron al suelo. Las dificultades que amenazaban destruirlo fueron completamente superadas y el terrible año pasó.

A comienzos de 1963 la Compañía Tidemand empezaba a recuperarse y a prosperar de nuevo. Aunque la lucha le había costado mucha fuerza a Alf, también le había mostrado una luz.

Esta luz, y un poder que le traía paz y refrescaba su mente y espíritu, se encontraban en el pueblo de Shirdi sobre el cual el espíritu del viejo Sai Baba parecía morar. Era sólo un viaje de pocas horas desde Bombay y Alf hizo visitas regulares durante los siguientes tres años.

El 26 de febrero de 1966 estaba en Shirdi con el amigo que lo había llevado allí la primera vez y el sacerdote *parsi*, a quien llamaba ahora "padre". Delante del templo un hombre peque-

ño de camisa azul se le acercó a Alf y le preguntó: "¿Conoció usted alguna vez a Sri Sathya Sai Baba?" Alf contestó que no, y el hombre siguió: "Debe usted verlo. Viene a Bombay el 14 de marzo.

Si hay algún Dios en la Tierra, El es Dios". Luego dio *vibhuti* de un recipiente de plata a cada uno del grupo, y a Alf le dio un medallón con una imagen de Sathya Sai con una camisa azul.

"No olvide ir a verlo en Bombay el 14 del mes entrante", repitió y se fue. Más tarde, cuando ya iban a irse de Shirdi, vieron de nuevo al hombre en el borde de la carretera. Los saludó y repitió una vez más el consejo a Alf, de que debía ver a Sathya Sai el 14 de marzo.

El noruego, para esa época se encontraba en medio de otro profundo problema. Debido a su mala salud su esposa no podía vivir en la India, y realmente necesitaba que él estuviera con ella y los niños en Noruega. Pensaba que debía de algún modo vender su negocio y regresar allí. ¿Pero cómo encontrar un buen comprador?

Había desarrollado el negocio en base a su integridad y eficiencia personal. Sabía que dependía mucho de la buena voluntad para con él personalmente en el mundo marítimo. Los compradores potenciales pensarían que una vez que se hubiera ido Tidemand, el negocio quizás no valdría tanto. Había confrontado muchos y enormes obstáculos en su vida, y éste era uno de los mayores.

Había aprendido que el poder de Sai Baba era muy grande.

Si Sathya Sai era realmente una reencarnación de Shirdi Sai, y era un avatar divino como decía la gente, podría resolver éste y cualquier otro problema. Alf decidió que debía tener una entrevista con este hombre si venía a Bombay como lo había predicho el hombre con la camisa azul. Pero el decidirlo y el lograrlo son dos cosas diferentes. La mayoría de la gente tiene que trabajar muy duro y superar ciertos obstáculos para llegar a Sai Baba y algunos tienen que pasar por los trabajos de Hércules; Alf fue uno de estos últimos.

Claro que Sathya Sai Baba estaba en Bombay el 14 de mar-

zo tal como lo había anunciado el de la camisa azul. Día tras día durante muchas horas el noruego se sentó con las piernas cruzadas bajo el sol ardiente con las grandes multitudes, fuera del lugar donde Baba se hospedaba: primero en el Palacio de Gwalior, luego en la casa del señor Savant, el Ministro de Agricultura del Gobierno de Maharashtra. O se sentaba con las multitudes en el Estadio a escuchar los discursos de Baba en telugu, con traducción en hindi por el doctor B. Ramakrishna Rao. Alf no entendía ninguno de estos idiomas.

Durante ese tiempo él veía a la pequeña figura de Sathya con su brillante túnica y domo negro de pelo, caminar entre la gente firmando fotografías, bendiciendo objetos que le presentaban para que los tocara, produciendo *vibhuti* aquí y allá. El rubio y alto noruego recibió el favor de una inclinación de cabeza, de una amable sonrisa, un saludo de vez en cuando, pero no había señales de la esperada entrevista.

Siendo uno de los muy escasos europeos entre las multitudes, Alf empezó a ser conocido entre los seguidores de Sai Baba.

Lo invitaron a las casas de los devotos y oyó maravillosas historias del amor, de la gracia y de los poderes milagrosos de Baba.

Todo esto era muy inspirador, pero no resolvía su problema.

Después de cuatro días de tratar y no llegar a ninguna parte, casi decidió abandonar el intento.

Fue entonces cuando un extraño hombre con la nariz encorvada y barba negra le dijo: "¿Quiere usted ver a Sai Baba?" El extraño dijo que podría arreglar una cita, y Alf decidió correr el albur con él.

Todavía quedaba mucho por pasar. Bajo la dirección de este barbudo extraño, Alf tuvo que comprar hierba para una vaca, dar algo a los mendigos, visitar un templo, y tocar allí el suelo con su frente ante una imagen, comprar guirnaldas de flores y anillos de flores de Mogra. Quizás todo este ritual sirvió de algo, o quizás el extraño conocía a las personas apropiadas cerca de Baba. En todo caso, la mañana del 18 de marzo, Alf fue para su primera entrevista. Saliendo del automóvil delante de

la casa del señor Savant, se quitó los zapatos, y con una guirnalda y anillo en la mano, empezó a subir por las escaleras. De pronto miró hacia arriba y allí estaba Baba como esperándolo.

"Estoy muy contento de verte", dijo Baba con sencilla amabilidad. Usualmente Swami no deja que la gente le ponga guirnaldas, solamente toma la guirnalda en su mano y la coloca a un lado. Pero ahora, delante de los ministros y personas importantes reunidas en la entrada, permitió que el alto noruego le pusiera la guirnalda.

"Te ruego que subas", dijo, golpeando a Alf en la espalda.

Este último pronto se encontró en el primer piso de la enorme casa ocupada por el Ministro de Agricultura. Allí, sentado en la alfombra con más o menos veinte personas, escuchó a Swami diciendo un discurso, de nuevo en telugu con traducción en hindi. Pero de rato en rato durante su discurso, Sai Baba hacía una pausa para realizar un milagro de materialización.

En una pausa materializó *vibhuti*, en otra un pequeño medallón con una imagen de Shirdi Baba. Estos fueron para Alf, que escribe que "fueron tomados del mismo aire ante los ministros, quienes todos consideran éste un procedimiento normal para El".

Luego el Maestro siguió con su enseñanza, principalmente por medio de parábolas, que más tarde le fueron traducidas al inglés a Tidemand. Luego vino otra pausa en la cual autografió una fotografía para una de las damas y le materializó un medallón de Vishnú. Luego se levantó y puso una marca de *vibhuti* en la frente de todo el mundo. Durante el discurso había estado jugando con los anillos de Alf. Ahora le dio otro cariñoso golpecito y algunas palabras de aliento a Alf antes de salir de la habitación.

Aunque Alf había finalmente obtenido acceso regular a la casa donde vivía Swami, la tan esperada entrevista y la solución de su gran problema parecía todavía difícil de obtener. Pero sucedieron otras cosas. A instigación del hombre de la nariz encorvada, que parecía tener una nariz precognitiva para los movimientos de Baba, tuvo hasta la temeridad de invitar

al gran Maestro a su apartamento. Este último aceptó de buena gana y vino con un pequeño grupo de íntimos devotos el 24 de marzo, diez largos días después de que Alf lo viera por primera vez en el Palacio de Gwalior.

Se habían hecho arreglos elaborados bajo la dirección y supervisión de aquella nariz encorvada y precognitiva. Estos incluían abundantes decoraciones florales, una banda de niños, una joven (se suponía que fuera y probablemente lo era, virgen) para soplar una concha y lavar los pies de Baba a su llegada.

Sopló la concha con todo éxito, pero Swami no quiso permitirle el ritual del lavado de los pies. Estaba más interesado en algunas personas enfermas que habían sido traídas allí, que en el despliegue y esplendor de las decoraciones. Escuchó la música de los niños con agrado y tomó de la fresca brisa que agitaba las flores del jardín de la terraza, *vibhuti* para cada uno de ellos y un anillo con siete piedras para el dirigente. Pero lo más importante es que invitó a Alf a que fuera a verle para una entrevista privada a la mañana siguiente.

Durante esta bien ganada y culminante entrevista, Alf Tidemand descubrió, como lo han hecho muchos antes y después, que Sai Baba ya conocía sus problemas y su pasado.

"He estado pensando vender mi negocio", dijo Alf.

"He estado pensando la misma cosa", contestó Swami.

Luego el noruego empezó a explicar las dificultades.

"No te preocupes", le dijo Swami. "Te ayudaré a encontrar un comprador confiable y a obtener un buen precio". Luego siguió diciendo que ahora lo correcto era que Alf dejara la vida de los negocios en Bombay con todo lo que ello implicaba y que se radicara en Noruega con su familia. De esta manera la salud de su esposa mejoraría. Quizás para insuflar más confianza y despejar cualquier duda en la mente del preocupado hombre, Baba dijo: "¿Recuerdas al mago negro? Yo te ayudé entonces".

En sus notas sobre esta entrevista, el punto culminante de su vida, Alf escribe: "Me dio pruebas convincentes de sus poderes divinos, y me hizo comprender el propósito de mi vida. Supe que todas las plegarias que le había dirigido a Dios durante

mi vida, y toda la ayuda que había recibido como resultado de ellas, eran conocidas por Baba. También supe que aun cuando hubiera habido muchos obstáculos en la etapa final para llegar a El —muchas pruebas de mi fe y valor— El realmente me había llamado por medio de extraños y milagrosos medios. El hombre de la camisa azul en Shirdi, por ejemplo, ¿quién era? Me había enterado al hacer una encuesta de que ninguno de los íntimos devotos de Sai Baba, ni siquiera el señor N. Kasturi, sabía que Baba iba a venir a Bombay el 14 de marzo".

"Swamiji también parecía saber que había estado buscando durante mucho tiempo un maestro espiritual viviente, y en esta primera entrevista dijo: 'Ya no necesitas buscar a tu gurú. De ahora en adelante yo te guiaré'. Al final Baba materializó para mí un medallón con su imagen, algunos dulces y algo de *vibhuti*".

"Al día siguiente el gerente de la sucursal de Bombay de una de las mayores compañías de la India me telefoneó para decirme que se había enterado de mi interés en vender mi compañía.

Quería hablar de ello conmigo".

"Durante las negociaciones que siguieron estaba en contacto regular con Swami, viéndole a menudo. Y en mi meditación de la mañana, que Swamiji me había dicho que observara con regularidad, recibí la asombrosa inspiración para resolver los complejos problemas en relación con el propuesto contrato de venta, para los cuales no había ningún precedente de ninguna especie.

Después de algunos meses de difíciles negociaciones, ayudado por la siempre presente mano guiadora de Baba, se firmó un contrato altamente favorable para la venta de mi agencia de buques en la India".

Alf Tidemand regresó a su familia en Oslo. Su sueño de antaño se había hecho realidad; había hecho fortuna. Pero algo mucho más importante le había ocurrido en la India. Había encontrado a su *Sadgurú*, su guía y su mentor, el cual había traído un significado al caos y vacío de la vida vivida sólo a nivel material.

Hablando con él recientemente, y enterándome algo de su memorable y a veces heroica saga, llegué a la conclusión de que mi amigo Alf Tidemand-Johannessen tendrá siempre problemas difíciles que resolver porque él es del tipo de hombre cuyos músculos espirituales crecen al resolver tales problemas. Es esencialmente un hombre de acción. Pero en el futuro su *karma* (ley de causa y efecto como consecuencia de nuestras acciones) será, creo, *nishkama karma*. Será acción que de algún modo de acuerdo con su propio deber ayudará a propagar la gloria de Dios y su mensaje de luz para esta edad. Todo esto por la gracia de Sai Baba.

CAPÍTULO XVII: DOS PROMINENTES DEVOTOS

Quizás tenga que hablar de leyes y fuerzas no reconocidas por la razón ni la ciencia física.

SRI AUROBINDO

Un hombre que tuvo una carrera pública muy distinguida fue el doctor B. Ramakrishna Rao, que falleció en setiembre de 1967. Las notas necrológicas en la prensa en tal oportunidad mencionaban que había ocupado varias posiciones importantes en asuntos públicos y administrativos. Por ejemplo, a comienzos de los años 50, fue Primer Ministro del antiguo Estado de Hyderabad, y como tal, ayudó a crear el moderno Estado de Andhra Pradesh en 1956. En años posteriores ocupó la posición de Gobernador de dos Estados diferentes, Kerala y Uttar Pradesh. Los periódicos, sin embargo, no mencionaron lo que para el doctor Ramakrishna Rao era el factor más importante de su vida, su discipulado de Sai Baba.

El pequeño doctor, como a menudo lo llamábamos debido a su pequeña estatura, era un excelente lingüista y a menudo hacía de intérprete de Sai Baba. Fue en esta actitud que lo conocí en la casa del señor G. Venkateswara Rao en Madrás. En esa ocasión él, el señor Alf Tidemand-Johannessen, mi esposa y yo estábamos sentados en la alfombra con Baba mientras este último le daba algún consejo al noruego que pronto se iba de la India. El pequeño doctor hacía la interpretación cuando era necesario.

Eso ocurría al comienzo de mi encuentro con Baba, quien sabía telepáticamente que todavía dudaba a medias de la autenticidad de sus producciones milagrosas.

A su manera comprensiva parecía hacer uso de esta oportunidad —como de muchas otras— para ayudar a remover algunas de mis dudas.

Era una noche caliente y vestía una túnica con mangas cortas de manera que su antebrazo estaba desnudo. Sentados como estábamos en el piso con las piernas cruzadas, mis rodillas casi tocaban las suyas y durante gran parte del tiempo dejó que su mano derecha descansara en mi rodilla en vez de en la suya. De este modo yo podía ver sin lugar a dudas que su mano estaba vacía mientras descansaba suelta, con la palma hacia arriba, debajo de mis ojos, y fue desde esta posición que la mano se levantó para girar delante de nuestras narices como una varita mágica para producir del aire varias cosas, inclusive el usual *vibhuti* para todos nosotros, y un gran anillo de nueve piedras para Alf TidemandJohannessen.

Había desarrollado gran admiración y afecto por el pequeño doctor del gorro estilo Gandhi, quien, a pesar de su distinción y cultura, era verdaderamente humilde. Afortunadamente tuve la oportunidad de tener una buena conversación con él más o menos un mes antes de que muriera cuando fuimos vecinos en la casa de huéspedes del ashram. Esto fue en agosto de 1967, y el doctor Ramakrishna Rao estaba presente en Prashanti Nilayam en esa oportunidad para su inauguración oficial como municipio.

Había oído muchos trozos de historias acerca de sus experiencias milagrosas con Sai Baba, y aproveché la oportunidad para que me refiriera él mismo los hechos. El sabía, desde luego, que yo deseaba la información para publicarla y no tuvo ninguna objeción en ello, ni al uso de su nombre, tan conocido en la India aun cuando no en el extranjero.

He aquí una notable anécdota que él me relato. En 1961, cuando era Gobernador de Uttar Pradesh, él y su esposa viajaban en un tren expreso de Bareilly a Nainital en los Himalayas.

Eran los únicos ocupantes de su coche de primera y el tren

no tenía corredor por el cual se pudiera entrar o dejar el compartimiento.

Más o menos a las 11.00 el Gobernador notó que algunas chispas salían del ventilador eléctrico. Estas aumentaron rápidamente de volumen y él y su esposa se alarmaron bastante, pensando que el compartimiento iba a incendiarse en cualquier momento. Buscó un cordón o campana para hacer sonar la alarma y detener el tren, pero no pudo encontrar ninguno. Parecía que el Gobernador y su esposa iban a morir quemados antes de que nadie se enterara de su apuro. Lo único que podían hacer era rezar, lo cual hicieron con todo el corazón.

En eso sintieron un toque en una de las puertas externas. Esto era sorprendente, porque las puertas llevaban directamente al aire libre a través del cual el tren seguía su rápida carrera. El doctor se acercó y abrió la puerta. De la oscura noche entró un hombre vestido con uniforme kaki de electricista. Sin decir una palabra este hombre se puso a trabajar en el defectuoso ventilador del cual ahora salían como disparadas las chispas como sale "la paja de una era".

Más o menos un cuarto de hora más tarde el electricista les dijo: "Ya no hay peligro. Pueden acostarse y dormir". Diciendo esto se sentó en el piso cerca de la puerta.

La esposa del Gobernador se acostó en su cama y cerró los ojos. Pero seguía abriéndolos para observar al hombre en la puerta porque, como le dijo a su esposo después, pensaba que cualquiera que arriesgara su vida caminando por el estribo de un tren en marcha era probablemente un ladrón, quien, una vez que estuvieran ambos dormidos, les robaría. El Gobernador, que no tenía sospechas de esta especie, estaba absorto en un libro.

De repente se sorprendió al sentir la mano del obrero y oír su voz que le preguntaba tranquilamente si el doctor quería cerrar la puerta del vagón al salir él, porque ya se iba. El pequeño doctor se sorprendió de que el electricista no esperara hasta la siguiente estación para irse, pero antes de que pudiera decir algo, la figura de kaki abrió la puerta, y el aire de la noche entró silbando en el coche. El doctor Ramakrishna Rao

saltó y se acercó a la puerta abierta a tiempo para ver un momento al hombre de pie en el estribo, y luego desaparecer en la oscuridad.

Todo esto era desconcertante. ¿Cómo, en primer lugar, supo que el ventilador estaba dando problemas? ¿Cómo entró al coche? Y ¿por qué eligió irse e ir por el estribo de este expreso cuando había muy bien podido esperar la siguiente parada? O le gustaba vivir peligrosamente o era un loco, pero en cualquier caso debía ser clarividente para haberse enterado de la falla del ventilador eléctrico. Con un encogimiento mental de hombros el pequeño doctor se acostó a dormir.

Más o menos un mes después de este incidente, el Gobernador estaba de nuevo de viaje, esta vez en el avión para su uso oficial. Con él en esta ocasión, además de su esposa y del piloto, iba su edecán, su asistente personal, y la esposa del piloto. Volaban de Kawnpur a Benares.

Encima de Benares, el Gobernador notó que parecían estar dando muchas vueltas sobre el aeropuerto antes de aterrizar.

Preguntó si algo andaba mal y le informaron que el tren de aterrizaje estaba trabado; las ruedas no querían salir. Además, ya casi se había acabado la gasolina. Con el consentimiento del doctor Ramakrishna Rao, el piloto decidió intentar un aterrizaje de emergencia en la grama del aeropuerto. Así lo indicó a tierra.

Sacaron los carros bomba, y todo se preparó para el intento. Todos sabían, desde luego, que era una operación altamente peligrosa y tanto el pequeño doctor como su esposa dirigieron fervientes oraciones a su Gurudeva (Divino Maestro) Sai Baba, para su muy necesitada protección.

Quizás estuviera el edecán rezando también, pues era también devoto de Sai Baba. Al igual que el doctor llevaba en su mano un talismán, un anillo que había sido materializado por Baba.

El piloto sabía esto y, como último recurso antes de tratar de hacer el aterrizaje forzoso, le pidió al edecán que tratara de mover la palanca para soltar el tren de aterrizaje bloqueado. El edecán colocó su mano en la palanca y presionó de acuer-

do con las indicaciones. El tren de aterrizaje bajó sin ninguna dificultad. Pudieron aterrizar normalmente.

Al siguiente día la señora Ramakrishna Rao, sabiendo que Baba estaba en Bangalore en el sur, le telefoneó desde Benares para agradecerle su gracia y protección que creía ella, los había salvado de esta peligrosa situación en el avión. Encontró, no del todo sorprendida, que El estaba enterado de todo y le mencionó detalles.

Luego observó: "Pero no me dices nada del incidente en el tren".

"¿Qué incidente en el tren, Swami?", le preguntó, pues había olvidado por completo el asunto.

"Pues, cuando casi se incendió el ventilador y tú pensaste que Yo era un ladrón", dijo Baba riéndose.

El doctor Ramakrishna Rao estaba seguro de que la anécdota del tren no podía haberle llegado a Baba por los canales ordinarios, pues ni él ni su esposa habían hablado a nadie del incidente. No habían dicho nada a la mañana siguiente, ya que no querían que se preocupara su personal; luego, el incidente se fue desvaneciendo en el fondo de sus ocupadas vidas.

Nada de lo suprahumano que hiciera Baba podía sorprender jamás al pequeño doctor; a través de los años había visto y experimentado tanto de ello. Por ejemplo, cuando era Gobernador de Kerala, y agasajaba a Baba y algunos devotos en la Casa de Huéspedes en Trivandrum en 1962, una noche su esposa había organizado una cena para sesenta personas. Pero cuando está Baba, las multitudes tienen la costumbre de multiplicarse y vinieron más o menos ciento cincuenta personas. Era imposible obtener comida extra en ese momento; la señora Ramakrishna Rao se empezó a preocupar mucho y le preguntó a Baba qué debía hacer al respecto.

"Dale de comer a todos", le dijo Baba. "Habrá suficiente, no te preocupes".

Así es que se pusieron los puestos extras y todo el mundo se sentó. Baba se movía entre los invitados y los que servían, bendiciendo la comida, asegurándose de que todos estuvieran felices y haciendo de la cena, como siempre, un banquete. Nadie

pasó hambre a causa de las noventa bocas extras que comieron. De alguna forma Baba aumentó la comida, y hubo suficiente para todos.

Yo sabía que fue durante esta visita al sur cuando tuvo lugar uno de los dramáticos milagros descriptos en el libro de N. Kasturi. Un grupo de discípulos de Baba estaba caminando con El por las arenas de Kanya Kumari (Cabo Comorín) donde se juntan tres mares en la punta extrema sur de la India. De pronto una soberbia ola se levantó hasta llegar a los pies de Baba, y al retroceder, dejó alrededor de sus tobillos un magnífico collar de 108 finas perlas montadas en un hilo de oro.

He hablado con una cantidad de hombres, inclusive el doctor Sitaramiah, que estaban presentes y presenciaron la llegada de este tesoro de las profundidades, y le pregunté al doctor Ramakrishna Rao si él había estado allí también. Contestó que, desgraciadamente, deberes oficiales lo habían llamado a otra parte ese día. De hecho había ido a recibir al doctor S. Radhakrishnan que acababa de ser nombrado Presidente de la India. Pero, dijo, un número de sus amigos y conocidos, inclusive el Jefe de la Policía de Seguridad, estaban con Baba en la playa y vieron cuando ocurrió. Le describieron el evento al día siguiente y le mostraron el collar de perlas. Baba se lo dio más tarde a una vieja devota a quien el doctor conocía.

En el verano de 1961, Sai Baba con un grupo de devotos estaba de gira por el norte, y decidió visitar el famoso templo de Badrinath en los altos de los Himalayas. El doctor Ramakrishna se unió al grupo en Hardwar en el Ganges para el viaje de trescientos kilómetros por las montañas hasta Badrinath. Los devotos dicen que el objeto del viaje de Sai Baba no era solamente llevarlos a ese lugar santo, sino también de reinfundirlo con fuerza espiritual. Había sido establecido hacía más o menos mil doscientos años por Adi Shankara, uno de los más destacados líderes espirituales de todos los tiempos.

Fue él quien sacó a la luz las *Upanishads* de donde habían estado empolvándose durante siglos en las cuevas y monasterios.

En Joshimath escribió su famoso comentario sobre las Upa-

nishads1, el Bhagavad-Gita[1] y los Brahmasutras[2], haciendo estos clásicos espirituales accesibles e inteligibles para un público más y más amplio.

Adi Shankara no sólo viajó por toda la India y enseñó a la gente, sino que organizó y estableció centros en el norte, sur, este y oeste que él esperaba permanecerían como faros de luz para seguir su trabajo después de su desaparición. Badrinath era uno de estos puntos focales de fuerza espiritual.

Pero en el curso de doce siglos —a pesar de los millones de devotos peregrinos que vinieron a adorar y venerar— era seguro que el poder iba a disminuir, que la vida iba a alejarse de la vieja forma. Aun cuando la casta sacerdotal particular no llegue a ser corrupta, tiene la mayoría de las debilidades humanas, y no puede mantener el alto nivel establecido por un hombre-Dios tal como Adi Shankara. Lo único que puede volver a cargar la batería espiritual de un lugar semejante es la presencia y el poder de otro hombre-Dios.

Sin embargo, parecía haber un obstáculo en el camino. Por tradición, el doctor me dijo, las únicas personas autorizadas para entrar dentro del santa-sanctórum para llevar a cabo los *pujas* (culto y adoración), eran los miembros de una secta especial de brahmines de Kerala. Esta casta de sacerdotes había ocupado la posición y los derechos exclusivos desde los días de Adi Shankara. La solicitud del doctor B. Ramakrishna Rao, el Gobernador de su Estado, no contaba para nada; habían oído hablar de Sai Baba, quien algunos decían era un Avatar, un hombre-Dios, pero no podían hacer una excepción ni para El. Dios mismo en forma humana no sería autorizado a entrar allí, pues ¿cuáles son los ojos humanos que pueden leer las credenciales de la divinidad?

"No importa", dijo Baba, "dejémosles mantener sus tradiciones".

Sin embargo, en presencia de más o menos doscientas perso-

[1] Textos y escrituras sagradas.

[2] Textos y escrituras sagradas.

nas fuera del templo, materializó una estatua de Vishnú. Esta tenía más o menos veinticinco centímetros de alto y era, se dice, una réplica de la gran estatua que había dentro del templo. Con otro gesto de su mano produjo una bandeja de plata sobre la cual colocó la estatuilla de Vishnú. Luego, de la misma manera creó un loto de mil pétalos de oro. Todo el mundo exclamó al ver su belleza; y mientras se preguntaban para qué era, Baba movió de nuevo su mano para producir un Shiva *lingam*. Este, de entre diez y quince centímetros de altura y hecho de un bello material cristalino, lo colocó en el centro del loto de oro.

Con la estatua, loto y *lingam* (símbolo de la energía creadora) en la bandeja de plata, Baba y sus seguidores dejaron el templo y fueron hasta la casa de huéspedes donde estaban alojados.

Allí, mientras todos cantaban cánticos de *bhajan*, Baba mostró el *lingam* a todos los presentes, señalando la belleza del material y la forma de un ojo que estaba misteriosamente incorporada dentro de él.

Luego Baba materializó un recipiente de plata lleno de agua sagrada, 108 hojas de *bilva* de oro que cayeron como una lluvia de su mano sobre la bandeja, y un montón de flores de *thumme* con el rocío todavía fresco en ellas. Estas se describieron como "pequeños pedazos de fragantes copos, recogidos de cientos de pequeñas plantas tropicales".

Todos éstos eran materiales que servían para adoración ritualística. Baba llevó a cabo el *Abhisheka* (baño ceremonial sagrado) y luego, en su presencia, escribe N. Kasturi, "el *puja* fue realizado, a nombre de todos los presentes, por el doctor Ramakrishna Rao mientras los devotos recitaban los *mantras* apropiados".

Después Baba le entregó todos los objetos materializados a la esposa del Gobernador, la señora Ramakrishna Rao, dándole instrucciones de cuidarlos mucho, pues la haría responsable si se perdía alguno de ellos. La pobre mujer se sintió muy aprensiva por tal responsabilidad. Encerró los preciosos artículos en un armario en su cuarto de dormir y guardó la llave consigo.

Algún tiempo después Baba le pidió que trajera el *lingam*.

Abriendo el armario, encontró que éste faltaba; todo lo demás estaba allí, pero el *lingam* había desaparecido. Consternada reportó a Baba la pérdida.

Este primero la regañó por no cuidar bien las cosas, pero luego se rió y dijo que le estaba haciendo bromas. Explicó a todos los presentes que El había enviado al *lingam* de vuelta al lugar de donde había sido aportado por su poder, en la base de la estatua en el templo. Este "Nethralingam de Kailasa", como lo llamó, había sido colocado en un nicho secreto en el santasanctórum hacía mucho tiempo por Adi Shankara mismo. Allí había descansado durante los largos siglos hasta ese día, el 17 de junio de 1961, cuando lo había sacado para consagrarlo de nuevo y recargarlo con potencia espiritual. Así es que el trabajo para el cual había venido, había sido hecho a pesar del impedimento de las tradiciones del lugar.

Baba luego pidió los otros artículos del armario. Distribuyó las 108 hojas de oro entre las doscientas o más personas que lo rodeaban, y como de costumbre, hubo suficiente para todos. La señora Ramakrishna Rao luego fue muy recompensada por estos pocos momentos de angustia que había sufrido con la desaparición del *lingam*. Baba le regaló la materializada estatua de Vishnú, el loto dorado, y la bandeja de plata sobre la cual ambos estaban.

El doctor me dijo que estos objetos sagrados estaban todavía en su cuarto de *puja* en Hyderabad donde se realiza la adoración familiar regular.

Puede sorprender a muchas personas —aunque en realidad no lo debería— el encontrar a un científico del calibre del doctor S. Bhagavantam, Master en Ciencias, doctor en Filosofía, doctor en Ciencias entre los devotos; un adepto en ese campo de la alta y trascendental magia que la ciencia tiende a despreciar. El doctor Bhagavantam, antes director del All India Institute of Science (Instituto de Ciencias de la India), ocupa la prominente posición de Consejero Científico para el Ministerio de la Defensa en Delhi, y es muy conocido en círculos científicos fuera de la India.

Cuando lo conocí en Prashanti Nilayam él ocupaba una habitación amueblada solamente con dos rollos para dormir y unos cuantos cojines en el piso. Como todo buen indio se sentía feliz de usar el piso de ladrillo como cama, mesa y silla. Con él en la misma habitación estaba uno de sus hijos, el doctor S. Balakrishna, Director Asistente del National Geophysical Research Institute of India (Instituto Nacional de Investigación Geofísica de la India). Ambos estaban de visita en el ashram por unos días.

Yo me senté en el piso con estos cultos científicos y encantadores caballeros, ansioso de escuchar sus experiencias con Sai Baba. Afuera, el sol de julio brillaba en el suelo arenoso, las edificaciones blancas y las rocosas colinas. Adentro el doctor Bhagavantam hablaba con su manera tranquila, concisa y amable, mientras su hijo confirmaba muchos de los extraños eventos que él también había presenciado. El doctor Balakrishna ha tenido algunas maravillosas experiencias propias con Baba, pero aquí nos ocupamos de los notables informes de su eminente padre.

En el primer encuentro del doctor Bhagavantam con Sai Baba, a comienzos del año 1959, fueron a caminar por las arenas de río Chitravati. Había otros presentes, pero Bhagavantam caminaba al lado de Baba. Después de un rato Swami le pidió que seleccionara un lugar en las arenas para sentarse. Mientras el doctor vacilaba, Baba insistió, explicando que solamente de esta manera estaría la mente científica de Bhagavantam absolutamente segura de que Baba no lo había llevado a un lugar donde se hubiera "precolocado" algún objeto en las arenas.

Después de que el científico hubo escogido un lugar y que el grupo se hubo sentado en la arena, Baba empezó a burlarse del doctor; hizo bromas acerca de la actitud complaciente de "sabelotodo" de muchos hombres de ciencia, y deploró su ignorancia o indiferencia hacia la antigua sabiduría que se encuentra en las grandes escrituras hindúes.

El orgullo del doctor se resintió. Respondió que no todos los científicos tenían ese punto de vista materialista. El mismo, como ejemplo, tenía una tradición familiar de conocimientos

sánscritos y un profundo interés por los clásicos espirituales de la India.

Luego en un esfuerzo por establecer la buena fe de sus colegas científicos le contó a Baba que cuando a Oppenheimer, después de explotar la primera bomba atómica, le preguntaron los representantes de la prensa cuáles eran sus reacciones, él contesto citando un verso del *Bhagavad Gita*, mostrando así que era estudiante de esa gran obra: "¿Te gustaría tener un ejemplar del *Bhagavad Gita*?", le preguntó Baba de repente, agarrando un poco de arena a la vez. "Hélo aquí", siguió, "extiende tus manos".

Bhagavantam ahuecó sus manos para agarrar la arena cuando Baba la dejara caer. Pero cuando ésta llegó a las palmas del científico, ya no era la arena dorada del Chitravati. Era un libro de *tapas* rojas. Abriéndolo en asombrado silencio, el doctor encontró que era una copia del *Bhagavad Gita* impresa en escritura telugu. Baba observó que le podía haber dado al doctor uno impreso en sánscrito, pero que como leía el sánscrito con dificultad, Baba le había dado uno en telugu, que era el idioma nativo de Bhagavantam. Bhagavantam no había mencionado su limitada habilidad en sánscrito; era algo que Baba simplemente sabía.

Tan pronto como pudo, Bhagavantam examinó con detenimiento este volumen producido milagrosamente. Parecía ser completamente nuevo y bien impreso, ¿pero dónde? Los nombres de impresores y editores, que normalmente siempre se indican, no aparecían por ningún lado.

Un día en 1960, Sai Baba visitaba la casa del gran científico en Bangalore. En esa época el doctor Bhagavantam era director del Instituto de Ciencias de la India en esa ciudad. Conocía a Sai Baba desde hacía más o menos un año y luchaba por coordinar los fenómenos increíbles que había presenciado con su preparación científica.

Dijo en una ocasión en una reunión pública: "En ese momento yo estaba bastante perdido pues esto estaba en completa contradicción con las leyes de la física que yo sostenía y todavía sostengo… Habiendo aprendido las leyes de la física en

mi juventud, y después habiéndoles enseñado a muchos durante muchos años la inviolabilidad de tales, por lo menos en cuanto respecta a cualquier situación humana, y habiéndolas puesto en práctica con tal creencia en ellas, naturalmente me encontraba en un dilema…" Uno de los hijos del doctor Bhagavantam, en esa época un niño de más o menos once años, parecía tener retardo mental.

Algunos médicos habían recomendado como tratamiento, la perforación de la región lumbar de la espina dorsal para sacar fluido cerebroespinal, y así aliviar la presión sobre el cerebro. Otros habían estado en contra de ese tratamiento, diciendo que sólo empeoraría al muchacho. El doctor Bhagavantam había decidido no hacerlo.

Baba, que ama y entiende a los niños, vio al muchacho y le preguntó con simpatía acerca de él. El científico empezó a contarle el caso de su hijo, pero Baba siguió con la narración y relatando todo lo que había ocurrido, inclusive el debate médico acerca de la aconsejabilidad de la punción lumbar. Siguió diciendo que ésta no haría realmente ningún mal sino que por el contrario ayudaría al niño, haciéndolo mejorar apreciablemente con el pasar del tiempo. Luego, casualmente, como si esto no fuera nada, dijo que El haría la punción allí mismo.

El científico se sorprendió. La duda y el temor se agitaron en su mente. Empezó a preguntarse acerca de cosas tales como la calificación profesional para tal operación. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra, Baba había sacudido su mano y materializado un poco de *vibhuti*. Desarropando la espalda del muchacho, frotó esta ceniza sagrada en la región lumbar. Luego, con otro gesto de la mano, tomó del aire una aguja quirúrgica vacía, de más o menos diez centímetros de largo.

El padre se sintió en presencia de un poder tan alejado de su comprensión que no podía decir nada; sólo esperó, observó y oró por lo mejor. El niño parecía estar semiconsciente, aparentemente anestesiado por el *vibhuti* de Baba. Sin vacilación Baba insertó la aguja, demostrando que sabía el punto preciso en el cual se hacen esas inserciones. Para el padre que observaba parecía que la aguja iba a desaparecer dentro y empezó

a preocuparse por la manera cómo sería recuperada.

Mientras tanto Baba masajeaba la espalda y removía el fluido que salía por la aguja; sacó más o menos como un centímetro cúbico de este fluido, dijo el científico. Luego masajeando con más fuerza o de una manera diferente, Baba sacó la aguja de la espalda del muchacho. La sostuvo en el aire como si la estuviera entregando a una enfermera invisible, e inmediatamente ésta se esfumó.

"¿Tienen algún vendaje quirúrgico?", preguntó entonces a las personas que observaban embelesadas en la habitación: Bhagavantam, otro de sus hijos llamado Ramakrishna, y un amigo llamado Sastri que era erudito en sánscrito.

El joven Ramakrishna respondió, diciendo que telefoneando al Instituto podría obtener un vendaje en diez minutos.

"¡Demasiado tiempo!", se rió Baba, sacudió de nuevo su mano, y tomó el vendaje del tipo corriente, como si fuera de la mano de un adiestrado asistente en otra dimensión. Con cuidado lo acomodó en la espalda del niño, y luego le hizo recobrar el pleno conocimiento. El paciente no parecía sufrir ningún dolor ni molestia, ni durante ni después de la operación.

"¿Y está algo mejor?", le preguntó al buen doctor.

"Sí, su condición ha mejorado, aunque no notablemente", contestó cauteloso, "pero quién sabe cómo estaría sin la operación. Swami dice que seguirá mejorando con los años".

El doctor Bhagavantam ha visto a Baba producir muchas cosas con su gesto mágico de la mano. Estas incluyen medicinas en botellas y otros envoltorios, apropiadamente sellados, pero sin nombre de fabricante en ellas. Ha visto a Baba transformar una piedra en figura decorativa, engarzada en joyas, en otra de carácter completamente diferente, simplemente pasando su dedo por la superficie de la misma; la joya en cuestión no desapareció ni por un momento de la vista durante tales operaciones.

Una vez vio a Baba producir *amrita* (néctar de los dioses) en un recipiente que el físico estimaba por su experiencia, con capacidad suficiente para más o menos cincuenta personas, cada una recibiendo la cucharada que Baba distribuía. En reali-

dad, sin embargo, Baba dio del líquido ambrosíaco a más o menos quinientas personas; éste parecía aumentar milagrosamente hasta diez veces su volumen original.

En otra ocasión el doctor estaba sentado con un grupo de devotos alrededor de Baba en una playa en el sur de la India. La charla giró acerca de los varios nombres por los cuales el océano ha sido conocido en la mitología india. Alguien mencionó el nombre de "Ratnakara" que significaba, dijo, "el Señor de los Diamantes o Piedras Preciosas". "En esta oportunidad", observó Baba como jugando, "el océano debería producir algunos diamantes para nosotros". Y poniendo su mano en el agua, sacó un rutilante collar de brillantes.

Todo el mundo quedó embelesado a la vista de este collar de grandes piedras, y alguien le pidió a Baba que se lo pusiera. Bhagavantam podía ver claramente que éste no pasaría por la cabeza de Baba, ya que era demasiado pequeño y aparentemente sin cierre para poderlo abrir. Pero estos problemas no preocupan al hombre milagroso; simplemente tiró hacia afuera con las dos manos como haría uno para estirar una liga de goma. Luego, para complacer a sus devotos, Baba pasó la guirnalda de brillantes de "Ratnakara" por la cabeza y la llevó durante un rato.

El doctor Bhagavantam también tiene su propia experiencia personal acerca de la facultad de Sai Baba de conocer lo que está sucediendo a miles de kilómetros de distancia, sin el beneficio del telégrafo o de la radio.

Cuando el doctor S. Balakrishna, el hijo de Bhagavantam, se mudó a una casa nueva en Hyderabad, Baba aceptó ir allí para realizar la ceremonia de bendición de la casa. El día auspicioso para el ritual fue escogido por Baba, y prometió venir ese día. El doctor Bhagavantam mismo estaba de viaje en Moscú en una misión del gobierno, pero debía regresar a Hyderabad en la mañana del día de la ceremonia, la cual tendría lugar en la tarde.

Sin embargo, cerca de Tashkent, hubo un problema en el motor del avión en el cual regresaba, y tuvo que pasar la noche en esa ciudad. Esta era la noche anterior a la ceremonia y Baba,

que estaba en la casa de Balakrishna en Hyderabad, informó a la familia que había habido un problema de motor y que el doctor Bhagavantam estaba pasando la noche en Tashkent, pero que volaría a Delhi al día siguiente. Nadie más en el área sabía que había habido un problema de motor con el avión ni que Bhagavantam estaba en Tashkent. Ninguna noticia de ello había llegado por los canales ordinarios. Pero Baba tiene su propia manera de saber las cosas y también de prever que la falla sería arreglada para el día siguiente.

En la tarde del auspicioso día, como se había convenido, Sai Baba llevó a cabo la ceremonia de bendición de la casa. Durante la misma produjo a su usual manera milagrosa una bellísima estatuilla de Shirdi Baba que los dos científicos me informaron tiene más o menos ocho centímetros de altura y parece ser de oro sólido. Baba dijo que debía guardarse en el oratorio de la casa de Hyderabad donde había sido materializada. Y ahí está todavía.

Todos sintieron mucho que el cabeza de familia, el doctor Bhagavantam, no pudiera estar presente en la importante ceremonia, y esa noche hablaban de dónde podría estar pasando el tiempo. ¿Había vuelto a Delhi? Le preguntaron a Baba. Sí, les contestó éste, y en este momento está en la oficina del Ministro de Defensa, en Nueva Delhi.

Entonces Baba pidió una llamada telefónica con la oficina del Ministro, solicitando una llamada personal con el Consejero Científico, el doctor Bhagavantam. En esa época, me cuentan, había siempre mucha demora para una llamada troncal de tan larga distancia. Pero la llamada de Baba salió en pocos minutos.

El doctor Bhagavantam estaba en la oficina, como había dicho Baba. Estaba encerrado con el Ministro y en una importante conferencia. El Ministro había efectivamente dado estrictas instrucciones a su personal de que no lo interrumpieran sin importar quien telefoneare o viniere a visitarlo. Sin embargo, y nadie sabe por qué, uno de los secretarios sí le interrumpió para decirle que había una llamada de Hyderabad para el doctor Bhagavantam. Con la autorización del Ministro, el doctor

salió del despacho y recibió la llamada; entonces oyó la dulce voz de Swami a su oído, diciéndole que todo había ido bien en la bendición de la casa. Baba le dio además la alegría diciéndole que se quedaría en Hyderabad con la familia hasta que Bhagavantam volviera al día siguiente. Con el corazón contento y el espíritu renovado, el científico volvió para discutir los problemas de defensa de su país con el Ministro responsable, quien en esos días era V.K. Krishna Menon.

Cuando le pregunté al doctor S.Bhagavantam si podía usar su nombre en apoyo de las increíbles cosas que me había contado, él prontamente contestó: "Sí, yo respaldo cada palabra de ello". El dilema anterior, el conflicto entre su formación científica y la evidencia de sus sentidos, ha sido resuelta. El dice: "En nuestros laboratorios nosotros los científicos podemos jurar sobre la razón, pero sabemos que cada vez que hemos añadido algo a nuestro saber, siempre han quedado muchas otras cosas, cuya verdadera naturaleza ignoramos. En este proceso llegamos a tener conciencia de otras y mayores áreas por comprender las cuales debemos seguir luchando. De esta manera, a medida que añadimos al conocimiento añadimos más a nuestra ignorancia también. Lo que sabemos deviene una fracción más y más pequeña de lo que no sabemos". Sigue diciendo: "Sai Baba trasciende las leyes de la física y de la química; cuando El trasciende una ley, este hecho se transforma en una nueva ley. El es una ley en sí mismo".

Una vez en Madrás, dirigiéndose a un público de más o menos 200.000 personas que habían venido a escuchar el mensaje de Sai Baba, el doctor dijo, entre otras cosas: "Nosotros los científicos estamos conscientes de que conocimiento no es lo mismo que sabiduría. La sabiduría se debe recibir de Bhagavan Sai Baba, y de hombres como El, que de tiempo en tiempo vienen entre nosotros para este expreso fin…

"El es un fenómeno. Es trascendental. Es divino. Es una encarnación. Es nuestro pariente más cercano; diríjanse a El para recibir el mensaje eterno. Sólo esto puede salvarnos".

CAPÍTULO XVIII: REALIDAD Y SIGNIFICACION DE LO MILAGROSO

Destello del fuego del universo, chispa de Divinidad,
Eleva tu mente y tu corazón hacia la gloria.

Sol en la oscuridad, recobra tu brillo.

SRI AUROBINDO

La abundancia de cosas milagrosas que mis propios ojos han presenciado aseguran mi aceptación de aspectos de naturaleza similar a aquéllos de que había oído hablar. Esta aceptación es ayudada por mi conocimiento de la integridad, la inteligencia y el alto carácter moral de los muchos testigos. Pero, aunque para muchos eminentes líderes de la comunidad, y para miles de personas ordinarias como yo, los milagros son hechos indisputables, los testigos oculares representan solamente una pequeña fracción de la humanidad. Entonces ¿qué pasa con los millones que están fuera de la órbita de los que han tenido la suerte de ver por sí mismos? ¿Qué hay de las masas de materialistas y ateos, condicionados por la superficial filosofía del progreso tecnológico moderno? ¿Hay alguna remota posibilidad de que puedan dar crédito de la verdad de los increíbles eventos descriptos en estas páginas?

Hace casi cien años cuando un teósofo, A.B. Sinnett, editor

del Pioneer en la India Británica, trataba de convencer al mundo occidental a través de sus escritos, sobre que fenómenos milagrosos similares tenían lugar, un gran adepto de los Himalayas le escribió: "Sólo los que vean por sí mismos creerán, haga usted lo que haga… Pero mientras los hombres duden sentirán curiosidad y harán preguntas".

La mente humana, por naturaleza, considera imposible cualquier cosa que esté fuera de un marco de racionalidad aceptado comúnmente y la rechaza. Un fenómeno de materialización, por ejemplo, es tan extraño a la experiencia cotidiana que, aun después de haberlo visto ocurrir, no es fácil para uno creer que tuvo realmente lugar. Parecería que uno ha estado de algún modo extraño fuera del espacio y del tiempo. Cuando se regresa a las dimensiones normales del espacio y del tiempo, la realidad de un milagro parece desvanecerse. Se va como se va la realidad de un sueño al despertar.

"¿Ocurrió realmente un milagro?", pregunta la mente pensante. Pero la joya rutilante, que salió de la nada, la tenemos en la mano; el sabor del dulce, que hace un momento era granito o papel, está en la lengua. Los efectos son aparentes; las causas comprensibles son las que faltan, y no se pueden encontrar con nuestro pensamiento racionalista.

Desde luego que el aporte, el transporte de un objeto material sin la ayuda de ningún medio material es bien conocido por los espiritualistas y otros círculos ocultos de Occidente. Yo mismo los he presenciado. La teoría que los sustenta es que el objeto, que ya existía en alguna parte, es desmaterializado y traído en ese estado por la fuerza psíquica hasta el círculo donde es rematerializado.

Baba ha dicho que algunas de sus "producciones" son aportes. A este respecto la observación de una devota es sugestiva.

Una princesa india me contó que una vez ella estaba sentada cerca, delante de Baba, mientras éste se encontraba de pie delante de ella en un estrado, sacudiendo su mano para "producir" algo.

Ella pudo ver lo que ocurría debajo de la palma vuelta hacia abajo. Primero vio cómo se formaba una pequeña nube lumi-

nosa, la cual se condensó rápidamente para formar un pequeño objeto brillante sobre el cual la mano de Baba se cerró. El objeto era un anillo de oro.

La vieja pieza de diez dólares de oro que Baba "produjo" para mí en los Montes Horsley era sin duda un aporte. Pero ¿qué hay del interesante fenómeno que El produjo para el doctor V.K.

Gokak, Vicerrector de la Universidad de Bangalore? En una de las primeras visitas a la casa del doctor Gokak, Baba vio en la pared por primera vez un retrato de un santo indio, Shri Panta Maharaja de Balekundri, y preguntó acerca de su presencia allí.

El Vicerrector le contestó a Baba que el santo había sido el gurú de su padre, y que él mismo sentía mucha reverencia hacia él.

"¿Tienes un retrato más pequeño de él para llevarlo cuando viajas?", preguntó Baba.

"No", respondió el doctor Gokak.

"¿Quisieras tener uno?", insistió Baba.

"Sí, Swami, con mucho gusto", fue la respuesta.

Baba movió su mano, un poco más de tiempo que de costumbre, observando: "Ya viene". Volteando la palma hacia arriba, le entregó al doctor un pequeño pendiente de esmalte. Llevaba una réplica en miniatura del retrato del santo.

Los aportes son quizás más conocidos en todas las clases de la India que en Occidente. El antiguo ministro del gobierno, gran educador y conocido escritor, el doctor K.M. Munshi, afirma en su excelente "Bhavan's Journal", que él ha visto aportes "producidos" por un hombre sentado cerca de él en el sofá de su salón.

Primero hubo *kum-kum* (polvo rojo) en una bandeja, otra vez flores, una tercera dulces y una cuarta billetes de dinero.

Munshi sigue diciendo que él cree que la ceniza sagrada materializada por Baba y usada para curar enfermedades y despertar la fe debe llegar al medio kilo de peso diario, y no es aportada, sino "producida de alguna manera todavía más misteriosa".

Parece obvio que los dulces hechos de una roca sólida muy antigua mientras usted observa, y muchos otros fenómenos realizados por Sai Baba, no pueden ser aportes.

Pero sean los objetos "transportados", creados en el instante por la voluntad divina, o materializados de alguna otra manera, ¿qué cantidad de pruebas, qué numero de testimonios de personas inteligentes e íntegras se requiere para convencer a los que nunca han visto hacer tales cosas?

En la India, desde luego, hay gran cantidad de personas que no tienen ninguna dificultad en aceptar la realidad de los milagros. Detrás de la trama de la vida lo milagroso siempre ha estado sucediendo en ese país. Siempre ha habido hombres que podían realizar alguna que otra proeza supranormal: crear un perfume del aire, leer una carta sellada, romper un vaso desde una distancia, curar con un toque, beber impunemente fuertes ácidos, levitarse, y así sucesivamente. Estas cosas son parte de la trama de la cultura común. Son aceptadas no sólo por las masas sino por pensadores y líderes del pensamiento de la estatura del doctor K.M. Munshi, por ejemplo. Sobre este tema he hablado con muchas personas educadas y altamente cultivadas, la mayoría de las cuales han visto en su vida algún ejemplo de fenómenos milagrosos, completamente aparte de los milagros de Sai Baba. La posibilidad de tener poderes milagrosos es tan básica en la herencia de la India que aun los que no han visto nada de ello están dispuestos a creer en lo milagroso.

Pero por esta misma razón, me parece a mí, algunas personas y de las más inteligentes están inclinadas a pasar por encima del objeto principal de los milagros de Sai Baba. Los he oído decir: "Los yoguis adelantados pueden realizar milagros, ¿pero qué? ¿Para qué sirven estas cosas?" Otros van más allá y dicen que los milagros no deberían realizarse, que son un obstáculo para el progreso espiritual. Citan afirmaciones de sus escrituras y de los textos de yoga en apoyo de este punto de vista. Pero si examinamos estas afirmaciones apropiadamente encontramos que las advertencias acerca de los peligros en el realizar milagros son dadas a los discípulos, a los que se

encuentran en un estado intermedio en el sendero espiritual. Patanjali, por ejemplo, señala que, a algún nivel en el adiestramiento del yoga, pueden aparecer poderes supranormales de varias clases. O sea, que el discípulo encontrará que tiene el poder de realizar ciertos "milagros".

Pero hay varios graves peligros inherentes en ello. Puede despertar su orgullo y egoísmo. Puede empezar a usarlo para fines egoístas. Puede hacerlo pensar que ha llegado a su meta. En lugar de entender que estos poderes psíquicos y psicocinéticos son meros subproductos, puede considerarlos el producto final o por lo menos una señal de que ha alcanzado un alto nivel de espiritualidad. Pero los poderes psíquicos no son en sí una señal de espiritualidad. Así es que el alumno que se enamore de tales poderes, se extraviará y no logrará mayor progreso hacia la verdadera meta de la vida.

Baba mismo, en su anterior forma en Shirdi, a menudo les advertía a sus devotos sobre este asunto. Señalaba que la adquisición de poderes supranormales a menudo aleja al discípulo que no ha llegado a los niveles más altos, del principal objeto de sus disciplinas espirituales, que es la realización de Dios. A uno de sus devotos que acababa de desarrollar clarividencia, por ejemplo, Baba le dijo: "¿Por qué estás mirando cómo actúa esa ramera? ¡No nos conviene tener tratos con una ramera!" La esposa del hombre, que se encontraba presente, pensó que Baba se estaba refiriendo a alguna opulenta concubina, pero el devoto mismo entendió que su *Sadgurú* (verdadero Maestro) Baba, le estaba dando una oportuna advertencia, no fuera que se dejara seducir por los encantos y artes de sus recién adquiridos poderes.

Pero tales peligros, y tales advertencias, son aplicables solamente a los discípulos, alumnos en el sendero, no a los que han llegado a la meta final, no a un hombre plenamente realizado en Dios, un hombre-Dios o Avatar. No hay deseo alguno por las ganancias terrenales, ningún orgullo, ningún egotismo, ninguna fanfarronería en los milagros de un Cristo, un Krishna, un Sai Baba. Por lo tanto no hay ningún peligro para el realizador del milagro ni para el receptor de sus beneficios.

Sin embargo, aunque el receptor puede no sufrir ningún efecto deletéreo de los milagros divinos, es posible que no siempre obtenga todos los buenos efectos que están allí en potencia.

Cada uno de estos milagros tiene, se podría decir, una condición espiritual, una posibilidad de desarrollo espiritual. Si el beneficiario no percibe esa posibilidad ha perdido una oportunidad dorada. Quizás haya recibido una joya de oro, haya sido bendecido con una misericordiosa curación, o haya sido ayudado en un problema práctico, o salvado de algún peligro mortal. Estas son cosas importantes, sin duda, pero pequeñas comparadas con lo que había podido ganar.

Si él continúa eludiendo la condición espiritual, con el tiempo llegará a saciarse de los fenómenos milagrosos. Y no lo impresionarán ni deleitarán. Además, no continuarán sirviéndole; y cuando haya llegado al punto en que los poderes milagrosos del hombre-Dios ya no trabajen para el materialista, cuando ya no reciba más los beneficios mundanos que espera, entonces abandonará el séquito del hombre-Dios. Al igual que el Capitán Jaime Cook, quien, cuando descubrió la costa este de Australia, pasó delante y no vio la estrecha boca del excelente puerto donde hoy está Sidney, una persona así pasará delante del estrecho camino para el puerto divino que todos los barcos humanos están buscando. Y ¿cuánto tiempo deberá esperar, cuántos años, cuántas vidas, para otra oportunidad igual?

¿Cuál es, entonces, la significación del milagro divino, de la alta y trascendental magia que nunca trabaja para beneficio del realizador, sino siempre para el de la humanidad? Algunos de sus fines son obvios; otros, más ocultos. Como le sugirió el gran Adepto de los Himalayas a Sinnett, los milagros conducen de verdad a los hombres hacia la investigación y la averiguación de los misterios más profundos del universo. El Coronel H.S. Olcott, después de ver una serie de fenómenos milagrosos durante el último cuarto del último siglo, escribió: "Por mi parte puedo decir que la gran gama de maravillas de la potencia de la mente educada me hizo fácil el comprender las teorías orientales de la ciencia espiritual".

Este efecto —que ayuda a la comprensión de las "ciencias espirituales"— lo tiene la voluntad milagrosa sobre las mentes abiertas, activas y ansiosas de explorar los estratos más profundos de la existencia. Aunque los milagros en sí sean subordinados y menos importantes que las verdades espirituales que ocultan, son señales más potentes que las palabras para guiar a los hombres hacia aquellas verdades, que a sus niveles más profundos no pueden ser expresadas ni por los milagros ni por las palabras. Pues los hombres, en general, son apáticos y necesitan algo espectacular para sacudirlos de su inercia. B.V. Narasimha Swami escribió: "Un aspecto común en las vidas tanto de Sai como de Jesús es que la gente siempre tenía que ser convencida de la naturaleza divina de los dos por medio de los milagros que realizaban. Los milagros son una concesión que la divinidad hace a la ceguera humana".

Tratándose de palabras, habladas o escritas, los hombres cabecean o sacuden sus cabezas, concordando o no, debatiendo, comparando… pues son muchos los que han dicho sabias palabras. Pero si, como se dice en periodismo, una imagen vale mil palabras, un milagro vale muchos miles de palabras.

Cuando el Todopoderoso le ordenó a Moisés que sacara fuera de Egipto al pueblo de Israel, Moisés protestó diciendo que la gente no creería que era enviado de Dios y no lo aceptaría como su líder. Así el Todopoderoso le dijo que arrojara su bastón al suelo. Obedeciendo, Moisés vio que el bastón se volvía una serpiente. Luego el Señor le ordenó que tomara la serpiente por la cola, y éste, haciéndolo, encontró que la serpiente era de nuevo un bastón. Este fue el primero de los muchos milagros que Moisés pudo realizar con el poder de Dios. El objeto de esas maravillas no era sólo de hacerles conocer a los israelitas —y al faraón— que Moisés era un mensajero divino, sino también para superar los muchos y tremendos obstáculos en el largo viaje desde la esclavitud en Egipto hasta la libertad en la tierra de promisión. Al igual que todas las inmortales historias del peregrinaje del hombre, ésta también tiene sus significados más profundos.

Enseña entre otras cosas que los poderes milagrosos tienen

un valor para liberar al hombre de la esclavitud de la carne, llevándolo a través de los muchos obstáculos de la vida y de sus propios vanos deseos mentales hasta la tierra de promisión de la libertad y liberación espiritual.

Así, comenzando con el núcleo de discípulos que le sigue, el hombre-Dios usa los milagros para ayudarles a aprender la verdad acerca de su naturaleza divina, y también para ayudarlos a superar los bloqueos que se producen en su progreso espiritual.

El núcleo de discípulos crece hasta formar un gran séquito, y gradualmente —como lo demuestra la historia religiosa del pasado— las buenas nuevas, el evangelio, se extienden hasta que millones se hagan sus seguidores. De este modo el pesado *karma* (ley de causa y efecto de las acciones) de la humanidad se levanta un poco, y más y más almas son atraídas de la oscuridad a la luz.

Pero vale la pena recordar que los más grandes milagros no son siempre los que son obvios. En la presencia del hombre divino nuestra percepción espiritual contempla una demostración del más estupendo milagro sobre la existencia misma de tal hombre. Nosotros que somos esclavos siempre del deseo, vemos a uno que es maestro del deseo terrenal. Nosotros, que estamos siempre centrados en nuestros pequeños, separados y autoimportantes yoes, vemos a uno que está centrado en el Yo de toda la humanidad. Nosotros, que luchamos a través del dolor y de las alegrías pasajeras, vemos la encarnación de la alegría eterna. Nosotros, que constantemente nos fundimos en el amor, la lujuria, la posesividad, el amor de sí mismo, sentimos emanar del gran hombre el flujo nectarino de un amor que es divino, universal, que abraza toda vida. Este amor, sin embargo, no es vago e impersonal, sino muy personal, enfocado y dirigido a lo más recóndito del corazón de cada devoto. Y en él no hay rasgo de egoísmo.

Si nuestros pies apenas se han encaminado por el sendero espiritual, sabemos que estas grandes cualidades son metas por las cuales nosotros estamos luchando en el peregrinaje de la vida. Pero a menudo esas metas nos han parecido muy lejanas.

A veces nos hemos preguntado si jamás las alcanzaríamos, si es que algún ser humano las haya alcanzado jamás. Quizás, después de todo, nos preguntamos si no son más que un bello sueño del corazón. Pero ahora, delante de nosotros, en carne y hueso, tenemos a uno que ha escalado el Monte Everest del espíritu. Un ideal, un sueño, se ha hecho de esta manera una realidad actual y viviente en el tiempo. La naturaleza humana, vemos de este modo, puede realmente ser cambiada, el ser animal inferior del hombre puede ser transmutado completamente en un Ser más elevado.

He aquí, quizás, el significado más profundo de los milagros divinos; demuestran las potencialidades divinas, el "destello del fuego del mundo", en cada ser humano. Edifican nuestra fe, y nos ayudan a trabajar con renovado celo hacia la producción de una edición divina de nosotros mismos. Y esto se logra no solamente por la gran inspiración que da el ejemplo viviente que tenemos delante, sino también a través del rayo silencioso y transformador que emana del hombre divino y que sin que nos demos cuenta alcanza hasta nuestro ser más profundo. Por su naturaleza misma de amor puro el avatar atrae a todos los hombres hacia sí, y a los muchos que vienen a El los guía a lo largo del camino que pasa por el filo de la navaja.

Sai Baba, mientras se encontraba todavía en su cuerpo de Shirdi, afirmó que guiaría a cientos de miles de personas por el sendero y los llevaría hasta la meta, hasta el mismo final; hasta Dios. Es a este trabajo al que está todavía enérgicamente dedicado.

Narasimha Swami, y otros que han bebido profundamente de la fuente de Sai Baba, han afirmado que la religión universalista de amor y fraternidad tal como la enseña Sai Baba está destinada a abrazar el mundo entero. No hay duda de que se está extendiendo a todo lo largo y lo ancho de la India y comenzando a echar raíces en otros lugares en el exterior. Sathya Sai Baba hizo su primer viaje al exterior en julio de 1968. Fue a Uganda en Africa Oriental, donde ya había un núcleo de devotos. Su visita se transformó en un evento nacional. Enormes multitudes se reunían a su alrededor, no sólo los pocos miles

de indios que estaban allí, sino también muchos miles de africanos, no sólo las masas de "abajo" sino los "altos" también: ministros de gobierno, el Inspector-General de Policía, el Jefe del Estado Mayor y otros funcionarios superiores se reunieron para rendir homenaje a Baba. Las multitudes bailaban de alegría al verlo, y filas de policías se arrodillaron cuando pasó entre ellos.

No hay duda de que todos los continentes y todos los pueblos tendrán la oportunidad de ver a Sai Baba en los años venideros. He aquí que tenemos algo nunca visto antes en la historia del mundo. Un hombre-Dios, un hacedor de milagros viviente, que haciendo uso de las comunicaciones globales modernas, viaje por todo el mundo y dé a conocer su mensaje a todos los pueblos durante su propia vida.

En la antigüedad esto no podía suceder. Las noticias de estos sorprendentes eventos llegaban a las masas de la humanidad a través de informes verbales o relatos escritos mucho tiempo después de que tuvieran lugar los acontecimientos. Ahora el escéptico, el dudoso Tomás, que no puede creer en los grandes ni en los pequeños milagros, puede comprobar su realidad por sí mismo. Si su deseo es lo bastante fuerte, puede visitar Prashanti Nilayam para presenciarlos: de otro modo puede esperar hasta que Sai Baba se acerque a su parte del globo.

Los milagros de Cristo y de Krishna deben aceptarse a crédito o con fe; los de Sai Baba usted puede verlos por sí mismo.

CAPÍTULO XIX: ALGUNAS ENSEÑANZAS DE SATHYA SAI BABA

La verdad vale por sí misma, no necesita de ningún otro testimonio para probar que es la verdad, es auto-refulgente.

SWAMI VIVEKANANDA

Los lectores que todavía no han tenido la oportunidad de disfrutar de las traducciones al inglés de los discursos espirituales de Sai Baba sin duda querrán tener aquí alguna idea de las enseñanzas verbales de este milagroso hombre-Dios. No es tarea fácil dar en un solo capítulo una pequeña síntesis de estas luminosas y vitales enseñanzas. Pero me ayuda algo el hecho de que el axioma "de que no hay nada nuevo bajo el sol", es también aplicable a la instrucción y filosofía espirituales.

El Sermón de la Montaña de Cristo, por ejemplo, sin duda les pareció muy revolucionario a sus primeros oyentes, y a muchas personas desde entonces. Pero lo cierto es que todas las grandes verdades espirituales que el hombre es capaz de comprender en su etapa actual de evolución fueron dadas hace mucho tiempo por los antiguos maestros de la India. Desde entonces la sabiduría básica ha sido reavivada, reafirmada, revitalizada muchas veces por los grandes maestros del mundo que han venido. Cada uno la ha presentado con un acento diferente, un énfasis diferente, interpretaciones nuevas e ilustra-

ciones actualizadas para ajustarse a la edad en la cual enseña. Pero un estudio de la antigua sabiduría registrada —en los *Vedas*, las *Upanishads*, los *Puranas*, los *Shastras* (antiguas escrituras indias)— demuestran que todas las verdades fundamentales que se pueden afirmar ya lo han sido en alguna forma u otra.

Esto no significa que la reaparición de nuevos maestros no sea necesaria o que carezca de importancia. Con el tiempo, cualquier templo construido para la verdad se transforma en sepulcro. Inevitablemente, las palabras iluminadoras contenidas entre las cubiertas de los viejos manuscritos o libros se olvidan o se malentienden, o son torcidas por los sacerdotes para hacerle una trampa al desprevenido y al ignorante. La sabiduría antigua tiene que ser sacada a la luz y reexpuesta, reenergizada para darle un nuevo y vívido interés y significación. Esto sólo lo puede hacer aquél que realmente sepa, no por los libros sino en su propio cuerpo. Sus palabras no tendrán la nota especulativa de los filosófos, sino la firmeza y seguridad del verdadero conocimiento.

Cada gran maestro que habla de esta refulgente verdad tiene su propio enfoque y método individual de presentación. Algunos se han dirigido a sólo unos pocos, durante sus vidas, otros, a los muchos. Los que como Cristo hablaban a las multitudes, han puesto la sabiduría en forma de parábolas, para ser fácilmente entendidos por las mentes ignorantes.

Sai Baba tiene muchas similitudes con Cristo, no sólo en los milagros sino en el estilo de su presentación. En sus discursos El usa abundancia de parábolas, maneras de hablar, analogías e ilustraciones sencillas. Es sin duda por eso por lo que El atrae a esas grandes multitudes; otra razón es la autoridad que se siente a través de sus palabras. El habla como uno que sabe y no repara en insistir en sus lecciones, en repetir, en re-enfatizar. En esto demuestra, como lo han hecho todos los grandes maestros, que no es suficiente que los hombres oigan y conozcan las verdades, deben vivirlas. El conocimiento y la acción deben volverse uno.

Voy ahora a intentar dar una pequeña idea de lo que El enseña.

El hombre es esencialmente el Alma (lo cual puede traducirse como "el espíritu"). No es el cuerpo y nunca debe identificarse con el cuerpo que es meramente un traje temporal. Aun los que intelectualmente concuerdan con esta verdad actúan la mayoría de las veces como si no fueran nada más que el cuerpo; así Baba nunca se cansa de insistir en esta verdad fundamental.

Dice, por ejemplo: "Tú eres la invencible Alma, a la que no afectan los vaivenes de la vida. La sombra que tú echas mientras andas penosamente por el camino, cae sobre la tierra y el polvo, sobre los arbustos y las zarzas, sobre las piedras y la arena, pero no se preocupa en absoluto, pues camina incólume. Así también, como sustancia del Alma que eres, no tienes ninguna razón de preocuparte por el destino de tu sombra, el cuerpo".

Ese verdadero ser del hombre es "algo más sutil que el agua y el aire o el éter; pues debe entrar en el ojo para que usted pueda ver; en la mano para que pueda agarrar; en los pies para ayudarle a andar. Los sentidos mismos son materiales inertes; el ser debe actuar primero antes de que puedan funcionar".

El Alma en sí no tiene forma, pero crea las formas que requiere. Creó las cinco envolturas del hombre. La más burda de éstas es la envoltura del alimento. Más sutil es la envoltura del aliento vital. Estas dos formas parten del cuerpo físico. Otras dos envolturas constituyen el cuerpo sutil o astral. Estas son la envoltura mental y la envoltura del intelecto o mente superior. La quinta es la envoltura de la bienaventuranza que sirve al cuerpo superior del hombre, al cuerpo causal, conocido en sánscrito como el *karana sharira*. Todos estos componentes y compartimientos sirven al señor del castillo, el *Jivatma* (espíritu individual).

Pero el Señor, plenamente preocupado por estos instrumentos de su propia creación y las experiencias que traen, ha olvidado su identidad. A pesar de ello, queda muy en lo profundo el leve eco de un recuerdo. A veces, lo oye. De modo que cuando viene la llamada de las regiones inmortales, El responde. Como dice Baba: "El hombre no es una criatura deleznable,

nacida en el fango o el pecado, para vivir para siempre una monótona existencia. El hombre es inmortal y eterno. Así es que cuando viene la llamada de la región de la inmortalidad, El responde con todo su corazón". El "busca la liberación de su servidumbre de lo trivial y de lo temporal. Esto es lo que cada quien anhela en el fondo de su corazón. Y se obtiene de una sola manera, o sea mediante la contemplación del Alma, del Ser Superior, que es la base de toda esta apariencia".

Pero la liberación es una lucha que dura un largo período de tiempo. No viene automáticamente con la muerte como pueden pensar algunos. Después de abandonar el cuerpo físico el Alma queda todavía sumergida en otros vehículos; tiene todavía conexiones con la tierra, conexiones de memoria y de deseo, que la vuelven a traer repetidamente a la reencarnación.

Para alcanzar la liberación y la bienaventuranza, el hombre debe desprenderse de todos los deseos y apegos terrenales. En uno de los símiles gráficos de Baba, El dice: "El hombre es como el arroz. Si no se le quita la cáscara, no crecerá. La cáscara del hombre es su cuerpo de deseos; si se liquida esto, no volverá a reencarnar".

Desde luego que la conquista de los deseos y apegos terrenales es algo que exige largas prácticas espirituales. La mayoría de la enseñanza de Baba está dirigida directamente a ayudar a la gente en esta gran lucha, y usa muchas ilustraciones sencillas para ayudarles a aprender y recordar los principios básicos involucrados. Por ejemplo, El dice: "Los innumerables deseos del hombre son como las pequeñas monedas de metal que lleva en su bolsillo.

Cuantas más tiene, más le pesan. Pero si puede convertirlas todas en un billete de mayor valor, no sentirá ningún peso. De la misma manera, si él puede convertir sus muchos deseos en un solo deseo, o sea, en la aspiración por la unión con Dios, entonces no habrá ningún peso para atraerlo hacia el nivel terrestre".

Una vez que el hombre ha pasado por la larga escuela de la existencia fenoménica —en este mundo y en otros planos también— comienza a comprender que su principal meta es

salirse del capullo que lo ha retenido tanto tiempo. El capullo tiene sus usos, pero el tiempo de su utilidad ya pasó. Está listo para volar hacia la nueva vida de libertad, la vida divina.
Por el hecho de que cada hombre es una chispa de divinidad, cada hombre es Dios en potencia; no Dios como usualmente pensamos en El, con forma, sino el Dios sin forma, el divino océano del cual proviene toda existencia. Baba afirma esto sencillamente:

"Si uno realiza el principio del Alma uno se hace Dios mismo…

Cada uno de ustedes puede llegar a ser Dios fundiendo sus almas individuales y separadas en el océano del Alma universal".

La base del amor y de la fraternidad entre los hombres es la verdad de que todos son este principio del Alma, no importa su color, casta o creencia. La analogía que Baba usa a veces en este caso es la de la corriente eléctrica que ilumina lámparas de muchos colores, formas y tamaños. La realidad de las lámparas es la corriente que fluye dentro de ellas, la misma para todos. El Alma puede compararse al flujo de la electricidad. Los hombres son expresiones diferentes de esta única corriente.

Dios no tiene forma; sin embargo tiene forma. El es lo que está más allá de todas las formas; sin embargo, crea, mantiene y destruye todo lo que existe. Dios está realmente en cada forma, pero más en el hombre que en cualquier otra cosa, y en algunos hombres más intensa y más completamente que en otros. Sólo unos pocos hombres en la historia del mundo han sido Dios cabalmente.

El hecho es, empero, que Dios, que expresa algún aspecto o parte de sí mismo en esencia en cada forma, puede efectivamente manifestarse como Dios en cualquier forma que escoja, sea humana, parcialmente humana, u otra. También puede responder a cualquier nombre. Baba lo pone así: "El Señor puede ser llamado por cualquier nombre que le parezca dulce a su lengua, o puede ser representado por cualquier forma que le sea atrayente a su sentido de admiración y temor reverencial.

Pueden cantarle como Muruga, Ganapathi, Sarada, Jesús, Maitreya, Sakti, o pueden llamarle Allah o el Sin Forma, o el Maestro de todas las Formas. No tiene ninguna importancia. El es el comienzo, la mitad y el fin; la base, la sustancia y la fuente".

Pero no debemos nunca creer que el Dios Omnipresente está completamente contenido en cualquier forma particular que escojamos, y responde exclusivamente al nombre tradicional que hemos sido condicionados a adorar. Se manifiesta a través de tales canales finitos y limitados si su adoración es sincera, pero no está confinado a ellos. Como escribe el poeta sufí, "Su polvo está aquí, pero El es el Infinito".

En un sentido, Dios está más cerca que nuestras manos y nuestros pies. No tenemos que buscarlo más allá de las estrelladas constelaciones "donde anochecen los arremolinados universos e intenta remontarse nuestra entumecida Alma", pues el Dios misericordioso está siempre a mano. Es el foco mismo de nuestro corazón espiritual. Pero particularmente, "al igual que se encuentra al médico en el sitio donde se reúnen los pacientes y al cirujano en la sala de operaciones", dice Sri Sai, "así el Señor está siempre con los que sufren y luchan. Dondequiera que la gente apele a Dios, ahí Dios estará".

Y como el último objetivo de cada hombre —su verdadera meta, lo sepa o no— es la de realizar al Dios que está dentro de sí mismo, ¿cómo debe vivir su vida a fin de lograrlo?

Baba no enseña que el único camino para alcanzar esta meta espiritual sea el irse a vivir en cuevas, ermitas en la selva o monasterios amurallados. Está bien que la mayoría de nosotros viva la vida ordinaria del mundo, pero no debemos ser esclavos de los atractivos del mundo. Un barco, dice, está hecho para estar en el agua, pero el agua no debe entrar en el barco. De la misma manera, nosotros estamos hechos para estar en el mundo, pero el mundo no debe entrar dentro de nosotros. Añade otra ilustración: "El hombre debe asir a Dios con la diestra y al mundo con la siniestra. Gradualmente, la siniestra soltará su presa. Esto no debe preocuparle; así tiene que ser; quizás sea esta la razón de que la mano se llame la "siniestra", así el mundo quedará atrás. Pero la mano derecha no debe aflojar. Puesto

que ella se llama la "derecha" (la correcta), es correcto que ella agarre lo correcto y lo sujete firmemente.[1] ¿Cómo hacer esto? Debemos darnos cuenta de que el gran drama de este mundo en el cual estamos ahora jugando un papel no es más que un espectáculo pasajero. No debemos identificarnos con el drama, o apegarnos a las vestiduras y a los "bienes" que pronto dejaremos atrás de todos modos. En otras palabras debemos aprender a discriminar entre lo permanente y lo transitorio, entre la sustancia y la sombra.

La sombra es la gran ilusión de que somos nuestros cuerpos y de que el mundo físico a nuestro alrededor es la realidad última y única. La manera de corregir este error es manteniendo nuestros pensamientos y aspiraciones dirigidos hacia Dios, nuestras caras hacia la luz divina. Baba da esta analogía: "Si alguien se acerca a la luz, la sombra cae atrás, pero si se aleja de la luz, tiene que seguir su propia sombra. Acérquense en cada momento un paso más al Señor y entonces la gran ilusión, la sombra, se quedará atrás y ya no los engañará nunca más".

En realidad lo que todos buscamos es la felicidad, pero debido a la sombra engañosa de nuestra propia ignorancia, buscamos en los sitios equivocados. "Una vez que se dirigen por el sendero de la felicidad mundana", dice Baba, "serán llevados a más y más descontento, competencia, orgullo, celos. Pero deténganse un instante y examinen su propia experiencia. ¿Se está más feliz cuando se es más rico, se tiene más paz cuando las necesidades están satisfechas? Uno mismo será testigo de la verdad de que un nivel de vida mejor no es ninguna garantía de felicidad".

Cuando buscamos la felicidad a través de los placeres de este mundo, encontramos siempre la misma cantidad de dolor que de placer, de tristeza que de alegría. Los pares de opues-

[1] Juego de palabras intraducible al español en el cual se usa la palabra 'left' que tiene a la vez el significado de izquierda y el de dejado, de abandonado, y la palabra 'right' que tiene a la vez el significado de derecha y el de correcto, verdadero, justo. (N. de la T.)

tos, los gemelos blanco y negro, están siempre cerca el uno del otro. Pero déjenlos que vengan; los placeres y los dolores, las alegrías y las tristezas, son parte del Leela o juego divino. Más allá de ellos, y a pesar de ellos, encontraremos una gran paz y una alegría eterna una vez que volvamos nuestras caras hacia la luz y comprendamos que somos parte de la sustancia divina, el Alma, y que nuestra verdadera existencia está más allá de este juego de sombras en el escenario del espacio y del tiempo.

Pero, ¿hay alguna guía especial y un adiestramiento de yoga que ayude a los hombres a romper el hechizo de los atractivos del mundo? ¿Algo que les ayude a dar esta difícil voltereta dejando los brillantes oropeles por la luz mayor? Baba a menudo habla de los tres senderos clásicos del yoga hacia la iluminación. El señala que todos estos —el *karma yoga* (la acción), el *jñana yoga* (el conocimiento) y el *bhakti yoga* (la devoción)— deben usarse. Son tres vías en la gran vía que conduce a Dios.

Baba dice: "Basen su acción en el conocimiento, el conocimiento de que todo es uno. Dejen que la acción se impregne de devoción; o sea, de humildad, amor, misericordia y no violencia.

Dejen que la devoción se llene de conocimiento, de otro modo será liviana como un balón que va a la deriva con cualquier corriente de aire o ráfaga de viento. El mero conocimiento hace seco el corazón; la devoción lo suaviza con la simpatía, y el *karma* le da algo que hacer a las manos, algo que santificará cada uno de los minutos que les ha sido dado vivir".

Una vez oí a Baba hablar en otros términos de estas tres vías hacia la autorrealización. Las llamó "Las tres W", (del inglés:

work, worship y wisdow), el trabajo, la adoración y la sabiduría.

El trabajo (*karma*) sólo es, dice, un lento tren de pasajeros, con largas paradas y algunos cambios en las intersecciones antes de llegar al final del viaje. Pero si añaden la adoración (*bhakti*) o devoción al trabajo, ustedes tendrán un tren expreso, y llegarán a su destino más rápidamente y más fácilmente. El trabajo y la adoración juntos desarrollarán además la sabidu-

ría o conocimiento de lo real (*jñana*). Con éste estarán ustedes en un tren expreso directo hasta el final de su viaje. Así es que adoren mientras trabajen, y luchen mientras tanto por adquirir el autoconocimiento que ayudará a traerles la verdadera sabiduría.

Hablando de los libros espirituales, dice que son sólo mapas y guías de viajes. "El mirar un mapa o leer una guía no les dará a ustedes el placer de la visita real, ni les dará una fracción del conocimiento y de la alegría de un viaje por aquel país".

"De hecho", dice en otro lugar, "ustedes no necesitan siquiera leer las escrituras, el *Gita* o las *Upanishads*. Ustedes oirán un *Gita* (canto divino) diseñado especialmente para ustedes, si sólo llaman al Señor en su propio corazón. El está allí, instalado como su propio guía".

De este modo las grandes escrituras del mundo son guías, que nos llevan hasta donde y no más allá de donde puede alcanzar la palabra escrita. El verdadero conocimiento debe venir de nuestra propia experiencia interna. Debemos nosotros mismos viajar hasta esa tierra que yace dentro de nosotros. Pero es muy difícil, casi imposible, encontrar nuestro camino a través de las selvas, de la densa jungla que rodea esta tierra divina. De modo que es mejor tener un guía que haya estado allí, un guía que por experiencia personal conoce la ruta. En otras palabras, el camino más seguro, más fácil, más rápido para llegar a la autorrealización es el tener un maestro espiritual, un *Sadgurú* (Verdadero Maestro) que sea él mismo autorrealizado. Si en la vida ordinaria usted tiene un guía experimentado que lo lleva por las extrañas selvas y desiertos o por las intrincadas vías de una ciudad desconocida, usted no se para a discutir y debatir con él acerca de la ruta. Usted pone su confianza en él y se somete a su guía. Así ocurre con su *Sadgurú*; usted debe ponerse completamente en sus manos. Su tonto ego, orgullo y voluntariedad lo harán extraviarse. Su guía espiritual sabe cómo llevarlo adonde desea llegar, así es que lo primero que debe aprender es la difícil ciencia de la autoentrega.

Desde luego que le ayudará el amor que inevitablemente siente por su *Sadgurú*, quien sólo desea su verdadero bienestar

y le ayuda en el camino, sin ningún otro motivo que el de su amor desinteresado. Se enseña en la filosofía espiritual hindú que no hay diferencia entre el *Sadgurú* y Dios, y en este amor devocional, el *Sadgurú* expresa el amor de Dios. "Cuando Dios ama", escribió San Bernardo de Clairvaux, "El no quiere otra cosa que ser amado; pues El no ama para ningún otro fin que el de ser amado, sabiendo que los que lo aman son bendecidos por ese amor". Este amor sin egoísmo del *Sadgurú* por el discípulo, y el amor correspondiente y siempre creciente del discípulo por el *Sadgurú* son la médula del *bhakti marga*, el camino devocional.

Mientras, no deben olvidarse las otras vías del yoga, y deben utilizarse según se requiera; *bhakti* es primordialmente el camino para el gran viaje. O —para cambiar la metáfora— aunque la devoción no sea el único ingrediente en la fórmula alquímica para la transmutación de los elementos bajos del hombre en oro espiritual, es el ingrediente más importante. Baba a menudo ha dicho que para esta edad, el *bhakti marga* (sendero de la devoción) es el camino más fácil y más seguro hacia la meta, y muchos de los grandes maestros, desde el Señor Krishna, han dicho exactamente lo mismo.

Baba usa muchos cuentos y símiles para señalar el valor del *bhakti marga*. He aquí uno:

Un *bhakta* (devoto) y un *jñani* (sabio que ha logrado el conocimiento del Absoluto) iban caminando por una selva y empezaron a sentir mucha sed. Llegaron a un pozo profundo con el agua muy en el fondo y mucha maleza crecida por los lados. No había ninguna manera de alcanzar el agua. El sabio superó la dificultad gastando una gran fuerza psíquica para asumir la forma de un pájaro. Entonces voló por la maleza y los brezos, perdiendo muchas plumas en el camino. Por el otro lado, el devoto anhelaba la Gracia de Dios y pronunció fervientemente su nombre.

El Señor, oyéndolo, en respuesta, hizo subir las aguas hasta el nivel del devoto que pudo así saciar su sed a satisfacción.

A veces Baba iguala a Dios a un imán y dice: "Recuerden que el imán no puede atraer a sí mismo un pedazo de hierro oxi-

dado y cubierto de polvo. Así ustedes no pueden ser atraídos por Dios cuando sus mentes están cargadas del óxido de los deseos materiales, y el polvo de lo sensual pesa sobre ellas".

Se cuenta cómo un hombre rico vino a ver a Sai Baba en su cuerpo de Shirdi y le pidió que le mostrara el camino hacia la realización de Dios. Baba primero lo hizo pasar por varias pruebas y luego dio una disertación sobre las calificaciones necesarias antes de que cualquier persona pueda esperar realizar a Dios en su vida. Allí, junto al rico, varios de los discípulos de Baba escuchaban su disertación.

He oído en varias ocasiones, y en varios lugares, a Sathya Sai Baba dar las mismas instrucciones acerca de las autodisciplinas, adiestramiento y austeridades necesarias a fin de progresar en el camino del Sai, que es el camino de la devoción tal como enseñaba Sai Baba. Así es que voy a dar la sustancia de ese memorable discurso de Shirdi. En él Baba elaboró sobre diez puntos:

1. El aspirante debe darse cuenta de la absoluta trivialidad y de la falta de importancia de las cosas de este mundo y del siguiente. Debe en realidad sentir disgusto por los honores, emolumentos y otros frutos que su acción le traerá tanto en este mundo como en el que lo sigue, pues su meta es mucho más alta que esto.

2. El debe darse plena cuenta de que está esclavizado por los mundos inferiores y que tiene una intensa aspiración a liberarse.

Debe trabajar con seriedad y resolución para este fin, y no ocuparse de nada más.

3. Nuestros sentidos han sido creados con la tendencia de ir hacia afuera y por esto el hombre siempre mira hacia afuera de sí mismo. Pero el que desea la autorrealización, y la vida inmortal, debe volver su mirada hacia adentro y buscar en su ser interior.

4. A menos que el hombre le haya dado la espalda a la maldad y se haya sosegado de manera que su mente esté tranquila, no puede alcanzar la autorrealización, aun cuando tenga grandes conocimientos.

5. El candidato a la vida espiritual debe llevar una vida de verdad, penitencia, percepción y conducta correcta.

6. Al hombre se le presentan constantemente dos clases de cosas para su aceptación: lo bueno y lo agradable. El aspirante a discípulo debe pensar y escoger entre ellas. La persona sabia escoge lo bueno; el tonto, por su codicia y apego, escoge lo agradable.

7. El aspirante debe controlar su mente y sus sentidos. Si su mente no tiene freno y sus sentidos son ingobernables, como caballos salvajes y taimados tirando de una carreta, no puede llegar a su destino. Pero cuando el intelecto y la voluntad iluminada ejercen el control, al igual que las manos de un buen guía manipulan las riendas (la mente) con destreza para guiar los caballos (los sentidos) firmemente por el camino recto, entonces el verdadero ser, que es el dueño de la carreta, llega al final de su viaje, la suprema morada del Dios que todo lo penetra. A veces, usando otro símil, Baba iguala la mente a un cable eléctrico. "¡No establezcan contacto con la mente; es tan malo como entrar en contacto con el cable! Obsérvenla desde una distancia; solamente entonces podrán alcanzar la gloria". Quiere decir que el identificarse y ocuparse demasiado de la mente lo incapacita a uno para ver lo verdadero que está más allá de la mente.

8. A la vez que controlar la mente el hombre debe purificarla. Para hacer esto él debe desempeñar de manera satisfactoria, y a la vez sin apego, los deberes de su posición en la vida (su *dharma*). Debe despegarse de la gran ilusión de que "Yo soy el cuerpo", o de que "Yo soy la mente"; esto le ayudará a perder su egoísmo, a librarse

de la avaricia y a purificar la mente de todos los deseos bajos.

9. El aspirante debe tener un *Gurú* (Maestro). El conocimiento del ser es de tal sutileza que nadie por su propio esfuerzo puede aspirar jamás a lograrlo. La ayuda de un gran maestro, que haya andado por el camino y logrado la autorrealización, es absolutamente necesaria. No hay ninguna dificultad en encontrar al gurú; cuando el alumno ha hecho todo lo que puede para su propio cuestionamiento y adiestramiento el gurú aparecerá, bien sea en cuerpo físico o de manera invisible. Baba a veces dice: "Si es necesario, Dios mismo bajará y será tu *Gurú*".

10. Y por último, pero por eso no menos importante —de hecho lo más importante de todo— está la Gracia del Señor.

Cuando el alumno sigue intentando y cayendo una y otra vez, cuando todo parece sin esperanza, y él finalmente realiza plenamente su completa impotencia, entonces viene la gracia divina, la luz brilla, la alegría fluye dentro de él y lo milagroso ocurre. Y entonces da un paso más hacia adelante en el camino espiritual.

Una vez terminada su disertación en Shirdi, Baba le dijo al hombre rico: "Bueno, señor, en tu bolsillo está Dios en forma de doscientas cincuenta rupias, haz el favor de sacarlas". El hombre sacó su paquete de billetes y contado el dinero, encontró para gran sorpresa suya que había veinticinco billetes de diez rupias cada uno. No sabía antes el monto exacto del dinero que tenía en el bolsillo y así, sintiendo la omnisciencia de Baba, cayó a los pies del santo, y pidió que lo bendijera.

Baba dijo: "Enrolla tu paquete de Dios. A menos que te liberes por completo de la codicia nunca alcanzarás al verdadero Dios… El amor al dinero es un profundo remolino de dolor, lleno de caimanes en forma de presunción y celos… La codicia y Dios son polos diferentes, están eternamente opuestos… Para un hombre codicioso no hay paz, felicidad, ni firmeza. Si

apenas hay una mínima traza de codicia en la mente, todos los esfuerzos espirituales no sirven de nada… Las enseñanzas de un gurú no son de ninguna utilidad para un hombre lleno de egoísmo, y que siempre piensa en objetos relacionados con los sentidos. La purificación de la mente es absolutamente necesaria; sin esto, todos los esfuerzos espirituales no son nada más que inútiles despliegues y pompas. Es, por lo tanto, mejor que se tome sólo lo que se puede digerir y asimilar. Mi tesoro está lleno y puedo darle a cualquiera lo que él desea, pero debo primero ver si está calificado para recibir lo que yo le doy. Si me escucha con atención, con toda seguridad saldrá beneficiado…" Baba sabía que el hombre rico a quien se dirigía era malo y codicioso. Sus pruebas preliminares habían demostrado este hecho a todos los presentes. El tener bienes no es en sí un crimen.

Es nuestra actitud frente a la riqueza lo que importa. Si somos "pobres de espíritu", o sea, sin apego a nuestras posesiones, entendiendo que las tenemos porque Dios nos las confió y que deben ser usadas apropiadamente, entonces no importa lo que tengamos, si mucho o si poco.

Aparentemente, este hombre rico, al contrario del joven rico que vino a ver a Cristo y le pidió la salvación, no se fue apesadumbrado. El cronista dice que, por el contrario, después de recibir la bendición de Baba, se fue del lugar muy feliz y contento.

El, al igual que los otros presentes, había disfrutado del banquete espiritual que Baba les había servido y quizás sintiera alguna esperanza de que las percepciones así ganadas le permitirían eventualmente reducir el tamaño de camello de sus apegos, de manera que pudiera pasar por el ojo de la aguja espiritual.

Busquemos la autorrealización por el sendero de la devoción o por cualquiera de las otras vías, es necesario purificar el corazón de la codicia, del deseo, del odio, de la falsedad y de los otros vicios. Uno de los grandes purificadores, para los que pueden practicarlo, es ese ejercicio introspectivo y elevador conocido como meditación. Como lo enseña Baba, la meditación

puede ser sobre Dios con forma y el Dios sin forma, o con uno que conduzca al otro.
Hace mucho tiempo el Señor Krishna enseñó el mismo método (tal como quedó en el *Srimad Bhagavata*). Hablando, no como el guerrero, sino como el Supremo Dios, Krishna dijo:

"Habiendo retirado su mente de los sentidos y habiéndola fijado en mi forma, el devoto debe ahora enfocarla en sólo una parte de la misma, preferiblemente en la cara sonriente, con exclusión de todo lo demás. Entonces, sacándola aun de allí, debe concentrarse en mi Ser todo penetrante que está libre como el cielo.

Dejando esto también, y volviéndose uno conmigo, debe cesar de pensar. Entonces él me verá, el soberano interno, en sí mismo, y se verá a sí mismo en mí, como la luz que se ha unido al fuego. Todas las dudas acerca de la materia, del conocimiento y de la acción entonces cesarán".

En su anterior encarnación Sai Baba luchó valientemente por eliminar el peligroso malentendido y conflicto entre hindúes y musulmanes; en esta vida lucha constantemente por demostrar la unidad básica entre todas las religiones. Entre sus devotos discípulos hay hombres de todos los principales credos. Muestra su aprobación materializando cosas apropiadas para cada uno de ellos… inclusive, para los cristianos, cruces e imágenes de Cristo.

"Esta es la grandeza del *Sanathana Dharma*, de la eterna ley espiritual… esta insistencia en la unidad detrás de la aparente multiplicidad. El Alma, que declara como la verdad básica, no contradice las doctrinas de ninguna fe. Dios no está limitado por el espacio ni por el tiempo. Es indefinible por nombres o formas".

Hablando de los males de nuestra época, Baba dice: "Las naciones se están armando y sembrando odio locamente… El hombre se ha reducido al estado de un animal salvaje… La chispa que ha surgido en la mente individual ha esparcido una conflagración mundial de odio y codicia. Estos han de ser erradicados en el individuo, en la familia, en el pueblo, en la ciudad, en la Nación; de hecho, donde quiera que levanten la

cabeza. El hombre está sufriendo porque no está consciente del tesoro que tiene dentro de sí. Como un mendigo que, ignorante de los millones escondidos debajo del piso de su choza, sufre de una espantosa miseria". "Sólo cuatro bomberos podrán apagar esa conflagración mundial: el *sathya*, el *dharma*, el *shanti* y el *prema*. Nada más puede hacerlo".

Sathya es la verdad, es esa claridad intelectual que nos permite ver más allá de todas las farsas, falsedades, ilusiones, directo al corazón de las cosas. Por medio del *sathya* conocemos la verdad de nuestro propio ser, de Dios, y del universo.

Dharma es la ley espiritual de la vida. Es el poder ejecutivo para llevar a cabo el *sathya*, la verdad básica, en las circunstancias en las cuales nos encontramos. A veces de la manera opuesta, pero en cada caso será de acuerdo con la ley inalterable e inmortal del espíritu. A través del *dharma* vivimos la verdad; el *dharma* es *sathya* en acción.

Shanti es la gran paz que llega a los hombres a través de *sathya* y de *dharma*, a través del conocer y vivir la verdad. Es aquella "paz que va más allá de la comprensión, que reside en los corazones de los que viven en lo eterno".

Prema es el Amor divino que en todas las grandes religiones se nombra como la más alta expresión de Dios en la tierra. Cristo dijo que Dios es Amor y que debemos amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos. El *Sanathana Dharma* (Justicia Eterna) da la razón por esto; o sea, que a través de nuestro verdadero ser, el Alma, somos realmente uno con los otros, con todos los hombres y con Dios.

Definiendo este *prema* (amor) que fluye constantemente de Dios y que todos los hombres son capaces de sentir los unos por los otros, Sai Baba dice: "Es continuo en los malos como en los buenos tiempos. No es como la pimienta o la sal con la cual sazonan sus platos; es el pan y la mantequilla mismos, la sustancia esencial misma. Es una actitud incambiable, una inclinación deseable de la mente, firme en la alegría como en el dolor".

Una de las muchas historias que El cuenta sobre este tema es acerca del amor de Radha. Un día, Yasoda, la madre adoptiva

de Krishna, andaba buscando al niño que se había extraviado. Buscó por todas partes en vano y terminó yendo a casa de Radha, pero Krishna no estaba allí tampoco. Entonces Radha cerró los ojos y meditó sobre Krishna un rato, y cuando ella dijo su nombre, el niño apareció. Yasoda lloró de alegría al ver a su amado hijo, pero después de pensar un rato sobre el incidente, le dijo a Radha: "Yo amo a Krishna como una madre, con algo de egoísmo y posesividad porque es mi hijo. Tu *prema* (amor) es puro; no tiene egoísmo que lo mueva". Y por eso fue más efectivo.

El *prema* (amor) puro tiene el poder de hacer que Dios se manifieste delante de nuestros ojos. Sai Baba mismo es una personificación de puro amor, como lo fue Cristo. Si, por su ejemplo, influencia y poder suficiente de este amor puede ser sembrado en los corazones de los hombres, el mundo será cambiado.

Finalmente, debo decir que las enseñanzas y el adiestramiento más importante de Baba los da El individualmente por medio de palabras, sugestiones, instrucciones para la acción, ejemplo y (quizás lo más importante de todo) la influencia silenciosa. Esta guía espiritual difiere para cada individuo pues depende del temperamento, estado de progreso y necesidades del discípulo en ese momento. Como es personal y secreta, no puede ser extraída y expuesta por ningún observador. Sólo puedo decir que a algunos El da *mantras* (fórmulas místicas), a algunos da guía especial para la meditación, a algunos da prácticas y austeridades yóguicas. Otros no reciben nada de esto, sino diferentes tipos de ayuda. Algunos seguidores parecen a veces tener mucha libertad de acción, mientras que otros deben andar con mucho tiento. A la mayoría le enseña por medio de sencillas parábolas y analogías; a los pocos que pueden comprender les enseña los significados más profundos.

El tema recurrente de todo este adiestramiento es que debemos buscar a Dios a través de la entrega del ser y de la devoción.

El Alma que se ha entregado totalmente, eliminando el ego externo, es capaz de absorber y aprovechar al máximo la enseñanza silenciosa y sin palabras que el *Sadgurú* (Verdadero

Maestro) irradia.
Al mismo tiempo, Baba a menudo dice: "Todo está dentro de ustedes. Traten de escuchar internamente y de seguir las direcciones que reciben". Para demostrar la importancia de esta voz interna, El cuenta la historia del Señor Krishna y de Arjuna que caminaban juntos y al ver un pájaro en el cielo, Krishna dijo:

"¡Ahí va una paloma!" "Sí, una paloma", respondió Arjuna.

"No, creo que es un pichón".

"Tienes razón, es un pichón".

"Bueno, ahora puedo ver que se parece más a una corneja".

"No hay duda de que es una corneja".

Krishna se rió y regañó a Arjuna por estar conforme con cualquier sugestión. Pero Arjuna contestó: "Para mí tus palabras valen más que la evidencia de mis propios ojos. Lo que tú digas que es, es".

Aquí el Señor Krishna representa la divina voz dentro de cada uno de nosotros. Nuestros sentidos físicos pueden darnos un informe falso, pero la voz interna nunca. El objeto del *Sadgurú* externo es ayudarnos a oír la voz de nuestro gurú interno, clara y seguramente en todo momento, de manera que sea nuestro infalible conductor.

CAPÍTULO XX: EL AVATAR

Hay otro grupo de maestros más altos y más nobles que todos los maestros corrientes, los Avatares de Iswara. Son los Maestros de todos los maestros, las más altas manifestaciones de Dios para los hombres.

SWAMI VIVEKANANDA

Cuando yo descubrí en mi primera visita a Prashanti Nilayam que la mayoría de los devotos de Sai Baba hablaban de El como de un Avatar, empecé a inquirir y a leer todo lo que podía encontrar acerca de esta doctrina india de las encarnaciones divinas. En realidad, por supuesto, no es una doctrina exclusivamente india. El cristianismo enseña que Jesús, el carpintero de Nazaret, era una encarnación de la Divinidad Trina y Una, pero afirma que ésta era la única encarnación divina, un acontecimiento único en la larga historia del hombre sobre la tierra.

El Hinduismo, o el Sanathana Dharma[1], y el Budismo Mahayana por otra parte enseñan la doctrina más razonable de que ha habido muchas encarnaciones de la Divinidad en la tierra.

En su forma más sencilla y más elemental, esta doctrina hindú significa que Vishnú —aquel miembro de la Divina Trinidad que se ocupa del mantenimiento y evolución del universo— nace en forma humana. Narayana, otro nombre de Vishnú en

[1] La Justicia Eterna. Cuando llegamos a reunir juntas las leyes morales que apoyan todas las religiones y la verdad que hay en todas ellas, podemos tener una imagen del Sanathana Dharma.

su forma todo penetrante se considera el origen o semilla de los avatares.

El *Srimad Bhagavata* afirma la verdad del principio del Avatar en lenguaje alegórico en su primer Libro.

"El *Purusha* (la Primera Persona o Dios) conocido con el nombre de Narayana es percibido por los yoguis como poseyendo miles de cabezas, de ojos, de brazos, de pies, etcétera; y como siendo la semilla de todos los avatares".

Sobre el mismo tema afirma: "Al igual que nacen incontables ríos de un océano que nunca se seca, así innumerables son los descensos del Señor; algunos de éstos son grandes, como Rama, Krishna, etc.; pero la mayoría son menores *amsas* (rayos) de este supremo esplendor".

Así, de acuerdo con esta enseñanza hay grados en la "condición de Avatar", y muchos de los grandes maestros espirituales de la India se creen que han encarnado rayos del divino esplendor y que han sido avatares parciales o menores. Los pocos, los Maestros de los maestros, los que han logrado un gran movimiento hacia adelante en la evolución espiritual del hombre, se llaman grandes avatares.

Pero, ¿cómo debemos aprehender esta cuestión en su sentido metafísico más profundo? De acuerdo con la verdadera religión, o sea la Sabiduría, en el fundamento de todas las grandes religiones cada ser humano es un descenso de lo divino en la materia. Pero a la vez que es un descenso de Dios, el Hombre también representa un ascenso desde las formas inferiores de vida. Debido al espíritu divino e inmortal que ha entrado en él, el Hombre ha luchado hacia arriba por el camino de la evolución espiritual, y continuará ascendiendo hasta que comprenda y realice plenamente que él es divino por naturaleza; o, para decirlo de otra manera, hasta que se funda con Dios, y sepa que está fundido con Dios. Al final de su largo viaje de muchas vidas por los mundos fenoménicos de la materia será cuando llegue adonde empezó, como dice T.S. Eliot, pero sabiendo dónde está, y quién es, por primera vez. Cambiando la metáfora, la semilla divina se habrá convertido en una planta totalmente desarrollada.

Así el hombre está ahora en el punto medio entre la animalidad y la divinidad. A medida que asciende del lodo y del cieno, más alta será la luz que descienda en él, inspirando y guiando su ascenso. Todos los hombres a la vez que hijos de la tierra son hijos de Dios, como dijo Cristo. Pero cuando un individuo ha alcanzado el final del peregrinaje y lavado el polvo de la tierra en los "frescos reinos del rocío celestial", ¿qué sucede entonces? No habrá ningún deseo que lo atraiga de vuelta a la tierra, ningún *karma*, ningún "asunto sin terminar", para arrastrarlo de vuelta.

Si él vuelve, si él reencarna, será por su amor a la humanidad, por su deseo de ayudar a sus semejantes en su titánica lucha.

Una gran compasión puede ser el único motivo por el descenso de uno que haya alcanzado la iluminación, la libertad, la divinidad.

Debemos tener en mente que el que ha vivido como hombre y que se realiza final y plenamente como Dios, se sumerge con la razón divina de todos los seres, la Divinidad. Deviene, en términos mitológicos, parte de la miríada de ojos, manos y pies de Narayana. Si él encarna de nuevo como ser humano no hay duda de que es Dios el que encarna, pues el Alma liberada y Dios son uno.

El metafísico puede tratar de hacer una distinción entre el hombre divino y lo divino en el hombre, entre el "descenso" y el "ascenso". Pero cuando un devoto altamente intelectual de Baba le preguntó acerca de este punto, Baba dijo que no hay ninguna diferencia real, que se puede llamar "ascenso" o "descenso" pues los dos están involucrados y los dos son ciertos. El hecho es que nuestras mentes finitas no pueden realmente aprehender esta cuestión sumamente abstrusa. Todo lo que podemos comprender es que un gran Avatar aun cuando tenga la apariencia humana —humano en cuerpo— es totalmente Dios en lo interno.

¿Cuáles son las señas y señales por medio de las cuales podemos reconocer a un gran Avatar? Las más obvias son, claro está, los poderes supranormales. Estando completamente

fundido con Dios, tendrá dominio de todos éstos sin el uso de *mantras*, tantras o yantras. Tendrá por ejemplo, el poder de crear cualquier cosa en el momento, aparentemente de nada y de la nada. El mismo poder le permite aumentar o disminuir las cantidades y tamaños según lo requerido, y hacer desaparecer los objetos o cambiar su naturaleza.

Unos puntos importantes que hay que notar son que, en el Avatar, en distinción con el mago, estos poderes no desaparecen ni disminuyen no importa lo mucho que se usen, y que nunca son usados para provecho personal sino siempre para traer bendiciones y beneficios para otros, o para la glorificación de Dios.

Otra señal del gran Avatar es el poder de conferir Gracia Divina. Sai Baba dice que esa gracia es realmente una recompensa por las cosas buenas hechas en el pasado, quizás en una vida anterior. Es como un ahorro personal puesto a plazo fijo en el banco kármico, y que de repente se libera por el poder del avatar.

No recordamos las buenas acciones, las causas y así la ganancia inesperada se considera como un don del cielo.

Pero, Baba dice, hay también una gracia especial. Esta no tiene nada que ver con las buenas acciones pasadas. No hay activos en el banco kármico contra los cuales usted puede girar, pero usted necesita desesperadamente unos fondos. Un hombre rico, comprensivo y compasivo puede salirle de fiador, y así el banco le adelantará el dinero. La gracia especial es algo así, y el Avatar tiene el poder de otorgarla. Puede venir a consecuencia del arrepentimiento y de la entrega de su ser a Dios, y es así similar a la redención.

La gracia especial puede cambiar el destino de una persona, y también lo puede su opuesto: el poder de echar maldiciones.

Por las leyes del *karma* (ley de causa y efecto), o compensación moral, todos los hombres sufrirán tarde o temprano por sus errores y malas acciones. Pero si los crímenes son muy grandes, el Avatar puede apresurar y concentrar los efectos kármicos echando una condena. Así el Señor Krishna condenó a Ashvatthama, el asesino de infantes y personas durmien-

tes, al prolongado vagar por el mundo, con sufrimiento físico y espiritual.

Si el Avatar muestra ira, será la ira del justo, para dominar el mal y promover el bienestar de la humanidad. Detrás de la ira habrá la dulce levadura del amor. La personalidad en la superficie puede a veces mostrar emociones humanas, pero detrás de ellas estará la constante gloria del que vive en lo Eterno. Desde las alturas eternas, más allá de la *maya* (ilusión), donde su centro está siempre en plena conciencia, el Avatar ve el pasado, el presente y el futuro. Libre de las restricciones del tiempo y del espacio, percibe las causas y los efectos mucho más allá de nuestra visión humana y juzga en consecuencia. Por lo tanto, sus palabras y acciones son a menudo difíciles de entender. Pueden parecer desconcertantes, a veces hasta irracionales, para humanos ordinarios que ven sólo una pequeña porción del gran tapiz de la vida. Por esto decimos que el Avatar es inescrutable.

Estas son entonces algunas de las señales externas por medio de las cuales los hombres de percepción pueden reconocer a Dios en forma humana. Los avatares menores, que poseen quizás algunos de estos aspectos, aparecen bastante frecuentemente, particularmente en la India. Varios han vivido y enseñado durante los últimos cien años, por ejemplo. Los grandes avatares, por el contrario, son escasos; muchos siglos pasan entre su advenimiento. Vienen sólo cuando las condiciones en la tierra han llegado a un estado crítico, cuando hay gran peligro de que las fuerzas del mal, las fuerzas demoníacas o retrasadoras dominen a las fuerzas del bien, las fuerzas *dévicas* (angelicales) y que llevan hacia adelante. Vienen como un remedio drástico para destruir las toxinas del mal en la humanidad y dar un empujón a la evolución de la conciencia humana. En el verso muy citado del *Bhagavad Gita*, el Señor Krishna, hablando como Dios mismo, dice:

"Cuando quiera que la virtud desfallezca y predomine el mal, yo me manifiesto. Para establecer la virtud, para destruir el mal, para salvar el bien, vengo de Edad en Edad".

No hay duda de que en la actualidad estamos viviendo una

época de crisis. "El mundo es el cuerpo de Dios", dice Baba.

"Hay un cáncer en el cuerpo y debe ser removido". ¿Puede ser tratado ese cáncer o debe ser removido por medio de cirugía drástica? Esa es la cuestión. En otras palabras, ¿debe haber una guerra catastrófica, un Armageddon, antes de que la humanidad (lo que pueda quedar de ella) aprenda a vivir en hermandad y en paz? ¿O podrá una terapia más suave ser efectiva?

Hace mucho tiempo el Señor Krishna, que era a la vez Avatar celestial y rey terrenal, luchó primero por la paz. Pero encontró al final que la cirugía de la guerra era necesaria para remover el cáncer de esa época; una poderosa casta militar que se había vuelto arrogante y mala, había olvidado su *dharma* (los dictados de Dios). Muchos siglos antes el Avatar Rama había sido obligado a tratar el mismo problema de la misma manera. Tuvo que pelear para destruir los rakshasas, los demonios en forma humana, que dominaban la tierra, y obstruían el plan divino de la evolución humana.

¿Y qué diríamos de hoy, cuando la raza humana camina por el precipicio del holocausto nuclear, y cuando llevan las riendas la ignorancia y la codicia? ¿Pueden los poderes de la luz tomar la dirección a tiempo? Baba usa una metáfora diferente. "Las hormigas blancas están de nuevo en el árbol. En la antigüedad se cortaba el árbol. Ahora tratamos de salvarlo". Así quizás haya alguna esperanza.

"¿Pero por qué ha de ser necesario un Avatar?", puede preguntar el hombre religioso. "Si la intervención directa de Dios es esencial, "por qué no puede actuar desde donde está? ¿Por qué debe encarnar?" Sai Baba una vez dijo: "Una persona que desee salvar a un hombre de ahogarse debe saltar al mismo pozo; el Señor debe venir aquí en forma humana para ser comprendido por los hombres".

Al tomar forma humana, debemos notar, el ser divino también toma ciertos aspectos y limitaciones humanas. Tiene un cuerpo físico al cual, como dice Swami, "debe pagar el tributo".

Si estudiamos las vidas de los avatares conocidos, tales co-

mo Rama y Cristo, encontramos pruebas de algunos atributos emocionales que son más humanos que divinos, como por ejemplo el dolor, la ansiedad, la parcialidad por ciertas personas.

Puede sorprendernos el encontrar estos detalles humanos en la personalidad del Dios encarnado, pero en realidad lo acerca más a nosotros. Por estos detalles es por lo que podemos comprenderlo un poco, y así llegar a las cualidades divinas más allá de lo humano. Es así como aun siendo un ser humano con algunas de sus imperfecciones, puede un Avatar ser capaz de promover el bien de la humanidad. Acerca de su misión en el mundo Baba ha dicho muchas cosas. He aquí dos de ellas: "He venido a fin de reparar la vieja vía que lleva al hombre a Dios. Háganse sinceros y hábiles ingenieros, capataces y trabajadores, y únanse a mí. Los *Vedas*, las *Upanishads* y los *Shastras*, son el camino a que me refiero. He venido para revelarlos y reavivarlos".

Y también: "He venido para sembrar las semillas de la fe en la religión y en Dios. Quizás hayan oído que me convertí en Sai Baba cuando me picó un escorpión. Bueno, reto a cualquiera de ustedes a que lo pique un escorpión y se transforme en Sai Baba. No, el escorpión no tuvo nada que ver con ello. De hecho, no hubo ningún escorpión. Vine en respuesta a los ruegos de los sabios, santos y buscadores por la restauración del deber y la virtud".

Prácticamente todos los íntimos devotos de Baba, especialmente los que lo han conocido por muchos años, lo consideran sin duda alguna como un gran Avatar. Sus experiencias personales, sus sentimientos y percepciones más profundos los han convencido de ello.

Algunas personas, como el doctor K.M. Munshi, sienten la divinidad de Baba al primer contacto. Escribiendo en su periódico poco después de su entrevista inicial con Baba, el doctor Munshi dijo: "La verdadera prueba de una individualidad poseída de Dios es si tiene la capacidad de sembrar la semilla de la fe en los hombres, una semilla que, cuando florezca, los liberará de la codicia, del odio y del temor. Esta cualidad la tiene

Baba en abundante medida".

Muchas personas de Occidente al igual que de la India ven a Baba como una encarnación divina. Después de su primera visita a Prashanti Nilayam, una mujer de Alemania, una devota y seria buscadora en el sendero, dijo: "Baba es la encarnación de la pureza y del amor". Más tarde, después de pasar más tiempo con El, escribió en una carta: "Estoy más y más convencida en mi ser interno de que El es Jesucristo vuelto a la tierra, con la plenitud de Cristo, como Sathya Sai Baba".

Algunas personas, sin embargo, que han visitado a Baba y lo han visto como un santo de poderes supranormales, no lo consideran como una encarnación de la divinidad. Pero el mundo siempre ha sido así. La mayoría de los contemporáneos de Krishna lo veían sólo como un hombre; y aun algunos de los grandes yoguis de la época parecen haber dudado de su condición de Avatar; sólo unos pocos han visto su infinito esplendor y han sabido fuera de toda duda que lo era. Lo mismo parece haber sido cierto de Rama. Y, ¿cuántos aceptaron a Cristo como venido de la alta Divinidad cuando sus sandalias pisaban el polvo de Palestina? Aun algunos de sus discípulos no estaban convencidos.

Pero cuando uno pasa días y semanas con Sai Baba, sea en la atmósfera especial del ashram o en gira por muchos y variados lugares, pronto empieza a sentir que El está mucho más allá de las medidas del hombre. Aparte de los milagros que demuestran su dominio de la naturaleza, su poder de estar en cualquier lugar y saber lo que sus devotos están pensando y haciendo ("Yo soy como una radio y puedo 'sintonizarme' con ustedes", dice) y su capacidad para traer protección y ayuda; aparte de todas estas cualidades suprahumanas, está el amor puro y sin egoísmo.

Este, por encima de todo, es un signo de divinidad semejante a la de Cristo. En el hombre a veces vemos señales de este amor para con los niños, los enfermos, los débiles. En Baba está presente todo el tiempo, fluyendo libremente de la fuente divina de su naturaleza, abrazándolos a todos, colectiva e individualmente.

Y este amor se complementa con una gran sabiduría, una profunda percepción intuitiva que ve lo verdadero más allá del juego de las sombras. Sus devotos tienen incontables pruebas de que Baba ve su pasado, presente y futuro, que conoce su *karma*, y por qué sufrimiento deben pasar para pagar las viejas deudas y para aprender las verdades más profundas de la vida, para alcanzar la Liberación. Y El les ayuda a soportar ese sufrimiento cuando no es conveniente su eliminación inmediata. Deviene la cariñosa, gentil e indulgente madre, el valeroso, compasivo y misericordioso padre, hasta que los corazones y los ojos de sus hijos rebosan de lágrimas de devoción y se maravillan: "¿Qué habré hecho para merecer esto? Yo no puedo merecerlo".

Si se nos pidiera enumerar los atributos de nuestro concepto de Dios, el padre espiritual, la mayoría de nosotros nombraríamos los siguientes: la compasiva preocupación por nuestro bienestar, el conocimiento de lo que ese bienestar es realmente, la severa fortaleza para hacernos tomar la amarga medicina cuando hace falta, el poder de ayudar y guiarnos por el estrecho sendero hasta nuestra morada espiritual, la indulgencia y misericordia del padre que da la bienvenida con alegría al hijo pródigo que regresa, el poder de traer esenciales innovaciones al drama humano que El mismo ha creado, y un amor que es igual para todos sus hijos humanos. Estas son, desde luego, las cualidades sobresalientes en la imagen mental de Dios. Y estas cualidades —todas ellas— los que tienen ojos para ver las han visto en Sai Baba.

Además, se juzga al árbol por sus frutos, como nos dice la Biblia. Los frutos de Baba son estos devotos que se han entregado plenamente a su influencia y a través de los años han sido moldeados por ella. Después de conocer a varios de ellos, varios visitantes occidentales han observado: "Los devotos de Baba son una maravillosa propaganda para El. Después de estar con ellos, uno sabe, aun sin conocerlo, que Baba es algo muy especial".

Yo mismo puedo decir que nunca antes, después de años de experiencia en muchos lugares entre muchos grupos de busca-

dores, había encontrado un grupo de personas con tal fraternidad, tal generosidad, tal compasión y tal sinceridad. Es una felicidad estar entre ellos, y a menudo pienso en las palabras de San Juan acerca de los primeros seguidores de Cristo: "Nos amamos los unos a los otros porque El nos amó primero".

A un devoto vedantista de Baba le dije yo una vez: "¿Cree usted que Sai Baba es un Avatar?" Me contestó: "Este es un tema que realmente está fuera de mis límites metafísicos. Pero de su divino amor, de su poder, de su infinidad, de su inescrutabilidad y de su misterio final no hay duda alguna". Me hago eco de ello. ¿Por qué preocuparse por una etiqueta metafísica sobre la cual los hombres discutirán de todos modos? Hay una seguridad en cuanto a los atributos divinos, y también está la sensación de profundidades inconmensurables. Como dije yo una vez en un discurso dirigido a una de las monumentales asambleas de Baba, "El escribir un libro sobre El es como tratar de encerrar el universo en una pequeña habitación".

El punto ha sido puesto más gráficamente en una historieta simbólica. Cuando el niño Krishna hacía toda clase de diabluras, una vez su madre adoptiva, Yasoda, trató de amarrarlo a un poste con un pedazo de cuerda. Pero la cuerda no quería darle la vuelta. Tomó una cuerda más larga pero ésta también resultó demasiado corta. Cualquiera que fuera el largo de la cuerda que usara, nunca fue lo suficientemente larga para darle la vuelta al divino niño.

Igualmente, yo encuentro que cualquier descripción de Sai Baba —de sus milagros, de su personalidad, de sus cualidades, de sus enseñanzas— se queda corta frente a la realidad. Hay siempre algún elemento importante que lo elude y le escapa a uno. Sobre este asunto Baba mismo dice: "Nadie puede aprender mi misterio. Lo mejor que pueden hacer es sumergirse en él.

No sirve de nada discutir los pro y los contra; sumérjanse y conozcan la profundidad: coman y conozcan el sabor. Entonces podrán discutir sobre Mí hasta la saciedad. Desarrollen la verdad y el amor, y entonces ya no necesitarán ni siquiera orar para que se les otorgue esto y lo otro. Todo les será dado por

añadidura sin pedirlo".

En otra oportunidad dijo: "Desde luego que ustedes deben eliminar todo mal dentro de sí antes de que puedan evaluar el misterio. No proclamen nada antes de estar convencidos; quédense callados mientras no hayan decidido. Entonces, cuando se asome la fe, cérquenla con disciplina y autocontrol a fin de que los tiernos retoños estén resguardados contra los chivos y las vacas, la variada multitud de cínicos e incrédulos. Cuando la fe de ustedes haya crecido y sea un árbol grande, esos mismos chivos y ganado podrán acostarse debajo de vuestra sombra".